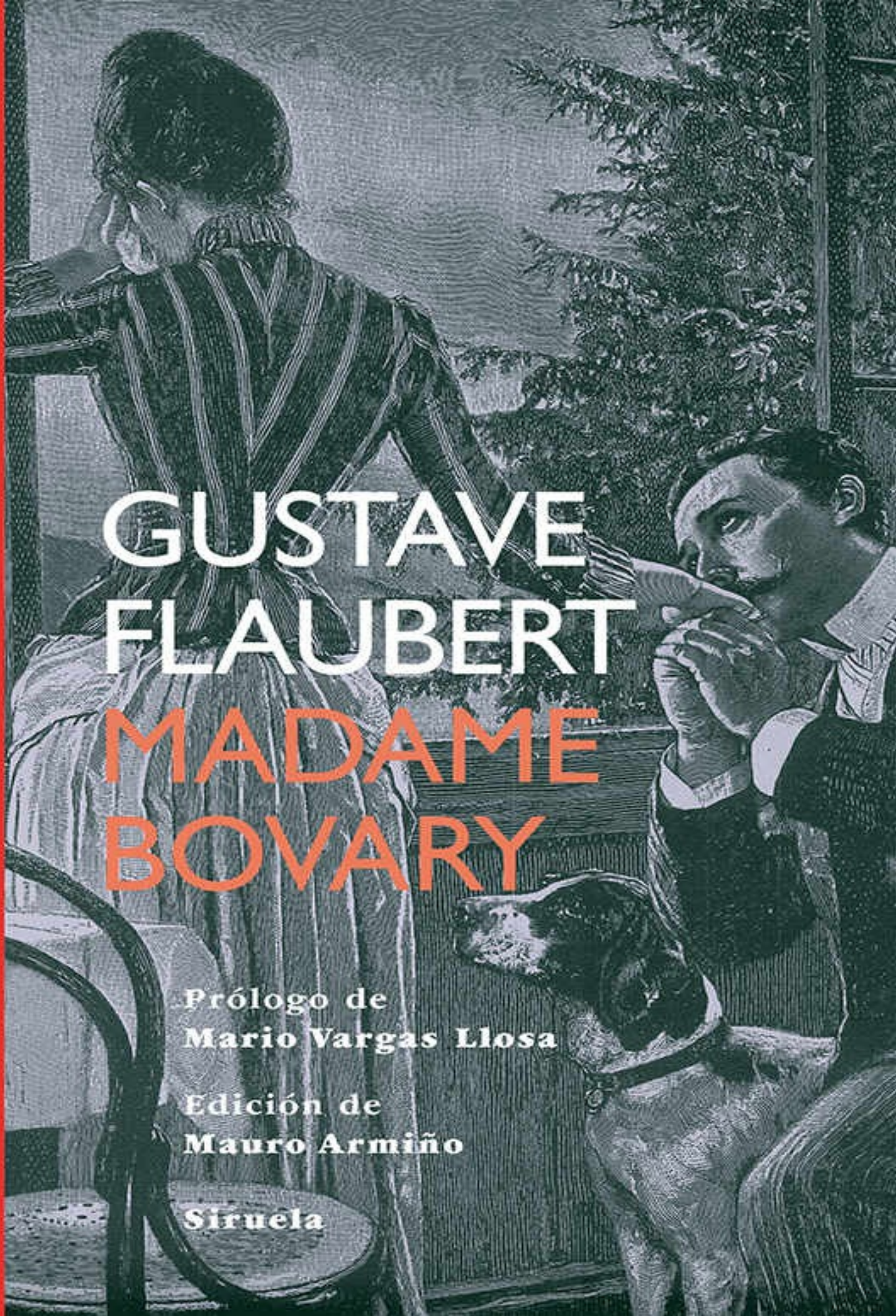


GUSTAVE FLAUBERT

MADAME BOVARY

Prólogo de
Mario Vargas Llosa

Edición de
Mauro Armiño

Siruela

GUSTAVE FLAUBERT

MADAME BOVARY
Costumbres de provincia

Prólogo de
Mario Vargas Llosa

Edición, traducción del francés y notas de
Mauro Armiño

Siruela

Tiempo de Clásicos

TIEMPO DE CLÁSICOS

* Los clásicos son esos libros de los cuales suele oírse decir: «Estoy releyendo...» y nunca «Estoy leyendo...». * Se llama clásicos a los libros que constituyen una riqueza para quien los ha leído y amado, pero que constituyen una riqueza no menor para quien se reserva la suerte de leerlos por primera vez en las mejores condiciones para saborearlos. * Los clásicos son libros que ejercen una influencia particular, ya sea cuando se imponen por inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual. * Toda relectura de un clásico es una lectura de descubrimiento como la primera. * Toda lectura de un clásico es en realidad una relectura. * Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir. * Los clásicos son esos libros que nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres). * Un clásico es una obra que suscita un incesante polvillo de discursos críticos, pero que la obra se sacude continuamente de encima. * Los clásicos son libros que cuanto más cree uno conocerlos de oídas, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad. * Llámase clásico a un libro que se configura como equivalente del universo, a semejanza de los antiguos talismanes. * Tu clásico es aquel que no puede serte indiferente y que te sirve para definirte a ti mismo en relación y quizás en contraste con él. * Un clásico es un libro que está antes que otros clásicos; pero quien haya leído primero los otros y después lee aquél, reconoce enseguida su lugar en la genealogía. * Es clásico lo que tiende a relegar la actualidad a la categoría de ruido de fondo, pero al mismo tiempo no puede prescindir de ese ruido de fondo. * Es clásico lo que persiste como ruido de fondo incluso allí donde la actualidad más incompatible se impone.

Por qué leer los clásicos, **Italo Calvino**

Créditos

Edición en formato digital: junio de 2014

Título original: *Madame Bovary. Mœurs de province*
© Del prólogo, Mario Vargas Llosa, 2008
© De la traducción y Notas, Mauro Armiño, 2014
© Ediciones Siruela, S. A., 2013
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16120-83-3

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

www.siruela.com

Índice

Prólogo
Mario Vargas Llosa

Nota de traducción
Mauro Armiño

MADAME BOVARY

Primera parte
Segunda parte
Tercera parte

Apéndice

Prólogo

Gustave Flaubert tardó cinco años en escribir *Madame Bovary*, su primera obra maestra. Antes, había escrito relatos, novelas y un libro extraño, la primera *Tentación de san Antonio*, que lo dejaron insatisfecho, con la sensación de que había sido incapaz de alcanzar lo que se proponía como escritor. Se dice que, después de leer en voz alta a lo largo de varios días, a un grupo de amigos, el manuscrito de *La tentación*, aquéllos le aconsejaron que intentara algo muy distinto, no un gran fresco romántico situado en la Antigüedad, sino una historia contemporánea, tomada de las ocurrencias cotidianas de los pueblos de la Normandía, donde Flaubert vivía.

Apartándose del mundo, trabajando muchas horas al día como un galeote de la pluma, sometiendo cada frase que escribía a una autocrítica implacable, Flaubert concibió, entre 1851 y 1856, la historia de Emma Rouault, que se casa con el médico Charles Bovary y vive la vida rutinaria del pueblito normando de Yonville. Pero el espíritu inquieto y fantasioso de Emma Bovary, atizado por las aventuras apasionantes de las novelitas de amor que lee vorazmente, aspira a una vida distinta, de lujo, pasiones y excesos románticos, algo que la joven intenta materializar, enredándose en pequeñas aventuras de las que saldrá cada vez más golpeada y humillada, defraudada siempre por el espíritu mezquino, la cobardía y el egoísmo de esos hombres a los que se entrega creyéndolos a la altura de sus sueños. Al final Madame Bovary, derrotada una y otra vez por esa realidad sórdida, opta por el suicidio.

Para muchos, Madame Bovary inaugura la novela moderna y sienta las bases de la gran revolución narrativa que protagonizarían años más tarde un Marcel Proust, un James Joyce, una Virginia Woolf, un Franz Kafka y un Thomas Mann. Hasta Flaubert, la novela era considerada un género plebeyo, a diferencia de la poesía, donde la belleza del lenguaje alcanzaba su máxima expresión. Flaubert se empeñó en que la prosa narrativa tuviera también la excelencia artística de la poesía y no hubiera en ella nada que empobreciera o afeara la palabra. Ideó un método de trabajo según el cual una frase alcanzaba la perfección si pasaba la prueba musical, es decir, si al ser leída en voz alta encantaba al oído. Si algo desentonaba o chirriaba en ella, significaba que el pensamiento era confuso o incorrecto, y por lo tanto la frase debía ser rehecha de principio a fin. Eso hace que Madame Bovary nos parezca un objeto autosuficiente, en el que nada falta y nada sobra, como en una sinfonía de Beethoven, un cuadro de Rembrandt o un poema de Góngora.

Yo leí *Madame Bovary* en el verano de 1959, al llegar a París. Nunca me había ocurrido antes, ni me ha ocurrido después, que un libro absorbiera mi atención de tal manera que me pasara horas de horas prendido de él, olvidándome de comer y de todo

hasta que me rindió la fatiga y caí dormido con el libro entre las manos. Pero al despertar seguí leyendo, devorando esa historia, una de las más conmovedoras y mejor concebidas y escritas de la literatura.

Se dice que el siglo XIX es el siglo de la novela, pues es el siglo de Tolstói y Dostoievski, de Dickens y Balzac, de Melville y de Pérez Galdós. Entre el puñado de libros extraordinarios de ese siglo que han enriquecido el género de la novela como nunca antes ni después, figura, en lugar principalísimo, *Madame Bovary*.

Mario Vargas Llosa

Nota de traducción

No le resultó fácil a Gustave Flaubert sacar a flote el texto de *Madame Bovary*, que, a pesar de admitir censuras de amigos y de la revista en que apareció por vez primera en folletón, terminaría llevándole ante el tribunal correccional de París, acusado, junto a Laurent Pichat, coeditor de la *Revue de Paris*, «de ultraje a la moral pública y religiosa y a las buenas costumbres». Tras cinco años de trabajo (1851-1856), el manuscrito final —unos 500 folios de los 4.500 que redactó— fue leído por dos amigos íntimos del novelista, Maxime du Camp y Louis Bouilhet. Sobre todo el primero, codirector de la *Revue de Paris*, sugirió, como amigo primero y como editor después, cortes de todo tipo, unos de carácter estético, otros, los más, debidos a una censura que pretendía acomodarse a las convenciones burguesas de la época; en un primer momento, Flaubert, navegando entre la censura y la autocensura, llega a eliminar una treintena de páginas; cuando la *Revue de Paris* le pase el texto preparado para la imprenta, encontrará nuevos «cortes indispensables», setenta fragmentos eliminados o «revisados», de los que han desaparecido palabras tabú, *adulterio, concupiscencia, concubina*, etc. Flaubert se rebela y exige la aparición de su texto completo. Aceptan Du Camp y Pichat, y así empiezan a publicarlo el 1 de octubre de 1856; las entregas aparecerán los días 1 y 15 de ese mes y los siguientes de noviembre y diciembre. Al llegar a la primera de este mes, Du Camp exige inexorablemente la amputación de una escena entera: «Tu escena del coche de alquiler es imposible, no para nosotros que nos importa un bledo, ni para mí que firmo el número, sino para la policía correccional que nos condenaría rotundamente»; miedo, por otra parte, fundado: de ideología republicana bajo el II Imperio dirigido por Napoleón III, tras un golpe de Estado que había acabado con la Segunda República el 2 de diciembre de 1852, la *Revue de Paris* ya había sido objeto de dos advertencias policiales; y terminó siendo prohibida en 1858.

Flaubert hubo de ceder, y los editores aprovecharon para sugerir el corte de tres pasajes más en la última entrega del 15 de diciembre. Tras haber pensado en llevar ante los tribunales a sus editores por abuso de poder y falta a la palabra dada, llegó a un pacto que le permitió añadir una Notas de protesta, en la que se revuelve contra las supresiones hechas en nombre de la moral; esa Notas fue la que llamó, al parecer, la atención de los servicios de censura. Los temores de la *Revue de Paris* no tardan en cumplirse: el 27 de diciembre Du Camp le comunica que han sido denunciados y deberán comparecer ante los tribunales en enero-febrero de 1857. Pese al brillante alegato de hora y media del fiscal imperial Ernest Pinard, Flaubert será absuelto; no tendrá la misma suerte Charles Baudelaire, contra quien Pinard logrará meses más tarde, el 27 de agosto, una sentencia condenatoria por su poemario *Las flores del mal*, denunciado por el mismo delito,

«ofensa a la moral religiosa» y «ultraje a las buenas costumbres».

Para la edición en libro, Flaubert recuperó parte de los cortes sugeridos por Du Camp y de los impuestos por la *Revue de Paris*. Aun así, no será esa edición de 1857 la considerada definitiva por el autor, sino la editada por Charpentier en 1873, que añadía el alegato de la acusación, la defensa y la sentencia del proceso. Ésta es la que hemos seguido para la traducción, acompañándola de cuatro ilustraciones con los tachones censorios y un dibujo que el propio Flaubert hace del pueblo imaginario de Yonville, donde transcurre la mayor parte de la novela. Anoto, por lo demás, términos y referencias a personajes, objetos o momentos históricos de la época, hoy olvidados, e insinúo parte del humor burlón con que Flaubert contempla usos sociales del momento, un romanticismo ya manido como es el que anima y condena a un tiempo la irrisoria aventura amorosa de Emma Bovary, desde el tópico del viaje a Italia hasta tipos de bebidas, telas, etc., remitiéndome a la definición que de esas trivialidades –aquí descritas con seriedad de novela realista– da Flaubert en su *Dictionnaire des idées reçues*. Lo hago levemente, para no recargar este tipo de notas con las apostillas sarcásticas que el autor pone a las vulgaridades impuestas en su tiempo.

Mauro Armiño

MADAME BOVARY

Costumbres de provincia

A
MARIE-ANTOINE-JULES Sénard[1]
Miembro del Colegio de Abogados de París
ex presidente de la Asamblea Nacional
y ex ministro de Interior

Querido e ilustre amigo:

Permítame que inscriba su nombre al frente de este libro e incluso antes de su dedicatoria, pues a usted sobre todo debo su publicación. Después de pasar por su magnífica defensa, mi obra ha adquirido a mis propios ojos una especie de autoridad imprevista. Acepte, pues, aquí el homenaje de mi gratitud, que, por grande que pueda ser, nunca estará a la altura de su elocuencia y de su abnegación.

GUSTAVE FLAUBERT
París, 12 de abril de 1857

A Louis Bouilhet [2]

Primera parte

I

Estábamos en el Estudio cuando entró el director, seguido de un *nuevo* vestido de calle y de un mozo que traía un gran pupitre. Los que dormían se despertaron, y todos nos pusimos de pie como sorprendidos en nuestro trabajo.

El director nos hizo seña de que volviéramos a sentarnos; luego, volviéndose hacia el jefe de estudios, le dijo a media voz:

—Señor Roger, aquí tiene un alumno que le recomiendo, entra en quinto. Si su trabajo y su conducta lo merecen, pasará *a los mayores*, como corresponde a su edad.

El *nuevo*, que se había quedado en el rincón, detrás de la puerta, de tal modo que apenas se le veía, era un chico de campo, de unos quince años, y más alto de estatura que cualquiera de nosotros. Llevaba el pelo cortado recto sobre la frente, como un chantre de pueblo, y parecía formal y muy azorado. Aunque no fuera ancho de hombros, su casaca de paño verde con botones negros debía de molestarle en las sisas y dejaba ver, por las vueltas de las bocamangas, unas muñecas rojas habituadas a ir descubiertas. Sus piernas, con medias azules, salían de un pantalón amarillento muy tensado por los tirantes. Calzaba unos recios zapatos mal lustrados y guarnecidos de clavos.

Empezamos el recitado de las lecciones. Las escuchó con los oídos muy abiertos, atento como si estuviera en el sermón, sin atreverse siquiera a cruzar las piernas ni apoyarse en el codo, y, a las dos, cuando sonó la campana, el jefe de estudios tuvo que avisarle para que se pusiera con nosotros en la fila.

Al entrar en clase teníamos la costumbre de tirar nuestras gorras al suelo, para luego tener más libres las manos; desde el umbral había que lanzarlas debajo del banco, de manera que golpeasen contra la pared levantando mucho polvo; eso era lo *ideal*.

Pero, bien porque no se hubiera fijado en esa maniobra, o por no atreverse a someterse a ella, ya había acabado el rezo y el *nuevo* seguía con la gorra sobre sus rodillas. Era uno de esos tocados de orden compuesto, en el que se encuentran los elementos del casco de granadero, del chascás[3], del sombrero de copa, de la gorra de nutria y del gorro de dormir, en fin, una de esas cosas lamentables cuya muda fealdad tiene profundidades de expresión como el rostro de un imbécil. Ovoide y armada de ballenas, empezaba por tres rodetes circulares; luego, separados por una tira roja, alternaban unos rombos de terciopelo con otros de piel de conejo; a continuación venía una especie de bolsa rematada por un polígono de cartón y cubierto de un bordado de complicado sutás, y del que pendía, en el extremo de un largo cordón demasiado delgado, un pequeño colgante de hilos de oro, en forma de borla. Era nueva; la visera relucía.

—Levántese –dijo el profesor.

Él se levantó; la gorra cayó al suelo. Toda la clase se echó a reír.

Se agachó para recogerla. A su lado, un compañero volvió a tirarla empujándola con el codo, él volvió a recogerla.

—Deje en paz su casco de una vez –dijo el profesor, que era hombre ocurrente.

Las carcajadas de los escolares desconcertaron al pobre muchacho, tanto que no sabía si debía conservar su gorra en la mano, dejarla en el suelo o ponérsela en la cabeza. Volvió a sentarse y la colocó sobre sus rodillas.

—Levántese –continuó el profesor–, y dígame su nombre.

Farfullando, el *nuevo* articuló un nombre ininteligible.

—¡Repita!

Se dejó oír la misma farfulla de sílabas, ahogada por los abucheos de la clase.

—¡Más alto! –gritó el maestro–, ¡más alto!

El *nuevo*, entonces, tomando una resolución extrema, abrió una boca desmesurada y, a pleno pulmón, como quien llama a alguien, soltó esta palabra: *Charbovari*.

Se produjo entonces un alboroto que surgió de repente, subió *in crescendo*, con gritos agudos (aullaban, ladraban, pateaban, mientras coreaban: *¡Charbovari! ¡Charbovari!*), rodó luego en notas aisladas, calmándose a duras penas y resurgiendo a veces de pronto en la fila de un banco donde aún estallaba aquí y allá, como un petardo mal apagado, alguna risa reprimida.

Mientras tanto, bajo una lluvia de castigos, el orden fue restableciéndose en la clase, y el profesor, que por fin logró entender el nombre de Charles Bovary tras hacérselo dictar, deletrear y releer, mandó enseguida al pobre diablo que fuera a sentarse en el banco de los torpes, al pie de su tarima. Se puso en movimiento, pero, antes de echar a andar, vaciló.

—¿Qué está buscando? –preguntó el profesor.

—Mi go... –dijo tímidamente el *nuevo*, paseando a su alrededor unas miradas inquietas.

—¡Quinientos versos a toda la clase! –exclamando con voz furiosa, cortó en seco, como los [4], una nueva borrasca–. ¡A ver si se están tranquilos! –Seguía indignado el profesor que se enjugaba la frente con un pañuelo que acababa de sacar de su bonete–. Y usted, el *nuevo*, me copiará veinte veces el verbo *ridiculus sum*[5].

Luego, en un tono más suave:

—¡Y ya encontrará su gorra, que nadie se la ha robado!

Todo volvió a la calma. Las cabezas se inclinaron sobre los cuadernos y el *nuevo* permaneció durante dos horas en una compostura ejemplar, por más que, de vez en cuando, alguna bolita de papel lanzada con el extremo de una plumilla fuera a estrellarse en su rostro. Pero él se limpiaba con la mano y seguía inmóvil, con los ojos bajos.

Por la tarde, en el Estudio, sacó sus manguitos del pupitre, puso en orden sus cosas y tiró cuidadosamente las rayas en su papel. Lo vimos trabajar a conciencia, buscando todas las palabras en el diccionario y esforzándose mucho. Gracias, sin duda, a esa buena voluntad de que dio prueba, no tuvo que bajar de clase; pues aunque sabía pasablemente las reglas, apenas mostraba elegancia en los giros. Había sido el cura de su pueblo el que

lo inició en el latín, porque sus padres, para ahorrar, habían retrasado su envío al colegio cuanto les fue posible.

Su padre, el señor Charles-Denis-Bartholomée Bovary, antiguo ayudante de cirujano mayor, comprometido, hacia 1812, en asuntos de reclutamiento[6], y forzado por esa época a dejar el ejército, había aprovechado entonces sus atractivos personales para cazar al vuelo una dote de sesenta mil francos[7], que se le presentaba en la hija de un vendedor de géneros de punto, enamorada de su tipo. Buen mozo, petulante, de los que hacen resonar las espuelas, con unas patillas unidas al bigote, los dedos siempre cubiertos de sortijas y vestido de llamativos colores, tenía trazas de bravucón y la animación fácil de un viajante de comercio. Una vez casado, vivió dos o tres años de la fortuna de su mujer, cenando bien, levantándose tarde, fumando en grandes pipas de porcelana, no volviendo a casa por las noches hasta después del teatro y frecuentando los cafés. Murió su suegro y dejó poca cosa; él se indignó, se metió a *fabricante*, perdió en ello algún dinero, luego se retiró al campo, donde quiso *explotar sus tierras*. Pero como entendía tan poco de cultivos como de indianas, como montaba sus caballos en vez de enviarlos a la labor, se bebía su sidra en botellas en vez de venderla por barricas, se comía las mejores aves del corral y engrasaba sus botas de caza con el tocino de sus cerdos, no tardó en percatarse de que más le valía renunciar a toda especulación.

Por doscientos francos de alquiler al año, encontró en un pueblo, en los límites del País de Caux con la Picardía, una especie de alojamiento, mitad casa de labranza, mitad casa señorial; y dolido, roído de pesares, culpando al cielo, envidiando a todo el mundo, se encerró, a sus cuarenta y cinco años, asqueado de los hombres, decía, y decidido a vivir en paz.

Su mujer había estado loca por él en el pasado; lo había amado con mil servilismos que lo alejaron de ella todavía más. Alegre al principio, expansiva y muy amorosa, al envejecer se había vuelto (como el vino aireado que se vuelve vinagre) de carácter difícil, gruñona, nerviosa. ¡Había padecido tanto en los primeros tiempos, sin quejarse, cuando lo veía correr tras todas las busconas del pueblo y cuando veinte tugurios se lo devolvían por la noche, embotado y apestando a borrachera! Después, su orgullo se había sublevado. Entonces se había callado, tragándose la rabia con un estoicismo mudo que conservó hasta la muerte. Siempre andaba ocupada en gestiones, en pleitos. Visitaba a los procuradores, al presidente del tribunal, recordaba el vencimiento de los pagarés, conseguía aplazamientos; y en casa planchaba, cosía, lavaba la ropa, vigilaba a los jornaleros, pagaba las facturas, mientras, sin preocuparse de nada, el señor, continuamente sumido en una somnolencia desabrida de la que sólo despertaba para decirle cosas desagradables, pasaba las horas fumando al amor de la lumbre, escupiendo en las cenizas.

Cuando tuvo un hijo, hubo de darlo a una nodriza. De vuelta en casa, el niño fue mimado como un príncipe. La madre lo alimentaba con golosinas; el padre lo dejaba corretear descalzo y, dándoselas de filósofo, llegaba a decir que bien podía andar completamente desnudo, como las crías de las bestias. En contra de las tendencias maternas, tenía en la cabeza cierto ideal viril de la infancia por el que trataba de formar a

su hijo, exigiendo que lo criaran con dureza, a la espartana, para que adquiriese una buena constitución. Lo mandaba a dormir en una cama sin calentar, le enseñaba a beber grandes tragos de ron y a hacer burla de las procesiones. Pero el pequeño, de naturaleza apacible, respondía mal a sus esfuerzos. La madre lo llevaba siempre pegado a sus faldas; le recortaba muñecos de cartón, le contaba cuentos, hablaba con él en monólogos interminables, llenos de alegrías melancólicas y de arrumacos parlanchines. Dada la soledad de su vida, trasladó a la cabeza de aquel niño todas sus vagas vanidades truncadas. Soñaba para él elevadas posiciones, ya lo veía crecido, guapo, inteligente, bien situado, ingeniero de puentes y caminos o magistrado. Le enseñó a leer, e incluso a cantar, en un viejo piano que tenía, dos o tres pequeñas romanzas. Mas, a todo esto, el señor Bovary, poco interesado por las artes, decía que todo aquello *¡no valía la pena!* ¿Iban a tener alguna vez con qué mantenerlo en las escuelas del Gobierno, comprarle un cargo o ponerle una tienda? Además, *teniendo tupé, un hombre siempre triunfa en sociedad*. La señora Bovary se mordía los labios, y el niño seguía vagabundeando por el pueblo.

Se iba con los labriegos, y ahuyentaba, tirándoles terrones, a los cuervos que alzaban el vuelo. Comía moras a lo largo de las cunetas, guardaba los pavos con una vara, amontonaba el heno en época de siega, corría por el bosque, jugaba a la rayuela bajo el pórtico de la iglesia los días de lluvia, y, en las grandes festividades, pedía al sacristán que le dejara tocar las campanas, para colgarse con todo el cuerpo de la gran cuerda y sentirse llevado en su vuelo por ella.

Así fue creciendo como un roble, y adquirió unas manos fuertes y un color saludable.

A los doce años, su madre consiguió que empezara a estudiar. De ello se encargó al cura. Pero las clases eran tan breves y tan mal aprovechadas que no podían servir de gran cosa. Se las daba a ratos perdidos, en la sacristía, de pie, deprisa, entre un bautizo y un entierro; o bien el cura mandaba en busca de su alumno después del ángelus[8], cuando no tenía que salir. Subían a su cuarto, se acomodaban: los moscardones y las falenas revoloteaban alrededor de la vela. Hacía calor, el muchacho se adormecía; y el bueno del cura, adormilado con las manos sobre el vientre, no tardaba en roncar con la boca abierta. Otras veces, cuando al volver de llevar el viático a algún enfermo de los alrededores el señor cura descubría a Charles holgazaneando por el campo, lo llamaba, le sermoneaba durante un cuarto de hora y aprovechaba la ocasión para hacerle conjugar algún verbo al pie de un árbol. Hasta que la lluvia venía a interrumpirlos, o un conocido que pasaba. Por lo demás, siempre estaba satisfecho del muchacho, y hasta afirmaba que *el joven* tenía mucha memoria.

Charles no podía seguir así. La madre se mostró enérgica. Avergonzado, o más bien harto, el padre cedió sin resistencia, y aguardaron un año todavía, hasta que el chiquillo hubiera hecho la primera comunión.

Pasaron otros seis meses; y, por fin, al año siguiente, Charles fue enviado al colegio de Ruán, adonde lo llevó su padre en persona, a finales de octubre, por la feria de San Román[9].

Hoy, ninguno de nosotros podría recordar nada de él. Era un muchacho de

temperamento tranquilo, que jugaba en los recreos, trabajaba en el Estudio, atendía en clase, dormía bien en el dormitorio, comía bien en el refectorio. Tenía por tutor a un ferretero mayorista de la calle Ganterie, que lo sacaba una vez al mes, en domingo, después de cerrar la tienda, lo mandaba a pasear al puerto para que viera los barcos, y después lo devolvía al colegio a eso de las siete, antes de la cena. Todos los jueves por la noche escribía una larga carta a su madre, con tinta roja y tres obleas; luego repasaba sus cuadernos de Historia, o leía un viejo tomo de *Anacharsis*[10] que andaba rondando por el Estudio. En los paseos, charlaba con el criado, que era, como él, de campo.

A fuerza de aplicarse, se mantuvo siempre hacia la mitad de la clase; una vez, incluso, llegó a ganar un primer accésit en Historia Natural. Pero, al terminar tercero, sus padres lo sacaron del colegio para hacerle estudiar Medicina, convencidos de que sería capaz de terminar por sí solo el bachillerato.

Su madre le buscó en un cuarto piso una habitación que daba al Eau-de-Robec[11], en casa de un tintorero conocido suyo. Ultimó las condiciones de su pensión, se procuró muebles, una mesa y dos sillas, hizo traer de su casa una vieja cama de cerezo silvestre y compró además una estufilla de hierro, junto con la provisión de leña que debía calentar a su pobre hijo. Y al cabo de una semana se marchó, después de insistir en que se portase bien, ahora que iba a quedar abandonado a sí mismo.

La lectura del programa de clases en el tablón de anuncios lo dejó aturdido: clases de Anatomía, clases de Patología, clases de Fisiología, clases de Farmacia, clases de Química, y de Botánica, y de Clínica, y de Terapéutica, sin contar la Higiene ni la Materia Médica, nombres todos cuyas etimologías ignoraba y eran como otras tantas puertas de santuarios llenos de augustas tinieblas.

No alcanzaba a comprender nada; por más que atendía, no asimilaba. Y sin embargo trabajaba, tenía los cuadernos forrados, asistía a todas las clases, no se perdía una sola visita a los hospitales. Cumplía sus pequeñas tareas cotidianas como un caballo de noria, que da vueltas en el mismo sitio con los ojos vendados, ignorante de la tarea que hace.

Para ahorrarle gastos, su madre le enviaba todas las semanas, con el recadero, un pedazo de ternera asada al horno, con el que almorzaba nada más volver del hospital al mediodía mientras golpeaba las suelas contra la pared. Luego tenía que salir corriendo a las clases, al anfiteatro, al hospicio, y volver atravesando todas las calles. Por la noche, después de la frugal cena de su casero, subía a su cuarto y se ponía a trabajar, con las mismas ropas mojadas que humeaban sobre su cuerpo, delante de la estufa al rojo vivo.

En los bellos atardeceres de verano, a la hora en que las calles tibias se vacían, cuando las criadas juegan al volante en el umbral de los portales, abría la ventana y se acodaba en ella. El río, que hace de ese barrio de Ruán una especie de innoble pequeña Venecia, corría abajo, a sus pies, amarillo, violeta o azul, entre sus puentes y sus verjas. Obreros acuclillados en la orilla se lavaban los brazos en el agua. Sobre varas que salían de lo alto de los desvanes, se secaban al aire madejas de algodón. Enfrente, más allá de los tejados, se extendía el amplio cielo puro, con el sol rojizo del poniente. ¡Qué bien se debía de estar allí! ¡Qué frescor bajo el hayedo! Y abría las aletas de la nariz para aspirar los buenos olores del campo, que no llegaban hasta él.

Adelgazó, su cuerpo se estiró y su cara adquirió una especie de expresión doliente que casi la hizo interesante.

De manera espontánea, por indolencia, terminó abandonando todas las resoluciones que se había impuesto. Una vez faltó a la visita, al día siguiente a clase, y poco a poco, saboreando la pereza, acabó por no volver.

Se acostumbró a la taberna, con pasión por el dominó. Encerrarse cada tarde en un sucio establecimiento público para dar golpes en las mesas de mármol con unos huesecillos de carnero marcados con puntos negros le parecía una preciosa afirmación de su libertad, que aumentaba su propia estima. Era como la iniciación al mundo, el acceso a los placeres prohibidos; y, al entrar, ponía la mano en el pomo de la puerta con una alegría casi sensual. Muchas cosas comprimidas dentro de él se dilataron entonces: aprendió de memoria coplas que cantaba en las fiestas de bienvenida, se entusiasmó con Béranger[12], aprendió a hacer ponche y por fin conoció el amor.

Gracias a estos trabajos preparatorios, fracasó completamente en los exámenes de oficial de salud. ¡Esa misma noche lo esperaban en casa para celebrar su triunfo!

Fue a pie y se detuvo en la entrada del pueblo, donde mandó en busca de su madre, y se lo contó todo. Ella lo disculpó, achacando el fracaso a la injusticia de los examinadores, y lo animó un poco, encargándose de arreglar las cosas. Hasta cinco años después no supo el señor Bovary la verdad; como ya era vieja, la aceptó, además no podía suponer que un hijo de él fuera un tonto.

Charles volvió pues al trabajo y preparó sin interrupción las materias de su examen, aprendiendo de memoria todas las preguntas por anticipado. Aprobó con bastante buena Notas. ¡Qué hermoso día para su madre! ¡Dieron un gran convite!

¿Adónde iría a ejercer su arte? A Tostes[13]. Allí sólo había un médico viejo. Hacía mucho que la señora Bovary acechaba su muerte, y aún no se había ido al otro barrio el buen señor cuando ya estaba Charles instalado enfrente como su sucesor.

Pero no bastaba con haber criado a su hijo, haberle obligado a estudiar medicina y haber descubierto Tostes para ejercerla; necesitaba una mujer. Le encontró una: la viuda de un escribano de Dieppe, que tenía cuarenta y cinco años y mil doscientas libras de renta[14].

Aunque era fea, seca como un palo de escoba y con tantos granos como brotes hay en primavera, lo cierto es que a la señora Dubuc no le faltaban pretendientes donde elegir. Para alcanzar sus fines, mamá Bovary se vio obligada a apartarlos uno a uno, e incluso desbarató con gran habilidad las intrigas de un charcutero apoyado por los curas.

Charles había vislumbrado en el matrimonio el advenimiento de una situación mejor, imaginando que sería más libre y podría disponer de su persona y su dinero. Pero fue su mujer quien mandó; delante de la gente, él tenía que decir esto, callar aquello, debía ayunar los viernes, vestirse como a ella le parecía, apremiar por orden suya a los clientes que no pagaban. Le abría las cartas, espiaba sus pasos y escuchaba, a través del tabique, cuando en la consulta había mujeres.

Había que hacerle el chocolate todas las mañanas, colmarla de atenciones infinitas. Se quejaba continuamente de los nervios, del pecho, de sus humores. La agobiaba el ruido

de los pasos; si se iban, la soledad se le volvía odiosa; si volvían a su lado, era desde luego para verla morir. Por la noche, cuando Charles regresaba, sacaba de debajo de las sábanas sus largos brazos flacos para pasárselos alrededor del cuello, y, haciéndole sentarse en el borde de la cama, le hablaba de sus penas: ¡la tenía abandonada, quería a otra! Con razón le habían dicho que sería desgraciada; y acababa pidiéndole algún jarabe para su salud y un poco más de cariño.

II

Una noche, a eso de las once, los despertó el ruido de un caballo que se detuvo justo en la puerta. La criada abrió el tragaluz del desván y habló un rato con un hombre que permanecía abajo, en la calle. Venía a buscar al médico; traía una carta. Nastasie bajó las escaleras tiritando y abrió la cerradura y los cerrojos, uno tras otro. El hombre dejó el caballo y, siguiendo a la criada, entró inmediatamente tras ella. Del interior de su gorro de lana con borlas grises sacó una carta envuelta en un trozo de tela y se la presentó atentamente a Charles, que se apoyó de codos en la almohada para leerla. Nastasie, junto a la cama, sostenía la vela. Por pudor, la señora permanecía de cara a la pared y dejaba ver la espalda.

La carta, cerrada con un pequeño sello de cera azul, rogaba al señor Bovary que fuera inmediatamente a la granja de Les Bertaux, para recomponer una pierna rota. Pero de Tostes a Les Bertaux hay sus seis buenas leguas de camino[15], pasando por Longueville y Saint-Victor. La noche era oscura. La nueva señora Bovary temía que su marido sufriera algún percance. Decidieron, pues, que el mozo de cuadra se adelantase. Charles se pondría en camino tres horas después, cuando saliera la luna. Enviarían un chiquillo a su encuentro para mostrarle el camino de la granja y abrirle las cercas.

A eso de las cuatro de la mañana, Charles, bien arropado en su capote, se puso en marcha hacia Les Bertaux. Aún adormilado por el calor del sueño, se dejaba mecer por el apacible trote de la cabalgadura. Cuando ésta se detenía por instinto ante esos hoyos rodeados de zarzas que se abren a orilla de los surcos, Charles, despertándose sobresaltado, se acordaba inmediatamente de la pierna rota y procuraba refrescar en su memoria cuanto sabía de fracturas. Había dejado de llover; empezaba a clarear el día, y en las ramas de los manzanos sin hojas se mantenían inmóviles los pájaros, cuyas pequeñas plumas erizaba la brisa fría de la mañana. La llana campiña se extendía hasta perderse de vista, y los grupos de árboles alrededor de las granjas formaban, a intervalos espaciados, manchas de un violeta oscuro sobre aquella vasta superficie gris que se fundía en el horizonte con el tono mortecino del cielo. Charles abría de vez en cuando los ojos; luego, como su mente se cansaba y le asaltaba el sueño, no tardaba en entrar en una especie de sopor en el que sus sensaciones recientes se confundían con los recuerdos, se veía a sí mismo desdoblado, estudiante y casado a la vez, acostado en su cama como hacía un rato y atravesando una sala de operados como antaño. El cálido olor de los emplastos se mezclaba en su cabeza con el olor verde del rocío; oía correr sobre su barra las anillas de hierro de las camas y dormir a su mujer... Al pasar por Vassonville, al borde de una cuneta, vio a un chiquillo sentado en la hierba.

—¿Es usted el médico? –preguntó el niño.

Y, tras la respuesta de Charles, cogió los zuecos con las manos y echó a correr delante de él.

Mientras caminaban, el oficial de salud[16] comprendió por las palabras de su guía que el señor Rouault debía de ser un agricultor de los más acomodados. Se había roto la pierna la noche anterior, cuando volvía de *celebrar los Reyes* en casa de un vecino. Su mujer había muerto hacía dos años. Con él sólo vivía la *señorita*, que le ayudaba a llevar la casa.

Las rodadas fueron haciéndose más hondas. Se acercaban a Les Bertaux. El chico, colándose entonces por un agujero del seto, desapareció, reapareciendo luego al fondo del corral para abrir la cerca. El caballo resbalaba en la hierba mojada; Charles se agachaba para pasar por debajo de las ramas. Los mastines ladraban en sus casetas tirando de la cadena. Cuando entró en Les Bertaux, su caballo se espantó e hizo un extraño.

Era una casa de labor de buena apariencia. En los establos, por la parte superior de las puertas abiertas, se veían gruesos caballos que comían tranquilamente en pesebres nuevos. Paralelo a las edificaciones se extendía un amplio estercolero del que ascendía el vaho, y en el que, entre las gallinas y los pavos, picoteaban cinco o seis pavos reales, lujo de los corrales del País de Caux. El redil era largo, el granero alto, de paredes lisas como la mano. Bajo el cobertizo había dos grandes carretas y cuatro arados, con sus látigos, sus colleras y sus aparejos completos, cuyos vellones de lana azul se ensuciaban con el fino polvo que caía de los graneros. El corral iba cuesta arriba, plantado de árboles simétricamente espaciados, y el graznido alegre de una manada de ocas resonaba cerca de la charca.

Una mujer joven, con una bata de merino[17] azul adornada con tres volantes, salió al umbral de la casa para recibir al señor Bovary, a quien hizo pasar a la cocina, donde ardía una gran lumbre. A su alrededor hervía el desayuno de los jornaleros, en unas pequeñas ollas de desigual tamaño. En el interior de la chimenea había algunas ropas húmedas secándose. La pala, las tenazas y el pico del fuelle, todos de colosales proporciones, brillaban como acero bruñido, mientras a lo largo de las paredes se extendía una abundante batería de cocina en la que espejeaba de manera diversa la viva llama del hogar, unida a los primeros destellos del sol que entraban por los cristales.

Charles subió al primer piso a ver al enfermo. Lo encontró en cama, sudando bajo las mantas y sin el gorro de dormir, que había tirado lejos. Era un hombrecillo rechoncho de cincuenta años, piel blanca, ojos azules, sin pelo en la parte delantera de la cabeza, y con pendientes. A su lado había, sobre una silla, una gran garrafa de aguardiente, de la que se servía de vez en cuando para darse ánimos; pero en cuanto vio al médico, su exaltación se calmó, y en vez de soltar juramentos como estaba haciendo desde hacía doce horas, empezó a gemir débilmente.

La fractura era sencilla, sin complicaciones de ninguna especie. Ni el propio Charles se hubiera atrevido a desearla más fácil. Y entonces, recordando el comportamiento de sus profesores junto a la cama de los heridos, reconfortó al paciente con toda clase de buenas palabras, caricias quirúrgicas, que son como el aceite con que se engrasan los

bisturíes. A fin de disponer de unas tablillas, fueron a buscar un manojo de listones en el cobertizo de los carros. Charles eligió uno, lo partió en trozos, lo pulió con un vidrio mientras la criada rasgaba una sábana para hacer vendas y la señorita Emma trataba de coser unas almohadillas. Como tardaba mucho en encontrar el costurero, su padre se impacientó; ella no dijo nada; pero al coser se pinchaba los dedos, que enseguida se llevaba a la boca y se los chupaba.

A Charles le sorprendió la blancura de sus uñas. Eran brillantes, afiladas en la punta, más pulidas que los marfiles de Dieppe, y recortadas en forma de almendra. Pero la mano no era bonita, quizá no lo bastante pálida, y algo enjuta en las falanges; también era demasiado larga, y carecía de suaves inflexiones de las líneas en los contornos. Lo que tenía hermoso eran los ojos; aunque fueran marrones, parecían negros a causa de las pestañas, y su mirada llegaba con franqueza y con un cándido atrevimiento.

Una vez hecho el vendaje, el médico fue invitado, por el propio señor Rouault, a *tomar un bocado* antes de irse.

Charles bajó a la sala, en la planta baja. En una mesita, al pie de una gran cama con dosel forrado de indiana que representaba escenas de personajes turcos, había dos cubiertos con vasos de plata. Se percibía un olor a lirios y a sábanas húmedas que salía del alto armario de roble situado frente a la ventana. Por el suelo, en los rincones, había sacos de trigo alineados de pie. Era lo que no había cabido en el granero contiguo, al que se subía por tres escalones de piedra. Decorando la estancia, en el centro de la pared cuya pintura verde se desconchaba por efecto del salitre, había una cabeza de Minerva dibujada a carboncillo en un marco dorado, y que llevaba escrito al pie, en caracteres góticos: «A mi querido papá».

Empezaron hablando del enfermo, luego del tiempo que hacía, de los grandes fríos, de los lobos que merodeaban de noche por la campiña. A la señorita Rouault no le gustaba lo más mínimo el campo, sobre todo ahora que tenía que encargarse casi sola de los cuidados de la granja. Como la sala estaba fresca, tiritaba al comer, dejando un poco al descubierto sus labios carnosos, que solía mordisquearse en sus momentos de silencio.

Llevaba un cuello blanco, vuelto. Cada uno de los bandós negros de su pelo parecía, de lo lisos que eran, de una sola pieza; estaban separados en medio de la cabeza por una fina raya, que se hundía ligeramente siguiendo la curva del cráneo, y, dejando ver apenas el lóbulo de la oreja, iban a recogerse por detrás en un abundante moño, con un movimiento ondulado hacia las sienes que el médico rural nunca había visto hasta entonces. Sus pómulos eran sonrosados. Llevaba, como un hombre, sujetos entre dos botones de su blusa, unos lentes de concha.

Cuando Charles, tras subir a despedirse de papá Rouault, volvió a la sala antes de marcharse, la encontró de pie, con la frente apoyada en la ventana, mirando al jardín, donde el viento había derribado los rodrigones de judías. Ella se volvió.

—¿Busca algo? –preguntó.

—Sí, mi fusta, por favor –contestó el médico.

Y se puso a mirar sobre la cama, detrás de las puertas, debajo de las sillas; se había caído al suelo, entre los sacos y la pared. La señorita Emma la vio; se inclinó sobre los

sacos de trigo. Por galantería, Charles se abalanzó hacia ella y, al estirar también el brazo en la misma dirección, sintió que su pecho rozaba la espalda de la joven, inclinada debajo de él. Emma se incorporó muy colorada y lo miró por encima del hombro mientras le tendía el vergajo.

En vez de volver a Les Bertaux tres días después, como había prometido, volvió el mismo día siguiente, y luego con regularidad dos veces por semana, sin contar las visitas inesperadas que hacía de vez en cuando, como sin querer.

Por lo demás, todo fue bien; la curación siguió el curso normal, y cuando al cabo de cuarenta y seis días vieron al tío Rouault intentando andar solo por su corral, se empezó a considerar al señor Bovary como un hombre muy capacitado. El tío Rouault decía que no le habrían curado mejor los principales médicos de Yvetot o incluso de Ruán.

En cuanto a Charles, en ningún momento intentó preguntarse por qué le agradaba tanto ir a Les Bertaux. De haberlo pensado, seguramente habría atribuido su celo a la gravedad del caso, o quizá al provecho que esperaba sacar. Sin embargo, ¿era ésa la razón por la que sus visitas a la granja constituían, entre las mezquinas ocupaciones de su vida, una excepción deliciosa? Esos días se levantaba temprano, partía al galope, espoleaba a su montura, luego se apeaba para limpiarse los pies en la hierba y se ponía los guantes negros antes de entrar. Le gustaba verse llegando al patio, sentir contra su hombro la cerca que giraba, y el gallo que cantaba encima de la tapia, los mozos que salían a su encuentro. Le gustaban el granero y las cuadras; le gustaba papá Rouault, que le daba golpecitos en la mano y le llamaba su salvador; le gustaban los pequeños zuecos de la señorita Emma sobre las baldosas fregadas de la cocina; sus altos tacones aumentaban un poco su estatura y, cuando caminaba delante de él, las suelas de madera, al levantarse deprisa, crujían con un ruido seco contra el cuero de la botina.

Al irse, siempre lo acompañaba hasta el primer peldaño de la escalinata. Si aún no le habían traído el caballo, se quedaba allí con él. Como ya se habían despedido, no hablaban; el aire libre la envolvía, arremolinándole los pelillos de la nuca, o agitándole en las caderas las cintas del delantal, que revoloteaban como banderolas. Una vez, en época de deshielo, la corteza de los árboles rezumaba en el patio, la nieve se fundía sobre las techumbres de las edificaciones. Ella estaba de pie en el umbral; fue a buscar su sombrilla, la abrió. La sombrilla de seda tornasolada, traspasada por el sol, iluminaba con móviles reflejos la piel blanca de su cara. Debajo de la sombrilla sonreía en medio del tibio calor, y se oían caer sobre el tenso muaré, una a una, las gotas de agua.

En los primeros tiempos de las frecuentes visitas de Charles a Les Bertaux, la nueva señora Bovary no dejaba de interesarse por el enfermo, y hasta había reservado para el señor Rouault una bella página blanca en el registro que llevaba por partida doble. Pero en cuanto supo que tenía una hija, se informó; y se enteró de que la señorita Rouault, educada en un convento de ursulinas, había recibido, como dicen, *una esmerada educación*, que por lo tanto sabía bailar, geografía, dibujo, bordar y tocar el piano. ¡Aquello fue el colmo!

«¿Así que por eso se le alegra la cara cuando va a verla», se decía, «y se pone el chaleco nuevo sin importarle que pueda estropearse con la lluvia? ¡Ah, esa mujer, esa

mujer!...».

Y la detestó por instinto. Al principio se desahogó con alusiones. Charles no las captó; luego, con reflexiones puntuales, que él dejaba pasar por miedo a la tormenta; por último, con dicterios a bocajarro, a los que él no sabía qué responder. «¿Por qué seguía yendo a Les Bertaux, si el señor Rouault ya estaba curado y aquella gente aún no había pagado? ¡Ah!, es que allí había *cierta persona*, alguien que sabía conversar, una bordadora, una persona instruida. Eso era lo que le gustaba: ¡necesitaba señoritas de ciudad!». — Y proseguía:

—La hija de papá Rouault, ¡una señorita de ciudad! ¡Vamos, hombre!, pero si su abuelo era pastor, y tienen un primo que estuvo a punto de ser procesado por un mal golpe en una pelea. No es para darse tanto pisto, ni para presumir los domingos en la iglesia con un vestido de seda, como una condesa. Y además, ¡pobre hombre!, si no llega a ser por las colzas del año pasado, se las habría visto negras para pagar los recibos atrasados.

Charles dejó de volver a Les Bertaux por cansancio. Héloïse le había hecho jurar sobre su misal, después de muchos sollozos y besos, en medio de una gran explosión de amor, que no volvería. Así que obedeció; pero la audacia de su deseo protestó contra el servilismo de su comportamiento, y, por una especie de hipocresía ingenua, terminó pensando que la prohibición de verla era para él como un derecho a amarla.

Además, la viuda estaba flaca; tenía los dientes largos; llevaba en todo tiempo un chal negro cuyo pico le caía entre los omóplatos; su talle enjuto iba siempre embutido en unos vestidos a manera de funda, demasiado cortos, que dejaban al descubierto los tobillos, con las cintas de sus anchos zapatos trenzados cruzadas sobre sus medias grises.

La madre de Charles iba de vez en cuando a verlos; pero, al cabo de unos días, la nuera parecía azuzarla contra el hijo; y entonces, como dos cuchillos, se dedicaban a escarificarle con sus reflexiones y sus advertencias. ¡Hacía mal en comer tanto! ¿Por qué convidar siempre a un trago a cualquiera que llegaba? ¡Qué terquedad la suya en no querer llevar ropa de franela!

Ocurrió que, a comienzos de primavera, un Notasrio de Ingouville, depositario de fondos de la viuda Dubuc, embarcó con buena marea llevándose todo el dinero de su despacho. Verdad es que Héloïse también poseía, además de una participación en un barco valorada en seis mil francos, su casa de la calle Saint-François; pero, de toda aquella fortuna que tanto le habían cacareado, nada se había visto en el hogar salvo unos cuantos muebles y cuatro trapos. Hubo que aclarar las cosas. La casa de Dieppe resultó carcomida de hipotecas hasta los cimientos; lo que había depositado en casa del Notasrio sólo Dios lo sabía, y la participación en el barco no pasó de mil escudos. ¡Así que la buena señora había mentido! Lleno de rabia, el señor Bovary padre, rompiendo una silla contra el suelo, acusó a su mujer de haber provocado la desgracia de su hijo unciéndolo a semejante penco cuyos arreos no valían un comino. Fueron a Tostes. Pidieron explicaciones. Hubo escenas. Héloïse, llorando, echándose en brazos de su marido, lo conminó a defenderla de sus padres. Charles intentó hablar en su defensa. Ellos se enfadaron, y se fueron.

Pero *el daño ya estaba hecho*. Ocho días después, mientras ella estaba tendiendo la ropa en el patio, tuvo un vómito de sangre, y al día siguiente, en un momento en que Charles se había vuelto de espaldas para correr la cortina de la ventana, ella dijo: «¡Ay, Dios mío!», lanzó un suspiro y se desmayó. Estaba muerta. ¡Qué golpe!

Cuando todo hubo acabado en el cementerio, Charles volvió a casa. No encontró a nadie abajo; subió al primer piso, al dormitorio, vio su vestido que seguía colgado al pie de la trasalcoba; entonces, apoyándose en el secreter, permaneció hasta la noche sumido en una dolorosa ensoñación. Después de todo, le había querido.

III

Una mañana, papá Rouault fue a pagar a Charles la curación de su pierna: setenta y cinco francos[18] en monedas de cuarenta *sous*, y un pavo. Se había enterado de su desgracia, y le consoló lo mejor que pudo.

—¡Yo sé lo que es eso! –decía, dándole palmaditas en la espalda–. ¡También yo pasé por lo mismo! Cuando perdí a mi pobre difunta, me iba a vagar por los campos para estar completamente solo; me dejaba caer al pie de un árbol, lloraba, invocaba a Dios, le decía tonterías; habría querido ser como los topos, que veía en las ramas con el vientre bullendo de gusanos, en una palabra, muerto. Y cuando pensaba que, en ese momento, otros estaban con sus buenas mujercitas abrazadas a ellos, daba golpes en el suelo con el bastón; estaba casi loco, ni siquiera comía; la sola idea de ir al café, aunque no se lo crea, me daba asco. Ya ve, muy poco a poco, un día tras otro, una primavera tras un invierno y un otoño tras un verano, la cosa fue pasando brizna a brizna, migaja a migaja; y se fue, se marchó, quiero decir que fue remitiendo, porque siempre te queda algo en el fondo, ¿cómo le diría?..., un peso, aquí, ¡en el pecho! Pero como es la suerte que nos espera a todos, tampoco debe uno dejarse abatir ni desear morir porque otros hayan muerto... Tiene que animarse, señor Bovary; ¡eso pasará! Venga a vernos; sepa que mi hija piensa con frecuencia en usted, y dice que la tiene olvidada. Pronto llegará la primavera; le llevaremos a cazar conejos en el vivar, para que se distraiga un poco.

Charles siguió el consejo. Volvió a Les Bertaux; encontró todo como la víspera, es decir, como hacía cinco meses. Los perales ya estaban en flor, y el bueno de Rouault, ahora de pie, iba y venía, animando la granja.

Creyéndose en el deber de prodigar al médico las mayores atenciones posibles debido a su penosa situación, le rogó que no se descubriera, le habló en voz baja, como si estuviera enfermo, y hasta fingió enfadarse porque no hubieran preparado para él algo un poco más ligero que para el resto, como tarritos de nata, por ejemplo, o unas peras cocidas. Le contó historias. Charles se sorprendió a sí mismo riendo; pero al venirle de repente el recuerdo de su mujer, se ensombreció. Sirvieron el café; dejó de pensar en ella.

A medida que iba acostumbrándose a vivir solo, pensó cada vez menos en ella. El nuevo atractivo de la independencia no tardó en hacerle la soledad más soportable. Ahora podía cambiar las horas de sus comidas, entrar o salir sin dar explicaciones, y, si estaba muy cansado, echarse en la cama y extenderse cuan largo era. Así que se cuidó, se mimó a sí mismo y aceptó los consuelos que le daban. Por otra parte, la muerte de su mujer no le había perjudicado en su profesión, porque durante un mes estuvieron repitiendo: «¡Pobre muchacho! ¡Qué desgracia!». Su nombre se había difundido, había aumentado

su clientela; y, además, iba a Les Bertaux cuando se le antojaba. Tenía una esperanza indefinida, una vaga felicidad; cuando se cepillaba las patillas delante del espejo, su cara le parecía más agradable.

Un día llegó a eso de las tres; todo el mundo estaba en el campo; entró en la cocina, pero al principio no vio a Emma; estaban cerrados los postigos. Por las rendijas de la madera, el sol prolongaba sobre las baldosas grandes líneas delgadas, que se quebraban en la esquina de los muebles y temblaban en el techo. Sobre la mesa, unas moscas trepaban por unos vasos usados, y zumbaban al ahogarse en el fondo, en los restos de sidra. La luz que bajaba por la chimenea, aterciopelando el hollín de la placa, coloreaba con un tono azulado las frías cenizas. Entre la ventana y el hogar, Emma cosía; no llevaba pañoleta y en sus hombros desnudos se veían gotitas de sudor.

Según costumbre de los pueblos, le ofreció de beber. Rehusó él, ella insistió, y finalmente le propuso, riendo, tomar una copita de licor con ella. Fue, pues, a buscar en la alacena una botella de curasao, alcanzó dos copitas, llenó una hasta el borde, apenas vertió unas gotas en la otra, y, tras brindar, se la llevó a su boca. Como estaba casi vacía, echaba hacia atrás la cabeza para beber; y así, con los labios fruncidos y el cuello estirado, reía al no sentir el licor, mientras la punta de su lengua, pasando entre sus finos dientes, lamía despacito el fondo de la copa.

Volvió a sentarse y reanudó su labor, una media de algodón blanco que estaba zurciendo; trabajaba con la frente inclinada; no hablaba, Charles tampoco. El aire, que pasaba por debajo de la puerta, empujaba un poco de polvo sobre las baldosas; él lo miraba arrastrarse, y sólo oía el latido interior de su cabeza y el lejano cacareo de una gallina que acababa de poner en el corral. De vez en cuando, Emma se refrescaba las mejillas aplicándose en ellas la palma de las manos, que luego volvía a enfriar en la bola de hierro de los grandes morillos.

Se quejó de sufrir mareos desde el comienzo de la estación; preguntó si unos baños de mar le sentarían bien; se puso a hablar del convento, Charles de su colegio, las frases les vinieron solas. Subieron a su cuarto. Le enseñó sus antiguos cuadernos de música, los libritos que le habían dado como premio y las coronas de hojas de roble, abandonadas en el fondo de un armario. También le habló de su madre, del cementerio, y hasta le enseñó en el jardín el arriate donde cortaba las flores cada primer viernes de mes para ir a ponerlas sobre su tumba. Pero el jardinero que tenían no entendía nada de flores: ¡era tan malo el servicio! Le habría gustado, aunque sólo fuera en invierno, vivir en la ciudad, pese a que los largos días del buen tiempo quizá hicieran el campo más aburrido todavía en verano; –y, según lo que dijera, su voz era clara, aguda o lánguida; de repente, arrastraba modulaciones que acababan casi en murmullos cuando hablaba consigo misma,– unas veces alegre, abriendo unos ojos ingenuos, luego, con los párpados entornados, anegada de hastío la mirada, errante el pensamiento.

Al anochecer, camino ya de vuelta, Charles se repitió una tras otra las frases que ella le había dicho, tratando de recordarlas, de completar su sentido, para imaginarse la porción de existencia que ella había vivido en la época en que no la conocía. Pero nunca pudo verla en su pensamiento de modo distinto a como la viera la primera vez, o tal como

acababa de dejarla hacía un momento. Luego se preguntó qué sería de ella, si se casaría, y con quién, ¡ay!, papá Rouault era muy rico, ¡y ella... tan hermosa! Pero la figura de Emma reaparecía una y otra vez ante sus ojos, y algo monótono parecido al zumbido de una peonza resonaba en sus oídos: «¡Y si a pesar de todo te casaras! ¡Y si te casaras!». Aquella noche no pudo dormir, tenía un nudo en la garganta, y sed; se levantó para ir a beber agua de la jarra y abrió la ventana; el cielo estaba tachonado de estrellas, soplaba un viento cálido, unos perros ladraban a lo lejos. Volvió la cabeza hacia Les Bertaux.

Pensando que, después de todo, no arriesgaba nada, Charles se prometió que haría la petición cuando la oportunidad se presentase; pero cada vez que se presentó, el miedo a no encontrar las palabras adecuadas le sellaba los labios.

A papá Rouault no le habría molestado que le librasen de su hija, que no le servía de gran cosa en la casa. En su fuero interno la disculpaba reconociendo que era demasiado inteligente para la agricultura, oficio maldito del cielo, ya que con él nunca se hacía nadie millonario. Lejos de haber hecho fortuna, el buen hombre perdía dinero todos los años, pues si se movía bien en los mercados y le gustaban las marrullerías del oficio, en cambio la labranza propiamente dicha, junto con el gobierno interno de la granja, le convenía menos que a nadie. Se resistía a sacarse las manos de los bolsillos y no escatimaba gastos en todo lo relativo a su vida, porque quería comer bien, no pasar frío y dormir en buena cama. Le gustaban la sidra fuerte, las piernas de cordero poco hechas, los *glorias* muy batidos[19]. Hacía sus comidas en la cocina, solo, delante de la lumbre, en una mesita que le traían ya servida, como en las comedias.

Así pues, cuando se dio cuenta de que a Charles se le ponían coloradas las mejillas cerca de su hija, lo cual significaba que el día menos pensado se la pediría en matrimonio, empezó a rumiar todo el asunto. Lo encontraba un poco *insignificante*, y no era el yerno que hubiera deseado; pero se le tenía por hombre formal, ahorrador, muy instruido, y seguramente no discutiría mucho la dote. Y como papá Rouault se veía obligado a vender veintidós acres *de su hacienda* porque debía mucho al albañil, mucho al guarnicionero, y el árbol del lagar había que arreglarlo, se dijo: «Si me la pide, se la doy».

Por San Miguel[20], Charles fue a pasar tres días a Les Bertaux. La última jornada había transcurrido como las anteriores, aplazando la declaración cada cuarto de hora. Papá Rouault lo acompañó al marcharse; iban por una cañada, estaban a punto de separarse; era el momento. Charles se dio de plazo hasta la esquina del seto, y por fin, cuando lo rebasaron, murmuró:

—Señor Rouault, quisiera decirle algo.

Se detuvieron. Charles callaba.

—Pero hable usted. ¿Cree que no me figuro lo que es? –dijo papá Rouault riendo suavemente.

—Papá Rouault..., papá Rouault... –balbució Charles[21].

—Pero si no deseo otra cosa –continuó el granjero–. Aunque seguramente la pequeña piense como yo, con todo, habrá que consultar su parecer. Bueno, aléjese un poco, yo regreso a casa. Si es que sí, óigame bien, no hace falta que vuelva, a causa de la gente, y

además eso la intimidaría demasiado. Pero para que usted no se consuma de impaciencia, abriré de par en par el postigo de la ventana contra la pared: podrá verlo por la parte de atrás, asomándose por encima del seto.

Y se alejó.

Charles ató el caballo a un árbol. Corrió a apostarse en el sendero; aguardó. Transcurrió media hora, luego contó diecinueve minutos en su reloj. De pronto se oyó un golpe contra la pared; el postigo se había abierto, el gancho todavía temblaba.

Al día siguiente, a las nueve, ya estaba en la granja. Emma se sonrojó al verlo entrar, aunque por recato se esforzó por sonreír un poco. Papá Rouault abrazó a su futuro yerno. Se pusieron a hablar de los asuntos de dinero; pero tenían bastante tiempo por delante, ya que la boda no podía celebrarse, por decoro, mientras durase el duelo de Charles, es decir, hacia la primavera del año siguiente.

En esa espera transcurrió el invierno. La señorita Rouault se ocupó de su ajuar. Una parte la encargó en Ruán, y ella misma se hizo camisones y gorros de noche, con patrones de moda que pidió prestados. En las visitas que Charles hacía a la granja, se hablaba de los preparativos de la boda; se preguntaban en qué parte de la granja darían el banquete; calculaban el número de platos que se necesitarían y qué entremeses iban a servirse.

Emma, en cambio, habría deseado casarse a medianoche, a la luz de las antorchas; pero papá Rouault no comprendió en absoluto esa idea. Hubo, pues, una boda a la que acudieron cuarenta y tres invitados; pasaron dieciséis horas a la mesa, volvieron a empezar al día siguiente y algo más los días sucesivos.

IV

Los invitados llegaron temprano, en carruajes, en carricoches de un caballo, en charabanes de dos ruedas, en viejos cabriolés sin capota, en jardineras con cortinillas de cuero, y los jóvenes de los pueblos más cercanos en carretas donde permanecían de pie, en fila, con las manos apoyadas en los adrales para no caerse, porque iban al trote y con fuertes sacudidas. Vinieron de diez leguas[22] a la redonda, de Goderville, de Normanville y de Cany. Habían invitado a todos los parientes de las dos familias, se habían reconciliado con los amigos con los que estaban reñidos, habían escrito a conocidos perdidos de vista hacía mucho tiempo.

De vez en cuando se oían latigazos detrás del seto; enseguida se abría la cerca: era un carricoche que entraba. Llegaba al galope hasta el primer peldaño de la escalinata, ahí se detenía en seco y descargaba a su gente, que se apeaba por todos los lados frotándose las rodillas y estirando los brazos. Las señoras, con gorro, venían ataviadas a la moda de la ciudad, con leontinas de oro, esclavinas con las puntas cruzadas en la cintura, o pequeños chales de colores sujetos en la espalda con un alfiler y que les dejaban el cuello al descubierto por detrás. Los chiquillos, vestidos igual que sus papás, parecían incómodos en sus trajes nuevos (muchos, incluso, estrenaron ese día el primer par de botas de su vida), y a su lado, sin decir palabra, con el vestido blanco de su primera comunión alargado para la circunstancia, se veía alguna crecida muchachita de catorce o dieciséis años, seguramente su prima o su hermana mayor, coloradota, aturdida, con el pelo untado de pomada de rosas, y con mucho miedo a ensuciarse los guantes. Como no había suficientes mozos de cuadra para desenganchar todos los carruajes, los señores se remangaban y se ponían ellos mismos a la faena. Según la distinta posición social, iban de frac, de levita, de chaqueta o de casaca: — buenos fracs, rodeados de toda la consideración de una familia, y que sólo salían del armario en las grandes solemnidades; levitas de grandes faldones que flotaban al viento, de cuello cilíndrico y bolsillos amplios como sacos; chaquetas de recio paño que en la vida diaria iban acompañadas de alguna gorra con la visera ribeteada de cobre; casacas muy cortas, con dos botones en la espalda tan juntos como un par de ojos, y cuyos faldones parecían haber sido cortados de un solo tajo por el hacha del carpintero. E incluso algunos (aunque éstos, por supuesto, comerían al final de la mesa) llevaban blusas de ceremonia, es decir, con el cuello cayendo sobre los hombros, la espalda fruncida en pequeños pliegues y el talle ceñido muy abajo por un cinturón cosido.

¡Y las camisas se abombaban sobre los pechos como corazas! Todos llevaban el pelo recién cortado, con las orejas separadas de la cabeza, bien afeitados; y algunos que se habían levantado antes del alba, como no veían bien al afeitarse, se habían hecho cortes

diagonales debajo de la nariz, o, a lo largo de las mandíbulas, raspaduras de epidermis del tamaño de escudos de tres francos y que había enrojecido el aire fresco del camino, veteando un poco de placas rosadas todas aquellas anchas caras blancas y satisfechas.

Como el ayuntamiento se encontraba a una media legua de la granja, fueron a pie y regresaron de la misma manera una vez concluida la ceremonia en la iglesia. La comitiva, compacta al principio como una sola cinta de color que ondeara por el campo, siguiendo el estrecho sendero que serpenteaba entre los verdes trigos, no tardó en estirarse y fue cortándose en diferentes grupos que se rezagaban charlando. Delante iba el músico con su violín empenachado de cintas en la concha; le seguían los novios, los parientes, los amigos sin ningún orden, y los niños, que se rezagaban entretenidos en arrancar las campanillas de los tallos de avena o peleándose cuando nadie los veía. El vestido de Emma, demasiado largo, le arrastraba un poco; de vez en cuando se paraba para recogérselo, y entonces, delicadamente, le quitaba con sus dedos enguantados los hierbajos y los pequeños pinchos de los cardos, mientras Charles, mano sobre mano, esperaba a que acabase. Papá Rouault, con un sombrero nuevo de seda en la cabeza, y con las bocamangas de su frac negro cubriéndole las manos hasta las uñas, daba el brazo a la señora Bovary madre. En cuanto al señor Bovary padre, que en el fondo despreciaba a toda aquella gente, había venido simplemente con una levita de corte militar y una sola fila de botones, y prodigaba piropos de taberna a una joven campesina rubia, que, sin saber qué responder, saludaba y se ponía colorada. Los demás invitados de la boda hablaban de sus asuntos o se burlaban unos de otros por la espalda, incitándose de antemano a la bulla; y, aplicando el oído, podía oírse el chinchín del violinista, que seguía tocando en pleno campo. Cuando se daba cuenta de que la gente se había quedado atrás, se detenía para tomar aliento, frotaba cuidadosamente con colofonia su arco para que las cuerdas chirriasen mejor, y enseguida reemprendía la marcha, subiendo y bajando sucesivamente el mástil del violín para marcar bien el compás. El ruido del instrumento espantaba de lejos a los pajarillos.

Habían puesto la mesa bajo el cobertizo de los carros. Sobre ella había cuatro lomos, seis pepitorias de pollo, ternera guisada, tres piernas de cordero y, en el centro, un hermoso lechón asado flanqueado por cuatro morcillas con acederas. En los extremos se alzaban garrafas de aguardiente. La sidra dulce en botellas soltaba su espesa espuma alrededor de los tapones, y todos los vasos ya estaban llenos de vino hasta los bordes. Grandes fuentes de natillas, que temblaban por sí solas al menor choque de la mesa, presentaban, dibujadas en su lisa superficie, las iniciales de los recién casados con arabescos de peladillas. Para las tortadas y los guirlaches habían ido a buscar un pastelero a Yvetot, quien, por ser nuevo en la comarca, había trabajado con esmero; y, a los postres, él mismo sacó una obra de repostería de varios pisos que provocó exclamaciones de sorpresa. Para empezar, en la base había un cuadrado de cartón azul que representaba un templo con sus pórticos, columnatas y, todo alrededor, estatuillas de estuco en hornacinas consteladas por estrellas de papel dorado; luego, en el segundo piso se alzaba un torreón de bizcocho de Saboya, rodeado de pequeñas fortificaciones de angélica, almendras, uvas pasas, gajos de naranja; y por último, sobre la plataforma superior, que

era una pradera verde donde había rocas con lagos de mermelada y barcos de cáscaras de avellanas, se veía un amorcillo balanceándose en un columpio de chocolate cuyos dos soportes remataban sendos capullos de rosa naturales, a modo de bolas, en la cima.

Estuvieron comiendo hasta la noche. Cuando se cansaban de estar sentados, iban a dar una vuelta por los corrales o jugaban una partida de chito[23] en el granero; luego volvían a la mesa. Hacia el final, algunos se quedaron dormidos allí mismo y roncaron. Pero, cuando llegó la hora del café, todo se reanimó; empezaron entonces las canciones, se hicieron exhibiciones de fuerza, levantaban pesos, pasaban por debajo de sus pulgares[24], intentaban cargar las carretas sobre los hombros, decían chocarrerías, abrazaban a las señoras. Por la noche, en el momento de partir, los caballos, atiborrados de avena hasta los ollares, se resistieron a entrar en los varales; daban coces, se encabritaban, rompían los arreos, los amos blasfemaban o reían; y durante toda la noche, a la luz de la luna, por los caminos de la comarca hubo carricoches desbocados que corrían a galope tendido, dando brincos en las regueras, saltando sobre los metros cúbicos de guijarros[25], pegándose a los taludes, con mujeres que se asomaban a la portezuela para empuñar las riendas.

Los que se quedaron en Les Bertaux pasaron la noche bebiendo en la cocina. Los niños se habían dormido debajo de los bancos.

La novia había suplicado a su padre que le evitaran las bromas de costumbre. Pese a ello, un pescadero primo suyo (que incluso había llevado como regalo de bodas un par de lenguados) empezaba a soplar agua con la boca por el ojo de la cerradura cuando papá Rouault llegó justo a tiempo de impedírselo, y le explicó que la respetable posición de su yerno no permitía tales inconveniencias. Con todo, el primo no cedió fácilmente a estas razones. En su fuero interno acusó a papá Rouault de ser orgulloso, y fue a reunirse en un rincón con otros cuatro o cinco invitados que, por haberles tocado casualmente en la mesa varias veces seguidas los peores trozos de carne, también pensaban que los habían recibido mal, murmuraban del anfitrión y con palabras encubiertas deseaban su ruina.

La señora Bovary madre no había abierto la boca en toda la jornada. Nadie le había consultado ni sobre el traje de la nuera ni sobre los preparativos del festín; se retiró temprano. Su marido, en vez de irse con ella, mandó a buscar puros a Saint-Victor y fumó hasta el amanecer, mientras bebía grogs[26] de kirsch, brebaje desconocido para toda aquella gente, y que para él supuso la causa de una consideración todavía mayor.

Charles no era de temperamento gracioso, no había brillado en la boda. Respondió con escaso ingenio a las pullas, retruécanos, palabras de doble sentido, cumplidos y alusiones picantes que se creyeron en la obligación de soltarle desde la sopa.

Al día siguiente, en cambio, parecía otro hombre. Era más bien a él a quien se hubiera tomado por la virgen de la víspera, mientras que la novia no dejaba traslucir nada que permitiese adivinar algo. Los más maliciosos no sabían qué decirle, y la miraban, cuando pasaba a su lado, presas de la más viva tensión de ánimo. Pero Charles no disimulaba en absoluto. La llamaba mi mujer, la tuteaba, preguntaba por ella a todo el mundo, la buscaba por todas partes y a menudo se la llevaba a los corrales, donde de lejos, entre los árboles, se le podía ver pasándole el brazo por la cintura y seguir caminando a medias

inclinado sobre ella, aplastándole con la cabeza el camisolín del corpiño.

Dos días después de la boda, los esposos se fueron: debido a sus enfermos, Charles no podía estar ausente por más tiempo. Papá Rouault mandó llevarlos en su carricoche y él mismo los acompañó hasta Vassonville. Allí abrazó a su hija por última vez, se apeó y emprendió la vuelta. Cuando llevaba andados unos cien pasos, se detuvo, y al ver alejarse el carricoche, con las ruedas girando en medio del polvo, dejó escapar un profundo suspiro. Luego se acordó de su propia boda, de los tiempos pasados, del primer embarazo de su mujer; también él estaba muy feliz el día en que la había sacado de casa de su padre para llevarla a la suya, cuando los dos iban en el mismo caballo, ella a la grupa, trotando sobre la nieve; pues era por Navidad y el campo estaba todo blanco; ella lo agarraba con un brazo, y del otro colgaba su cesta; el viento agitaba los largos encajes de su tocado del País de Caux, que a veces pasaban por delante de su boca, y, cuando volvía la cabeza, veía a su lado, sobre su hombro, aquella carita sonrosada que le sonreía en silencio, bajo la chapa dorada de su gorro. Para calentarse los dedos, de vez en cuando se los metía a él en el pecho. ¡Qué viejo era todo aquello! Su hija tendría ahora ¡treinta años! Miró entonces hacia atrás, no vio nada en el camino. Se sintió triste como una casa sin muebles; y, al mezclarse los recuerdos tiernos con las negras ideas de su cerebro nublado por los vapores de la juerga, por un momento le dieron ganas de ir a dar un paseo por el lado de la iglesia. Pero por miedo a que le entristeciera todavía más aquella vista, volvió derecho a casa.

Charles y su mujer llegaron a Tostes a eso de las seis. Los vecinos se asomaron a las ventanas para ver a la nueva mujer de su médico.

La vieja criada se presentó, la saludó, se disculpó por no tener lista la cena e invitó a la señora a que, mientras la preparaba, conociera la casa.

V

La fachada de ladrillos seguía exactamente la línea de la calle, o más bien la de la carretera. Detrás de la puerta estaban colgados un gabán de cuello corto, unas bridas, una gorra de cuero negro y, en un rincón, en el suelo, un par de polainas todavía cubiertas de barro seco. A mano derecha se encontraba la sala, es decir, la estancia donde se comía y que también era cuarto de estar. Un papel amarillo canario, realzado en la parte superior por una guirnalda de flores pálidas, temblaba todo él sobre su tela mal tensada; unas cortinas de calicó blanco, ribeteadas con un galón rojo, se entrecruzaban a lo largo de las ventanas, y sobre la estrecha repisa de la chimenea resplandecía un péndulo con un busto de Hipócrates entre dos candelabros de plata chapada, bajo unos globos ovalados. En el otro lado del pasillo estaba el gabinete de Charles, cuartito de unos seis pasos de ancho, con una mesa, tres sillas y un sillón de despacho. Los tomos del *Diccionario de las ciencias médicas* [27], con las hojas sin cortar, pero cuya encuadernación había sufrido al pasar por ventas sucesivas, llenaban casi por sí solos los seis anaqueles de una estantería de madera de pino. Durante las consultas, por la pared penetraba el olor de los guisos, del mismo modo que desde la cocina se oía a los enfermos toser en el gabinete y explicar toda su historia. Luego venía, dando directamente al patio, donde se encontraba la cuadra, una gran nave destartalada que tenía un horno, y que ahora servía de leñera, de despensa, de desván, llena de trastos viejos, de toneles vacíos, de aperos de labranza inservibles, además de muchas otras cosas llenas de polvo cuyo uso era imposible adivinar.

El huerto, más largo que ancho, llegaba, entre dos tapias de adobe cubiertas de albaricoqueros en espaldera, hasta un seto de espinos que lo separaba del campo. En el centro había un cuadrante solar de pizarra sobre un pedestal de mampostería; cuatro arriates de escaramujos raquíticos rodeaban simétricamente el bancal, más útil, de las plantaciones serias. Al fondo del todo, bajo las píceas, un cura de escayola leía su breviario.

Emma subió a las habitaciones. La primera no estaba amueblada; pero en la segunda, que era la alcoba conyugal, había una cama de caoba en una trasalcoba con colgaduras rojas. Una caja de conchas adornaba la cómoda; y, sobre el secreter, junto a la ventana, en un jarrón había un ramo de flores de azahar[28] sujeto con cintas de raso blanco. Era un ramo de novia, ¡el ramo de la otra! Lo miró. Charles se dio cuenta, lo cogió y fue a llevarlo al desván mientras, sentada en un sillón (estaban dejando alrededor sus cosas), Emma pensaba en su ramo de novia, embalado en una caja de cartón, y se preguntaba, pensativa, qué harían con él si por casualidad llegase a morir.

Los primeros días se dedicó a pensar en los cambios de la casa. Retiró los globos de

los candelabros, mandó empapelar de nuevo las paredes, repintar la escalera y poner bancos en el huerto, alrededor del reloj de sol; preguntó incluso qué se podía hacer para tener un estanque con surtidor y peces. Finalmente, su marido, sabiendo que le gustaba pasear en coche, encontró un *boc*[29] de ocasión que, una vez con faroles nuevos y guardabarros de cuero labrado, casi parecía un tílburi.

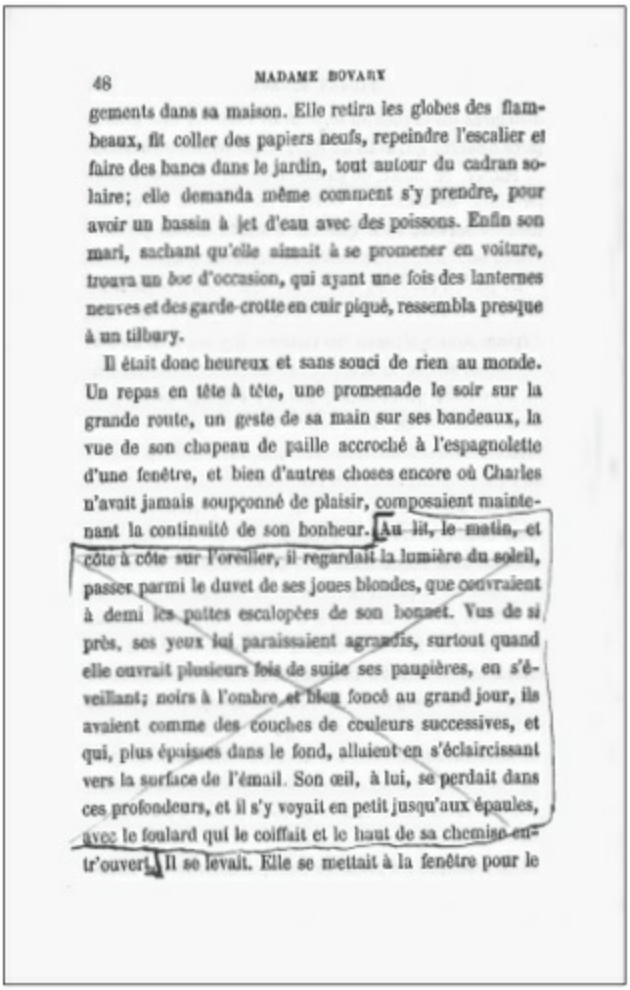
Charles se sentía, pues, feliz, y sin la menor preocupación. Una comida a solas con ella, un paseo al atardecer por la carretera, un gesto de su mano sobre los bandós, la vista de su sombrero de paja colgado de la falleba de una ventana, y muchas otras cosas parecidas en las que Charles jamás había sospechado placer alguno, constituían ahora la continuidad de su dicha. En la cama, por la mañana, y juntas las cabezas en la almohada, miraba pasar la luz del sol entre el vello de sus rubias mejillas, medio cubiertas por las tirillas replegadas de su gorro[30]. Vistos tan de cerca, sus ojos le parecían más grandes, sobre todo cuando levantaba varias veces seguidas los párpados al despertarse; negros en la sombra y de un azul oscuro a plena luz, tenían algo así como capas de colores sucesivos que, más densas en el fondo, iban aclarándose hacia la superficie del esmalte. Los de Charles se perdían en aquellas profundidades, y se veía en pequeño en ellos hasta los hombros, con el pañuelo que le cubría la cabeza y el cuello de la camisa entreabierto. Se levantaba. Ella se asomaba a la ventana para verle partir; y permanecía acodada en el alféizar, entre dos tiestos de geranios, vestida con una bata muy holgada en torno al cuerpo. Ya en la calle, Charles se calzaba las espuelas sobre el mojón, y ella seguía hablándole desde arriba mientras arrancaba con la boca alguna brizna de flor o de hoja, que le lanzaba soplando y que, revoloteando, planeando, trazando en el aire semicírculos como un pajarillo, antes de caer iba a quedar prendida en las crines mal peinadas de la vieja yegua blanca, inmóvil delante de la puerta. Charles, ya a caballo, le enviaba un beso; ella respondía con un gesto y cerraba la ventana, él se iba. Y entonces, en la carretera que extendía sin fin su larga cinta de polvo, por las cañadas donde los árboles se curvaban formando una bóveda, en los senderos donde los trigos le llegaban hasta las rodillas, con el sol a su espalda y el aire matinal en las aletas de la nariz, lleno el corazón de las delicias nocturnas, tranquilo el ánimo, satisfecha la carne, se iba rumiando su dicha, como los que, después de comer, siguen masticando el gusto de las trufas que están digiriendo.

Hasta entonces, ¿qué había habido de bueno en su existencia? ¿Su etapa de colegio, cuando estaba encerrado entre aquellos altos muros, solo en medio de sus compañeros más ricos o más adelantados que él en las clases, a los que hacía reír su acento, que se burlaban de su atuendo y cuyas madres iban al locutorio con golosinas ocultas en sus manguitos? ¿O más tarde, cuando estudiaba Medicina y nunca había tenido la bolsa lo bastante provista para pagar el baile[31] a alguna obrerita que hubiera llegado a ser su querida? Después había vivido catorce meses con la viuda, cuyos pies, en la cama, estaban fríos como témpanos. Pero ahora poseía para siempre a aquella preciosa mujercita a la que adoraba. Para él, el universo no iba más allá del vuelo sedoso de su falda; y se reprochaba no amarla bastante, tenía ganas de volver a verla; regresaba deprisa, subía la escalera con el corazón palpitante. Emma estaba peinándose en su

cuarto; él se acercaba con paso silencioso, la besaba en la espalda, ella lanzaba un grito.

No podía resistirse al deseo de acariciar continuamente su peine, sus sortijas, su chal; a veces le daba sonoros besos en las mejillas, o besitos en hilera por todo su brazo desnudo, desde la punta de los dedos hasta el hombro; y ella lo rechazaba entre risueña y enfadada, como se hace con un niño que se te cuelga encima.

Antes de casarse, ella había creído estar enamorada; pero, como la dicha que debía resultar de ese amor no llegó, pensaba que tenía que haberse equivocado. Intentaba saber qué se entendía exactamente en la vida por las palabras *felicidad, pasión* y *ebriedad*, que tan hermosas le habían parecido en los libros.



48 MADAME BOVARY

gements dans sa maison. Elle retira les globes des flambeaux, fit coller des papiers neufs, repeindre l'escalier et faire des bancs dans le jardin, tout autour du cadran solaire; elle demanda même comment s'y prendre, pour avoir un bassin à jet d'eau avec des poissons. Enfin son mari, sachant qu'elle aimait à se promener en voiture, trouva un *boe* d'occasion, qui ayant une fois des lanternes neuves et des garde-crotte en cuir piqué, ressembla presque à un tilbury.

Il était donc heureux et sans souci de rien au monde. Un repas en tête à tête, une promenade le soir sur la grande route, un geste de sa main sur ses bandeaux, la vue de son chapeau de paille accroché à l'espagnolette d'une fenêtre, et bien d'autres choses encore où Charles n'avait jamais soupçonné de plaisir, composaient maintenant la continuité de son bonheur. Au lit, le matin, et côte à côte sur l'oreiller, il regardait la lumière du soleil, passer parmi le duvet de ses joues blondes, que couvraient à demi les pattes escalopées de son bonnet. Vus de si près, ses yeux lui paraissaient agrandis, surtout quand elle ouvrait plusieurs fois de suite ses paupières, en s'éveillant; noirs à l'ombre et bleu foncé au grand jour, ils avaient comme des couches de couleurs successives, et qui, plus épaisses dans le fond, allaient en s'éclaircissant vers la surface de l'émail. Son œil, à lui, se perdait dans ces profondeurs, et il s'y voyait en petit jusqu'aux épaules, avec le foulard qui le coiffait et le haut de sa chemise entr'ouvert. Il se levait. Elle se mettait à la fenêtre pour le

«Charles se sentía, pues, feliz...»

voir partir ; et elle restait accoudée sur le bord, entre deux pots de géraniums, vêtue de son peignoir qui était lâche autour d'elle. Charles, dans la rue, bouclait ses éperons sur la borne ; et elle continuait à lui parler d'en haut, tout en arrachant avec sa bouche, quelque bribe de fleur ou de verdure qu'elle soufflait vers lui, et qui voltigeant, se soutenant, faisant dans l'air des demi-cercles comme un oiseau, allait, avant de tomber, s'accrocher aux crins mal peignés de la vieille jument blanche, immobile à la porte. Charles, à cheval, lui envoyait un baiser ; elle répondait par un signe, elle refermait la fenêtre, il partait. Et alors, sur la grande route qui étendait sans en finir son long ruban de poussière, par les chemins creux où les arbres se courbaient en berceaux, dans les sentiers dont les blés lui montaient jusqu'aux genoux, avec le soleil sur ses épaules et l'air du matin à ses narines, le cœur plein des félicités de la nuit, l'esprit tranquille, la chair contente, il s'en allait ruminant son bonheur, comme ceux qui mâchent encore après dîner, le goût des truffes qu'ils digèrent.

Jusqu'à présent, qu'avait-il eu de bon dans l'existence? Était-ce son temps de collège, où il restait enfermé entre ces hauts murs, seul au milieu de ses camarades plus riches ou plus forts que lui dans leurs classes, qu'il faisait rire par son accent, qui se moquaient de ses habits, et dont les mères venaient au parloir, avec des pâtisseries dans leur manchon ? Était-ce plus tard, lorsqu'il étudiait la médecine et n'avait jamais la bourse assez ronde pour payer la contredanse à quelque petite ouvrière qui fût de-

VI

Había leído *Pablo y Virginia*[32] y soñado con la casita de bambúes, con el negro Domingo, con el perro fiel, pero sobre todo con la dulce amistad de algún buen hermanito que, para buscarte frutas rojas, se sube a grandes árboles más altos que campanarios, o corre descalzo por la arena trayéndote un nido de pájaros.

Cuando cumplió trece años, su padre la llevó en persona a la ciudad para meterla en el convento. Se alojaron en una posada del barrio Saint-Gervais, donde les sirvieron la cena en unos platos pintados que representaban la historia de Mademoiselle de La Vallière[33]. Las leyendas explicativas, cortadas aquí y allá por los arañazos de los cuchillos, glorificaban todas ellas la religión, las delicadezas del corazón y las pompas de la corte.

Al principio, lejos de aburrirse en el convento, se encontró a gusto en compañía de las buenas monjas, que, para entretenerla, la llevaban a la capilla, a la que se accedía desde el refectorio por un largo pasillo. Jugaba muy poco en los recreos, comprendía bien el catecismo y era ella la que siempre contestaba las preguntas difíciles del señor vicario. Y así, viviendo sin salir nunca de la tibia atmósfera de las clases y entre aquellas mujeres de cutis blanco que llevaban rosarios con una cruz de cobre, fue adormeciéndose dulcemente con la languidez mística que exhalan los perfumes del altar, el frescor de las pilas de agua bendita y el resplandor de los cirios. En vez de seguir la misa, miraba en su libro las viñetas piadosas de rebordes azules, y amaba a la oveja enferma, al sagrado corazón atravesado por agudas flechas, o al pobre Jesús que cae andando bajo su cruz. Para mortificarse, probó a pasarse un día entero sin comer. En su cabeza buscaba algún voto que cumplir.

Cuando iba a confesarse, inventaba pecadillos para permanecer allí más tiempo, arrodillada en la sombra, juntas las manos y pegada la cara a la rejilla bajo el murmullo del sacerdote. Las comparaciones de prometido, de esposo, de amante celestial y de matrimonio eterno que se repiten una y otra vez en los sermones provocaban en el fondo de su alma inesperadas dulzuras.

Por la noche, antes de la oración, tenía lugar en el Estudio una lectura religiosa. Durante la semana, leían algún resumen de Historia Sagrada o las *Conferencias* del abate Frayssinous[34], y los domingos, a manera de esparcimiento, pasajes del *Genio del cristianismo*[35]. ¡Cómo escuchó las primeras veces el lamento sonoro de las melancolías románticas repitiéndose en todos los ecos de la tierra y de la eternidad! Si su infancia hubiera transcurrido en la trastienda de un barrio comercial, quizá se habría entregado entonces a los arrebatos líricos de la naturaleza, que, por lo general, sólo nos llegan traducidos por los escritores. Pero conocía de sobra el campo; sabía del balido de los rebaños, de los productos derivados de la leche, de los arados. Acostumbrada a los

aspectos tranquilos, se volvía, en cambio, hacia los accidentados. El mar sólo le gustaba por sus tempestades, y el follaje sólo cuando estaba salpicado de ruinas. Necesitaba poder sacar de las cosas una especie de provecho personal; y rechazaba como inútil cuanto no contribuía al alimento inmediato de su corazón — por ser de temperamento más sentimental que artístico, por buscar emociones y no paisajes.

Todos los meses acudía al convento, durante ocho días, una solterona que se ocupaba de la ropa blanca. Protegida del arzobispado por pertenecer a una antigua familia de nobles arruinados durante la Revolución, comía en el refectorio a la mesa de las buenas hermanas y, después de la comida, charlaba un ratito con ellas antes de volver a su trabajo. Las internas solían escaparse del Estudio para ir a verla. Sabía de memoria canciones galantes del siglo anterior, que cantaba a media voz sin dejar de darle a la aguja. Contaba historias, traía noticias, hacía recados en la ciudad y prestaba a hurtadillas a las mayores alguna novela que siempre llevaba en los bolsillos del delantal, y de la que la buena señorita devoraba largos capítulos en los descansos de su labor. Se hablaba en ellas de amores, galanes, amadas, damas perseguidas desmayándose en pabellones solitarios, postillones a los que matan en todas las postas, caballos reventados en cada página, bosques sombríos, cuitas del corazón, juramentos, sollozos, lágrimas y besos, barcas a la luz de la luna, ruiseñores en las arboledas, *señores* valientes como leones, tiernos como corderos, virtuosos sin tacha, siempre bien vestidos, que lloran como urnas. Y así, durante seis meses, con quince años, Emma se manchó las manos en ese polvo de los viejos gabinetes de lectura[36]. Más tarde, con Walter Scott[37] se apasionó por los sucesos históricos, soñó con arcones, salas de guardia y trovadores. Habría querido vivir en alguna vieja mansión, como aquellas castellanas de largo corpiño que, bajo el trébol de las ojivas, pasaban los días de codos sobre el alféizar y la barbilla en la mano, esperando ver aparecer por el fondo de la campiña a un caballero de blanco penacho galopando sobre un negro corcel. En esa época rindió culto a María Estuardo, y una veneración entusiasta a mujeres ilustres o desdichadas. Juana de Arco, Eloísa, Agnès Sorel, la bella Ferronnière y Clémence Isaure[38] destacaban para ella como cometas sobre la inmensidad tenebrosa de la historia, de donde también surgían acá y allá, aunque más perdidos en la sombra y sin relación alguna entre sí, san Luis con su roble, Bayard moribundo, algunas crueldades de Luis XI, algo de San Bartolomé, el penacho del Bearnés[39], y siempre el recuerdo de aquellos platos pintados en los que se glorificaba a Luis XIV[40].

Durante la clase de música, en las romanzas que cantaba, todo eran angelitos de alas doradas, madonas, lagunas, gondoleros, apacibles composiciones que le dejaban entrever, a través de la sosería del estilo y las imprudencias de la Notas, la atrayente fantasmagoría de las realidades sentimentales. Algunas de sus compañeras llevaban al convento los *keepsakes*[41] que habían recibido de aguinaldo. Había que esconderlos, y hacerlo era un problema; los leían en el dormitorio. Manejando con delicadeza sus bellas encuadernaciones de raso, Emma fijaba sus ojos deslumbrados en el nombre de los desconocidos autores que, condes o vizcondes en su mayoría, habían firmado al pie de sus obras.

Se estremecía al levantar con su aliento el papel de seda de los grabados, que se

levantaba medio fruncido y volvía a caer suavemente sobre la página. Unas veces era un joven de capa corta que, tras la balaustrada de un balcón, estrechaba entre sus brazos a una doncella vestida de blanco, con una escarcela en la cintura; o bien los retratos anónimos de *ladies* inglesas de rubios rizos que nos miran con sus grandes ojos claros bajo sus redondos sombreros de paja. Se veía a algunas arrellanadas en carruajes que rodaban por los parques, donde un lebrel saltaba delante del tiro de caballos conducido al trote por dos pequeños postillones con calzón blanco. Otras, en un sofá, pensativas, junto a una carta abierta, contemplaban la luna por la ventana entornada, semioculta tras una cortina negra. Con una lágrima en la mejilla, las ingenuas daban de comer con la boca a una tórtola a través de los barrotes de una jaula gótica, o, sonriendo, con la cabeza reclinada en el hombro, deshojaban una margarita con dedos afilados, curvados hacia arriba, como zapatos de punta retorcida[42]. Y allí también estabais vosotros, sultanes de largas pipas, desfallecidos bajo los cenadores, en brazos de las bayaderas, *giaours*[43], sables turcos, gorros griegos, y sobre todo vosotros, pálidos paisajes de ditirámbicas regiones que tantas veces nos mostráis al mismo tiempo palmeras, abetos, tigres a la derecha, un león a la izquierda, minaretes tártaros en el horizonte, ruinas romanas en primer término, luego camellos echados; — todo ello enmarcado por una selva virgen muy limpia, y con un gran rayo de sol perpendicular temblequeando en el agua, donde de trecho en trecho se destacan como desolladuras blancas, sobre un fondo de acero gris, unos cisnes que nadan.

Y la pantalla del quinqué, colgado en la pared sobre la cabeza de Emma, iluminaba todos aquellos cuadros del mundo que pasaban ante ella unos tras otros, en el silencio del dormitorio y con el ruido lejano de algún coche de punto rezagado que aún rodaba por los bulevares.

Cuando murió su madre, lloró mucho los primeros días. Mandó hacer un cuadro fúnebre con los cabellos de la difunta, y, en una carta que mandó a Les Bertaux, llena de tristes reflexiones sobre la vida, pedía que, más tarde, la enterraran en la misma sepultura. El pobre hombre la creyó enferma y fue a verla. En su fuero interno, Emma se sintió satisfecha de haber alcanzado al primer intento ese raro ideal de las existencias melancólicas que nunca alcanzan los corazones mediocres. Se dejó, pues, deslizar por los meandros lamartinianos[44], escuchó las arpas en los lagos, todos los cantos de cisnes moribundos, todas las caídas de hojas, las vírgenes puras que suben al cielo y la voz del Eterno que discursea por los valles. Acabó por cansarse de todo aquello, no quiso reconocerlo, siguió por hábito, luego por vanidad, y finalmente quedó sorprendida al sentirse sosegada y sin más tristeza en el corazón que arrugas en la frente.

Las buenas monjas, que tantas ilusiones se habían hecho de su vocación, advirtieron muy sorprendidas que la señorita Rouault parecía escapar a sus desvelos. Y es que le habían prodigado tantos oficios, retiros, novenas y sermones, tanto le habían predicado el respeto debido a los santos y a los mártires, y dado tantos buenos consejos sobre la modestia del cuerpo y la salvación del alma, que hizo como los caballos cuando les tiran de la brida: se paró en seco y se le salió de los dientes el bocado. Aquel espíritu, positivo en medio de sus entusiasmos, que había amado la iglesia por sus flores, la música por la

letra de las romanzas y la literatura por sus excitaciones pasionales, se rebelaba ante los misterios de la fe, lo mismo que se irritaba cada vez más contra la disciplina, que era algo reñido con su temperamento. Cuando su padre la sacó del internado, no lamentaron verla partir. La superiora llegaba a pensar incluso que en los últimos tiempos se había vuelto poco respetuosa con la comunidad.

De vuelta en casa, a Emma le gustó al principio mandar a los criados, luego aborreció el campo y echó de menos el convento. Cuando Charles fue a Les Bertaux por primera vez, se creía sin ilusiones, como quien ya no tiene nada que aprender ni debe sentir nada.

Pero la ansiedad de un estado nuevo, o tal vez la excitación causada por la presencia de aquel hombre, había bastado para hacerle creer que por fin sentía aquella maravillosa pasión que hasta entonces se había mantenido como una enorme ave de rosado plumaje planeando en el esplendor de unos cielos poéticos; — y ahora no podía imaginar que aquella calma en que vivía fuera la felicidad que había soñado.

VII

A veces pensaba que, a pesar de todo, estaba viviendo los días más hermosos de su vida, la luna de miel, como se decía. Para saborear su dulzura, habría sido preciso, sin duda, ir hacia esos países de nombres sonoros en que los días siguientes a la boda tienen una languidez más suave. En sillas de posta, bajo cortinillas de seda azul, se sube al paso por caminos escarpados escuchando la canción del postillón, que se repite en la montaña con las esquilas de las cabras y el ruido sordo de la cascada. Cuando se pone el sol, a la orilla de los golfos se respira el perfume de los limoneros; luego, al anochecer, en la terraza de las villas, solos y con los dedos entrelazados, se miran las estrellas mientras se hacen proyectos. Le parecía que ciertos lugares de la tierra debían de favorecer la felicidad, como una planta propia de un suelo determinado que no prospera en cualquier parte. ¡Quién pudiera acodarse en el balcón de los chalets suizos o encerrar su tristeza en un *cottage* escocés, junto a un marido que viste un frac de terciopelo negro de largos faldones, y que lleva botas flexibles, un sombrero puntiagudo y puños de encaje en las camisas!

Quizá hubiera deseado tener a alguien a quien hacer la confidencia de todas estas cosas. Pero ¿cómo explicar un vago malestar que cambia de aspecto como las nubes, que se arremolina como el viento? Y es que le faltaban las palabras, la ocasión, el atrevimiento.

Sin embargo, si Charles lo hubiera querido, si lo hubiera sospechado, si su mirada hubiera ido, siquiera una vez, al encuentro del pensamiento de Emma, estaba segura de que se habría desprendido de su pecho una efusión súbita como cae de una espaldera el fruto cuando se pone en él la mano. Pero, a medida que se estrechaba más la intimidad de su vida, crecía en su interior un desapego que la separaba de él.

La conversación de Charles era vulgar como una acera de calle, y las ideas más manidas de los demás desfilaban por ella con su ropaje ordinario, sin despertar emoción ni hacer reír o soñar. Cuando vivía en Ruán, decía, nunca había sentido curiosidad por ir a ver en el teatro a los actores de París. No sabía ni nadar, ni manejar el florete, ni tirar con pistola, y un día no pudo explicarle un término de equitación que ella había encontrado en una novela.

¿Acaso un hombre no debía conocerlo todo, destacar en múltiples actividades, iniciarte en las energías de la pasión, en los refinamientos de la vida, en todos los misterios? Y aquél no le enseñaba nada, no sabía nada, no deseaba nada. La creía feliz; y ella le odiaba por aquella calma tan impasible, por aquella parsimonia serena, por la felicidad misma que ella le daba.

Emma dibujaba algunas veces; y para Charles era un gran entretenimiento quedarse

allí, de pie, mirándola inclinada sobre su cartapacio, guiñando los ojos para ver mejor su obra, o modelando bolitas de pan con los dedos. Delante del piano, cuanto más deprisa corrían sus dedos, más se maravillaba él. Golpeaba las teclas con aplomo, y recorría de arriba abajo todo el teclado sin detenerse. Así sacudido por ella, el viejo instrumento, cuyas cuerdas tremolaban, se dejaba oír hasta la otra punta del pueblo si la ventana estaba abierta, y muchas veces el alguacil que pasaba por la carretera, sin sombrero y en zapatillas, se paraba a escuchar, con su hoja de papel en la mano.

Emma, por otra parte, sabía gobernar la casa. Enviaba a los enfermos la Notas de las visitas en unas cartas bien redactadas que no olían a factura. Cuando los domingos tenían algún vecino a comer, se las ingeniaba para ofrecer un plato atractivo, para poner sobre hojas de parra las pirámides de ciruelas claudias, servía los tarros de mermelada volcados en un plato, y hablaba incluso de comprar enjuagadientes[45] para el postre. Todo ello acrecentaba mucho el prestigio de Bovary.

Charles terminaba estimándose más por tener una mujer como aquélla. En la sala enseñaba con orgullo dos pequeños bosquejos suyos hechos con mina de plomo, que él había mandado poner en marcos muy anchos y colgado sobre el papel de la pared con largos cordones verdes. Al salir de misa se le veía en la puerta de su casa con unas bonitas zapatillas bordadas.

Volvía tarde, a las diez, a veces a medianoche. Entonces pedía la cena, y como la criada ya se había acostado, era Emma quien se la servía. Se quitaba la levita para cenar más a gusto. Iba nombrando una tras otra a todas las personas a las que había visto, los pueblos donde había estado, las recetas que había prescrito, y, satisfecho de sí mismo, se comía el resto del guiso, descortezaba su queso, mordía una manzana, vaciaba la jarra de vino, luego se iba a la cama, se acostaba boca arriba y roncaba.

Como durante mucho tiempo se había acostumbrado al gorro de dormir de algodón, el pañuelo de seda no se le sujetaba en las orejas[46], de modo que, por la mañana, tenía el pelo alborotado sobre la cara y blanqueado por el plumón de la almohada, cuyas cintas se le desataban durante la noche. Siempre llevaba unas botas recias, con dos gruesos pliegues curvados hacia los tobillos en la punta, mientras el resto del empeine, tenso como si estuviera en una horma, continuaba en línea recta. Decía que aquello *era suficientemente bueno para el campo*.

En este ahorro contaba con la aprobación de su madre, que iba a verle como antes, siempre que en su casa se producía alguna borrasca algo violenta; y sin embargo la señora Bovary madre parecía sentir prevención contra su nuera. La encontraba *de unas maneras demasiado finas para su posición económica* ; la leña, el azúcar y las velas *volaban como en una casa de postín*, y la cantidad de carbón que se quemaba en la cocina ¡habría bastado para veinticinco platos! Le ordenaba la ropa blanca en los armarios y le enseñaba a vigilar al carnicero cuando traía la carne. Emma aceptaba estas lecciones; su suegra se las prodigaba; y las palabras *hija* y *madre* se oían aquí y allá todo el día, acompañadas de un leve estremecimiento de los labios, lanzando cada una las palabras dulces con voz que temblaba de rabia.

En tiempos de la señora Dubuc, la buena mujer aún seguía sintiéndose la preferida;

pero ahora el amor de Charles por Emma le parecía una deserción de su cariño, una intromisión en algo que le pertenecía; y observaba la felicidad de su hijo con un silencio triste, como alguien arruinado que mira, a través de los cristales, a la gente sentada a la mesa en su antiguo hogar. Como si se tratara de recuerdos, le hablaba de sus penalidades y sacrificios, y, comparándolos con las negligencias de Emma, llegaba a la conclusión de que no era en modo alguno razonable adorarla de manera tan exclusiva.

Charles no sabía qué replicar; respetaba a su madre, y quería infinitamente a su mujer; consideraba la opinión de la primera infalible, y sin embargo la otra le parecía irreprochable. Cuando la señora Bovary se iba, trataba de aventurar tímidamente, y palabra por palabra, una o dos de las observaciones más anodinas que había oído hacer a su mamá: Emma, tras demostrarle con una palabra que se equivocaba, le decía que se ocupase de sus enfermos.

A pesar de todo, y siguiendo teorías que a ella le parecían buenas, quiso entregarse al amor. A la luz de la luna, en el jardín, recitaba todas las rimas apasionadas que sabía de memoria, y, suspirando, le cantaba adagios melancólicos; pero luego se quedaba tan tranquila como antes, y Charles no parecía por aquello ni más enamorado ni más emocionado.

Después de golpear así el eslabón sobre su corazón sin lograr que saltase una sola chispa, incapaz, por otra parte, de comprender lo que no sentía ni de creer en nada que no revistiese formas convenidas, terminó convenciéndose fácilmente de que la pasión de Charles no tenía nada de exorbitante. Sus expansiones se habían vuelto regulares; la besaba a las mismas horas. Era una costumbre como tantas otras, una especie de postre previsto por adelantado tras la monotonía de la cena.

Un guardabosques, a quien el señor había curado de una pleuresía, había regalado a la señora una pequeña galga italiana; se la llevaba de paseo, porque a veces salía para estar sola un rato y no tener ante la vista la eterna huerta junto al camino polvoriento.

Iba hasta el hayedo de Banneville, cerca del pabellón abandonado que hace esquina con la cerca por la parte del campo. En el foso, entre las hierbas, hay largas cañas de hojas afiladas.

Empezaba por mirar a su alrededor, para ver si había cambiado algo desde la última vez que había ido. Encontraba en el mismo sitio las digitales y los alhelíes, las matas de ortigas alrededor de las peñas, y las placas de liquen a lo largo de las tres ventanas, cuyos postigos siempre cerrados iban cayéndose de podridos sobre sus goznes de hierro oxidados. Su pensamiento, sin meta al principio, vagabundeaba al azar, como su galga, que corría en círculos por el campo, ladraba detrás de las mariposas amarillas, perseguía a las musarañas o mordisqueaba las amapolas a la orilla de un trigal. Luego, poco a poco, sus ideas iban concretándose y, sentada en el césped, que removía dando golpecitos con la contera de su sombrilla, Emma se repetía: «¡Dios mío, por qué me habré casado!».

Se preguntaba entonces si no habría habido medio, por distintas combinaciones del azar, de encontrar otro hombre; y trataba de imaginar cuáles habrían sido esos acontecimientos no ocurridos, aquella vida diferente, aquel marido que no conocía. Porque ninguno de ellos se parecía al suyo. Habría podido ser guapo, inteligente,

distinguido, atractivo, como sin duda eran los que se habían casado con sus antiguas compañeras del convento. ¿Qué sería de ellas ahora? En la ciudad, con el tumulto de las calles, el bullicio de los teatros y las luces de los bailes, llevaban una de esas existencias que dilatan el corazón, en que los sentidos despiertan. Su vida en cambio era fría como un desván cuya lucera da al norte, y el aburrimiento, araña silenciosa, tejía en la sombra su tela por todos los rincones de su corazón. Recordaba los días de reparto de premios, cuando subía al estrado para recoger sus pequeñas coronas. Con su pelo trenzado, su vestido blanco y sus zapatos de lana muy escotados[47], tenía un aire encantador, y, cuando volvía a su sitio, los señores se inclinaban para decirle cumplidos; el patio estaba lleno de calesas, le decían adiós por las portezuelas, el profesor de música pasaba saludando, con el estuche del violín. ¡Qué lejos estaba todo aquello! ¡Qué lejos!

Llamaba a Djali[48], la colocaba entre las rodillas, le pasaba los dedos por su larga y fina cabeza y le decía:

—Vamos, bese a su ama, usted que no tiene penas.

Luego, contemplando la expresión melancólica del esbelto animal que bostezaba lentamente, se enternecía y, comparándolo consigo misma, le hablaba en voz alta, como quien trata de consolar a alguien afligido.

A veces llegaban ráfagas de viento, brisas del mar que, adentrándose de repente en toda la meseta del País de Caux, traían hasta los confines de los campos un frescor salado. Silbaban los juncos a ras de tierra, y las hojas de las hayas susurraban con súbito temblor, mientras las cimas, balanceándose sin cesar, continuaban su gran murmullo. Emma se ceñía el chal a los hombros y se levantaba.

En la avenida, una claridad verdosa filtrada por el follaje iluminaba el musgo raído que crujía suavemente bajo sus pies. Se ponía el sol; el cielo estaba rojo entre las ramas, y los troncos iguales de los árboles plantados en línea recta parecían una columnata oscura recortándose sobre un fondo dorado; de pronto sentía miedo, llamaba a Djali, volvía deprisa a Tostes por la carretera, se dejaba caer en un sillón y no hablaba en toda la velada.

Pero a finales de septiembre, algo extraordinario ocurrió en su vida: fue invitada a La Vaubyessard, a casa del marqués d'Andervilliers.

Secretario de Estado durante la Restauración, el marqués, que trataba de volver a la vida política, llevaba tiempo preparando su candidatura a la Cámara de Diputados. En invierno repartía muchas cargas de leña, y en el Consejo General siempre exigía en tono exaltado carreteras para su distrito. En la época de los grandes calores tuvo un absceso en la boca del que Charles le había aliviado como por milagro, acertando con un golpe de lanceta. El administrador, enviado a Tostes para pagar la operación, contó por la noche que en el pequeño huerto del médico había visto unas cerezas soberbias. Y como los cerezos se daban mal en La Vaubyessard, el señor marqués pidió unos esquejes a Bovary, se creyó en el deber de darle las gracias personalmente, vio a Emma, le pareció que tenía un bonito talle y que no saludaba como una campesina; así que en el castillo no creyeron rebasar los límites de la condescendencia ni, por otro lado, cometer una torpeza, invitando a la joven pareja.

Un miércoles, a las tres, el matrimonio Bovary montó en su *boc*, y partió hacia La Vaubyessard con un gran baúl atado en la trasera y una sombrerera que iba sujeta delante del salpicadero. Charles llevaba, además, una caja de cartón entre las piernas.

Llegaron a la caída de la noche, cuando en el parque empezaban a encender unos farolillos para alumbrar a los coches.

VIII

El castillo, de construcción moderna, a la italiana, con dos alas saledizas y tres escalinatas, se alzaba en la parte baja de un inmenso prado donde pacían algunas vacas, entre espaciados bosquecillos de grandes árboles, mientras macizos de arbustos, rododendros, celindas y mundillos redondeaban sus desiguales matas de verdor sobre la línea curva del camino enarenado. Un riachuelo corría bajo un puente; a través de la bruma se distinguían unos edificios con techumbres de bálago diseminados por el prado, que bordeaban en suave pendiente dos lomas cubiertas de bosque, y, por detrás, entre los macizos, se alzaban, en dos líneas paralelas, las cocheras y las caballerizas, restos conservados del antiguo castillo demolido.

El *boc* de Charles se detuvo ante la escalinata central; aparecieron unos criados; el marqués se adelantó y, ofreciendo su brazo a la mujer del médico, la introdujo en el vestíbulo.

Estaba pavimentado con losas de mármol, era de techo muy alto, y el ruido de los pasos, igual que el de las voces, resonaba en él como en una iglesia. Enfrente subía una escalera recta, y, a la izquierda, una galería que daba al jardín conducía a la sala de billar, desde cuya puerta se oían las carambolas de las bolas de marfil. Cuando la cruzaba para ir al salón, Emma vio alrededor del billar a varios hombres de grave aspecto, con el mentón apoyado sobre altas corbatas, todos ellos condecorados, y que sonreían silenciosamente mientras manejaban su taco. Sobre la oscura marquetería del revestimiento, grandes marcos dorados tenían, al pie, unos nombres escritos en letras negras. Leyó: «Jean-Antoine d'Andervilliers d'Yverbonville, conde de La Vaubyessard y barón de la Fresnaye, muerto en la batalla de Coutras[49], el 20 de octubre de 1587». Y en otro: «Jean-Antoine-Henri-Guy d'Andervilliers de la Vaubyessard, almirante de Francia y caballero de la Orden de San Miguel[50], herido en el combate de La Hougue-Saint-Vaast[51], el 29 de mayo de 1692, muerto en La Vaubyessard el 23 de enero de 1693». Los siguientes apenas se distinguían pues la luz de las lámparas, proyectada sobre el tapete verde del billar, dejaba flotar una penumbra en la estancia. Bruñendo los lienzos horizontales, se quebraba contra ellos en finas aristas, según las grietas del barniz; y de todos aquellos grandes cuadrados negros enmarcados en oro destacaban, aquí y allá, alguna zona más clara de la pintura, una frente pálida, dos ojos que te miraban, unas pelucas que caían sobre la hombrera empolvada de los uniformes rojos, o bien el broche de una liga en lo alto de una torneada pantorrilla.

El marqués abrió la puerta del salón; una de las damas se levantó (la propia marquesa), salió al encuentro de Emma e hizo que se sentase a su lado en un confidente, donde empezó a hablarle amistosamente, como si la conociera desde hacía mucho. Era una

mujer de unos cuarenta años, de bellos hombros, nariz aguileña y voz cansina, y que aquella noche llevaba sobre el pelo castaño una sencilla pañoleta de guipur que por detrás le caía en triángulo. Una joven rubia se sentaba al lado, en una silla de alto respaldo; y unos caballeros, que llevaban una pequeña flor en el ojal de la solapa del frac, hablaban con las damas a uno y otro lado de la chimenea.

A las siete se sirvió la cena. Los hombres, más numerosos, se sentaron en la primera mesa, en el vestíbulo, y las damas en la segunda, en el comedor, con el marqués y la marquesa.

Al entrar, Emma se sintió envuelta en un aire cálido, en el que se mezclaban el perfume de las flores y de la buena ropa blanca, el aroma de las carnes y la fragancia de las trufas. Las velas de los candelabros alargaban sus llamas sobre las tapas de las fuentes de plata; los cristales tallados, cubiertos por un vaho mate, reflejaban rayos pálidos; a lo largo de la mesa se alineaban ramos de flores y, en los platos de ancho borde, cada servilleta, plegada en forma de mitra, sostenía entre la abertura de sus dos pliegues un panecillo de forma ovalada. Las patas rojas de los bogavantes sobresalían de las fuentes; grandes frutas en cestillos calados se escalonaban sobre musgo; las codornices conservaban sus plumas, las fuentes humeaban; y, con medias de seda y calzón corto, corbata blanca y chorrera, grave como un juez, el maestresala, que pasaba entre los hombros de los invitados las fuentes ya trinchadas, hacía saltar con un golpe de cuchara el trozo que cada cual escogía. En la gran estufa de porcelana con molduras de cobre, una estatua de mujer embozada hasta el mentón contemplaba inmóvil la sala llena de gente.

Madame Bovary observó que varias damas no habían puesto los guantes en su copa[52].

Mientras, en la cabecera de la mesa, solo entre todas aquellas mujeres, encorvado sobre su plato lleno y con la servilleta anudada al cuello como un niño, un viejo comía dejando caer de su boca gotas de salsa. Tenía los ojos enrojecidos y llevaba una pequeña coleta atada con una cinta negra. Era el suegro del marqués, el viejo duque de Laverdière, antiguo favorito del conde d'Artois[53], en tiempos de las partidas de caza en Le Vaudreuil, en las posesiones del marqués de Conflans, y que había sido, según decían, el amante de la reina María Antonieta entre los señores de Coigny y de Lauzun[54]. Había llevado una escandalosa vida de desenfreno, llena de duelos, apuestas y mujeres raptadas, había dilapidado su fortuna y se había convertido en el terror de toda su familia. Un criado, detrás de su silla, iba nombrándole en voz alta, al oído, las fuentes que él señalaba con el dedo tartamudeando; y los ojos de Emma se volvían sin cesar y espontáneamente hacia aquel anciano de labios colgantes como hacia algo extraordinario y augusto. ¡Había vivido en la corte y se había acostado en la cama de las reinas!

Sirvieron champán helado. Toda la piel de Emma se estremeció al sentir aquel frío en su boca. Nunca había visto granadas ni comido piñas. Hasta el azúcar en polvo le pareció más blanco y más fino que en ninguna otra parte.

Luego las damas subieron a sus habitaciones a fin de arreglarse para el baile.

Emma se acicaló con la conciencia meticulosa de una actriz en su debut. Se arregló el pelo siguiendo las recomendaciones del peluquero y se metió en su vestido de barés[55], extendido sobre la cama. A Charles el pantalón le oprimía el vientre.

—Las trabillas van a molestarme para bailar –dijo.

—¿Bailar? –preguntó Emma.

—¡Sí!

—Pero ¿es que has perdido el juicio? Se reirían de ti, quédate en tu sitio. Y es lo más apropiado para un médico –añadió.

Charles se calló. Paseaba de un lado a otro de la habitación, esperando a que Emma acabara de vestirse.

La veía por detrás, en el espejo, entre dos candelabros. Sus ojos negros parecían más negros. Sus bandós, levemente ahuecados hacia las orejas, resplandecían con un brillo azulado; en su moño temblaba una rosa sobre un tallo móvil, con gotas de agua artificiales en la punta de sus hojas. Llevaba un vestido de azafrán pálido, adornado con tres ramilletes de rosas de pitiminí mezcladas con verde.

Charles fue a besarla en el hombro.

—¡Déjame! –dijo ella–, me arrugas el vestido.

Se oyó un ritornelo de violín y los sonidos de una trompa de caza. Bajó la escalera conteniéndose para no correr.

Habían empezado las cuadrillas[56]. Llegaba la gente. Se empujaban. Se situó cerca de la puerta, en una banqueta.

Cuando la contradanza hubo concluido, la pista quedó libre para los grupos de hombres que charlaban de pie y para los criados de librea que traían grandes bandejas. En la fila de las mujeres sentadas se agitaban los abanicos pintados, los ramilletes ocultaban a medias la sonrisa de los rostros, y los pomos con tapón de oro[57] giraban en unas manos entreabiertas cuyos guantes blancos marcaban la forma de las uñas y oprimían la carne en la muñeca. Los adornos de encajes, los broches de brillantes, las pulseras de medallón temblaban en los corpiños, centelleaban en los pechos, tintineaban en los brazos desnudos. El pelo, bien pegado a la frente y recogido en la nuca, lucía, en coronas, en racimos o en ramilletes, miosotis, jazmines, flores de granado, espigas o acianos. Apacibles en sus asientos, algunas madres de cara ceñuda llevaban turbantes rojos.

A Emma le palpitó un poco el corazón cuando, llevada de la punta de los dedos por su caballero, fue a colocarse en la fila y esperó el golpe de arco para arrancar. Pero la emoción se disipó enseguida; y, balanceándose al ritmo de la orquesta, se deslizaba hacia delante con ligeros movimientos de cuello. En ciertas florituras del violín, que a veces tocaba solo mientras los demás instrumentos callaban, una sonrisa subía a sus labios; se oía entonces el claro tintineo de los luises de oro al caer en la sala contigua sobre el tapete de las mesas; después todo volvía a empezar al mismo tiempo, el cornetín de pistones lanzaba un estallido sonoro, los pies caían a compás, las faldas se ahuecaban y rozaban, se unían y soltaban las manos; los mismos ojos, que se bajaban ante la pareja, volvían a fijarse en ella.

Algunos hombres (alrededor de una quincena) de veinticinco a cuarenta años, diseminados entre los bailarines o charlando en el marco de las puertas, se distinguían de la multitud por un aire de familia, cualesquiera que fuesen sus diferencias de edad, atuendo o aspecto.

Sus fracs, mejor cortados, parecían de un paño más fino, y su pelo, peinado en bucles hacia las sienes, abrillantado con pomadas más delicadas. Tenían la tez de la riqueza, esa tez blanca que realzan la palidez de las porcelanas, el tornasol del raso, el barniz de los bellos muebles, y a la que un régimen discreto de alimentos exquisitos mantiene lozana. Sus cuellos se movían holgadamente sobre corbatas flojas; sus largas patillas caían sobre cuellos vueltos; se limpiaban los labios con pañuelos bordados con una ancha inicial y de los que emanaba un suave aroma. Los que empezaban a envejecer tenían un aspecto juvenil, mientras que un aire de cierta madurez se extendía por el rostro de los jóvenes. En sus miradas indiferentes flotaba el sosiego de pasiones diariamente satisfechas; y, a través de sus modales suaves, trascendía esa brutalidad particular que comunica el dominio de las cosas medio fáciles en las que se ejerce la fuerza y se complace la vanidad, el manejo de caballos de raza y el trato con mujeres perdidas.

A tres pasos de Emma, un caballero de frac azul hablaba de Italia con una mujer joven y pálida que lucía un aderezo de perlas. Ponderaban el grosor de los pilares de San Pedro, Tívoli, el Vesubio, Castellammare y las Cascine, las rosas de Génova, el Coliseo a la luz de la luna[58]. Emma escuchaba con su otro oído una conversación saturada de palabras que no comprendía. Rodeaban a un hombre muy joven que la semana anterior había vencido a *Miss-Arabelle* y a *Romulus*, y ganado en Inglaterra dos mil luises saltando un foso. Uno se quejaba de sus jinetes, que engordaban; otro, de los errores de impresión que habían desfigurado el nombre de su caballo.

La atmósfera del baile era agobiante; las lámparas palidecían. La gente se iba yendo a la sala de billar. Un criado se subió a una silla y rompió dos cristales; al ruido de los vidrios rotos, Madame Bovary volvió la cabeza y vio en el jardín, pegadas a la cristalera, unas caras de campesinos mirando. Entonces le vino el recuerdo de Les Bertaux. Volvió a ver la granja, la charca enfangada, a su padre en blusón bajo los manzanos, y volvió a verse a sí misma en el pasado, desnatando con el dedo los barreños de leche en la vaquería. Pero, en medio de los resplandores de la hora presente, su vida pasada, tan nítida hasta entonces, se difuminaba por entero, y casi dudaba de haberla vivido. Estaba allí; después, alrededor del baile, no había más que sombra, extendida sobre todo lo demás. En ese momento estaba tomando un helado de marrasquino, que sujetaba con la mano izquierda en una concha de plata sobredorada, y con la cucharilla entre los dientes entornaba los ojos.

A su lado, una dama dejó caer su abanico. Pasaba un bailarín.

—¡Qué amable sería usted, caballero –dijo la dama–, si quisiera recoger mi abanico, que está detrás de este sofá!

El caballero se inclinó y, cuando hacía el movimiento de extender el brazo, Emma vio que la mano de la joven dama echaba en su sombrero una cosa blanca, plegada en triángulo. Tras recoger el abanico, el caballero lo ofreció respetuosamente a la dama; ella le dio las gracias con un movimiento de cabeza y se puso a oler su ramillete.

Después de la cena, en la que hubo muchos vinos de España y vinos del Rin, sopas de cangrejo y de leche de almendras, *puddings* a lo Trafalgar y toda clase de carnes frías rodeadas de gelatinas que temblaban en las fuentes, empezaron a irse, unos tras otros, los

coches. Alzando la punta de la cortina de muselina se veía deslizarse en la sombra la luz de sus faroles. Las banquetas fueron aclarándose; aún quedaban algunos jugadores; los músicos se refrescaban con la lengua la punta de los dedos. Charles estaba medio dormido, con la espalda apoyada contra una puerta.

A las tres de la mañana empezó el cotillón. Emma no sabía bailar el vals. Todo el mundo lo bailaba, hasta la propia señorita d'Andervilliers y la marquesa; ya sólo quedaban los huéspedes del castillo, una docena de personas aproximadamente.

En esto, uno de los que bailaban, a quien familiarmente llamaban «vizconde», y cuyo chaleco muy abierto parecía moldeado sobre el pecho, se acercó por segunda vez a invitar a Madame Bovary, asegurándole que, guiada por él, saldría airosa del vals.

Empezaron despacio, luego bailaron más deprisa. Daban vueltas ellos y todo daba vueltas a su alrededor, las lámparas, los muebles, el artesonado y el suelo, como un disco sobre su eje. Al pasar cerca de las puertas, los bajos del vestido de Emma se pegaban al pantalón; las piernas de uno se introducían en las del otro; él bajaba sus miradas hacia ella, ella levantaba las suyas hacia él; una especie de sopor la dominaba, se detuvo. Volvieron a empezar; y, con un movimiento más rápido, el vizconde, arrastrándola, desapareció con ella hasta el final de la galería, donde Emma, jadeante, estuvo a punto de desmayarse y, durante un momento, apoyó la cabeza en el pecho del vizconde. Y después, sin dejar de dar vueltas, pero más despacio, él la devolvió a su sitio; Emma se recostó contra la pared y se tapó los ojos con la mano.

Cuando volvió a abrirlos, una dama sentada en una banqueta en medio del salón tenía delante a tres caballeros que la solicitaban arrodillados. Eligió al vizconde, y el violín volvió a empezar.

Todo el mundo los miraba. Pasaban una y otra vez, ella sin mover el cuerpo y la barbilla hacia abajo, y él siempre en la misma postura, el busto combado hacia atrás, el codo arqueado y avanzados los labios. ¡Aquélla sí que sabía bailar el vals! Continuaron mucho tiempo y cansaron a todos los demás.

Siguieron charlando todavía unos minutos, y, tras despedirse, o más bien darse los buenos días, los huéspedes del castillo se fueron a dormir.

Charles se arrastraba agarrándose a la barandilla, las rodillas *se le metían en el cuerpo*. Había pasado cinco horas seguidas de pie delante de las mesas, mirando jugar al *whist* sin entender nada. Por eso lanzó un profundo suspiro de satisfacción cuando se quitó las botas.

Emma se echó un chal por los hombros, abrió la ventana y se acodó en el antepecho.

La noche era oscura. Caían algunas gotas de lluvia. Aspiró el viento húmedo que le refrescaba los párpados. La música del baile todavía zumbaba en sus oídos, y hacía esfuerzos por mantenerse despierta y prolongar la ilusión de aquella vida lujosa que tendría que abandonar dentro de poco.

Apuntaba la aurora. Emma miró largo rato las ventanas del castillo tratando de adivinar cuáles eran las habitaciones de todos aquellos en los que se había fijado la víspera. Habría querido conocer sus vidas, penetrar en ellas, fundirse con ellas.

Pero tiritaba de frío. Se desnudó y se acurrucó entre las sábanas, pegada a Charles,

que ya dormía.

Hubo mucha gente en el desayuno. Duró diez minutos; no se sirvió ningún licor, cosa que extrañó al médico. Luego, la señorita d'Andervilliers recogió unos trozos de *brioche* en un cestillo de mimbre para llevárselos a los cisnes del estanque; y fueron a pasear por el cálido invernadero, donde unas plantas raras, erizadas de pelos, se escalonaban en pirámides bajo unos recipientes suspendidos que, semejantes a nidos de víboras demasiado llenos, dejaban caer desde sus bordes unos largos cordones verdes entrelazados. El invernadero de naranjos, que se encontraba al fondo, llevaba bajo techado a las dependencias del castillo. Para entretener a la joven, el marqués la llevó a ver las caballerizas. Sobre los pesebres en forma de canasta, unas placas de porcelana tenían grabado en letras negras el nombre de los caballos. Los animales se agitaban en sus compartimentos chasqueando la lengua cuando alguien pasaba cerca. El suelo del guadarnés relucía como el entarimado de un salón. En el centro, sobre dos columnas giratorias, estaban dispuestas las guarniciones de los coches, y los bocados, las fustas, los estribos y las barbadas se alineaban a lo largo de la pared.

Mientras tanto, Charles fue a pedir a un criado que engancharan su *boc*. Se lo trajeron al pie de la escalinata, y, una vez metidos en él todos los paquetes, los esposos Bovary agradecieron las atenciones al marqués y a la marquesa y partieron de regreso a Tostes.

Emma, en silencio, miraba girar las ruedas. Charles, sentado en el borde extremo de la banqueta, conducía con los brazos separados, y el caballejo trotaba amblando[59] entre los varales, demasiado separados para él. Las riendas flojas golpeaban su grupa cubriéndose de espuma, y la caja atada en la trasera del *boc* daba fuertes golpes regulares contra la carrocería.

Ya estaban en los altos de Thibourville cuando, de pronto, delante de ellos, pasaron riendo unos jinetes con sendos puros en la boca. Emma creyó reconocer al vizconde; se volvió, pero en el horizonte ya sólo divisó unas cabezas que bajaban y subían, según la desigual cadencia del trote o del galope.

Un cuarto de legua más adelante, tuvieron que detenerse para asegurar con una cuerda la retranca que se había roto.

Pero Charles, al echar una última ojeada a los arreos, vio algo en el suelo, entre las patas del caballo; y recogió una petaca toda bordada de seda verde y blasonada en el centro como la portezuela de una carroza.

—Si hasta tiene dos puros dentro –dijo–; serán para esta noche, después de cenar.

—Pero ¿tú fumas? –preguntó ella.

—A veces, si se presenta la ocasión.

Se guardó el hallazgo en el bolsillo y fustigó al jaco.

Cuando llegaron a casa, la cena no estaba preparada. La señora se enfadó. Nastasie contestó con insolencia.

—¡Márchese! –dijo Emma–. Eso es burlarse de mí, queda despedida.

Para cenar había sopa de cebolla y un trozo de vaca con acederas. Charles, sentado delante de Emma, dijo frotándose las manos con aire satisfecho:

—¡Qué gusto da estar de nuevo en casa!

Se oía llorar a Nastasie. Él sentía cierto afecto por aquella pobre chica. En otro tiempo, durante los ratos de ocio de su viudedad, le había hecho compañía muchas veladas. Era su primera paciente, la persona conocida más antigua en la región.

—¿La has despedido de verdad? –terminó preguntando.

—Desde luego. ¿Quién me lo impide? –respondió Emma.

Luego, mientras les preparaba la habitación, se calentaron en la cocina. Charles se puso a fumar. Fumaba frunciendo los labios, escupiendo a cada instante, echándose hacia atrás a cada bocanada.

—Te sentará mal –dijo ella en tono desdeñoso.

Él dejó el puro y corrió a beber en la bomba un vaso de agua fría. Emma cogió la petaca y la tiró rápidamente al fondo del armario.

¡Qué largo fue el día siguiente! Paseó por el huertecillo, yendo y viniendo por los mismos senderos, parándose ante los arriates, ante la espaldera, ante el cura de escayola, contemplando embobada todas estas cosas de antes que tan bien conocía. ¡Qué lejano le parecía ya el baile! ¿Quién ponía tanta distancia entre la mañana de anteayer y la noche de hoy? Su viaje a La Vaubyessard había provocado una brecha en su vida, como esas grandes grietas que una tormenta abre a veces, en una sola noche, en las montañas. Se resignó, sin embargo; guardó piadosamente en la cómoda su precioso vestido y hasta sus zapatos de raso, cuya suela se había vuelto amarillenta con la cera resbaladiza del entarimado. Su corazón era como ellos: con el roce de la riqueza se le había pegado algo que ya no se borraría.

El recuerdo de aquel baile se convirtió, pues, en una ocupación para Emma. Cada vez que volvía a ser miércoles, se decía al despertar: «¡Ah!, hace ocho días... hace quince días... hace tres semanas, ¡yo estaba allí!». Y, poco a poco, las fisonomías fueron confundiéndose en su memoria, olvidó la música de las contradanzas, dejó de ver con la misma nitidez libreas y habitaciones; algunos detalles se disiparon, pero le quedó su añoranza.

IX

A menudo, cuando Charles había salido, Emma iba al armario para sacar, de entre los pliegues de la ropa blanca donde la había dejado, la petaca de seda verde.

La miraba, la abría y aspiraba incluso el aroma del forro, mezcla de verbena y de tabaco. ¿A quién pertenecería?... Al vizconde. Tal vez era un regalo de su amante. La habían bordado en algún bastidor de palisandro, objeto precioso que se ocultaba a todas las miradas, ante el que alguien había pasado muchas horas y sobre el que se habían inclinado los rizos suaves de la bordadora embelesada. Por las mallas del cañamazo había pasado un soplo de amor; cada puntada de aguja había fijado allí una esperanza o un recuerdo, y todos aquellos hilos de seda entrelazados no eran más que la continuidad de la misma pasión silenciosa. Y luego, una mañana, el vizconde se la había llevado. ¿De qué habían hablado mientras la petaca permanecía sobre las chimeneas de ancha campana, entre los jarrones de flores y los relojes Pompadour[60]? Ella estaba en Tostes. Él, ahora, en París; ¡tan lejos! ¿Cómo era aquel dichoso París? ¡Qué nombre desmesurado! Para deleitarse, se lo repetía a media voz; en sus oídos sonaba como una campana mayor de catedral, resplandecía ante sus ojos hasta en la etiqueta de sus tarros de pomada.

Por la noche, cuando, en sus carretas, pasaban los pescadores bajo sus ventanas cantando *La Marjolaine*[61], se despertaba; y al escuchar el ruido de las ruedas herradas, que al salir del pueblo se amortiguaba enseguida sobre el suelo de tierra, se decía: «¡Mañana estarán allí!».

Y los seguía con el pensamiento, subiendo y bajando cuestas, atravesando aldeas, volando sobre la carretera a la claridad de las estrellas. Al cabo de una distancia indeterminada, siempre había una plaza borrosa donde expiraba su sueño.

Se compró un plano de París, y, con la punta del dedo, hacía recorridos por la capital en el mapa. Subía por los bulevares parándose en cada esquina, entre las líneas de las calles, ante los cuadrados blancos que representaban los edificios. Hasta que al final, cansada la vista, cerraba los párpados, y en las tinieblas veía retorcerse al viento las farolas de gas, mientras estribos de calesas se desplegaban con gran estrépito ante el peristilo de los teatros.

Se suscribió a *La Corbeille*, revista para mujeres, y al *Sylphe des Salons* [62]. Devoraba, sin saltarse nada, todas las reseñas de estrenos de teatro, carreras y fiestas de sociedad, se interesaba por el debut de una cantante, por la apertura de una tienda. Estaba al tanto de las modas nuevas, de la dirección de los buenos sastres, de los días de Bois[63] o de Ópera. Estudió en Eugène Sue[64] las descripciones de mobiliario; leyó a Balzac y a George Sand[65] buscando satisfacciones imaginarias a sus apetencias íntimas. Llevaba el

libro incluso a la mesa y pasaba las hojas mientras Charles comía y le hablaba. El recuerdo del vizconde volvía una y otra vez en sus lecturas. Establecía comparaciones entre él y los personajes inventados. Pero el círculo cuyo centro era él iba ensanchándose poco a poco a su alrededor, y aquella aureola que tenía, apartándose de su rostro, se extendió más allá para iluminar otros sueños.

Así pues, París, más vago que el Océano, resplandecía a ojos de Emma en una atmósfera bermeja. La abundante vida que se agitaba en aquel tumulto estaba, sin embargo, dividida por partes, clasificada en cuadros distintos. Emma sólo percibía dos o tres, que le ocultaban todos los demás y representaban por sí solos la humanidad completa. El mundo de los embajadores caminaba sobre entarimados relucientes, en salones revestidos de espejos, en torno a mesas ovaladas cubiertas por tapetes de terciopelo con franjas de oro. Allí se veían vestidos de cola, grandes misterios, angustias disimuladas bajo las sonrisas. Luego venía la sociedad de las duquesas: en ella todo era pálido; se levantaban a las cuatro, las mujeres, ¡pobres ángeles!, llevaban encaje de punto inglés en el vuelo de la falda; y los hombres, talentos ignorados bajo apariencias fútiles, reventaban sus caballos en excursiones de placer, iban a pasar a Baden[66] la temporada estival y, por fin, al frisar la cuarentena, se casaban con ricas herederas. En los reservados de restaurante donde se cena después de medianoche a la luz de las velas, reía la abigarrada multitud de literatos y actrices. Todos ellos eran pródigos como reyes, y estaban llenos de ambiciones ideales y de delirios fantásticos. Llevaban una existencia por encima de las demás, entre cielo y tierra, en medio de las tempestades, algo sublime. En cuanto al resto de la gente, estaba perdida, sin un sitio concreto, y como si no existiese. Además, cuanto más cerca estaban las cosas, más se apartaba de ellas su pensamiento. Cuanto la rodeaba de manera inmediata, campiña aburrida, pequeños burgueses imbéciles, mediocridad de la existencia, le parecía una excepción en el mundo, una casualidad particular en la que se encontraba atrapada, mientras más allá se extendía hasta perderse de vista la inmensa región de las dichas y de las pasiones. En su deseo confundía las sensualidades del lujo con los goces del corazón, la elegancia de costumbres con la delicadeza del sentimiento. ¿No necesitaba el amor, como las plantas tropicales, terrenos adecuados, una temperatura particular? Los suspiros a la luz de la luna, los prolongados abrazos, las lágrimas que corren por las manos que se abandonan, todas las fiebres de la carne y las languideces del cariño no se separaban, pues, del balcón de los grandes castillos que están llenos de placenteros ocios, de un saloncito con cortinillas de seda y una alfombra muy espesa, de jardineras llenas de flores, de una cama montada sobre un estrado, ni del centelleo de las piedras preciosas y de las agujetas de la librea.

El mozo de la posta, que iba todas las mañanas para almohazar la yegua, atravesaba el corredor con sus gruesos zuecos; su blusón tenía agujeros, sus pies iban desnudos dentro de unos zuecos. ¡Así era el *groom* de calzón corto con el que ella debía conformarse! Acabada su tarea, no volvía ya en toda la jornada, pues Charles, de vuelta en casa, metía él mismo su caballo en la cuadra, le quitaba la silla y lo ataba del ronzal, mientras la criada llevaba un haz de paja y lo echaba, como mejor podía, en el pesebre.

Para sustituir a Nastasie (que terminó marchándose de Tostes derramando ríos de lágrimas), Emma tomó a su servicio a una chica de catorce años, huérfana y de semblante dulce. Le prohibió los gorros de algodón, le enseñó que debía hablar a la gente en tercera persona, a traer un vaso de agua en un platillo, a llamar a la puerta antes de entrar, y a planchar, a almidonar, a vestirla; quiso convertirla en su doncella. La nueva criada obedecía sin rechistar para no ser despedida; y, como la señora solía dejar la llave en el aparador, Félicité cogía cada noche una pequeña provisión de azúcar para comérsela a solas, en la cama, después de rezar sus oraciones.

A veces, por la tarde, se iba a charlar enfrente con los postillones. La señora se quedaba arriba, en su cuarto.

Solía llevar puesta una bata muy abierta, que dejaba ver, entre las solapas de chal del corpiño, una blusa plisada con tres botones de oro. Su cinturón era un cordón de grandes borlas, y sus pequeñas zapatillas de color granate tenían un manojo de anchas cintas que se extendía encima del empeine. Se había comprado un cartapacio, portaplumas y sobres, aunque no tuviera nadie a quien escribir; limpiaba el polvo de su estantería, se miraba en el espejo, cogía un libro, y luego, soñando entre las líneas, lo dejaba caer sobre sus rodillas. Tenía ganas de viajar o de volver a su convento. Deseaba a la vez morir y vivir en París.

Charles cabalgaba, con nieve o con lluvia, por caminos y veredas. Comía tortillas en la mesa de las granjas, metía el brazo en camas húmedas, recibía en la cara el chorro tibio de las sangrías, escuchaba estertores, examinaba palanganas, apartaba mucha ropa sucia; pero todas las noches encontraba un fuego llameante, la mesa servida, unos muebles cómodos y una mujer bien arreglada y encantadora, que olía a fresco, sin saber siquiera de dónde procedía ese olor, o si no era su piel lo que perfumaba su camisa.

Emma le fascinaba con un sinfín de delicadezas: unas veces era una forma nueva de recortar arandelas de papel para las velas, un volante que cambiaba en su vestido, o el nombre extraordinario de un plato muy sencillo, y que la criada había echado a perder, pero que Charles apuraba con fruición hasta el final. En Ruán vio a unas damas que llevaban en el reloj un manojo de dijes; se compró dijes. Quiso para su chimenea dos grandes jarrones de cristal azul, y, poco después, un neceser de marfil con un dedal de plata sobredorada. Cuanto menos comprendía Charles estos refinamientos, más sufría su seducción. Añadían algo al placer de sus sentidos y a la dulzura del hogar. Eran como un polvo de oro que enarenaba de punta a cabo el pequeño sendero de su vida.

Gozaba de perfecta salud, tenía buena cara; su reputación se había consolidado por completo. Los campesinos le apreciaban porque no era orgulloso. Acariciaba a los niños, no entraba nunca en la taberna, y, además, inspiraba confianza por su moralidad. Acertaba especialmente en los catarros y enfermedades de pecho. Como tenía mucho miedo a matar a sus pacientes, Charles no recetaba de hecho más que pociones calmantes, algún emético de vez en cuando, un baño de pies o sanguijuelas. No es que la cirugía le asustase; sangraba abundantemente a la gente, como si fueran caballos, y tenía un *puño de hierro* a la hora de extraer muelas.

En fin, *para estar al día*, se suscribió a *La Ruche Médicale* [67], revista nueva cuyo

prospecto había recibido. Leía un rato después de la cena; pero el calor de la estancia, unido a la digestión, hacía que al cabo de cinco minutos se durmiese; y allí se quedaba, con la barbilla entre las manos y el pelo caído como crines hasta el pie de la lámpara. Emma lo miraba encogiéndose de hombros. ¿Por qué no tendría ella al menos por marido uno de esos hombres de entusiasmo taciturno que trabajan de noche entre libros y al final, a los sesenta años, cuando llega la edad de los reumatismos, llevan un pasador lleno de condecoraciones sobre su frac negro mal cortado? Habría querido que aquel apellido de Bovary, que era el suyo, fuese ilustre, verlo expuesto en las librerías, repetido en los periódicos, conocido por toda Francia. ¡Pero Charles carecía de ambición! Un médico de Yvetot, con quien hacía poco había coincidido durante una consulta, lo había humillado un poco, junto al lecho mismo del enfermo, y ante la familia allí reunida. Cuando Charles le contó por la noche ese episodio, Emma montó en cólera contra el colega. Charles se enterneció por ello. La besó en la frente soltando una lágrima. Pero ella estaba exasperada de vergüenza, tenía ganas de pegarle, se fue al pasillo para abrir la ventana y aspiró el aire fresco para calmarse.

«¡Qué pobre hombre! ¡Qué pobre hombre!», decía en voz baja, mordiéndose los labios.

Por otro lado, se sentía cada vez más irritada con él. Con el tiempo, Charles iba adquiriendo unos modales groseros; en el postre, cortaba el corcho de las botellas vacías; después de comer se pasaba la lengua por los dientes; al tragar la sopa, hacía una especie de cloqueo con cada sorbo y, como empezaba a engordar, los ojos, ya de por sí pequeños, parecían subírsele hacia las sienes por la hinchazón de los pómulos.

A veces, Emma tenía que meterle el borde rojo de sus prendas de punto en el chaleco, le ajustaba la corbata o desechaba los guantes desteñidos que él estaba a punto de ponerse; y no era por él, como Charles suponía; era por ella misma, por expansión de egoísmo, por irritación nerviosa. También a veces le hablaba de cosas que había leído, como de un pasaje de novela, de una comedia nueva, o de la anécdota de la *alta sociedad* que contaba el folletón del periódico; pues, a fin de cuentas, Charles era alguien, un oído siempre abierto, una aprobación siempre a punto. ¡Cuántas confidencias no hacía ella a su galga! Se las hubiera hecho a los tizones de la chimenea o al péndulo del reloj.

En el fondo de su alma, sin embargo, esperaba un acontecimiento. Como los marineros en peligro, paseaba por la soledad de su vida unos ojos desesperados, buscando a lo lejos alguna vela blanca entre las brumas del horizonte. No sabía cuál sería ese azar, qué viento lo empujaría hasta ella, hacia qué orillas la llevaría, si sería chalupa o navío de tres puentes cargado de angustias o lleno de ventura hasta las portas. Pero cada mañana, al despertarse, lo esperaba para ese día, y escuchaba todos los ruidos, se levantaba sobresaltada, se extrañaba de que no llegase; luego, al ponerse el sol, más triste cada vez, deseaba estar ya en el día siguiente.

Volvió la primavera. Tuvo sofocos con los primeros calores, cuando florecieron los perales.

Desde primeros de julio, contó con los dedos las semanas que faltaban para llegar al

mes de octubre, pensando en que acaso el marqués d'Andervilliers volviera a dar un baile en La Vaubyessard. Pero todo septiembre transcurrió sin cartas ni visitas.

Tras el disgusto de esa decepción, su corazón volvió a quedarse vacío, y de nuevo empezó entonces la serie de las mismas jornadas.

¡Y ahora iban a sucederse así, una tras otra, siempre iguales, innumerables, y sin aportar nada! Las otras existencias, por vulgares que fuesen, tenían al menos la oportunidad de un acontecimiento. Una aventura determinaba en ocasiones peripecias sin fin, y el decorado cambiaba. Pero para ella no ocurría nada. ¡Dios lo había querido! El porvenir era un pasillo completamente negro, y con una puerta bien cerrada al fondo.

Abandonó la música. ¿Para qué tocar? ¿Quién la oiría? Si nunca iba a poder, con un vestido de terciopelo de manga corta, en un piano de Érard[68], tocando en un concierto con sus ligeros dedos las teclas de marfil, sentir circular, a su alrededor, como una brisa, un murmullo de éxtasis, no valía la pena aburrirse estudiando. Dejó en el armario sus carpetas de dibujo y el bordado. ¿Para qué? ¿Para qué? La costura la irritaba.

«Lo he leído todo», se decía.

Y se quedaba poniendo las tenazas al rojo vivo o mirando caer la lluvia.

¡Qué triste se sentía los domingos, cuando tocaban a vísperas! En medio de un aletargamiento atento, oía sonar uno a uno los tañidos de la cascada campana. Deslizándose lentamente por los tejados, algún gato arqueaba su lomo bajo los rayos pálidos del sol. En la carretera, el viento levantaba nubes de polvo. A lo lejos aullaba de vez en cuando un perro; y la campana proseguía, a intervalos regulares, su monótono repique, que se perdía en los campos.

Mientras, salían de la iglesia. Las mujeres con zuecos relucientes, los campesinos con blusón nuevo, los chiquillos saltaban delante sin nada en la cabeza, todo el mundo volvía a su casa. Y cinco o seis hombres, siempre los mismos, se quedaban jugando al chito delante del portalón de la posada.

El invierno fue frío. Todas las mañanas los cristales estaban cubiertos de escarcha, y la luz, blanquecina a través de ellos como a través de cristales esmerilados, no variaba a veces en todo el día. Desde las cuatro de la tarde había que encender la lámpara.

Los días que hacía bueno bajaba a la huerta. El rocío había dejado en las coles guipures de plata con largos hilos claros que se extendían de una a otra. No se oían pájaros, todo parecía dormir, la espaldera cubierta de paja y la parra como una gran serpiente enferma bajo la albardilla de la tapia, donde, acercándose, se veía arrastrarse a cochinillas de innumerables patas. En las píceas, junto al seto, el cura con tricornio que leía su breviario había perdido el pie derecho y hasta la escayola, al desconcharse por la helada, había puesto una costra blanca sobre su cara.

Luego volvía a subir, cerraba la puerta, esparcía las brasas y, desvaneciéndose por el calor de la lumbre, notaba que se le venía encima, más pesado, el aburrimiento. De buena gana habría bajado a charlar con la criada, pero se contenía por pudor.

Todos los días, a la misma hora, el maestro de escuela, con su gorro de seda negra, abría las contraventanas de su casa, y el guarda rural pasaba con el sable sobre su blusón. Mañana y noche, los caballos de la posta cruzaban, de tres en tres, la calle para ir

a beber a la charca. De vez en cuando, la puerta de una taberna hacía sonar su campanilla, y cuando hacía viento se oía rechinar sobre sus dos varillas las pequeñas bacías de cobre del peluquero, que servían de muestra a su tienda. Como adorno, tenía un viejo grabado de modas pegado sobre un cristal y un busto en cera de mujer con el pelo amarillo. También el peluquero se lamentaba de su vocación frustrada, de su porvenir perdido, y, soñando con alguna peluquería en una gran ciudad, por ejemplo en Ruán, en el puerto, junto al teatro, mataba el día paseando de un lado a otro, desde el ayuntamiento a la iglesia, taciturno, a la espera de clientela. Cuando Madame Bovary alzaba los ojos, siempre lo veía allí como un centinela de guardia, con su gorro griego terciado sobre la oreja y su chaqueta de *lasting*[69].

Por la tarde, a veces, aparecía una cabeza de hombre tras los cristales de la sala, cabeza curtida y con patillas negras, que sonreía despacio con una amplia y dulce sonrisa de dientes blancos. Enseguida empezaba un vals, y al son del organillo, en un saloncito, unos bailarines de la altura de un dedo, mujeres con turbante rosa, tiroleses con jubón, monos con frac negro y caballeros de calzón corto daban vueltas y más vueltas entre los sillones, los sofás, las consolas, repitiéndose en los trozos de espejo unidos en sus esquinas por un filete de papel dorado. El hombre daba vueltas al manubrio, mirando a derecha, a izquierda y hacia las ventanas. De vez en cuando, mientras lanzaba contra el guardacantón un largo chorro de saliva negruzca, levantaba con la rodilla su instrumento, cuya dura correa le lastimaba el hombro; y doliente y cansina unas veces, otras alegre y precipitada, la música de la caja escapaba zumbando a través de una cortinilla de tafetán rosa, bajo una rejilla de cobre en forma de arabescos. Eran melodías que se tocaban en otras partes, en los teatros, que se cantaban en los salones, que se bailaban por la noche bajo las arañas encendidas, ecos del mundo que llegaban hasta Emma. Por su cabeza desfilaban zarabandas sin fin, y su pensamiento, como una bayadera sobre las flores de una alfombra, brincaba con las notas, se balanceaba de sueño en sueño, de tristeza en tristeza. Cuando el hombre había recibido la limosna en su gorra, doblaba una vieja manta de lana azul, cargaba el organillo a la espalda y se alejaba con paso cansado. Y lo veía alejarse.

Pero era sobre todo a las horas de las comidas cuando no podía más, en aquella salita de la planta baja, con la estufa que echaba humo, la puerta que chirriaba, las paredes que rezumaban, los suelos húmedos; toda la amargura de la existencia le parecía servida en su plato, y, con los vapores del cocido, desde el fondo de su alma subían como otras tantas vaharadas de insipidez. Charles tardaba mucho en comer; ella mordisqueaba algunas avellanas o, apoyada en el codo, se entretenía haciendo rayas sobre el hule con la punta del cuchillo.

Ahora se despreocupaba totalmente de la casa, y a la señora Bovary madre, cuando fue a pasar en Tostes una parte de la Cuaresma, le extrañó mucho aquel cambio. Es que Emma, tan cuidadosa y delicada antes, ahora pasaba días enteros sin arreglarse, llevaba medias grises de algodón, se alumbraba con candelas[70]. Repetía que había que economizar, pues no eran ricos, añadiendo que estaba muy contenta, muy feliz, que Tostes le gustaba mucho, y otras cosas nuevas que cerraban la boca a la suegra. Por lo

demás, Emma ya no parecía dispuesta a seguir sus consejos; incluso una vez que a la señora Bovary madre se le ocurrió decir que los amos debían vigilar la religiosidad de sus criados, le había replicado con una mirada tan colérica y con una sonrisa tan fría que la buena mujer no volvió a insistir.

Emma se volvía difícil, caprichosa. Encargaba para ella platos que luego no tocaba, un día no bebía más que leche sola y, al día siguiente, tazas de té por docenas. A menudo se empeñaba en no salir, luego se ahogaba, abría las ventanas, se ponía un vestido ligero. Después de reñir enérgicamente a la criada, le hacía regalos o la mandaba a pasar el rato a casa de las vecinas, lo mismo que a veces echaba a los pobres todas las monedas de plata de su bolso, aunque no fuera sin embargo demasiado compasiva ni fácilmente accesible a la emoción ajena, como la mayoría de la gente de origen campesino, que siempre conserva en el alma algo de la callosidad de las manos paternas.

Hacia finales de febrero, papá Rouault, en recuerdo de su curación, llevó personalmente a su yerno un pavo magnífico, y se quedó tres días en Tostes. Como Charles estaba con sus enfermos, Emma le hizo compañía. Fumó en la habitación, escupió en los morillos, habló de cultivos, de terneros, de vacas, de aves y del consejo municipal; hasta el punto de que, cuando se hubo ido, Emma cerró la puerta con un sentimiento de satisfacción que a ella misma le sorprendió. Además, ya no ocultaba su desprecio por nada ni por nadie; y a veces se ponía a expresar opiniones muy raras, censurando lo que los demás aprobaban, y aprobando cosas perversas o inmorales que dejaban al marido boquiabierto de asombro.

¿Iba a durar siempre aquella miseria? ¿No saldría de ella nunca? ¡Y, sin embargo, valía tanto como todas las que eran felices! Había visto duquesas en La Vaubyessard de talle menos esbelto que el suyo y modales más ordinarios, y execraba la injusticia de Dios; apoyaba la cabeza en la pared para llorar; envidiaba las existencias turbulentas, las noches de bailes de disfraces, los placeres insolentes, junto con todos los arrebatos que ella desconocía y que debían de proporcionar.

Palidecía y tenía palpitaciones. Charles le administró valeriana y baños de alcanfor. Todo lo que probaban parecía irritarla más.

Había días en que hablaba con una abundancia febril; a estas exaltaciones sucedían de golpe letargos en los que permanecía muda e inmóvil. Lo que entonces la reanimaba era echarse en los brazos un frasco de agua de colonia.

Como se quejaba continuamente de Tostes, Charles creyó que la causa de su enfermedad radicaba, sin duda, en alguna influencia local, y, firme en esta idea, pensó seriamente en ir a establecerse en otra parte.

Desde entonces, Emma bebió vinagre para adelgazar, contrajo una tosecilla seca y perdió por completo el apetito.

A Charles le costaba abandonar Tostes después de cuatro años de estancia y en el momento *en que empezaba a situarse*. ¡Pero si no quedaba otro remedio! La llevó a Ruán para que la viera su antiguo maestro. Era una enfermedad nerviosa: debía cambiar de aires.

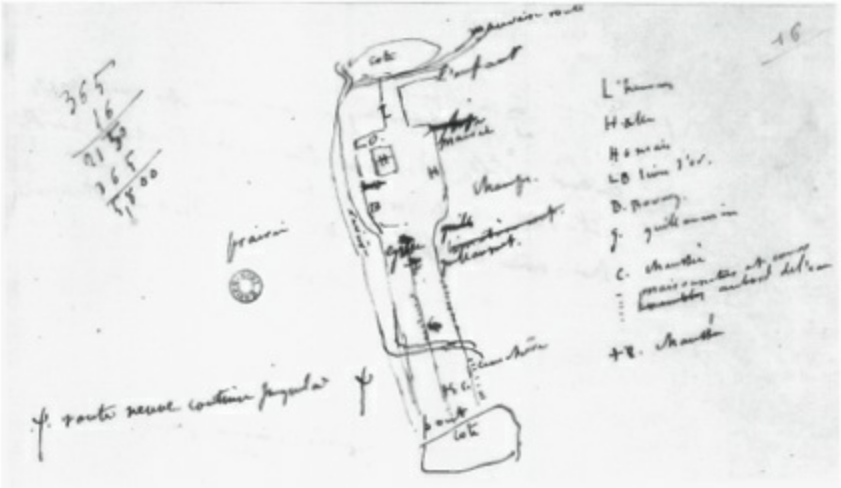
Después de buscar por todas partes, Charles se enteró de que en el distrito de

Neufchâtel había un burgo grande llamado Yonville-l'Abbaye, cuyo médico, un refugiado polaco, acababa de marcharse la semana anterior. Escribió entonces al farmacéutico del lugar para saber cuántos habitantes tenía el pueblo, a qué distancia se encontraba el colega más cercano, cuánto ganaba al año su antecesor, etc.; y como las respuestas fueron satisfactorias, decidió mudarse en primavera, si la salud de Emma no mejoraba.

Un día que, en previsión de ese traslado, Emma estaba ordenando un cajón, se pinchó los dedos con algo. Era un alambre de su ramo de novia. Los capullos de azahar estaban amarillos de polvo, y las cintas de raso ribeteadas de plata se deshilachaban por el borde. Lo arrojó a la lumbre. Ardió más deprisa que la paja seca. Luego hubo una especie de zarza roja sobre las cenizas, que se consumía lentamente. Lo miró arder. Las pequeñas bayas de cartón explotaban, los hilos de latón se retorcían, el galón se derretía; y las corolas de papel, acartonadas, balanceándose por la placa como mariposas negras, acabaron echando a volar por la chimenea.

Cuando salieron de Tostes, en el mes de marzo, Madame Bovary estaba encinta.

Segunda parte



Plano de Yonville-l'Abbaye ideado por
Flaubert, que anota la localización de los
domicilios de los principales personajes,
la carretera, prados, campos, etcétera.

I

Yonville-l'Abbaye (así llamado por una antigua abadía de capuchinos cuyas ruinas ya no existen) es un pueblo grande a ocho leguas de Ruán, entre la carretera de Abbeville y la de Beauvais, al fondo de un valle que riega el Rieule, riachuelo que desagua en el Andelle después de haber movido tres molinos cerca de su desembocadura, y en el que hay algunas truchas que los chiquillos se entretienen en pescar con caña los domingos[71].

Se deja la carretera general en La Boissière y se continúa por terreno llano hasta el alto de la cuesta de Les Leux, desde donde se divisa el valle. El río que lo atraviesa lo divide como en dos comarcas de distinta fisonomía: todo lo que queda a la izquierda son pastizales, todo lo que queda a la derecha, tierras de labor. Los prados se extienden al pie de un anillo de colinas bajas para unirse por detrás a los pastos del País de Bray, mientras que, por la parte del este, la llanura, ascendiendo lentamente, va ensanchándose y muestra, hasta donde alcanza la vista, sus rubios campos de trigo. El agua que corre a orillas de la hierba separa con una raya blanca el color de los prados y el de los surcos, y el campo parece así una gran capa desplegada, con un cuello de terciopelo verde ribeteado por un galón de plata.

En el confín del horizonte, cuando se llega, uno tiene enfrente los robles del bosque de Argueil, junto con las escarpaduras de la cuesta de Saint-Jean, surcadas de arriba abajo por largos regueros rojos y desiguales; son las huellas de las lluvias, y esos tonos de ladrillo, que destacan como delgados hilillos sobre el color gris de la montaña, proceden de la cantidad de manantiales ferruginosos que corren lejos, en la comarca circundante.

Estamos en los confines de Normandía, de Picardía y de la Isla de Francia, comarca bastarda cuyo lenguaje carece de acento como el paisaje carece de carácter. Es ahí donde se elaboran los peores quesos de Neufchâtel de todo el distrito, y, además, la labranza es costosa, porque se precisa mucho estiércol para abonar esas tierras poco consistentes, llenas de arena y de piedras.

Hasta 1835 no había ninguna carretera practicable para llegar a Yonville; pero hacia esa época se hizo un camino *de gran vecinalidad* que une la carretera de Abbeville a la de Amiens y sirve algunas veces a los carreteros que van de Ruán a Flandes. Pero Yonville-l'Abbaye ha permanecido estancada a pesar de sus *nuevas salidas*. En lugar de mejorar los cultivos, siguen aferrados a los pastos por más devaluados que estén, y el perezoso pueblo, apartándose del llano, ha continuado con su expansión natural hacia el río. De lejos se le ve echado en la orilla como un pastor de vacas que duerme la siesta junto al agua.

Al pie de la cuesta, pasado el puente, arranca una calzada plantada de tiemblos jóvenes que conduce en línea recta hasta las primeras casas de la población. Están rodeadas de

setos, en medio de corrales llenos de edificaciones dispersas, lagares, carreterías y destilerías de aguardiente, diseminadas bajo frondosos árboles de cuyas ramas cuelgan escaleras de mano, varas y hoces. Los techos de bálago, como gorros de piel calados sobre los ojos, descienden hasta la tercera parte aproximadamente de unas ventanas bajas cuyos gruesos cristales abombados están provistos de una concavidad en el centro, a la manera de los culos de botella. En la pared de yeso, que cruzan en diagonal unos travesaños negros, se apoya a veces algún peral raquítico, y las plantas bajas tienen en su puerta una pequeña cancela giratoria para defenderlas de los polluelos, que van a picotear en el umbral migas de pan moreno empapado en sidra. Sin embargo, a medida que los corrales van estrechándose, las viviendas se acercan y los setos desaparecen; un manojo de helechos se balancea bajo una ventana en la punta de un palo de escoba; hay una fragua de herrador, y a continuación un taller de carrero con dos o tres carretas nuevas fuera, invadiendo el camino. Luego, al otro lado de una empalizada, aparece una casa blanca a continuación de un anillo de césped adornado con un Amor que se lleva un dedo a los labios; a cada lado de la escalinata hay dos jarrones de hierro colado; en la puerta brillan unas placas de metal; es la casa del Notasrio, y la mejor de la comarca.

La iglesia está al otro lado de la calle, veinte pasos más allá, a la entrada de la plaza. El pequeño cementerio que la rodea, cerrado por una tapia de mediana altura, está tan lleno de tumbas que las viejas piedras a ras de suelo forman un enlosado continuo, donde la hierba ha dibujado espontáneamente unos rectángulos verdes regulares. La iglesia fue reconstruida de nueva planta en los últimos años del reinado de Carlos X. La bóveda de madera empieza a pudrirse por la parte superior, y aquí y allá presenta desconchones negros en su pintura azul. Sobre la puerta, donde deberían estar los órganos, hay una galería para los hombres, con una escalera de caracol que retumba bajo los zuecos.

La luz del día, que llega por vidrieras de un solo color, ilumina oblicuamente los bancos que se alinean perpendiculares a la pared, tapizada aquí y allá por alguna esterilla fijada con clavos, y en cuya parte inferior pueden leerse en grandes caracteres estas palabras: «Banco del señor Fulano». Más allá, en el punto en que la nave se estrecha, el confesionario hace juego con una estatuilla de la Virgen, vestida de raso, tocada con un velo de tul salpicado de estrellas de plata, y con los pómulos tan llenos de púrpura como un ídolo de las islas Sándwich; por último, una copia de la *Sagrada Familia*, regalo del ministro del Interior, que, dominando el altar mayor entre cuatro candelabros, remata al fondo la perspectiva. Los bancos del coro, de madera de abeto, han quedado sin pintar.

El mercado, es decir, un cobertizo de tejas sostenido por una veintena de postes, ocupa por sí solo, aproximadamente, la mitad de la plaza mayor de Yonville. El ayuntamiento, construido *según los planos de un arquitecto de París*, es una especie de templo griego que hace esquina junto a la casa del farmacéutico. Tiene en la planta baja tres columnas jónicas y, en el primer piso, una galería de medio punto, mientras el tímpano que la remata está totalmente ocupado por un gallo galo que apoya una pata en la Carta[72] y sostiene en la otra la balanza de la justicia.

Pero lo que más llama la atención es, frente a la posada del *Lion d'Or*, ¡la farmacia del señor Homais! De noche, sobre todo, cuando tiene encendido el quinqué y los bocales

rojos y verdes que embellecen su escaparate proyectan a lo lejos, sobre el suelo, sus dos claridades de color, entonces, a través de ellos, como en unos fuegos de Bengala, se vislumbra la sombra del farmacéutico acodado en su mostrador. Su casa está cubierta de arriba abajo de inscripciones escritas en letra inglesa, en redonda y de molde: «Aguas de Vichy, de Seltz y de Barèges, arropes depurativos, medicina Raspail, racahut de los árabes, pastillas Darcet, ungüento Regnault, vendas, baños, chocolates de régimen[73], etc.». Y la muestra, que ocupa todo el ancho de la tienda, dice en letras doradas: *Homais, farmacéutico*. Luego, al fondo de la botica, detrás de las grandes balanzas atornilladas al mostrador, la palabra *laboratorio* se extiende encima de una puerta acristalada que, a media altura, repite una vez más *Homais*, en letras doradas sobre fondo negro.

Después de esto, ya no queda nada por ver en Yonville. La calle (única), de un tiro de escopeta de largo y bordeada por unas cuantas tiendas, acaba bruscamente en el recodo de la carretera. Dejándola a la derecha y siguiendo el pie de la cuesta de Saint-Jean, se llega pronto al cementerio.

Para ampliarlo, durante el cólera[74] derribaron un lienzo de tapia y compraron tres acres[75] de terreno colindante; pero toda esta parte nueva está casi deshabitada, pues las tumbas siguen amontonándose, como en el pasado, hacia la puerta. El guarda, que es al mismo tiempo enterrador y sacristán en la iglesia (así saca doble beneficio de los cadáveres de la parroquia), ha aprovechado el terreno libre para sembrar patatas. De año en año, sin embargo, su pequeña parcela mengua, y cuando sobreviene una epidemia no sabe si alegrarse por las muertes o afligirse por las sepulturas.

—¡Se alimenta usted de los muertos, Lestiboudois! –terminó diciéndole un día el señor cura.

Estas sombrías palabras le hicieron pensar: lo frenaron un tiempo; pero todavía hoy sigue cultivando sus tubérculos, y hasta sostiene con descaro que nacen espontáneamente.

Desde los sucesos que vamos a contar, nada ha cambiado de hecho en Yonville. La bandera tricolor[76] de hojalata sigue girando en lo alto del campanario de la iglesia; la tienda de novedades sigue agitando al viento sus dos banderolas de indiana; los fetos del farmacéutico, como paquetes de yesca blanca, se pudren cada vez más en su turbio alcohol, y, sobre el portalón de la posada, el viejo león de oro, desteñido por las lluvias, sigue mostrando a los transeúntes sus rizos de perro de aguas.

La tarde en que los esposos Bovary debían llegar a Yonville, la señora viuda Lefrançois, dueña de esa posada, estaba tan atareada que sudaba a mares removiendo sus cacerolas. Al día siguiente había mercado en el pueblo. Tenía que trinchar por anticipado las carnes, destripar los pollos, hacer sopa y café. Estaba, además, la comida de sus huéspedes, la del médico, su mujer y su criada; en el billar resonaban las carcajadas; en la sala pequeña, tres molineros llamaban para que se les sirviera aguardiente; la leña ardía, las brasas crepitaban y, sobre la larga mesa de la cocina, entre los cuartos de cordero crudo, se amontonaban pilas de platos que temblaban con las sacudidas del tajo donde estaban picando las espinacas. En el corral se oía cacarear a las

aves que la criada perseguía para cortarles el pescuezo.

Un hombre en zapatillas de cuero verde, algo picado de viruelas y con un gorro de terciopelo con borla de oro, se calentaba la espalda contra la chimenea. Su cara sólo expresaba satisfacción de sí mismo, y parecía sentirse tan satisfecho de la vida como el jilguero suspendido encima de su cabeza en una jaula de mimbre: era el farmacéutico.

—¡Artémise! –gritaba la posadera–, ¡parte unas astillas, llena las jarras, trae el aguardiente, date prisa! ¡Si al menos supiera yo qué postre ofrecer a los señores que usted espera! ¡Bondad divina!, ya están otra vez los de la mudanza armando jaleo en el billar. ¡Y han dejado su carromato delante del portón! ¡*La Golondrina* es muy capaz de destrozarlo cuando llegue! Llama a Polyte para que lo meta en la cochera... ¡Y pensar, señor Homais, que desde esta mañana puede que hayan jugado quince partidas y bebido ocho jarras de sidra!... Terminarán por desgarrarme el tapete –continuaba mirándolos de lejos, con la espumadera en la mano.

—No sería muy grande la pérdida –respondió el señor Homais–, ya compraría usted otro.

—¡Otro billar! –exclamó la viuda.

—Pero si ése ya no aguanta, señora Lefrançois; se lo repito, ¡se equivoca usted! ¡Y mucho! Además, ahora los aficionados quieren troneras estrechas y tacos pesados. Ya no se juega a la carambola: ¡todo ha cambiado! ¡Hay que ir con el siglo! Fíjese, si no, en Tellier...

La posadera se puso roja de despecho. El farmacéutico añadió:

—Por mucho que usted diga, su billar es más bonito que el de usted; y si, por ejemplo, se les ocurriera organizar un campeonato patriótico en favor de Polonia o los inundados de Lyon...[77]

—¡No son pordioseros como él los que nos asustan! –le interrumpió la posadera encogiendo sus gruesos hombros–. ¡Vamos, vamos!, señor Homais, mientras el *Lion d'Or* exista, la gente seguirá viniendo aquí. ¡Nosotros sí que tenemos el riñón bien cubierto! En cambio, el día menos pensado verá cerrado el *Café Français*, ¡y con un buen cartel en el tejadillo!... Cambiar mi billar –continuaba hablando para sus adentros–, con lo bien que me viene para poner mi colada, y en el que, en la temporada de caza, ¡han llegado a dormir encima hasta seis viajeros!... Pero ¿por qué no llega de una vez ese zángano de Hivert?

—¿Lo espera para la cena de esos señores? –preguntó el boticario.

—¿Esperarle? Pues ¿y el señor Binet? Lo verá usted entrar cuando den las seis, porque no hay otro en el mundo en cuanto a puntualidad. ¡Siempre hay que guardarle su sitio en la salita! Se dejaría matar antes que obligarle a cenar en otro. ¡Con lo delicado que es! ¡Y tan exigente para la sidra! No como el señor Léon; ése llega algunas veces a las siete, incluso a las siete y media; ni siquiera se fija en lo que come. ¡Excelente muchacho! Nunca una palabra más alta que otra.

—Es que hay mucha diferencia, como usted sabe, entre alguien que ha recibido educación y un antiguo carabinero que hoy es recaudador de impuestos.

Sonaron las seis. Entró Binet.

Vestía una levita azul que caía por su propio peso alrededor de su enjuto cuerpo, y su gorra de cuero, con orejeras anudadas con cordones en la parte superior de la cabeza, dejaba ver, bajo la visera levantada, una frente calva, hundida por el uso del casco. Llevaba chaleco de paño negro, cuello de crin[78], pantalón gris y, en todo tiempo, unas botas bien lustradas que tenían dos bultos paralelos debido a los juanetes. Ni un solo pelo rebasaba la línea de la rubia sotabarba que, rodeando la mandíbula, enmarcaba como el borde de un arriate su rostro alargado e inexpresivo, de ojos pequeños y nariz aguileña. Avezado en todos los juegos de cartas, buen cazador y con una bonita letra, tenía en su casa un torno con el que, con el celo de un artista y el egoísmo de un burgués, se entretenía torneando servilleteros de los que tenía atestada la casa.

Se dirigió hacia la salita; pero antes hubo que hacer salir a los tres molineros; y, durante todo el tiempo que tardaron en ponerle la mesa, Binet permaneció callado en su sitio, junto a la estufa; luego cerró la puerta y se quitó la gorra, como era su costumbre.

—¡No serán cumplidos los que le desgasten la lengua! –dijo el farmacéutico en cuanto se quedó a solas con la posadera.

—Nunca habla de más –respondió ella–; la pasada semana vinieron dos viajantes de paños, unos jóvenes muy simpáticos que, por la noche, contaban montones de chistes que me hicieron desternillarme de risa; pues bien, ¡él permanecía allí, como un pasmarote, sin decir palabra!

—Sí –dijo el farmacéutico–, ni pizca de imaginación, ni ocurrencias, ¡nada de lo que caracteriza al hombre de mundo!

—Y eso que dicen que tiene recursos –objetó la posadera.

—¿Recursos? –replicó el señor Homais–, ¿recursos, él? En lo suyo, quizá –añadió en un tono más tranquilo.

Y prosiguió:

—¡Ah!, que un negociante que se relaciona con gente de calidad, que un jurisconsulto, un médico, un farmacéutico, estén tan absorbidos que se vuelvan raros e incluso huraños, lo comprendo: ¡hemos visto muchos ejemplos en la historia! Pero por lo menos están pensando en algo. A mí, por ejemplo, cuántas veces me ha ocurrido ponerme a buscar mi pluma en el escritorio para escribir una etiqueta ¡y terminar dándome cuenta de que la llevaba en la oreja!

Mientras, la señora Lefrançois se acercó hasta el umbral para ver si llegaba *La Golondrina*. Se estremeció. Un hombre vestido de negro entró de pronto en la cocina. Con las últimas luces del crepúsculo se distinguía que tenía una cara rubicunda y un cuerpo atlético.

—¿Qué se le ofrece, señor cura? –preguntó la posadera, a la vez que alcanzaba de la chimenea uno de los candeleros de cobre, allí dispuesto en columnata con sus velas–. ¿Quiere tomar algo? ¿Un dedo de casis, un vaso de vino?

El eclesiástico rehusó muy amablemente. Venía a buscar su paraguas, que había olvidado el otro día en el convento de Ernemont, y, después de haber rogado a la señora Lefrançois que se lo enviara a la casa parroquial por la noche, salió para ir a la iglesia, donde sonaba el ángelus.

Cuando el farmacéutico dejó de oír en la plaza el ruido de los zapatos del cura, consideró muy inapropiada su conducta de hacía un momento. Aquella negativa a aceptar un refresco le parecía una hipocresía de las más odiosas; los curas se ponían las botas comiendo y bebiendo cuando nadie los veía, y trataban de volver a los tiempos del diezmo.

La posadera salió en defensa de su párroco:

—Además, puede doblar a cuatro como usted bajo su rodilla. El año pasado ayudó a nuestros mozos a meter la paja; cargaba hasta con seis pacas al mismo tiempo, ¡de lo fuerte que es!

—¡Estupendo! –dijo el farmacéutico–. ¡Mande usted a sus hijas a confesarse con mocetones de semejante temperamento! Si yo fuera el Gobierno, querría que sangrasen a los curas una vez al mes. Sí, señora Lefrançois, ¡una buena flebotomía todos los meses, en interés del orden público y las buenas costumbres!

—¡Cállese ya, señor Homais! ¡Es usted un impío! ¡No tiene usted religión!

El farmacéutico respondió:

—Tengo religión, mi religión, ¡y más incluso que todos ellos con sus farsas y charlatanerías! Por el contrario, ¡yo adoro a Dios! Creo en el Ser supremo, en un Creador, quienquiera que sea, poco me importa, que nos ha puesto en este mundo para cumplir aquí nuestros deberes de ciudadanos y de padres de familia; ¡pero no necesito ir a una iglesia a besar bandejas de plata ni a engordar de mi bolsillo a un hatajo de farsantes que comen mucho mejor que nosotros! Porque se le puede honrar igual de bien en un bosque, en un campo, o incluso contemplando la bóveda etérea, como los antiguos. ¡Mi Dios, el mío, es el Dios de Sócrates, de Franklin, de Voltaire y de Béranger! ¡Yo estoy a favor de la *Profesión de fe del vicario saboyano* y de los inmortales principios del 89[79]! Por eso no admito a un Dios que pasea por su jardín bastón en mano, aloja a sus amigos en el vientre de las ballenas, muere lanzando un grito y resucita al cabo de tres días: cosas absurdas en sí mismas y completamente contrarias, por otro lado, a todas las leyes de la física; lo cual nos demuestra, de paso, que los sacerdotes siempre han estado sumidos en una ignorancia infame, en la que tratan de sepultar con ellos a los pueblos.

Se calló, buscando a su alrededor con la vista un público: en su efervescencia, el farmacéutico se había creído por un instante en pleno consejo municipal. Pero la posadera ya no le escuchaba; prestaba atención a un zumbido lejano. Fue distinguiéndose el rodar de un carruaje mezclado con un crujir de hierros flojos que golpeaban contra el suelo, y por fin *La Golondrina* se detuvo delante de la puerta.

Era un arcón amarillo montado sobre dos grandes ruedas que, subiendo hasta la altura de la baca, impedían a los viajeros ver el camino y les llenaba los hombros de barro. Los pequeños cristales de sus estrechas ventanillas temblaban en sus marcos cuando el coche estaba cerrado, y, aquí y allá, conservaban manchas de barro entre su vieja capa de polvo, que ni siquiera las lluvias de tormenta lavaban por completo. Formaban el tiro tres caballos, dos detrás y uno delante, en el centro, y, al bajar las cuestas, el carruaje tocaba el suelo dando tumbos.

Llegaron a la plaza algunos vecinos de Yonville; hablaban todos a la vez pidiendo noticias, explicaciones y banastas; Hivert no sabía a quién responder. Era él quien se encargaba de hacer en la ciudad los recados de la zona. Iba a las tiendas, traía rollos de cuero al zapatero, chatarra al herrador, una barrica de arenques a su ama, gorros a la sombrerería, postizos a la peluquería; y en el trayecto de vuelta repartía sus paquetes, que echaba por encima de las tapias de los corrales, de pie sobre el pescante y gritando a pleno pulmón mientras sus caballos iban al paso por sí solos.

Le había retrasado un incidente: la galga de Madame Bovary se había escapado por el campo. Le estuvieron silbando un cuarto de hora largo. El propio Hivert había desandado media legua creyendo verla a cada instante; pero hubo de seguir viaje. Emma había llorado, se había enfurecido; había acusado a Charles de aquella desgracia. El señor Lheureux, comerciante de tejidos que iba con ella en el coche, había tratado de consolarla con numerosos ejemplos de perros perdidos que reconocían a su dueño al cabo de muchos años. Contaban de uno, decía, que había vuelto de Constantinopla a París. Otro había hecho cincuenta leguas en línea recta y pasado a nado cuatro ríos; y su propio padre había tenido un perro de aguas que, tras doce años de ausencia, le había saltado de pronto a la espalda, en plena calle, una noche que salía a cenar fuera de casa.

II

Emma fue la primera en apearse, luego Félicité, el señor Lheureux, una nodriza, y hubo que despertar a Charles en su rincón, donde se había quedado completamente dormido en cuanto llegó la noche.

Homais se presentó; ofreció sus respetos a la señora, sus cumplidos al señor, dijo que estaba encantado de haber podido serles de alguna utilidad, y añadió con aire cordial que se había tomado la libertad de invitarse a cenar, dado que, además, su mujer estaba fuera.

Cuando estuvo en la cocina, Madame Bovary se acercó a la chimenea. Con la punta de dos dedos se cogió el vestido a la altura de la rodilla y, tras habérselo subido hasta los tobillos, tendió hacia las llamas, por encima de la pierna de cordero que daba vueltas en el asador, su pie calzado con una botina negra. El fuego la iluminaba por entero, penetrando con una luz cruda la trama de su vestido, los poros uniformes de su blanca piel e incluso los párpados de sus ojos, que pestañeaban de vez en cuando. Un gran color rojo pasaba sobre ella, según el soplo de la corriente que venía de la puerta entreabierta.

Desde el otro lado de la chimenea, un joven de melena rubia la miraba en silencio.

Como se aburría mucho en Yonville, donde estaba de pasante en la Notasría de maese Guillaumin, el señor Léon Dupuis (él era el segundo parroquiano habitual del *Lion d'Or*) retrasaba el momento de la cena con la esperanza de que a la fonda llegase algún viajero con quien hablar durante la velada. Los días que terminaba pronto su tarea se veía obligado, por no saber qué hacer, a llegar a la hora exacta y soportar, desde la sopa hasta el queso, el cara a cara con Binet. Por eso aceptó con alegría la propuesta de la posadera de cenar en compañía de los recién llegados, y pasaron a la sala grande, donde la señora Lefrançois, pomposamente, había mandado poner los cuatro cubiertos.

Homais pidió permiso para no quitarse el gorro griego, por miedo a las corizas.

Luego, volviéndose hacia su vecina:

—Sin duda la señora estará un poco cansada. ¡Da unos tumbos tan espantosos nuestra *Golondrina*!

—Es cierto –respondió Emma–; pero siempre me divierte lo que se sale de lo habitual; me gusta cambiar de aires.

—¡Es tan aburrido –suspiró el pasante– vivir clavado en los mismos sitios!

—Si, como yo, se viera obligado a estar siempre a caballo... –dijo Charles.

—Pues en mi opinión no hay nada más agradable –replicó Léon dirigiéndose a Madame Bovary–; cuando se puede –añadió.

—Además –decía el boticario–, el ejercicio de la medicina no es muy penoso en nuestra comarca, pues el estado de las carreteras permite el uso del cabriolé, y, por regla

general, los campesinos, que son gente acomodada, pagan bastante bien. Desde el punto de vista médico, y aparte de los casos ordinarios de enteritis, bronquitis, afecciones biliosas, etc., tenemos de vez en cuando algunas fiebres intermitentes durante la siega, pero, en resumidas cuentas, pocas cosas graves, nada especial que señalar, salvo muchos humores fríos, debidos sin duda a las deplorables condiciones higiénicas de nuestras viviendas campesinas. ¡Ah!, encontrará usted muchos prejuicios que combatir, señor Bovary; mucha cabezonería rutinaria, donde se estrellarán a diario todos los esfuerzos de su ciencia, porque se sigue recurriendo a las novenas, a las reliquias, al cura, antes que ir, como sería lo natural, al médico o al farmacéutico. Sin embargo, a decir verdad, el clima no es malo, y en la comuna contamos incluso con unos cuantos nonagenarios. El termómetro (según observaciones que yo mismo he hecho) baja en invierno hasta cuatro grados, y, en la estación estival, alcanza los veinticinco, los treinta centígrados como mucho, lo que equivale a veinticuatro Réaumur como máximo, o, dicho de otro modo, cincuenta y cuatro Fahrenheit (medida inglesa[80]), ¡no más! — y, en efecto, estamos resguardados de los vientos del norte por el bosque de Argueil por un lado, y de los vientos del oeste por la cuesta de Saint-Jean por el otro; y este calor, sin embargo, que, a causa del vapor de agua desprendido por el río y a la considerable presencia en los prados de animales que, como usted sabe, exhalan mucho amoníaco, es decir, nitrógeno, hidrógeno y oxígeno (no, nitrógeno e hidrógeno sólo), y que, al absorber el humus de la tierra, mezclando todas estas distintas emanaciones, reuniéndolas en un haz, por así decir, y combinándose espontáneamente con la electricidad difundida en la atmósfera, cuando la hay, a la larga podría, como en los países tropicales, engendrar miasmas insalubres; — ese calor, digo, se ve atemperado oportunamente por el lado de donde viene, o más bien de donde puede venir, es decir, por el sur, por los vientos del sudeste, que, al haberse refrescado por sí mismos al pasar por el Sena, ¡a veces nos llegan de repente como brisas de Rusia!

—¿Tienen ustedes al menos algunos paseos por los alrededores? –proseguió Madame Bovary dirigiéndose al joven.

—¡Oh!, muy pocos –respondió él–. Hay un sitio que llaman el Pastizal, en lo alto de la cuesta, en la linde del bosque. A veces voy allí los domingos, y allí me quedo con un libro contemplando la puesta de sol.

—Para mí no hay nada tan admirable como las puestas de sol –repuso ella–, pero sobre todo a la orilla del mar.

—¡Oh, adoro el mar! –dijo Léon.

—Y además –replicó Madame Bovary–, ¿no le parece que el espíritu navega más libremente por esa superficie sin límites, cuya contemplación nos eleva el alma y nos da ideas de infinito, de ideal?

—Lo mismo sucede con los paisajes de montaña –repuso Léon–. Tengo un primo que viajó por Suiza el año pasado, y me decía que no puede uno imaginarse la poesía de los lagos, el encanto de las cascadas, el gigantesco efecto de los ventisqueros. Se ven pinos de un tamaño increíble atravesados en los torrentes, cabañas suspendidas sobre precipicios, y, a mil pies por debajo, valles enteros cuando las nubes se abren.

¡Espectáculos así deben de entusiasmar, de predisponer a la oración, al éxtasis! Por eso ya no me extraña lo de aquel célebre músico que, para mejor excitar su imaginación, solía ir a tocar el piano delante de algún paraje imponente.

—¿Sabe usted música? –preguntó ella.

—No, pero me gusta mucho –respondió él.

—¡Ah!, no le haga caso, Madame Bovary –interrumpió Homais inclinándose sobre su plato–, es pura modestia. — ¿Cómo que no, querido? ¡Pero si el otro día estaba usted cantando maravillosamente en su cuarto *El ángel de la guarda* [81]! Bien que le oía yo desde el laboratorio; lo vocalizaba usted como un actor.

Léon vivía, de hecho, en casa del farmacéutico, donde tenía una pequeña habitación que daba a la plaza, en el segundo piso. Se ruborizó ante el cumplido de su casero, que ya se había vuelto hacia el médico y estaba enumerándole uno tras otro los principales habitantes de Yonville. Contaba anécdotas, daba informaciones; no se sabía exactamente la fortuna del Notasrio, *y estaba la casa Tuvache*, que creaba muchos problemas.

Emma prosiguió:

—¿Y qué música prefiere?

—¡Oh!, la música alemana, la que hace soñar.

—¿Conoce los Italianos[82]?

—Todavía no; pero los veré el próximo año, cuando vaya a vivir a París para terminar mi carrera de Derecho.

—Es lo que yo tenía el honor de contarle a su señor marido –dijo el farmacéutico– a propósito de ese pobre Yanoda que ha huido; gracias a las locuras que hizo, podrán disfrutar ustedes de una de las casas más confortables de Yonville. Lo más cómodo que tiene para un médico es una puerta que da a la *Alameda* y permite entrar y salir sin ser visto. Además, está equipada con todo lo que resulta agradable en una casa: lavadero, cocina con despensa, salón familiar, cuarto para la fruta, etc. ¡Era un hombre decidido que no reparaba en gastos! Mandó construir al final del huerto, junto al agua, un cenador expresamente para beber cerveza en verano, y si a la señora le gusta la jardinería, podrá...

—A mi mujer no le gustan demasiado esas cosas –dijo Charles–; por más que le recomienden hacer ejercicio, siempre prefiere quedarse en su cuarto leyendo.

—Igual que yo –replicó Léon–; ¿qué mejor cosa, en realidad, que estar por la noche al amor de la lumbre con un libro, mientras el viento bate los cristales y arde la lámpara?...

—¿Verdad que sí? –dijo ella, clavando en él sus grandes ojos negros muy abiertos.

—No se piensa en nada –continuaba él–, las horas pasan. Uno recorre sin moverse países que cree estar viendo, y el pensamiento, siguiendo a la ficción, se recrea en los detalles o sigue el hilo de las aventuras. Se identifica con los personajes y parece que es uno mismo quien palpita bajo sus ropas.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! –decía ella.

—¿No le ha ocurrido a veces –prosiguió Léon– encontrar en un libro una idea vaga que se ha tenido, alguna imagen borrosa que vuelve de lejos, y es algo así como la exposición completa de nuestro sentimiento más sutil?

—Sí, lo he sentido –respondió ella.

—Por eso, sobre todo, me gustan los poetas –dijo él–. Los versos me parecen más tiernos que la prosa, y nos hacen llorar mucho mejor.

—Pero a la larga cansan –replicó Emma–; y, en cambio, ahora adoro las historias que se siguen de un tirón, esas que provocan miedo. Detesto a los héroes vulgares y los sentimientos tibios, como los que hay en la naturaleza.

—En efecto –observó el pasante–, esas obras que no llegan al corazón se apartan, para mí, de la verdadera finalidad del Arte. Es tan dulce, en medio de los desencantos de la vida, poder trasladarse con el pensamiento a unos caracteres nobles, a unos afectos puros y a unos cuadros de felicidad. Para mí, que vivo aquí, lejos del mundo, es mi única distracción: ¡porque son tan pocos los alicientes que ofrece Yonville!

—Como Tostes, sin duda –replicó Emma–; por eso siempre estoy abonada a un gabinete de lectura.

—Si la señora quiere hacerme el honor de utilizarla –dijo el farmacéutico, que acababa de oír estas últimas palabras–, tengo a su disposición una biblioteca compuesta por los mejores autores: Voltaire, Rousseau, Delille[83], Walter Scott, *L'Écho des Feuilletons*[84], etc., y además recibo diferentes hojas periódicas, entre ellas *Le Fanal de Rouen*[85] a diario, ya que tengo el privilegio de ser su corresponsal para las circunscripciones de Buchy, Forges, Neufchâtel, Yonville y alrededores.

Estaban a la mesa desde hacía dos horas y media, pues la criada Artémise, arrastrando perezosamente sus chancletas de orillo sobre las baldosas, traía los platos uno a uno, se le olvidaba todo, no entendía nada y siempre se dejaba entreabierta la puerta del billar, que chocaba contra la pared con el extremo del pestillo.

Mientras hablaba, y sin darse cuenta, Léon había apoyado el pie en uno de los travesaños de la silla en que estaba sentada Madame Bovary. Llevaba ésta una pequeña corbatita de seda azul, que mantenía erguido como una gorguera un cuello de batista plisado; y según los movimientos de cabeza que hacía, la parte inferior de su cara se le hundía en la tela o emergía de ella suavemente. Así, uno junto a otro, mientras Charles y el farmacéutico charlaban, se adentraron en una de esas vagas conversaciones en las que el azar de las frases siempre lleva al centro fijo de una simpatía mutua. Espectáculos de París, títulos de novelas, nuevos bailes y una sociedad para ellos desconocida, Tostes, donde ella había vivido, Yonville, donde estaban: lo examinaron todo, hablaron de todo hasta el final de la cena.

Una vez servido el café, Félicité se fue a preparar la habitación en la nueva casa, y no tardaron los comensales en levantar el campo. La señora Lefrançois dormía al calor de las cenizas, mientras que el mozo de cuadra, con un farol en la mano, esperaba al matrimonio Bovary para acompañarlos a su casa. Su melena pelirroja estaba llena de briznas de paja, y cojeaba de la pierna izquierda. Cuando hubo cogido con su otra mano el paraguas del señor cura, se pusieron en camino.

El pueblo estaba dormido. Los postes del mercado proyectaban grandes sombras alargadas. La tierra estaba toda gris, como en una noche de verano.

Pero como la casa del médico se hallaba a cincuenta pasos de la posada, tuvieron que

despedirse casi de inmediato, y el grupo se dispersó.

Nada más llegar al vestíbulo, Emma sintió que sobre sus hombros caía como un lienzo húmedo el frío del yeso. Las paredes eran recientes y los peldaños de madera crujieron. En el dormitorio, en el primer piso, una claridad blanquecina pasaba a través de las ventanas sin cortinas. Se divisaban copas de árboles y, más lejos, la pradera, a medias anegada en la bruma que humeaba a la luz de la luna siguiendo el curso del río. En medio del piso, todo revuelto, había cajones de cómoda, botellas, varillas de cortinas, barras doradas, colchones encima de las sillas y jofainas por el suelo, pues los dos hombres que habían llevado los muebles lo habían dejado todo allí, de cualquier manera.

Era la cuarta vez que dormía en un lugar desconocido. La primera fue el día de su entrada en el convento. La segunda, la de su llegada a Tostes; la tercera, en La Vaubyessard, y ésta era la cuarta; y cada una había resultado ser en su vida como la inauguración de una fase nueva. No creía que las cosas pudieran ser iguales en lugares distintos, y, como la parte vivida había sido mala, sin duda la que faltaba por consumir sería mejor.

III

Al día siguiente, al despertarse, vio al pasante en la plaza. Emma estaba en bata. Él levantó la cabeza y la saludó. Ella hizo una rápida inclinación y cerró la ventana.

Léon estuvo esperando todo el día a que llegaran las seis de la tarde; pero, al entrar en la posada, sólo encontró al señor Binet, sentado a la mesa.

Aquella cena de la víspera era para él un acontecimiento importante; nunca, hasta entonces, había hablado dos horas seguidas con una *dama*. ¿Cómo, pues, había sido capaz de exponerle, y en semejante lenguaje, todas aquellas cosas que antes no habría dicho tan bien? Era por lo general tímido y guardaba esa reserva que participa a un tiempo del pudor y del disimulo. A los de Yonville les parecía que tenía modales *como es debido*. Escuchaba los razonamientos de las personas mayores y no parecía nada exaltado en política, cosa Notasble en un joven. Poseía además diversos talentos, pintaba a la acuarela, sabía leer la clave de sol y le gustaba entregarse a la lectura después de la cena cuando no jugaba a las cartas. El señor Homais lo consideraba por su instrucción; la señora Homais lo apreciaba por su amabilidad, pues muchas veces acompañaba al jardín a los pequeños Homais, críos siempre sucios, muy maleducados y algo linfáticos, como su madre. Para cuidarlos tenían, además de la criada, a Justin, el mancebo de la farmacia, primo segundo del señor Homais, a quien habían recogido en la casa por caridad, y que también servía de criado.

El boticario se mostró como el mejor de los vecinos. Informó a Madame Bovary sobre los proveedores, hizo venir expresamente al que le vendía la sidra, probó personalmente la bebida y se ocupó de que el tonel estuviera bien colocado en la bodega; también indicó la manera de arreglárselas para tener una provisión de manteca a buen precio y llegó a un trato con Lestiboudois, el sacristán, que, además de sus funciones sacerdotales y mortuorias, cuidaba los principales jardines de Yonville por horas o al año, a gusto de la gente.

No era sólo la necesidad de ocuparse de los demás lo que impulsaba al farmacéutico a tanta cordialidad obsequiosa: por debajo había un plan.

Había infringido la ley del 19 ventoso del año XI, artículo 1.º, que prohíbe ejercer la medicina a todo individuo que no posea el título[86]; hasta el punto de que, por tenebrosas denuncias, Homais había tenido que comparecer en Ruán ante el fiscal del rey, en su despacho particular. El magistrado lo había recibido de pie, con su toga, el armiño sobre los hombros y el birrete en la cabeza. Era por la mañana, antes de la audiencia. En el corredor se oían pasar las recias botas de los gendarmes y una especie de ruido lejano de grandes cerrojos que se corrían. Al farmacéutico le zumbaron los oídos hasta el punto de creer que iba a sufrir una congestión; entrevió calabozos subterráneos, a su familia

llorando, la farmacia vendida, desparramados todos los bocales; y tuvo que entrar en un café y tomar un vaso de ron con agua de Seltz para reponerse.

Poco a poco fue debilitándose el recuerdo de esa admonición, y continuaba, como antes, despachando consultas anodinas en la rebotica. Pero el alcalde no le quería bien, los colegas le tenían envidia y era de temer lo peor; ganarse al señor Bovary con amabilidades era conseguir su gratitud e impedir que más tarde, si se daba cuenta de algo, hablase. Por eso Homais le llevaba *el periódico* todas las mañanas, y muchas veces, por la tarde, dejaba un momento la farmacia para ir a casa del oficial de salud y charlar.

Charles estaba triste: la clientela no llegaba. Permanecía sentado largas horas sin hablar, iba a echar una cabezada a su gabinete o miraba coser a su mujer. Para distraerse, se empleó como operario en su casa, y trató incluso de pintar el desván con un resto de color que habían dejado los pintores. Pero la cuestión del dinero le preocupaba. Había gastado tanto en las reparaciones de Tostes, en los vestidos de su mujer y en la mudanza que en dos años se había esfumado toda la dote, más de tres mil escudos. Además, ¡cuántas cosas estropeadas o perdidas en el traslado de Tostes a Yonville, sin contar el cura de escayola, que, al caerse de la carreta en un tumbo demasiado fuerte, se había roto en mil pedazos sobre los adoquines de Quincampoix!

Una preocupación más grata vino a distraerle, el embarazo de su mujer. A medida que se acercaba el momento, la mimaba más. Era otro vínculo carnal que se establecía y algo así como el sentimiento continuo de una unión más compleja. Cuando veía de lejos su paso perezoso y girar suavemente la cintura sobre sus caderas sin corsé, cuando, a solas los dos, la contemplaba a placer y ella, sentada, adoptaba posturas fatigadas en su sillón, entonces no cabía en sí de gozo; se levantaba, la besaba, le pasaba las manos por la cara, la llamaba mamaíta, quería hacerle bailar, y soltaba, riendo y llorando a medias, toda clase de bromas cariñosas que se le ocurrían. La idea de haber engendrado le deleitaba. Ya no le faltaba nada. Conocía la existencia humana en toda su extensión, y, apoyado en los codos, se sentaba a la mesa lleno de serenidad.

Al principio, Emma sintió una gran extrañeza, luego tuvo deseos de dar a luz para saber qué era ser madre. Pero, como no podía hacer los gastos que quería, tener una cuna de balancín con cortinas de seda rosa y gorritos bordados, renunció a la canastilla en un acceso de amargura, y le encargó todo a una costurera del pueblo, sin escoger nada ni discutir. Así que no se recreó en esos preparativos en los que va fomentándose la ternura de las madres, y quizá por eso su cariño quedó desde el principio un tanto atenuado.

Pero como Charles hablaba de la criatura en todas las comidas, no tardó en pensar en él de una manera más continua.

Deseaba un niño; sería fuerte y moreno, lo llamaría Georges; y esa idea de tener por hijo un varón era como el esperado desquite de todas sus pasadas impotencias. Por lo menos, un hombre es libre; puede recorrer las pasiones y los países, franquear los obstáculos, probar las dichas más lejanas. Pero a una mujer le está continuamente prohibido. Inerte y flexible a un tiempo, tiene en su contra las debilidades de la carne junto con las dependencias de la ley. Su voluntad, como el velo de su sombrero sujeto

por un cordón, palpita a todos los vientos; siempre tiene algún deseo que tira de ella, algún convencionalismo que la frena.

Dio a luz un domingo, a eso de las seis, cuando salía el sol.

—¡Es una niña! –dijo Charles.

Ella volvió la cabeza y se desmayó.

Casi inmediatamente acudió la señora Homais y la besó, así como la tía Lefrançois, del *Lion d'Or*. El farmacéutico, como hombre discreto, se limitó a dirigirle algunas felicitaciones provisionales por la puerta entreabierta. Quiso ver a la niña, y la encontró bien constituida.

Durante la convalecencia, Emma se preocupó mucho de buscar un nombre para su hija. Primero pasó revista a todos los que tenían terminaciones italianas, como Clara, Luisa, Amanda, Atalía; también le gustaba Galsuinda, y más todavía Isolda o Leocadia[87]. Charles deseaba poner a la niña el nombre de su madre; Emma se oponía. Recorrieron el calendario de punta a cabo, y consultaron a los conocidos.

—Al señor Léon –decía el farmacéutico–, con el que hablaba yo el otro día de eso, le extraña que no elijan ustedes Madeleine, que está muy de moda en estos tiempos.

Pero la madre del señor Bovary protestó enérgicamente contra ese nombre de pecadora. En cuanto al señor Homais, sentía predilección por todos los que recordaban a un gran hombre, un hecho ilustre o una idea generosa, y con arreglo a ese sistema había bautizado a sus cuatro hijos. Así, Napoléon representaba la gloria y Franklin la libertad; Irma quizá era una concesión al romanticismo; pero Athalie, un homenaje a la más inmortal obra maestra de la escena francesa. Y es que sus convicciones políticas no impedían sus admiraciones artísticas, el pensador no ahogaba en él al hombre sensible; sabía establecer diferencias, separar la imaginación del fanatismo. De esa tragedia, por ejemplo, condenaba las ideas, pero admiraba el estilo; maldecía el concepto, pero aplaudía todos los detalles, y se exasperaba contra los personajes, entusiasmándose con sus discursos. Cuando leía las tiradas más significativas, se sentía transportado; pero cuando pensaba en el provecho que el partido de los devotos sacaba de aquello, se desesperaba, y en esa confusión de sentimientos en que se debatía habría querido a un tiempo poder coronar a Racine con ambas manos y discutir con él durante un buen cuarto de hora.

Finalmente, Emma se acordó de que en el castillo de La Vaubyessard había oído a la marquesa llamar Berthe a una joven; desde entonces quedó elegido ese nombre, y como papá Rouault no podía acudir pidieron al señor Homais que fuera el padrino. Éste dio productos de su establecimiento como regalos, a saber: seis cajas de azufaifas, un bocal entero de racahut, tres colodras de melcocha y, además, seis barritas de azúcar cande que había encontrado en una alacena. La noche de la ceremonia hubo un gran convite; asistía el cura; se fueron animando. A la hora de los licores, el señor Homais entonó *El Dios de la buena gente* [88]. El señor Léon cantó una barcarola, y la madre del señor Bovary, que era la madrina, una romanza de los tiempos del Imperio; por último, el señor Bovary padre exigió que bajaran a la niña, y se puso a bautizarla con una copa de champán que le derramaba desde lo alto sobre la cabeza. Esta burla del primero de los

sacramentos indignó al abate Bournisien; Bovary padre replicó con una cita de *La guerra de los dioses*[89], el cura quiso marcharse; las señoras suplicaban; intervino Homais; y entre todos lograron que volviera a sentarse el sacerdote, que siguió tomando tranquilamente, en su platillo, su media taza[90] de café a medio beber.

El señor Bovary padre se quedó todavía un mes en Yonville, deslumbrando a sus habitantes con un soberbio gorro de policía con galones de plata, que llevaba por la mañana para fumarse una pipa en la plaza. Como también era aficionado a beber mucho aguardiente, solía mandar a la criada al *Lion d'Or* para que le comprase una botella, que apuntaban en la cuenta de su hijo; y, para perfumarse los pañuelos, gastó toda la provisión de agua de colonia que tenía su nuera.

Ésta no se encontraba a disgusto en su compañía. Había recorrido mundo: hablaba de Berlín, de Viena, de Estrasburgo, de sus tiempos de militar, de las amantes que había tenido, de las juergas que se había corrido; además, se mostraba amable, e incluso a veces, en la escalera o en la huerta, la cogía por la cintura exclamando:

—¡Charles, ten cuidado!

Entonces la señora Bovary madre se alarmó por la felicidad de su hijo, y, temiendo que, a la larga, su esposo tuviera alguna influencia inmoral sobre las ideas de la joven, se apresuró a adelantar la marcha. Quizá sentía inquietudes más graves. El señor Bovary era un hombre que no respetaba nada.

Un día, Emma sintió de pronto la necesidad de ver a su hijita, que había dado a criar a la mujer del carpintero; y, sin mirar en el calendario si habían pasado las seis semanas de la Virgen[91], se encaminó hacia la morada de Rollet, que se encontraba al final del pueblo, al pie de la cuesta, entre la carretera y los prados.

Era mediodía; las casas tenían cerradas las contraventanas, y los tejados de pizarra, que relucían bajo la cruda luz del cielo azul, parecían despedir chispas en la cresta de sus aguilones. Soplaba un viento bochornoso. Emma se sentía débil al andar; los guijarros de la acera le hacían daño; dudó entre volverse a casa o entrar en algún sitio para sentarse.

En ese momento, de una puerta vecina salió el señor Léon con un legajo de papeles bajo el brazo. Se acercó a saludarla y se puso a la sombra delante de la tienda de Lheureux, bajo el toldo gris que sobresalía.

Madame Bovary dijo que iba a ver a su hija, pero que empezaba a estar cansada.

—Si... –dijo Léon, sin atreverse a continuar.

—¿Va usted a alguna parte? –preguntó ella.

Y, tras la respuesta del pasante, le pidió que la acompañase. Esa misma noche todo Yonville lo supo, y la señora Tuvache, la mujer del alcalde, declaró en presencia de su criada que *Madame Bovary se comprometía*.

Para llegar a casa de la nodriza, al final de la calle, había que doblar a la izquierda, como para ir al cementerio, y seguir, entre casitas y corrales, un pequeño sendero bordeado de alheñas. Estaban en flor, y también las verónicas, los rosales silvestres, las ortigas y las ligeras zarzas que emergían de los matorrales. Por los huecos de los setos se veían, en los corrales, algún que otro cerdo en un estercolero, o vacas con petrales al pecho frotando sus cuernos contra los troncos de los árboles[92]. Caminaban despacio,

muy juntos, ella apoyándose en él y él conteniendo el paso para acompasarlo al de ella; delante revoloteaba un enjambre de moscas, zumbando en el aire cálido.

Reconocieron la casa por un viejo nogal que le daba sombra. Baja y cubierta de tejas pardas, tenía colgada fuera, bajo la lucera del desván, una ristra de cebollas. Haces de leña menuda, de pie contra el seto de espinos, rodeaban un bancal de lechugas, algunas matas de espliego y unos guisantes en flor colocados en rodrigones. Corría un agua sucia desparramándose por la hierba, y alrededor había algunos harapos difíciles de distinguir, unas medias de punto, una camisola de indiana roja, y una gran sábana de grueso retor tendida a lo largo del seto. Al ruido de la cancela apareció la nodriza, llevando en un brazo un niño al que daba de mamar. Con la otra mano tiraba de un pobre crío raquítico, con la cara cubierta de escrófulas, hijo de un comerciante de géneros de punto de Ruán, al que sus padres, demasiado ocupados por su negocio, dejaban en el campo.

—Pase –dijo ella–; su pequeña está durmiendo ahí dentro.

La habitación, en la planta baja, la única de la vivienda, tenía en el fondo, pegada a la pared, una amplia cama sin cortinas, mientras que la artesa ocupaba el lado de la ventana, uno de cuyos cristales estaba pegado con un sol de papel azul. En el rincón, detrás de la puerta, unos borceguíes de clavos relucientes se alineaban bajo la piedra del lavadero, junto a una botella llena de aceite que tenía una pluma en el gollete; había un *Mathieu Laensberg* [93] rodando en la polvorienta chimenea, entre pedernales, cabos de vela y trozos de yesca. Por último, colmo de lo superfluo en aquella casa, había una Fama soplando unas trompetas, estampa recortada probablemente de algún prospecto de perfumería, y que seis clavos de zuecos fijaban a la pared.

La hija de Emma dormía en el suelo, en una cuna de mimbre. La cogió con la manta que la envolvía, y se puso a cantar dulcemente mientras la mecía.

Léon paseaba por el cuarto; le parecía raro ver a aquella hermosa dama con su vestido de nanquín[94] entre tanta miseria. Madame Bovary se ruborizó; él se apartó, creyendo que tal vez sus ojos habían cometido alguna impertinencia. Luego Emma acostó de nuevo a la pequeña, que acababa de vomitar encima de su cuello de encaje. La nodriza acudió enseguida a limpiarla, asegurándole que no se Notasría.

—A mí me lo hace muchas veces –decía–, ¡y no hago más que limpiarla continuamente! Si tuviera la amabilidad de encargar a Camus, el tendero, que me deje coger un poco de jabón cuando me haga falta... Hasta sería más cómodo para usted, así no tendría que molestarla.

—¡Bueno, bueno! –dijo Emma–. ¡Hasta la vista, tía Rollet!

Y salió, limpiándose los pies en el umbral.

La mujer la acompañó hasta el extremo del corral, sin dejar de hablar de lo mucho que le costaba levantarse por la noche.

—Algunas veces estoy tan molida que me duermo en la silla; por eso debería darme por lo menos una librita de café molido, que me duraría un mes y que tomaría por la mañana con leche.

Después de haber soportado sus muestras de agradecimiento, Madame Bovary se fue; y ya había avanzado un trecho por el sendero cuando un ruido de zuecos le hizo volver

la cabeza: ¡era la nodriza!

—¿Qué pasa?

Entonces la campesina, llevándola aparte, detrás de un olmo, se puso a hablarle de su marido, que, con su oficio y seis francos al año que el capitán...

—Acabe de una vez –dijo Emma.

—Es que –prosiguió la nodriza lanzando suspiros entre cada palabra– tengo miedo de que se ponga triste al verme tomar café a mí sola; ya sabe, los hombres...

—Pues lo tendrá –repetía Emma–; ¡se lo daré!... ¡Déjeme en paz!

—¡Ay!, mi querida señora, es que debido a sus heridas tiene unos calambres horribles en el pecho. Hasta dice que la sidra lo debilita.

—¡Pero acabe de una vez, tía Rollet!

—Bueno –prosiguió ésta haciendo una reverencia–, si no fuera mucho pedirle... –volvió a saludar otra vez–, cuando usted quiera –y su mirada suplicaba–, un jarrito de aguardiente –terminó diciendo–, y le daré friegas con él a los piececitos de su niña, que los tiene tiernos como la lengua.

Libre ya de la nodriza, Emma volvió a cogerse del brazo del señor Léon. Caminó deprisa durante un rato; luego acortó el paso, y su mirada, que hasta entonces dirigía hacia delante, encontró el hombro del joven, cuya levita tenía un cuello de terciopelo negro. Encima le caía su pelo castaño, liso y bien peinado. Se fijó en sus uñas, que eran más largas de lo que se llevaba en Yonville. Cuidárselas era una de las grandes ocupaciones del pasante; y para ese menester guardaba en su escritorio una navajita especial.

Volvieron a Yonville siguiendo la orilla del río. En la estación cálida, la ribera, más ancha, dejaba al descubierto hasta su base las tapias de las huertas, que tenían una escalera de varios peldaños descendiendo hasta el río, que fluía sin ruido, rápido y frío a la vista; grandes hierbas delgadas se doblaban juntas, según la corriente que las empujaba, y se extendían en su limpidez como verdes cabelleras abandonadas. A veces, en la punta de los juncos o en la hoja de los nenúfares, caminaba o se posaba un insecto de patas finas. El sol atravesaba con un rayo las pequeñas pompas azules de las olas que se sucedían rompiéndose; los viejos sauces desmochados miraban en el agua su corteza gris; más allá, todo alrededor, la pradera parecía vacía. Era la hora de la comida en las granjas, y la joven y su acompañante sólo oían, mientras caminaban, la cadencia de sus pasos sobre la tierra del sendero, las palabras que se decían, y el roce del vestido de Emma que susurraba en torno a ella.

Las tapias de las huertas, rematadas en su barda con cascos de botella, estaban calientes como la cristalera de un invernadero. Entre los ladrillos habían brotado unos alhelíes; y, con la punta de su sombrilla abierta, Madame Bovary, al pasar, hacía que se desgranasen en polvo amarillento algunas de sus flores marchitas, o alguna rama de madreselvas y de clemátides, que colgaba por fuera, era arrastrada un momento por la seda del vestido al enredarse en los flecos.

Hablaban de una compañía de bailarines españoles a los que se esperaba dentro de poco en el teatro de Ruán.

—¿Irá usted? –preguntó ella.

—Si puedo, sí –respondió él.

¿No tenían nada más que decirse? Sus ojos, sin embargo, estaban llenos de una conversación más seria; y, mientras se esforzaban por encontrar frases triviales, ambos iban sintiéndose invadidos por una misma languidez; era una especie de murmullo del alma, profundo, continuo, que dominaba el de sus voces. Sorprendidos de asombro ante aquella dulzura desconocida, no pensaban en contarse su sensación o en descubrir su causa. Las dichas futuras, como las costas de los trópicos, proyectan sobre la inmensidad que las precede sus molicies nativas, una brisa perfumada, y cualquiera se adormece en esa embriaguez sin preocuparse siquiera del horizonte que no se alcanza a divisar.

En algunos puntos, la tierra estaba hundida por el paso del ganado; tuvieron que caminar sobre grandes piedras verdes espaciadas en el barro. A menudo, Emma se detenía un minuto para mirar dónde poner su botina — y, vacilando sobre la piedra que temblaba, con los codos en el aire, el busto inclinado, indecisa la mirada, se reía entonces por miedo a caer en los charcos de agua.

Cuando llegaron delante de su huerta, Madame Bovary empujó la pequeña cancela, subió corriendo los escalones y desapareció.

Léon regresó a su estudio. El patrón estaba ausente; echó una ojeada a los expedientes, luego afiló una pluma, cogió finalmente el sombrero y se marchó.

Fue al Pastizal, en lo alto de la cuesta de Argueil, a la entrada del bosque; se tendió en el suelo bajo los abetos y miró el cielo a través de los dedos.

—¡Cómo me aburro! –se decía–, ¡cómo me aburro!

Se consideraba digno de lástima por vivir en aquel pueblo, con Homais por amigo y el señor Guillaumin por patrón. Este último, muy absorbido por sus asuntos, con gafas de montura de oro y patillas pelirrojas sobre una corbata blanca, no entendía nada de las delicadezas del espíritu, aunque aparentase un aire envarado e inglés que en los primeros tiempos había deslumbrado al pasante. En cuanto a la mujer del farmacéutico, era la mejor esposa de Normandía, mansa como un cordero, amante de sus hijos, de su padre, de su madre, de sus primos, llorando por los males ajenos, con escasa aptitud para las tareas del hogar, y detestando los corsés; — pero tan pesada de movimientos, tan aburrida de escuchar, de un aspecto tan ordinario y de una conversación tan limitada, que él nunca había pensado, aunque ella tuviera treinta años y él veinte, y durmieran puerta con puerta y hablara con ella a diario, que pudiera ser una mujer para alguien ni que poseyese de su sexo otra cosa que el vestido.

¿Y quién más había? Binet, algunos comerciantes, dos o tres taberneros, el cura y, por último, el señor Tuvache, el alcalde, con sus dos hijos, gente acomodada, tosca, obtusa, que cultivaban sus tierras en persona, daban grandes comilonas en familia y además eran devotos y de un trato totalmente insoportable.

Pero, sobre el fondo común de todos aquellos rostros humanos, destacaba, aislada y más lejana sin embargo, la figura de Emma; porque entre ella y él presentía una especie de vagos abismos.

Al principio fue a su casa varias veces en compañía del farmacéutico. Charles no

parecía demasiado interesado en recibirle; y Léon no sabía cómo actuar entre el miedo a ser indiscreto y el deseo de una intimidad que consideraba casi imposible.

IV

Con los primeros fríos Emma dejó su cuarto para vivir en la sala, amplia estancia de techo bajo donde, sobre la chimenea, había un frondoso polipero desplegado contra el espejo. Sentada en su sillón, junto a la ventana, veía pasar por la acera a la gente del pueblo.

Dos veces al día iba Léon desde su despacho al *Lion d'Or*. Emma le oía llegar desde lejos; se inclinaba para escuchar; y el joven se deslizaba detrás de la cortina, vestido siempre igual y sin volver la cabeza. Pero en el crepúsculo, cuando, con la barbilla en la mano izquierda, había abandonado sobre sus rodillas la labor empezada, se estremecía a menudo ante la aparición de aquella sombra que desaparecía de repente. Se levantaba y mandaba poner la mesa.

El señor Homais llegaba durante la cena. Con el gorro griego en la mano, entraba con paso silencioso para no molestar a nadie y siempre repitiendo la misma frase: «¡Buenas noches a todos!». Luego, una vez instalado en su sitio, contra la mesa, entre los dos esposos, preguntaba al médico por sus enfermos y éste le consultaba sobre los probables honorarios. Luego hablaban de lo que había *en el periódico*. A esa hora, Homais se lo sabía casi de memoria; y lo contaba íntegramente, con las reflexiones del periodista y todas las historias de las catástrofes individuales ocurridas en Francia o en el extranjero. Pero, como el tema se agotaba, no tardaba en lanzar algunos comentarios sobre los platos que veía. E incluso, en ocasiones, incorporándose a medias, indicaba con delicadeza a la señora el trozo más tierno, o, volviéndose hacia la criada, le daba consejos sobre la manipulación de los estofados y la higiene de los condimentos; hablaba de aroma, osmazomo[95], jugos y gelatina de una forma deslumbrante. Como además tenía la cabeza más llena de recetas que su botica de bocales, Homais destacaba elaborando gran variedad de mermeladas, vinagres y licores dulces, y conocía también todas las invenciones recientes de calefactores económicos, junto con el arte de conservar los quesos y cuidar los vinos echados a perder.

A las ocho venía Justin en su busca para cerrar la botica. Entonces el señor Homais, sobre todo si estaba allí Félicité, lo miraba con aire socarrón, tras haber Notasdo que su alumno se había aficionado a la casa del médico.

—Este buen mozo empieza a pensar –decía–, ¡y que me lleve el diablo si no está enamorado de la criada de ustedes!

Pero un defecto más grave, y que le reprochaba, era andar escuchando continuamente las conversaciones. Los domingos, por ejemplo, no podían hacerle salir del salón, adonde la señora Homais lo había llamado para que se hiciera cargo de los niños, que se quedaban dormidos en los sillones, arrugando con la espalda las fundas de calicó,

demasiado holgadas.

No acudía mucha gente a estas veladas del farmacéutico, porque su maledicencia y sus opiniones políticas habían ido distanciando a varias personas respetables. El pasante no se perdía ni una. En cuanto oía la campanilla, corría al encuentro de Madame Bovary, le cogía el chal y guardaba aparte, debajo del mostrador de la farmacia, las gruesas zapatillas de orillo que llevaba sobre su calzado cuando había nieve.

Empezaban jugando unas cuantas partidas a la treinta y una; luego, el señor Homais al *écarté* con Emma; Léon, detrás de ella, le daba consejos. De pie y con las manos sobre el respaldo de su silla, miraba las púas de la peineta clavadas en su moño. A cada movimiento que hacía para echar las cartas, se le subía el vestido por el lado derecho. De su pelo recogido le descendía por la espalda un tono pardo que, palideciendo gradualmente, se perdía poco a poco en la sombra. Luego, el vestido volvía a caer por ambos lados sobre el asiento ahuecándose, lleno de pliegues, y llegaba hasta el suelo. A veces, cuando Léon notaba que la suela de su bota lo pisaba, se apartaba, como si hubiera pisado a alguien.

Una vez concluida la partida de cartas, el farmacéutico y el médico jugaban al dominó, y Emma, cambiando de sitio, se acodaba en la mesa para hojear *L'Illustration*[96]. Había llevado su revista de modas. Léon se ponía a su lado; juntos miraban los grabados y se esperaban cuando llegaban al final de las hojas. A menudo le pedía Emma que le recitara versos; Léon los declamaba con voz lánguida que hacía expirar cuidadosamente en los pasajes de amor. Pero el ruido del dominó la contrariaba; el señor Homais era un jugador excelente y ganaba a Charles ahorcándole el seis doble. Luego, una vez alcanzados los trescientos puntos, ambos se sentaban junto al fuego y no tardaban en dormirse. La lumbre moría en las cenizas; la tetera estaba vacía; Léon seguía leyendo. Emma escuchaba, haciendo girar maquinalmente la pantalla de la lámpara, que tenía pintados en su gasa varios pierrots en unos carruajes y unas volatineras con sus balancines. Léon se paraba, señalando con un gesto a su auditorio dormido; entonces se hablaban en voz baja, y la conversación que mantenían les parecía más dulce, porque nadie les oía.

Así se estableció entre ellos una especie de asociación, un continuo intercambio de libros y romanzas; al señor Bovary, poco celoso, no le extrañaba.

Recibió por su cumpleaños un bello busto frenológico[97], todo marcado de números hasta el tórax y pintado de azul. Era una atención del pasante. Tenía otras muchas, hasta hacerle en Ruán sus recados; y como la obra de un novelista había puesto de moda la manía de las plantas carnosas, Léon las compraba para la señora, llevándolas sobre sus rodillas en *La Golondrina*, pinchándose los dedos con sus duras púas.

Ella mandó colocar junto a su ventana una tabla con barandilla para poner sus tiestos. También Léon tuvo su jardincillo colgante; se veían cuidando cada uno sus flores en las ventanas.

Entre las ventanas del pueblo, había una ocupada con más frecuencia todavía; porque los domingos, de la mañana a la noche, y todas las tardes si el tiempo estaba despejado, en la claraboya de un desván se veía el enjuto perfil del señor Binet inclinado sobre su torno, cuyo monótono zumbido se oía hasta en el *Lion d'Or*.

Una noche, al volver a casa, Léon encontró en su cuarto un cubrecama de terciopelo y lana bordado con ramajes sobre fondo pálido, llamó a la señora Homais, al señor Homais, a Justin, a los niños, a la cocinera, se lo contó a su patrón; todo el mundo quiso conocer aquel cubrecama; ¿por qué la mujer del médico tenía aquellas *generosidades* con el pasante? Pareció raro, y definitivamente pensaron que debía de ser *su amiga*.

Él daba pie a creerlo, porque no hacía más que hablar de sus encantos y de su inteligencia, hasta el punto de que en una ocasión Binet le replicó con brutalidad:

—¿Y a mí qué me importa, si no gozo de su amistad?

Léon se torturaba para encontrar la forma de *declararse*; y, siempre vacilante entre el temor a ofenderla y la vergüenza de ser tan pusilánime, lloraba de desánimo y de deseos. Después tomaba decisiones enérgicas; escribía cartas que rompía, se daba plazos que iba retrasando. Muchas veces se ponía en marcha, con el propósito de atreverse a todo; pero esa resolución lo abandonaba inmediatamente en presencia de Emma, y, cuando Charles, apareciendo de pronto, le invitaba a subir en su *boc* para ir a ver juntos a algún enfermo de los alrededores, aceptaba enseguida, saludaba a la señora y se iba. ¿No era algo de ella su marido?

Emma, por su parte, nunca se hizo preguntas para saber si lo amaba. Creía que el amor debía llegar de repente, con grandes resplandores y fulguraciones — huracán de los cielos que cae sobre la vida, la trastorna, arranca las voluntades como hojas y arrastra hacia el abismo el corazón entero. No sabía que, en la terraza de las casas, la lluvia forma lagos cuando los canalones están atrancados, y así habría permanecido a salvo de no haber descubierto de pronto una grieta en la pared.

V

Fue un domingo de febrero, una tarde que nevaba.

Todos, el matrimonio Bovary, Homais y el señor Léon, habían ido a ver, a una media legua de Yonville, en el valle, una hilatura de lino que estaban montando. El boticario había llevado consigo a Napoléon y a Athalie para que hicieran ejercicio, y Justin los acompañaba llevando los paraguas al hombro.

Nada, sin embargo, menos curioso que aquella curiosidad. Un gran espacio de terreno vacío, donde se veían revueltas, entre montones de arena y piedras, unas cuantas ruedas de engranaje ya roñosas, rodeaba una larga edificación cuadrangular en la que se abría una gran cantidad de pequeñas ventanas. No estaba acabada de construir y, a través de las vigas de la techumbre, se veía el cielo. Atado a la vigueta del aguilón, un manojo de paja y espigas hacía flamear al viento sus cintas tricolores.

Homais hablaba. Explicaba a *la compañía* la futura importancia de aquel establecimiento, calculaba la resistencia de los suelos, el grosor de las paredes, y lamentaba mucho no tener un bastón métrico, como el que poseía el señor Binet para su uso particular.

Emma, que le daba el brazo, se apoyaba ligeramente en su hombro, y miraba el disco solar que irradiaba a lo lejos, entre la bruma, su deslumbrante palidez; pero volvió la cabeza: allí estaba Charles. Llevaba la gorra calada hasta las cejas, y sus gruesos labios temblequeaban, lo cual añadía a su cara un aire estúpido; hasta su propia espalda, su tranquila espalda, resultaba irritante, y encontraba en ella, expuesta sobre la levita, toda la simpleza del personaje.

Mientras lo contemplaba, saboreando así en su irritación una especie de voluptuosidad depravada, Léon adelantó un paso. El frío que lo empalidecía parecía depositar en su rostro una languidez más suave; entre la corbata y la garganta, el cuello de la camisa, un poco holgado, dejaba ver la piel; una punta de oreja asomaba por debajo de un mechón de pelo, y sus grandes ojos azules, alzados hacia las nubes, le parecieron a Emma más límpidos y más hermosos que esos lagos de montaña en que el cielo se mira.

—¡Desgraciado! –exclamó de pronto el boticario.

Y corrió hacia su hijo, que acababa de lanzarse sobre un montón de cal para pintarse de blanco los zapatos. Ante los reproches con que lo abrumaban, Napoléon se puso a berrear mientras Justin le secaba los zapatos con un puñado de paja. Pero hubiera necesitado una navaja; Charles le ofreció la suya.

«¡Ah!», se dijo Emma, «¡lleva navaja en el bolsillo, como un aldeano!».

Empezaba a caer la escarcha y volvieron hacia Yonville.

Por la noche, Madame Bovary no fue a casa de sus vecinos, y cuando Charles se fue,

cuando se sintió a solas, volvió a surgir la comparación entre uno y otro con la nitidez de una sensación casi inmediata y con esa prolongación de perspectiva que da el recuerdo a los objetos. Mirando desde la cama el claro fuego que ardía, seguía viendo, como antes, a Léon de pie, doblando con una mano su bastoncillo[98] y llevando de la otra a Athalie, que chupaba tranquilamente un trozo de hielo. Le parecía encantador; no podía dejar de pensar en él; recordó algunas actitudes suyas de otros días, frases que había dicho, el sonido de su voz, toda su persona; y, adelantando los labios como para besar, repetía:

«¡Sí, encantador! ¡Encantador!... ¿No estará enamorado?», se preguntó. «¿Y de quién?... ¡Pues de mí!»

Aparecieron de golpe todas las pruebas, le dio un vuelco el corazón. La llama de la chimenea hacía temblar el techo con una claridad alegre; se volvió de espaldas estirando los brazos.

Entonces empezó el eterno lamento: «¡Ay! ¡Si el cielo lo hubiera querido! ¿Por qué no? ¿Quién lo impediría?...».

Cuando Charles volvió a casa a medianoche, ella fingió despertarse, y como él hiciera ruido al desvestirse, ella se quejó de jaqueca; luego preguntó en tono indiferente qué había pasado en la velada.

—El señor Léon se ha retirado temprano –dijo él.

Emma no pudo evitar una sonrisa, y se durmió con el alma llena de un hechizo nuevo.

Al día siguiente, al anochecer, recibió la visita del señor Lheureux, que tenía una tienda de novedades. Un hombre hábil este tendero.

Nacido en Gascuña, pero normando de adopción, unía a su facundia meridional la cautela de las gentes de Caux. Su cara gruesa, blanda y sin barba, parecía teñida por una cocción de regaliz claro, y su pelo cano hacía más vivo aún el brillo rudo de sus ojillos negros. Nadie sabía qué había sido antes: buhonero, decían unos, banquero en Routot, según otros. Lo cierto es que hacía mentalmente complicadas operaciones de cálculo, capaces de asustar al mismísimo Binet. Amable hasta resultar obsequioso, siempre se mantenía con la espalda inclinada, en la postura de quien saluda o invita.

Después de haber dejado en la puerta su sombrero adornado con un crespón, depositó sobre la mesa una caja verde, y empezó a quejarse a la señora, con mucha cortesía, de no haber merecido hasta ese día su confianza. Una humilde tienda como la suya no estaba hecha para atraer a una *elegante*; recalcó esta palabra. Pero ella no tenía más que pedir, y él se encargaría de proporcionarle lo que quisiera, tanto en mercería como en corsetería, sombrerería o novedades; pues iba regularmente a la ciudad cuatro veces al mes. Estaba en relación con las casas más importantes. Podían dar referencias suyas en *Les Trois Frères,* en *La Barbe d'Or* o en *Le Grand Sauvage*; ¡todos estos señores le conocían como a la palma de su mano! Hoy venía de paso a mostrar a la señora diferentes artículos de los que disponía gracias a una ocasión excepcional. Y sacó de la caja media docena de cuellos bordados.

Madame Bovary los examinó.

—No necesito nada –dijo ella.

Entonces el señor Lheureux exhibió delicadamente tres echarpes argelinos, varios

paquetes de agujas inglesas, un par de zapatillas de paja y, por último, cuatro hueveras de corteza de coco, cinceladas a mano por presidiarios. Luego, con las manos sobre la mesa, el cuello estirado e inclinado el busto, seguía con la boca abierta la mirada de Emma, que se paseaba indecisa entre aquellos artículos. De vez en cuando, como para sacudir el polvo, daba con la uña un golpecito en la seda de los echarpes, que, desplegados en toda su longitud, se estremecían con un rumor leve, haciendo centellear como estrellitas, a la luz verdosa del crepúsculo, las lentejuelas de oro del tejido.

—¿Cuánto cuestan?

—Una miseria –respondió él–, una miseria; pero no hay prisa; cuando usted quiera; ¡no somos judíos!

Ella pensó unos instantes, y acabó por rehusar dando las gracias al señor Lheureux, que replicó sin inmutarse:

—Bueno, ya nos entenderemos otro día; con las damas siempre he terminado entendiéndome, menos con la mía, claro.

Emma sonrió.

—Quiero decirle –prosiguió él en tono campechano tras su broma– que no es el dinero lo que me preocupa... Se lo proporcionaría a usted, si le hiciera falta.

Ella hizo un gesto de sorpresa.

—¡Ah! –exclamó él vivamente y en voz baja–, no tendría que ir muy lejos para conseguírselo; ¡puede estar segura!

Y se puso a pedir noticias de papá Tellier, el dueño del *Café Français*, a quien ahora atendía el señor Bovary.

—¿Qué es lo que tiene papá Tellier?... Tose de una forma que hace temblar toda la casa, y mucho me temo que dentro de poco va a necesitar un abrigo de pino más que una camiseta de franela. ¡Corrió tantas juergas de joven! ¡Esa gente, señora, no tenía el menor orden! ¡Se calcinó con aguardiente! Aunque de todos modos da pena ver irse a un conocido.

Y mientras volvía a cerrar su caja, discurría así sobre la clientela del médico.

—Indudablemente es el tiempo la causa de estas dolencias –dijo mirando los cristales con cara de mal humor–. Tampoco yo me siento bien del todo; y hasta puede que un día de éstos venga a consultar a su señor marido, por un dolor que tengo en la espalda. En fin, Madame Bovary, hasta la vista; a su disposición; su más humilde servidor.

Y cerró suavemente la puerta.

Emma mandó que le sirvieran la cena en su cuarto, junto al fuego, en una bandeja; comió muy despacio; todo le pareció bueno.

«¡Qué sensata he sido!», se decía pensando en los echarpes.

Oyó pasos en la escalera: era Léon. Se levantó y cogió de la cómoda, entre varios trapos a falta de dobladillo, el primero del montón. Parecía muy atareada cuando él entró.

La conversación fue lánguida porque Madame Bovary la abandonaba a cada instante, mientras que él se mostraba como azorado. Sentado en una silla baja junto a la chimenea, daba vueltas entre los dedos al estuche de marfil; ella clavaba la aguja o, de

vez en cuando, fruncía con la uña los pliegues de la tela. Ella no hablaba; él callaba, cautivado por su silencio, como lo hubiera estado por sus palabras.

«¡Pobre muchacho!», pensaba ella.

«¿En qué le desagrado?», se preguntaba él.

Léon, sin embargo, acabó diciendo que uno de aquellos días debía ir a Ruán, por un asunto de su despacho.

—Su suscripción de música se le ha terminado. ¿Quiere que la renueve?

—No –respondió ella.

—¿Por qué?

—Porque...

Y, apretando los labios, tiró lentamente de una larga hebra de hilo gris.

Aquella labor irritaba a Léon. Los dedos de Emma parecían despellejarse por las yemas; se le ocurrió una frase galante, pero no se arriesgó.

—¿La deja entonces? –prosiguió él.

—¿Qué? –dijo ella con viveza–, ¿la música? ¡Ay, Dios mío, pues claro! Tengo una casa que llevar, un marido que atender, en fin, mil cosas, ¡muchas obligaciones que son más urgentes!

Ella miró el reloj. Charles se retrasaba. Entonces se hizo la preocupada. Repitió hasta dos o tres veces:

—¡Es tan bueno!

El pasante apreciaba al señor Bovary. Pero aquel cariño hacia él le sorprendió de una manera desagradable; con todo, continuó con el elogio, que oía hacer a todo el mundo, decía, y sobre todo al farmacéutico.

—¡Ah!, es un buen hombre –repuso Emma.

—Desde luego –afirmó el pasante.

Y se puso a hablar de la señora Homais, cuyo desaliño en el vestir solía moverles a risa.

—¿Y qué importa eso? –interrumpió Emma–. Una buena madre de familia no se preocupa por su indumentaria.

Luego volvió a sumirse en su silencio.

Los días siguientes ocurrió lo mismo: sus palabras, sus modales, todo cambió. Se la vio ocuparse a conciencia de las tareas de la casa, frecuentar de nuevo con regularidad la iglesia y mostrarse más severa con la criada.

Retiró a Berthe de la nodriza. Félicité se la traía cuando había visitas, y Madame Bovary la desnudaba para que vieran su constitución. Decía que adoraba a los niños; era su consuelo, su alegría, su locura, y acompañaba las caricias con expansiones líricas que, a otros que no fueran los vecinos de Yonville, les habrían recordado a la Sachette de *Notre-Dame de París*[99].

Cuando Charles volvía a casa, encontraba las zapatillas calentándose junto a las cenizas. Ahora a sus chalecos ya no les faltaba el forro, ni botones a sus camisas, e incluso daba gusto contemplar en el armario todos los gorros de dormir ordenados en pilas iguales. Ella ya no protestaba, como antes, por pasear por la huerta; lo que él

proponía siempre era aceptado, aunque Emma fuera incapaz de adivinar los deseos a que se sometía sin murmurar; — y cuando Léon lo veía junto al fuego, después de la cena, con ambas manos sobre el regazo, los dos pies en los morillos, rojas las mejillas por la digestión, húmedos de felicidad los ojos, con la niña arrastrándose por la alfombra, y aquella mujer de esbelto talle que por encima del respaldo del sillón venía a besarle la frente, se decía: «¡Qué locura! ¿Y cómo llegar hasta ella?».

Le pareció, pues, tan virtuosa e inaccesible que le abandonó toda esperanza, hasta la más vaga.

Pero, con esta renuncia, la colocaba en condiciones extraordinarias. Para él, Emma se desprendió de sus atractivos carnales de los que nada podía esperar; y fue elevándose más y más en su corazón y remontando a la manera magnífica de una apoteosis que alza el vuelo. Era uno de esos sentimientos puros que no estorban el ejercicio de la vida, que cultivamos porque son raros y cuya pérdida afligiría más de lo que alegraría su posesión.

Emma adelgazó, sus mejillas palidecieron, se le afinó la cara. Con sus bandós negros, sus grandes ojos, su nariz recta, sus andares de pájaro, y siempre silenciosa, ¿no parecía ahora pasar por la existencia sin apenas tocarla, y llevar en la frente la vaga marca de alguna predestinación sublime? Estaba tan triste y tan serena, tan dulce y tan reservada a la vez que, a su lado, uno se sentía dominado por un encanto glacial, igual que se estremece uno en las iglesias al sentir el perfume de las flores unido al frío de los mármoles. Tampoco los demás escapaban a esa seducción. El farmacéutico decía:

—Es una mujer de grandes recursos y no estaría fuera de lugar en una subprefectura.

Las señoras del pueblo admiraban su sentido del ahorro, los clientes su trato amable, los pobres su caridad.

Pero estaba llena de ansias, de rabia, de odio. Aquel vestido de pliegues rectos escondía un corazón tempestuoso, y aquellos labios tan púdicos callaban su tormenta interior. Estaba enamorada de Léon y buscaba la soledad para poder deleitarse más a gusto en su imagen. La vista de su persona turbaba la voluptuosidad de esa meditación. Emma palpitaba al ruido de sus pasos; después, en su presencia, la emoción decaía, y luego sólo le quedaba un inmenso estupor que se resolvía en tristeza.

Cuando salía desesperado de casa de Emma, Léon no sabía que ella se levantaba tras él para verlo en la calle. Se inquietaba por sus idas y venidas, espiaba su rostro; inventó toda una historia con el fin de tener un pretexto y visitar su cuarto. La mujer del farmacéutico le parecía muy afortunada por dormir bajo el mismo techo; y sus pensamientos se cernían continuamente sobre aquella casa, como las palomas del *Lion d'Or* que iban a remojar allí, en los canalones, sus patas rosas y sus alas blancas. Pero cuanto más se convencía de su amor, más lo reprimía, para que no se Notasra, y para que disminuyera. Habría querido que Léon lo sospechase; e imaginaba casualidades, catástrofes que lo hubieran facilitado. Lo que la frenaba era, sin duda, la pereza o el miedo, y también el pudor. Pensaba que lo había mantenido demasiado alejado, que ya no era el momento, que todo estaba perdido. Después el orgullo, la alegría de decirse: «Soy virtuosa» y de mirarse en el espejo adoptando posturas resignadas la consolaban un poco del sacrificio que creía estar haciendo.

Entonces, los apetitos de la carne, las ansias de dinero y las melancolías de la pasión, todo se confundió en un mismo sufrimiento; — y, en vez de apartar su pensamiento, más se aferraba a él, incitándose al dolor y buscando por todas partes las ocasiones de sentirlo. Se irritaba por un plato mal servido o una puerta entreabierta, gemía por el terciopelo que no tenía, por la felicidad que le faltaba, por sus sueños demasiado elevados, por su casa demasiado mezquina.

Lo que la exasperaba era que Charles no parecía sospechar su suplicio. La convicción que su marido abrigaba de hacerla feliz le parecía un insulto estúpido, y su seguridad en ese punto, ingratitud. ¿Para quién era honrada? ¿No era él el obstáculo a toda felicidad, la causa de toda miseria, y como el puntiagudo hebijón de aquella compleja correa que la ataba por todas partes?

Por eso, concentró sólo en él el abundante odio que resultaba de su hastío, y cualquier esfuerzo por disminuirlo sólo servía para aumentarlo, pues aquel empeño inútil se sumaba a los otros motivos de desesperación y aún contribuía más al alejamiento. Hasta su dulzura misma la sublevaba. La mediocridad doméstica la impulsaba a fantasías de lujo, el cariño conyugal a deseos adúlteros. Habría querido que Charles le pegara, para poder detestarlo con más razón, para poder vengarse. A veces se asombraba de las atroces conjeturas que le venían a la cabeza; ¡y tenía que seguir sonriendo, oírle repetir que era feliz, fingir serlo, dejar que lo creyesen!

Sin embargo, sentía asco de aquella hipocresía. Le entraban tentaciones de fugarse con Léon a alguna parte, muy lejos, para intentar un destino nuevo; pero enseguida se abría en su alma un abismo vago, lleno de oscuridad.

«Además, ya no me quiere», pensaba; «¿qué va a ser de mí? ¿Qué ayuda esperar, qué consuelo, qué alivio?».

Quedaba destrozada, jadeante, inerte, sollozando en voz baja y bañada en lágrimas.

—¿Por qué no se lo dice al señor? –le preguntaba la criada, cuando entraba durante estas crisis.

—Son los nervios –respondía Emma–; no le digas nada, se llevaría un disgusto.

—¡Ah, sí! –replicaba Félicité–, es usted como la Guérine, la hija de papá Guérin, el pescador de Le Pollet[100], que conocí en Dieppe antes de venir a esta casa. Estaba tan triste, tan triste, que, viéndola de pie en el umbral de su casa, parecía un paño mortuorio tendido delante de la puerta. A lo que parece, su mal era una especie de niebla que tenía en la cabeza, y los médicos no podían hacer nada, ni tampoco el cura. Cuando le daba muy fuerte, se iba sola a la orilla del mar, hasta el punto de que, cuando el teniente de la aduana hacía su ronda, la encontraba allí muchas veces echada boca abajo y llorando sobre las piedras. Dicen que después de casarse se le pasó.

—Pues a mí –replicaba Emma– me ha venido después de casarme.

VI

Una tarde en que la ventana estaba abierta y que, sentada junto a ella, Emma acababa de ver a Lestiboudois, el sacristán, podando el boj, oyó de pronto el toque del ángelus.

Era a principios de abril, cuando se abren las prímulas; un viento tibio rueda sobre los arriates cultivados, y los jardines, como mujeres, parecen engalanarse para las fiestas del verano. Por los barrotes del cenador y más allá, todo alrededor, se veía el río en la pradera dibujando sobre la hierba sinuosidades vagabundas. El vaho del atardecer pasaba entre los álamos sin hojas, difuminando sus contornos con un tinte violeta, más pálido y más transparente que una gasa sutil prendida de sus ramas. Allá lejos caminaba el ganado; no se oían ni sus pisadas ni sus mugidos; y la campana, que seguía sonando, prolongaba en el aire su pacífico lamento.

Ante aquel tañido repetido, el pensamiento de la joven se perdía en sus viejos recuerdos de juventud y de internado. Recordó los grandes candelabros que sobresalían en el altar por encima de los jarrones llenos de flores y del tabernáculo de columnillas. Habría querido, como en el pasado, formar parte de la larga fila de velos blancos salpicados aquí y allá de negro por los rígidos capuchones de las monjas inclinadas sobre su reclinatorio; los domingos, en misa, cuando levantaba la cabeza, veía el dulce rostro de la Virgen entre los torbellinos azulados del incienso que ascendía. La dominó entonces un sentimiento de ternura; se sintió decaída y totalmente abandonada, como un plumón de pájaro que revolotea en la tormenta; y sin conciencia de lo que hacía se encaminó a la iglesia, dispuesta a cualquier devoción, con tal de que absorbiera su alma y de que en ella desapareciese toda su existencia.

En la plaza encontró a Lestiboudois, que volvía de la iglesia; pues, para no desaprovechar la jornada, prefería interrumpir su tarea y reanudarla luego, hasta el punto de que tocaba el ángelus cuando le venía bien. Además, adelantando el toque, avisaba a los chiquillos de la hora del catecismo.

Algunos que ya habían llegado jugaban a las canicas sobre las losas del cementerio. Otros, a horcajadas sobre la tapia, agitaban sus piernas, tronchando con sus zuecos las altas ortigas que crecían entre el pequeño recinto y las últimas tumbas. Era el único sitio verde; el resto no era más que piedras, siempre cubierto de un polvo fino a pesar de la escoba de la sacristía.

Los niños, en zapatillas, corrían por allí como por un entarimado hecho para ellos, y se oían sus gritos a través del tañido de la campana, mermado por las oscilaciones de la gruesa cuerda que, cayendo de lo alto del campanario, arrastraba su extremo por el suelo. Pasaban unas golondrinas lanzando pequeños chillidos, hendían el aire con el filo de su vuelo para volver raudas a sus nidos amarillos, bajo las tejas del alero. Al fondo de la

iglesia ardía una lámpara, es decir, una mecha de mariposa en un vaso colgado. De lejos, su luz parecía una mancha blanquecina que temblaba sobre el aceite. Un largo rayo de sol cruzaba toda la nave y volvía más sombríos todavía los laterales y los rincones.

—¿Dónde está el cura? –preguntó Madame Bovary a un chiquillo que se entretenía agitando el torniquete[101] dentro de su agujero demasiado holgado.

—Ahora vendrá –respondió.

En efecto, la puerta de la casa parroquial chirrió y apareció el abate Bournisien; los niños huyeron en desbandada a la iglesia.

—¡Estos granujas! –murmuró el eclesiástico–, ¡siempre igual!

Y recogiendo un catecismo hecho pedazos con el que acababa de tropezar su pie:

—¡Es que no respetan nada!

Pero, en cuanto vio a Madame Bovary, dijo:

—Perdóneme, no la había reconocido.

Metió el catecismo en el bolsillo y se paró, mientras seguía balanceando entre dos dedos la pesada llave de la sacristía.

El resplandor del sol poniente que le daba de lleno en la cara palidecía el *lasting* de su sotana, con brillos en los codos, deshilachada en los bajos. Manchas de grasa y tabaco seguían sobre su ancho pecho la línea de los pequeños botones y se volvían más numerosas a medida que se alejaban del alzacuello, sobre el que reposaban los abundantes pliegues de su papada roja, salpicada de máculas amarillentas que desaparecían entre los recios pelos de su barba entrecana. Acababa de cenar y respiraba ruidosamente.

—¿Cómo está usted? –añadió.

—Mal –respondió Emma–; no me siento bien.

—Bueno, tampoco yo –replicó el clérigo–. Estos primeros calores debilitan de una forma atroz, ¿verdad? En fin, ¡qué le vamos a hacer! Hemos nacido para sufrir, como dice san Pablo[102]. Pero ¿qué piensa de eso el señor Bovary?

—¡Él! –exclamó ella con un gesto de desdén.

—¿Cómo así? –replicó el hombre muy extrañado–. ¿No le receta nada?

—¡Ah! –dijo Emma–, no son remedios terrenales lo que yo necesito.

Pero el cura miraba de vez en cuando a la iglesia, donde todos los chiquillos, arrodillados, se empujaban con el hombro y caían como castillos de naipes.

—Quisiera saber... –continuó ella.

—¡Aguarda, aguarda, Riboudet! –gritó el eclesiástico con voz colérica–, ¡como vaya, te caliento las orejas, tunante!

Luego, volviéndose hacia Emma:

—Es el hijo de Boudet, el carpintero; sus padres tienen dinero y le dejan hacer lo que le da la gana. Pero aprendería pronto, si quisiera, porque es muy listo. Y yo a veces, en broma, le llamo Riboudet (como la cuesta que se toma para ir a Maromme), y digo incluso *mont Riboudet*. ¡Ja, ja! ¡Mont-Riboudet![103] El otro día le conté esta gracia a monseñor, que se rió... tuvo a bien reírse. — ¿Y cómo va el señor Bovary?

Ella parecía no oír. Él continuó:

—Siempre muy ocupado, ¿verdad? Porque, desde luego, él y yo somos las dos personas de la parroquia que más trabajo tenemos. Pero ¡él es el médico de los cuerpos –añadió con una risotada– y yo lo soy de las almas!

Emma clavó en el sacerdote sus ojos suplicantes.

—Sí... –dijo–, usted alivia todas las miserias.

—¡Ah!, no me lo recuerde, Madame Bovary. Esta misma mañana he tenido que ir al Bas-Diauville por una vaca que tenía *la hinchazón*[104]; creían que era un maleficio. Todas sus vacas, no sé de qué manera... Pero, ¡perdóneme!, ¡Loguemarre y Boudet! ¡A ver si paráis! ¿Queréis acabar de una vez?

Y de un salto se plantó en la iglesia.

En ese momento los chiquillos se apelotonaban alrededor del facistol, trepaban al taburete del chantre, abrían el misal; y otros, de puntillas, intentaban aventurarse en el confesionario. Pero el cura, de pronto, repartió entre todos una lluvia de bofetones. Agarrándolos por el cuello de la chaqueta, los levantaba del suelo y los depositaba de rodillas sobre las losas del coro, con tanta fuerza como si quisiera plantarlos allí.

—Ya ve –dijo una vez que regresó al lado de Emma, desplegando su amplio pañuelo de indiana y cogiendo una de las puntas entre sus dientes–, ¡los campesinos son muy dignos de lástima!

—Y otros también –respondió ella.

—¡Desde luego!, los obreros de las ciudades, por ejemplo...

—No son ellos...

—¡Perdóneme!, pero allí he conocido a pobres madres de familia, mujeres virtuosas, se lo aseguro, verdaderas santas, que ni siquiera tenían pan.

—Pero esas otras –continuó Emma (y al hablar se le torcían las comisuras de la boca)–, esas otras, señor cura, que tienen pan y no tienen...

—¿Lumbre en invierno? –dijo el sacerdote.

—Pero ¿qué importa eso?

—¿Cómo que no importa? Me parece a mí que cuando uno está bien caliente, bien alimentado... pues, en fin...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! –suspiraba ella.

—¿Se encuentra mal? –dijo él, acercándose con aire preocupado–; ¿la digestión, tal vez? Tiene que volver a casa, Madame Bovary, tomar un poco de té; eso la entonará, o un vaso de agua fresca con azúcar moreno.

—¿Por qué?

Y Emma parecía que despertara de un sueño.

—Es que se pasaba usted la mano por la frente. Creí que se desmayaba.

Luego, cambiando de tema:

—Pero estaba preguntándome algo. ¿Qué era? Ya no sé.

—¿Yo? Nada..., nada... –repetía Emma.

Y su mirada, que paseaba alrededor, se inclinó lentamente hacia el anciano de sotana. Los dos estaban mirándose, frente a frente, sin hablar.

—Bueno, Madame Bovary –dijo por fin el cura–, discúlpeme, pero el deber ante todo,

ya sabe; tengo que atender a mis granujillas. Se acercan las primeras comuniones. ¡Nos pillarán otra vez de improviso, me lo estoy temiendo! Por eso, desde la Ascensión, los tengo *por norma* todos los miércoles una hora más. ¡Pobres niños! Nunca es demasiado pronto para llevarlos por la vía del Señor, como, por lo demás, él mismo nos recomendó por boca de su divino Hijo... Que usted lo pase bien, señora; ¡mis respetos a su señor marido!

Y entró en la iglesia, haciendo desde la puerta una genuflexión.

Emma lo vio desaparecer entre la doble fila de bancos, avanzando con paso torpe, la cabeza algo inclinada sobre el hombro, y con las dos manos entreabiertas, algo separadas hacia fuera.

Luego Emma giró sobre sus talones, rígida, como una estatua sobre un soporte, y tomó el camino de casa. Pero la gruesa voz del cura y la voz clara de los niños seguían llegando a sus oídos y continuaban a sus espaldas:

—¿Sois cristiano?

—Sí, soy cristiano.

—¿Qué es un cristiano?

—El que estando bautizado..., bautizado..., bautizado...

Emma subió los peldaños de su escalera agarrándose a la barandilla, y cuando llegó a su cuarto se dejó caer en un sillón.

La luz blanquecina de los cristales iba menguando poco a poco con ondulaciones. En su sitio, los muebles parecían haberse vuelto más inmóviles y perderse en la sombra como en un océano tenebroso. La chimenea estaba apagada, el péndulo seguía su marcha, y Emma quedaba vagamente pasmada ante aquella calma de las cosas mientras sentía su interior tan agitado. Pero entre la ventana y la mesa de costura estaba la pequeña Berthe, que se tambaleaba en sus botitas de punto tratando de acercarse a su madre, para cogerle de la punta las cintas del delantal.

—¡Déjame! –le dijo apartándola con la mano.

La niña no tardó en acercarse todavía más a sus rodillas; y, apoyándose en ellas con los brazos, alzaba hacia la madre sus grandes ojos azules mientras un hilillo de saliva pura caía desde su labio al delantal de seda.

—¡Déjame! –repitió Emma muy irritada.

Su cara asustó a la niña, que empezó a chillar.

—¡Venga, déjame de una vez! –le gritó, rechazándola con el codo.

Berthe fue a caer al pie de la cómoda, contra el colgador de cobre; se hizo un corte en la mejilla y sangraba. Madame Bovary se precipitó para levantarla, rompió el cordón de la campanilla, llamó a la criada con todas sus fuerzas, e iba a empezar a maldecirse cuando apareció Charles. Era la hora de la cena y volvía a casa.

—Mira, querido –le dijo Emma con voz tranquila–; la pequeña, jugando, acaba de lastimarse en el suelo.

Charles la tranquilizó, la cosa no era grave, y fue a buscar diaquilón.

Madame Bovary no bajó al salón; quiso quedarse sola cuidando a su hija. Entonces, mirándola dormir, la inquietud que aún le quedaba se disipó gradualmente, y le pareció

que era muy tonta y muy buena por haberse asustado hacía un rato por tan poca cosa. Berthe, en efecto, había dejado de llorar. Ahora su respiración elevaba insensiblemente la manta de algodón. Unos lagrimones se habían quedado en la comisura de sus párpados entornados que dejaban ver entre las pestañas dos pupilas pálidas, hundidas; el esparadrapo pegado en la mejilla estiraba oblicuamente su piel tensa.

«¡Qué raro!», pensaba Emma, «¡qué fea es esta niña!».

Cuando Charles volvió a las once de la noche de la farmacia (adonde había ido a devolver, después de cenar, el diaquilón sobrante), encontró a su mujer de pie junto a la cuna.

—Pero si te aseguro que no es nada –dijo besándola en la frente–; no te atormentes más, querida, ¡te vas a poner mala!

Se había quedado mucho rato en casa del boticario. Aunque no se mostró muy impresionado, el señor Homais, sin embargo, se había esforzado por animarle, por *levantarle la moral*. Entonces hablaron de los diversos peligros que amenazaban a la infancia y de la falta de cuidado de los criados. La señora Homais sabía algo de eso, pues aún conservaba en el pecho las marcas de una escudilla de brasas que una cocinera le había dejado caer tiempo atrás sobre la blusa. Por eso aquellos buenos padres tomaban muchas precauciones. Los cuchillos nunca se afilaban ni se enceraban los suelos. En las ventanas había rejas de hierro, y en las chambranas, fuertes barras. Los pequeños Homais, a pesar de su independencia, no podían moverse sin que alguien los vigilara; al menor catarro, su padre los atiborraba a jarabes, y hasta bien cumplidos los cuatro años todos llevaban, implacablemente, una chichonera acolchada. Cierto que era una manía de la señora Homais; a su esposo en su fuero interno esto le afligía, temía las posibles secuelas de semejante compresión sobre los órganos del intelecto, y se aventuraba a decirle:

—¿Es que pretendes convertirlos en caribes o en botocudos[105]?

Sin embargo, Charles había intentado varias veces interrumpir la conversación.

—Tendría que hablar con usted –había susurrado al oído del pasante, que echó a andar delante de él por la escalera.

«¿Sospechará algo?», se preguntaba Léon. El corazón le palpitaba mientras se perdía en conjeturas.

Por fin, tras cerrar la puerta, Charles le pidió que se enterase personalmente en Ruán de lo que podía costar un buen daguerrotipo[106]; era una sorpresa sentimental que reservaba a su mujer, una atención delicada: su retrato con un vestido negro. Pero antes quería *saber a qué atenerse*; estas gestiones no debían de suponer ningún trastorno para el señor Léon, puesto que iba a la ciudad casi todas las semanas.

¿A qué iba? Sobre ese particular Homais sospechaba alguna *aventura de joven*, una intriga. Pero se equivocaba; Léon no perseguía ningún amorío. Estaba más triste que nunca, y la señora Lefrançois lo notaba perfectamente por la cantidad de comida que ahora dejaba en el plato. Para saber algo más, preguntó al recaudador; Binet replicó en tono altanero que a él *no le pagaba la policía*.

Con todo, su compañero le parecía muy raro; porque a menudo Léon se echaba hacia

atrás en la silla separando los brazos, y se quejaba vagamente de la existencia.

—Es que no se distrae usted bastante –decía el recaudador.

—¿Y cómo voy a distraerme?

—Yo, en su lugar, ¡tendría un torno!

—Pero yo no sé tornear –respondía el pasante.

—¡Ah!, es cierto –decía el otro acariciándose la mandíbula con una expresión desdeñosa y a la vez satisfecha.

Léon estaba cansado de amar sin resultado; y empezaba a sentir ese agobio que causa la repetición de la misma vida cuando ningún interés la dirige ni esperanza alguna la sostiene. Estaba tan aburrido de Yonville y de sus habitantes que la vista de ciertas personas, de ciertas casas, lo irritaba a más no poder; y el farmacéutico, pese a lo buena persona que era, empezaba a parecerle totalmente insufrible. Pero la perspectiva de una situación nueva le asustaba tanto como le seducía.

Esa aprensión se tornó pronto en impaciencia, y París agitó entonces para él, a lo lejos, la fanfarria de sus bailes de máscaras junto con la risa de sus modistillas. Puesto que debía terminar allí sus estudios de Derecho, ¿por qué no se iba? ¿Quién se lo impedía? Y en su fuero interno empezó a hacer preparativos; organizó por adelantado sus ocupaciones. Se amuebló, en la cabeza, un piso. ¡Allí llevaría una vida de artista! ¡Tomaría lecciones de guitarra! ¡Tendría un batín, una boina vasca, zapatillas de terciopelo azul! Y hasta ya admiraba sobre su chimenea dos floretes en aspa, con una calavera y la guitarra encima.

Lo difícil era el consentimiento de su madre; nada parecía sin embargo más razonable. Su propio patrón lo animaba a conocer otro despacho, donde pudiera progresar más. Adoptando, pues, un término medio, Léon buscó algún puesto de segundo pasante en Ruán, no lo encontró, y terminó escribiendo a su madre una larga carta detallada exponiéndole las razones para irse a vivir inmediatamente a París. Ella consintió.

No se dio ninguna prisa. Durante todo un mes, Hivert transportó para él a diario de Yonville a Ruán, de Ruán a Yonville, baúles, maletas, paquetes; y cuando Léon hubo renovado su guardarropa, rellenado sus tres sillones, comprado una provisión de pañuelos para el cuello, tomado en fin más disposiciones que para un viaje alrededor del mundo, fue aplazando la marcha de semana en semana, hasta que recibió una segunda carta materna en la que le instaba a partir, puesto que deseaba examinarse antes de las vacaciones.

Cuando llegó el momento de la despedida, la señora Homais lloró; Justin sollozaba; Homais, como hombre fuerte, disimuló su emoción; quiso incluso hacerse cargo del paletó[107] de su amigo hasta la verja del Notasrio, quien llevaría a Léon en su coche hasta Ruán. Sólo le quedaba el tiempo justo para despedirse del señor Bovary.

Llegado a lo alto de la escalera, se detuvo porque le faltaba el aliento. Al entrar, Madame Bovary se levantó vivamente.

—¡Soy yo otra vez! –dijo Léon.

—¡Estaba segura!

Ella se mordió los labios y una oleada de sangre le corrió bajo la piel, que se coloreó de

rosa desde la raíz del pelo hasta el borde del cuello. Permanecía de pie, apoyando el hombro contra el revestimiento de madera.

—¿No está el señor? –dijo él.

—Ha salido.

Emma repitió:

—Ha salido.

Entonces hubo un silencio. Se miraron; y sus pensamientos, confundidos en una misma angustia, se apretaban estrechamente, como dos pechos palpitantes.

—Me gustaría darle un beso a Berthe –dijo Léon.

Emma bajó unos escalones y llamó a Félicité.

Él echó rápidamente a su alrededor una amplia ojeada que abarcó las paredes, las estanterías, la chimenea, como si intentara penetrarlo todo, llevárselo todo.

Pero ella volvió, y la criada trajo a Berthe, que, con la cabeza baja, sacudía un molinillo de viento sujeto a una cuerda.

Léon la besó varias veces en el cuello.

—¡Adiós, pobre niña! ¡Adiós, querida pequeña, adiós!

Y se la devolvió a la madre.

—Llévesela –dijo ésta.

Se quedaron solos.

Madame Bovary, de espaldas, apoyaba la cara en un cristal de la ventana; Léon tenía la gorra en la mano y con ella se golpeaba suavemente en el muslo.

—Va a llover –dijo Emma.

—Llevo abrigo –respondió él.

—¡Ah!

Se volvió, con la barbilla inclinada y la frente hacia delante. La luz se deslizaba por ella como sobre un mármol, hasta la curva de las cejas, sin que pudiera saberse qué miraba Emma en el horizonte ni qué pensaba en el fondo de sí misma.

—Entonces, ¡adiós! –suspiró él.

Emma levantó la cabeza con un movimiento brusco.

—Sí, adiós..., váyase.

Avanzaron el uno hacia el otro; él tendió la mano, ella titubeó.

—A la inglesa entonces –dijo Emma abandonando la suya y esforzándose por reír.

Léon la sintió entre sus dedos, y le pareció que la sustancia misma de todo su ser descendía hasta aquella palma húmeda.

Luego él abrió la mano: sus ojos volvieron a encontrarse, y desapareció.

Cuando llegó al mercado, se detuvo y se ocultó tras un pilar, para contemplar por última vez aquella casa blanca con sus cuatro celosías verdes. Creyó ver una sombra detrás de la ventana, en el cuarto; pero la cortina, soltándose del alzapaño como si nadie la tocara, removió despacio todos sus largos pliegues oblicuos que, de un solo salto, se desplegaron, y quedó recta, más inmóvil que una pared de escayola. Léon echó a correr.

Vio de lejos, en la carretera, el cabriolé de su patrón, y al lado un hombre con mandil sujetando el caballo. Homais y el señor Guillaumin estaban charlando. Le aguardaban.

—Venga un abrazo –dijo el boticario con lágrimas en los ojos–. Aquí tiene su abrigo, amigo mío. ¡Tenga cuidado con el frío! ¡Cuídese! ¡Mire por su salud!

—Vamos, Léon, ¡al coche! –dijo el Notasrio.

Homais se inclinó por encima del guardabarros, y, con voz entrecortada por los sollozos, dejó caer estas dos tristes palabras.

—¡Buen viaje!

—Hasta pronto –respondió el señor Guillaumin—. ¡Suelte todo!

Partieron, y Homais volvió a su casa.

Madame Bovary había abierto la ventana que daba a la huerta y miraba las nubes.

Se amontonaban a poniente por la parte de Ruán, y hacían rodar deprisa sus negras volutas, tras las que asomaban las grandes líneas del sol como las flechas de oro de un trofeo colgado, mientras el resto del cielo vacío tenía una blancura de porcelana. Pero una ráfaga de viento hizo doblegarse los álamos, y de repente empezó a caer la lluvia; crepitaba sobre las hojas verdes. Luego reapareció el sol, cantaron las gallinas, los gorriones se sacudían las alas en los húmedos matorrales y, en la arena, los charcos de agua se llevaban, al correr, las flores rosas de una acacia.

«¡Ay, qué lejos debe de estar ya!», pensó.

El señor Homais llegó a casa del médico, como de costumbre, a las seis y media, durante la cena.

—Bueno –dijo sentándose–, ¡así que ya hemos embarcado a nuestro amigo!

—¡Eso parece! –respondió el médico.

Luego, volviéndose en la silla:

—¿Y qué hay de nuevo por su casa?

—Poca cosa. Sólo que mi mujer ha estado algo alterada esta tarde. Ya sabe, ¡a las mujeres cualquier cosa les impresiona! ¡A la mía sobre todo! Y haríamos mal indignándonos por eso, pues su organización nerviosa es mucho más maleable que la nuestra.

—¡Ese pobre Léon! –decía Charles–, ¿cómo va a vivir en París?... ¿Se acostumbrará?

Madame Bovary suspiró.

—Pues claro que sí –dijo el farmacéutico chascando la lengua–. ¡Los platos finos en los restaurantes! ¡Los bailes de disfraces! ¡El champán! Probará todo eso, se lo aseguro.

—No creo que se eche a perder –objetó Bovary.

—¡Ni yo! –replicó con energía el señor Homais–, pero tendrá que hacer lo que hagan los demás si no quiere pasar por un jesuita. ¡Y no imagina usted la vida que llevan esos juerguistas, en el Barrio Latino, con las actrices! Por lo demás, los estudiantes están muy bien vistos en París. A pocas dotes de simpatía que tengan, los reciben en las mejores sociedades, e incluso hay damas del Faubourg Saint-Germain que se enamoran de ellos, lo cual les proporciona ocasión de hacer muy buenas bodas con el tiempo.

—Pero –dijo el médico– temo por él que... allá...

—Tiene usted razón –interrumpió el boticario–, ¡es el reverso de la medalla!, y hay que andar continuamente con la mano en la cartera. Por ejemplo, supongamos que está usted en un jardín público; se presenta un sujeto de buena presencia, condecorado incluso, a

quien cualquiera tomaría por un diplomático; le aborda a usted; entabla conversación con él; él se insinúa, le ofrece un poco de rapé o le recoge el sombrero. Luego intiman más; él lo lleva al café, lo invita a su casa de campo, le presenta, entre dos vinos, toda clase de conocidos, y las tres cuartas partes de las veces sólo es para robarle la bolsa o llevarle a malos pasos.

—Cierto –respondió Charles–; pero yo estaba pensando sobre todo en las enfermedades, en la fiebre tifoidea, por ejemplo, que ataca a los estudiantes de provincias.

Emma se estremeció.

—Ello se debe al cambio de régimen –continuó el farmacéutico–, y al consiguiente trastorno resultante para la economía general. Y además, el agua de París, ya sabe usted, los platos de restaurante, todos esos alimentos tan condimentados terminan por calentar la sangre y no valen, por más que digan, lo que un buen puchero. Por lo que a mí se refiere, siempre he preferido la cocina casera: ¡es más sana! Por eso, cuando estudiaba Farmacia en Ruán, me alojaba en un internado; comía con los profesores[108].

Y siguió exponiendo sus opiniones generales y sus simpatías personales, hasta que Justin fue a buscarle porque debía preparar una yema mejida[109].

—¡Ni un momento de respiro! –exclamó–, ¡siempre al pie del cañón! ¡No puedo salir ni un minuto! ¡Toda la vida sudando a chorros, como un caballo de labor! ¡Qué cruz!

Luego, cuando ya estaba en la puerta:

—A propósito –dijo–, ¿sabe la noticia?

—¿Qué noticia?

—Que es muy probable –prosiguió Homais enarcando las cejas y poniendo una expresión de lo más serio– que la feria agrícola del Sena Inferior[110] se celebre este año en Yonville-l'Abbaye. Ése es, al menos, el rumor que circula. Algo insinuaba esta mañana el periódico. ¡Para nuestro distrito sería importantísimo! Pero ya hablaremos más tarde. Veo bien, gracias; Justin ha traído el farol.

VII

El día siguiente fue para Emma una jornada fúnebre. Todo le pareció envuelto por una atmósfera sombría que flotaba confusamente sobre el exterior de las cosas, y la pena se le hundía en el alma con suaves quejidos, como hace el viento de invierno en los castillos abandonados. Era ese ensueño de lo que uno está seguro que nunca ha de volver, la lasitud que nos invade tras cada hecho consumado, ese dolor, en fin, que nos trae la interrupción de todo movimiento habitual, el cese súbito de una vibración prolongada.

Lo mismo que al regreso de La Vaubyessard, cuando las cuadrillas daban vueltas en su cabeza, tenía una melancolía taciturna, una desesperación entumecida. Léon se le volvía a aparecer más alto, más guapo, más dulce, más impreciso; aunque estuviera separado de ella, no la había dejado, estaba allí, y las paredes de la casa parecían conservar su sombra. No podía apartar su vista de aquella alfombra que él había pisado, de aquellos muebles vacíos donde se había sentado. El río seguía fluyendo e impulsaba lentamente sus leves olas a lo largo de la resbaladiza ribera. Por ella habían paseado muchas veces con aquel mismo murmullo de las ondas sobre las piedras cubiertas de musgo. ¡Qué buenos días de sol habían tenido! ¡Qué buenas tardes, solos, a la sombra, en el fondo del huerto! Él leía en voz alta, con la cabeza descubierta, sentado en un taburete de palos secos; la fresca brisa que llegaba del prado hacía temblar las páginas del libro y las capuchinas del cenador... ¡Ay!, se había ido el único encanto de su vida, ¡la única esperanza posible de una felicidad! ¡Cómo no había cogido aquella felicidad cuando se le presentaba! ¿Por qué no haberla retenido con las dos manos, con las dos rodillas, cuando quería huir? Y se maldijo por no haber amado a Léon; tuvo sed de sus labios. Le entraron ganas de correr en su busca, de arrojarse en sus brazos, de decirle: «¡Soy yo, soy tuya!». Pero las dificultades de la empresa frenaban de antemano a Emma, y sus deseos, aumentados por la pena, no hacían sino volverse más activos.

Desde entonces, ese recuerdo de Léon se convirtió en el centro de su hastío; chisporroteaba en él con más fuerza que una hoguera de viajeros abandonada en la nieve en una estepa de Rusia. Se abalanzaba hacia ella, se acurrucaba a su lado, removía con cuidado aquella lumbre a punto de extinguirse, buscaba alrededor cualquier cosa que pudiera avivarla más; y las reminiscencias más lejanas igual que las ocasiones más inmediatas, lo que experimentaba junto con lo que imaginaba, las ansias de voluptuosidad que se dispersaban, sus proyectos de dicha que crujían al viento como ramas muertas, su virtud estéril, sus esperanzas perdidas, el camastro doméstico: Emma recogía todo, utilizaba todo, y hacía que todo sirviese para dar calor a su tristeza.

Pero las llamas terminaron por aplacarse, bien porque la provisión de sí misma se agotase, o porque la acumulación fuera excesiva. El amor fue extinguiéndose poco a

poco con la ausencia, bajo la costumbre se ahogó la pena; y aquel resplandor de incendio que teñía de púrpura su pálido cielo se cubrió de más sombra y se difuminó gradualmente. En el embotamiento de su consciencia, llegó a sentir repugnancia hacia su marido por aspiraciones hacia el amado, la quemazón del odio por el calor de la ternura; pero como el huracán seguía soplando y la pasión se consumió hasta las cenizas, como no le llegó ningún socorro ni apareció sol alguno, por todas partes se hizo noche cerrada, y Emma quedó perdida en un horrible frío que la traspasaba.

Entonces volvieron a empezar los malos días de Tostes. Ahora se sentía mucho más desdichada; porque tenía la experiencia de la pena, y la certeza de que no acabaría.

Una mujer que se había impuesto sacrificios tan grandes bien podía ofrecerse ciertos caprichos. Se compró un reclinatorio gótico, y en un mes gastó catorce francos en limones para limpiarse las uñas; escribió a Ruán para encargar un vestido de cachemira azul; en la tienda de Lheureux escogió el más hermoso de los echarpes; se lo anudaba a la cintura por encima de la bata; y, con los postigos cerrados y un libro en la mano, permanecía echada en un sofá con aquella indumentaria.

Cambiaba con frecuencia de peinado; se peinaba a la china, con tirabuzones sueltos, con trenzas; se hizo raya en un lado de la cabeza y se recogió el pelo por debajo, como un hombre.

Quiso aprender italiano: compró diccionarios, una gramática, una provisión de papel blanco. Probó lecturas serias, de historia y de filosofía. A veces, por la noche, Charles se despertaba sobresaltado, creyendo que venían a buscarle para atender a un enfermo:

—Ya voy –balbucía.

Y era el ruido de una cerilla que Emma rascaba para encender la lámpara. Pero con sus lecturas pasaba lo mismo que con los bordados, que, apenas empezados, iban a atestar su armario: las cogía, las dejaba, pasaba a otras.

Tenía arrebatos en los que hubiera sido fácil empujarla a extravagancias. Un día sostuvo, en contra de su marido, que era muy capaz de beberse medio vaso grande de aguardiente, y como Charles cometiera la torpeza de retarla, se tragó el aguardiente hasta el final.

Pese a sus aires evaporados (era la palabra de las señoras de Yonville), Emma, sin embargo, no parecía contenta, y solía tener en las comisuras de la boca esa inmóvil contracción que frunce la cara de las solteronas y de los ambiciosos fracasados. Se la veía muy pálida, estaba blanca como una sábana; la piel de la nariz se le estiraba hacia las aletas, los ojos miraban de una manera vaga. Por haberse descubierto tres cabellos grises en las sienes, habló mucho de su vejez.

Sufría desmayos a menudo. Y un día hasta escupió sangre, y como Charles se alarmara dejando ver su inquietud:

—¡Ah, bah! –respondió ella–, ¿qué importa?

Charles fue a refugiarse en su gabinete; y lloró, de codos en la mesa, sentado en su sillón de escritorio, debajo de la cabeza frenológica.

Escribió entonces a su madre para rogarle que viniese, y juntos mantuvieron largas charlas sobre Emma.

¿Qué decisión tomar? ¿Qué hacer, dado que rechazaba todo tratamiento?

—¿Sabes lo que necesitaría tu mujer? –añadía la madre Bovary–. ¡Unas tareas obligatorias, trabajos manuales! Si, como tantas otras, estuviera obligada a ganarse el pan, no tendría esos vapores, que le vienen de un montón de ideas que se mete en la cabeza, y de la ociosidad en que vive.

—Pero si hace cosas –decía Charles.

—¡Ah! ¡Hace cosas! ¿Qué cosas? Leer novelas, malos libros, obras que van contra la religión y en las que se burlan de los sacerdotes con citas sacadas de Voltaire. Pero eso acarrea consecuencias, pobre hijo mío, y quien no tiene religión siempre acaba mal.

Tomaron, pues, la decisión de impedir que Emma leyera novelas. La empresa no parecía nada fácil. La buena señora se encargó de ello: cuando pasara por Ruán, ella misma iría a ver al que le alquilaba los libros para decirle que Emma daba de baja la suscripción. Si, pese a todo, el librero persistía en su oficio de envenenador, ¿no tendrían derecho a dar parte a la policía?

La despedida de suegra y nuera fue seca. Durante las tres semanas que pasaron juntas, no habían cruzado ni tres palabras, aparte de las informaciones y cumplidos de rigor cuando se encontraban en la mesa y por la noche antes de irse a la cama.

La señora Bovary madre se marchó un miércoles, que era día de mercado en Yonville.

Desde por la mañana, la plaza estaba abarrotada por una fila de carretas que, con su parte trasera en la tierra y los varales al aire, se alineaban a lo largo de las casas desde la iglesia hasta la fonda. En el otro lado había casetas de lona donde se vendían telas de algodón, mantas y medias de lana, junto con ronzales para caballos y paquetes de cintas azules cuyas puntas revoloteaban con el viento. Los artículos de maquinaria agrícola se exponían por el suelo, entre pirámides de huevos y banastillas de quesos de las que emergían unas pajas pegajosas; cerca de las trilladoras, unas gallinas que cacareaban en unas jaulas planas pasaban sus pescuezos entre los barrotes. La multitud, apiñada en el mismo sitio sin querer moverse, amenazaba a veces con romper el escaparate de la farmacia. Los miércoles siempre estaba abarrotada y se apretujaban en ella más para consultar que para comprar medicamentos, por ser mucha la reputación de maese Homais entre los pueblos del contorno. Su sólido aplomo había fascinado a los campesinos. Lo miraban como a un médico mejor que todos los médicos.

Emma estaba acodada en su ventana (se asomaba a menudo: en provincias, la ventana reemplaza a los teatros y al paseo), y se entretenía observando el bullicio de los aldeanos cuando vio a un caballero con una levita de terciopelo verde. Llevaba guantes amarillos, aunque calzaba fuertes polainas; y se dirigía hacia la casa del médico, seguido por un campesino que caminaba cabizbajo y muy pensativo.

—¿Puedo ver al señor? –preguntó a Justin, que charlaba con Félicité en el umbral.

Y tomándole por el criado de la casa:

—Dígale que está aquí el señor Rodolphe Boulanger, de La Huchette.

Si el recién llegado había añadido a su apellido la partícula no era por vanidad territorial, sino para darse a conocer mejor. La Huchette era, en efecto, una propiedad cerca de Yonville, cuyo palacio acababa de adquirir, junto con dos granjas que él mismo

cultivaba, aunque sin molestarse demasiado. Hacía vida de soltero, y pasaba por tener *por lo menos quince mil libras de renta*.

Charles entró en la sala. El señor Boulanger le presentó a su criado, que quería que lo sangrasen porque sentía *hormigas por todo el cuerpo*.

—Eso me purgará –objetaba a todos los razonamientos.

Bovary pidió, pues, que le trajeran una venda y una palangana, y pidió a Justin que la sostuviera. Luego, dirigiéndose al campesino, ya lívido:

—No tenga miedo, buen hombre.

—No, no –respondió el otro–, ¡siga usted!

Y con un gesto fanfarrón tendió el grueso brazo. Bajo el pinchazo de la lanceta, brotó la sangre, que fue a salpicar el espejo.

—¡Acerca la palangana! –exclamó Charles.

—*¡Guipa!* –decía el campesino–, ¡parece una fuentecilla que mana! ¡Qué roja tengo la sangre! Debe de ser buena señal, ¿verdad?

—A veces –continuó el oficial de salud– no se siente nada al principio, luego se declara el síncope, y de modo especial en personas bien constituidas, como éste.

A estas palabras, el campesino soltó el estuche que hacía girar entre los dedos. Una sacudida de sus hombros hizo crujir el respaldo de la silla. Se le cayó el sombrero.

—Me lo estaba temiendo –dijo Bovary aplicando el dedo sobre la vena.

La palangana empezaba a temblar en manos de Justin; vacilaron sus rodillas, se puso pálido.

—¡Mujer! ¡Mujer! –llamó Charles.

Ella bajó de un salto la escalera.

—¡Vinagre! –gritó él–. ¡Ay, Dios mío, dos a la vez!

Y, con tanta emoción, no acertaba a poner la compresa.

—No es nada –decía muy tranquilamente el señor Boulanger, mientras sostenía a Justin entre sus brazos.

Y lo sentó en la mesa, apoyándole la espalda contra la pared.

Madame Bovary se puso a quitarle la corbata. Había un nudo en los cordones de la camisa; permaneció unos minutos moviendo sus ligeros dedos en el cuello del muchacho; luego echó vinagre en su pañuelo de batista; le mojaba con él las sienes a ligeros toques, y soplaba encima con delicadeza.

El carretero se despertó; pero el síncope de Justin seguía, y sus pupilas desaparecían en su pálida esclerótica, como flores azules en leche.

—Habría que esconderle esto –dijo Charles.

Madame Bovary cogió la palangana. Cuando la metía debajo de la mesa, en el movimiento que hizo al inclinarse, el vestido (un vestido de verano de cuatro volantes, de color amarillo, largo de talle, ancho de vuelo), su vestido, se extendió a su alrededor sobre las baldosas de la sala; — y como Emma, agachada, vacilase un poco abriendo los brazos, los bullones de la tela parecían reventar en ciertos puntos, según las inflexiones de la blusa. Luego fue a coger una jarra de agua, y estaba disolviendo unos terrones de azúcar cuando llegó el farmacéutico. La criada había ido en su busca durante el alboroto;

al ver a su discípulo con los ojos abiertos, respiró. Después, dando vueltas a su alrededor, lo miraba de arriba abajo.

—¡Idiota! –decía–, ¡pedazo de idiota!, ¡tonto del bote! ¡Pues sí que es gran cosa, después de todo, una flebotomía! ¡Y un mocetón que no tiene miedo a nada! Una especie de ardilla, ahí donde lo ven, que se encarama a varear las nueces a unas alturas de vértigo. ¡Ay!, sí, ¡habla, presume! Bonitas disposiciones para ejercer más adelante la farmacia; porque bien puede ocurrir que te llamen en circunstancias graves, ante los tribunales, para esclarecer la conciencia de los magistrados; y entonces tendrás que conservar tu sangre fría, razonar, portarte como un hombre, ¡o pasar por un imbécil!

Justin no respondía. El boticario continuaba:

—¿Quién te ha mandado venir? ¡Siempre importunando al señor y a la señora! Además, los miércoles tu presencia me es más indispensable. Ahora hay veinte personas en casa. He dejado todo por el interés que siento por ti. ¡Vamos, vete! ¡Corre! ¡Espérame y vigila los bocales!

Cuando Justin, después de arreglarse las ropas, se hubo marchado, hablaron un poco de desmayos. Madame Bovary nunca los había tenido.

—¡Es extraordinario en una dama! –dijo el señor Boulanger–. La verdad es que hay gente muy delicada. Por ejemplo, en un duelo he visto a un testigo perder el conocimiento nada más oír el ruido de las pistolas cuando las cargaban.

—A mí –dijo el boticario–, ver la sangre de otros no me impresiona lo más mínimo; pero la sola idea de que la mía corra bastaría para provocarme un desmayo si pensara mucho en ello.

Mientras tanto, el señor Boulanger despidió a su criado, aconsejándole que se tranquilizara, ya que su antojo se le había pasado.

—Gracias a él he tenido la oportunidad de conocerles –agregó.

Y miraba a Emma mientras decía esta frase.

Luego depositó tres francos en la esquina de la mesa, saludó sin demasiada efusión y se marchó.

No tardó en encontrarse al otro lado del río (era su camino para volver a La Huchette); y Emma lo divisó en el prado, caminando bajo los álamos, acortando de vez en cuando el paso, como quien reflexiona.

«¡Qué guapa es!», se decía, «¡es muy guapa la mujer esa del médico! ¡Bonitos dientes, ojos negros, lindo pie, y el porte de una parisina! ¿De dónde diablos sale? ¿Dónde la ha encontrado ese patán?».

El señor Rodolphe Boulanger tenía treinta y cuatro años: era de temperamento brutal y de inteligencia perspicaz; como además estaba acostumbrado a tratar con mujeres, las conocía bien. Aquélla le había parecido bonita; de ahí que pensara en ella, y en su marido.

«Me parece un perfecto idiota. Seguro que está harta de él. Lleva las uñas sucias y barba de tres días. Mientras él anda de acá para allá visitando enfermos, ella se queda en casa zurciendo calcetines. ¡Cuánto se aburre! ¡Querría vivir en la ciudad, bailar la polca todas las noches! ¡Pobre mujercita! Abre la boca pidiendo amor como una carpa

pidiendo agua sobre una mesa de cocina. Bastarían tres palabritas galantes para que cayese a mis pies, seguro; ¡sería tan tierno, tan delicioso!... Sí, pero ¿cómo quitársela luego de encima?»

Entonces, las contrapartidas del placer, vislumbradas en perspectiva, le hicieron pensar, por contraste, en su amante. Era una actriz de Ruán, a la que mantenía; y cuando se hubo detenido en esta imagen, cuyo recuerdo incluso le hastiaba, pensó: «¡Ah!, Madame Bovary es mucho más bonita, y más lozana sobre todo. Decididamente Virginie empieza a engordar demasiado. Qué lata sus arranques. Y, además, ¡qué manía con las gambas!».

El campo estaba desierto, y Rodolphe no oía a su alrededor más que el batir regular de las hierbas que azotaban su calzado, junto con el canto de los grillos agazapados bajo la avena; volvía a ver a Emma en la sala, vestida como la había visto, y la desnudaba.

—¡Oh, será mía! –exclamó aplastando delante de él un terrón de un bastonazo.

Y enseguida se puso a examinar la parte práctica de la empresa. Se preguntaba: «¿Dónde podemos vernos? ¿Por qué medio? Tendremos continuamente a la cría encima, y la criada, los vecinos, el marido, toda clase de engorros considerables. ¡Ah, bah!», dijo, «¡se pierde demasiado tiempo!».

Luego volvió a empezar: «Es que tiene unos ojos que te entran en el corazón como barrenas. ¡Y ese cutis pálido!... ¡Y yo, que adoro a las mujeres pálidas!».

En lo alto de la cuesta de Argueil, ya había tomado su decisión.

«Sólo hay que buscar las ocasiones. Bueno, pasaré por allí alguna vez, les enviaré caza, aves; me haré sangrar, si es preciso; nos haremos amigos, los invitaré a mi casa... ¡Ah, diablo!», añadió, «si dentro de poco llega la feria; ella irá y la veré. Empezaremos, y con audacia, que es lo más seguro».

VIII

Por fin llegó la famosa feria[111]. Desde muy temprano de la solemne mañana, todos los vecinos hablaban de los preparativos en sus puertas; habían adornado con guirnaldas de hiedra la fachada del ayuntamiento; en un prado habían levantado un entoldado para el banquete, y, en medio de la plaza, delante de la iglesia, una especie de bombarda debía señalar la llegada del señor prefecto y el nombre de los labradores laureados. La guardia nacional de Buchy (en Yonville no existía) había venido para unirse al cuerpo de bomberos, cuyo capitán era Binet. Llevaba ese día un cuello más alto que de costumbre; y, embutido en su guerrera, tenía el busto tan tieso e inmóvil que toda la parte vital de su persona parecía haber descendido a sus piernas, que se levantaban a compás, a pasos marcados con un solo movimiento. Como subsistía una rivalidad entre el recaudador y el coronel, uno y otro, para mostrar sus talentos, hacían maniobrar por separado a sus hombres. Se veían alternativamente pasar una y otra vez las charreteras rojas y los petos negros[112]. ¡Aquello no terminaba y ya volvía a empezar una y otra vez! ¡Nunca se había visto semejante despliegue de oropel! La víspera, varios vecinos habían limpiado sus fachadas; de las ventanas entreabiertas colgaban banderas tricolor; todas las tabernas estaban llenas; y, con el buen tiempo que hacía, los gorros almidonados, las cruces de oro y las pañoletas de colores parecían más blancos que la nieve, relucían a la clara luz del sol y realzaban con su diseminado abigarramiento la oscura monotonía de las levitas y los blusones azules. Las granjeras de los contornos retiraban, al apearse de las cabalgaduras, el gran alfiler que les sujetaba la falda alrededor del talle, remangada por miedo a mancharse; y los maridos, en cambio, para proteger sus sombreros los cubrían con pañuelos de bolsillo, que sujetaban entre los dientes por una de las puntas.

La multitud iba llegando a la calle principal por los dos extremos del pueblo. Se desperdigaba por las callejas, las alamedas, las casas, y de vez en cuando se oía caer la aldaba de las puertas tras las señoras con guantes de hilo que salían a ver la fiesta. Lo que más llamaba la atención eran dos largos tejos cubiertos de farolillos que flanqueaban un estrado donde iban a situarse las autoridades; y había además, contra las cuatro columnas del ayuntamiento, cuatro especies de pértigas con sus correspondientes estandartes de tela verdosa, enriquecida con inscripciones en letras de oro. En uno se leía: «Al Comercio»; en otro: «A la Agricultura»; en el tercero: «A la Industria»; y en el cuarto: «A las Bellas Artes».

Pero el júbilo que alegraba todos los rostros parecía apenar a la señora Lefrançois, la posadera. De pie en los escalones de su cocina, murmuraba entre dientes:

—¡Vaya idiotez! ¡Vaya idiotez con su barraca de lona! ¡Creerán que el prefecto va a estar a gusto comiendo ahí, bajo una tienda, como un saltimbanqui! ¿Y a esas

complicaciones las llaman hacer el bien de la comarca? ¡Para eso no valía la pena ir a buscar un mesonero a Neufchâtel! ¿Y para quién? ¡Para vaqueros! ¡Para desharrapados!...

Pasó el boticario. Llevaba un frac negro, pantalones de nanquín, zapatos de castor y, como cosa extraordinaria, sombrero — un sombrero de media copa.

—¡Servidor de usted! –dijo–; perdóneme, llevo prisa.

Y como la obesa viuda le preguntara adónde iba:

—Le parece raro, ¿verdad?, yo, que siempre estoy más recluido en mi laboratorio que la rata del buen hombre en su queso.

—¿Qué queso? –dijo la posadera[113].

—¡No, nada! ¡No es nada! –prosiguió Homais–. Solo quería expresarle, señora Lefrançois, que suelo permanecer totalmente encerrado en mi casa. Hoy, sin embargo, en vista de las circunstancias, no tengo más remedio que...

—¡Ah! ¿Va usted allá? –dijo ella con aire desdeñoso.

—Sí, allá voy –replicó el boticario extrañado–; ¿no formo parte acaso de la comisión consultiva?

La tía Lefrançois lo miró fijamente un instante y terminó por responder con una sonrisa:

—¡Eso es otra cosa! Pero ¿qué tiene usted que ver con la agricultura? ¿Entiende de eso?

—¡Pues claro que entiendo, porque soy farmacéutico, es decir, químico! ¡Y la química, señora Lefrançois, tiene por objeto el conocimiento de la acción recíproca y molecular de todos los cuerpos de la naturaleza, de donde se sigue que la agricultura se halla comprendida en su campo! Y, en efecto, composición de abonos, fermentación de líquidos, análisis de gases e influencia de miasmas, ¿quiere usted decirme qué es todo eso sino pura y simple química?

La posadera no contestó nada. Homais continuó:

—¿Cree usted que, para ser agrónomo, hay que haber labrado la tierra o cebado aves por uno mismo? Lo que importa conocer más que nada es la constitución de las sustancias de que se trata, los yacimientos geológicos, las acciones atmosféricas, la calidad de los terrenos, de los minerales, de las aguas, la densidad de los diferentes cuerpos y su capilaridad, ¡tantas cosas! ¡Hay que conocer a fondo todos los principios de higiene para dirigir y criticar la construcción de las edificaciones, el régimen de los animales, la alimentación de los criados! Y, además, señora Lefrançois, hay que saber de botánica; poder distinguir las plantas, ¿entiende?, cuáles son las saludables y cuáles las deletéreas, cuáles las improductivas y cuáles las nutritivas, si conviene arrancarlas aquí y volver a sembrarlas allá, propagar unas, destruir otras; en resumen, hay que estar al corriente de la ciencia por los folletos y las publicaciones, estar siempre al día para indicar las mejoras...

La posadera no apartaba la vista de la puerta del *Café Français*, y el farmacéutico prosiguió:

—¡Ojalá nuestros agricultores fueran químicos, o al menos hicieran más caso de los

consejos de la ciencia! Yo, por ejemplo, no hace mucho escribí un gran opúsculo, una memoria de más de setenta y dos páginas, titulado: *De la sidra, de su fabricación y de sus efectos; seguido de algunas reflexiones nuevas a este respecto*, que envié a la Sociedad Agronómica de Ruán; lo cual me valió, incluso, ser admitido entre sus miembros, sección de Agricultura, clase de Pomología; pues bien, si mi obra hubiera sido dada a la luz pública...

Pero el boticario se detuvo al ver tan preocupada a la señora Lefrançois.

—¡Ahí los tiene! –decía–, ¡es incomprensible! ¡En semejante tasca!

Y con un encogimiento que le atirantaba sobre el pecho las mallas de su chaqueta de punto, señalaba con ambas manos la taberna de su rival, de donde en ese momento salían unas canciones.

—De todos modos, ya no le queda mucho –añadió–; antes de ocho días, se acabó.

Homais retrocedió estupefacto. Ella bajó sus tres escalones y, hablándole al oído:

—¿Cómo? ¿No lo sabe? Le van a embargar esta semana. Lheureux le obliga a vender. Lo tiene acribillado a letras.

—¡Qué catástrofe más espantosa! –exclamó el boticario, que siempre tenía expresiones oportunas para todas las circunstancias imaginables.

La posadera se puso entonces a contarle aquella historia, que sabía por Théodore, el criado del señor Guillaumin, y, aunque detestara a Tellier, censuraba a Lheureux. Era un embaucador, un rastrero.

—¡Ah!, mire –dijo–, ahí lo tiene, en el mercado; está saludando a Madame Bovary, que lleva un sombrero verde, y hasta va del brazo del señor Boulanger.

—¡Madame Bovary! –dijo Homais–. Corro a presentarle mis respetos. Tal vez quiera tener un sitio en el recinto, bajo el peristilo.

Y, sin escuchar a la tía Lefrançois, que lo llamaba para contarle más cosas, el farmacéutico se alejó con paso rápido, sonrisa en los labios y pantorrilla firme, repartiendo a derecha e izquierda saludos a granel y ocupando mucho espacio con los grandes faldones de su frac negro, que flotaban al viento a su espalda.

Rodolphe, que lo vio de lejos, había acelerado el paso; pero Madame Bovary se quedó sin aliento; él aflojó entonces la marcha y le dijo sonriendo en tono violento:

—Es para librarnos de ese pelmazo, ya sabe, el boticario.

Ella le dio un golpecito con el codo.

«¿Qué significa esto?», se preguntó él.

Y, sin dejar de andar, la miró con el rabillo del ojo.

Su perfil era tan sereno que no permitía adivinar nada. Se perfilaba a plena luz en el óvalo de su capota, que tenía unas cintas pálidas semejantes a hojas de caña. Sus ojos de largas pestañas arqueadas miraban al frente, y, aunque muy abiertos, parecían algo estirados hacia los pómulos debido a la sangre que latía suavemente bajo su fina piel. Un tono sonrosado atravesaba el tabique de la nariz. Inclinaba la cabeza sobre el hombro, y entre sus labios se veía la punta nacarada de sus blancos dientes.

«¿Está burlándose de mí?», pensaba Rodolphe.

Pero aquel gesto no había sido más que una advertencia, ya que los acompañaba el

señor Lheureux, y de vez en cuando les dirigía la palabra intentando entablar conversación.

—¡Qué día tan espléndido! ¡Todo el mundo se ha echado a la calle! El viento sopla del este.

Y Madame Bovary, como Rodolphe, apenas le respondía, pese a que, al menor de sus movimientos, él se acercaba diciendo: «¿Cómo?», y llevándose la mano al sombrero.

Cuando llegaron frente a la casa del herrador, en lugar de seguir la carretera hasta la cerca, Rodolphe tomó de improviso un sendero tirando de Madame Bovary; gritó:

—¡Hasta luego, señor Lheureux! ¡Un placer!

—¡Vaya una forma de despedirle! –dijo ella riendo.

—¿Por qué dejarse invadir por los demás? –replicó él–. Y ya que hoy tengo la dicha de estar con usted...

Emma se ruborizó. Él no terminó la frase. Y se puso a hablar del buen tiempo y del placer de caminar sobre la hierba. Habían vuelto a brotar algunas margaritas.

—Estas delicadas margaritas –dijo– podrían servir de oráculos a todas las enamoradas del pueblo.

Añadió:

—¿Y si yo cogiera alguna? ¿Qué le parece?

—¿Es que está usted enamorado? –dijo ella tosiendo un poco.

—¡Je, je!, ¿quién sabe? –respondió Rodolphe.

El prado empezaba a llenarse, y las amas de casa te golpeaban con sus grandes paraguas, sus cestas y sus críos. A menudo había que hacerse a un lado ante una larga fila de aldeanas, criadas con medias azules, zapatos planos, sortijas de plata, y que olían a leche cuando se pasaba a su lado. Iban cogidas de la mano, ocupando así todo lo largo del prado, desde la hilera de los tiemblos hasta el entoldado del banquete. Pero era el momento del examen y, uno tras otro, los agricultores entraban en una especie de hipódromo formado por una larga cuerda sostenida por unos palos.

Allí estaban los animales, con el hocico vuelto hacia el cordel y alineando confusamente sus desiguales grupas. Los cerdos, amodorrados, hundían en la tierra su hocico; mugían los terneros; las ovejas balaban; las vacas, con la corva recogida, extendían su panza sobre el césped y, rumiando lentamente, entornaban sus pesados párpados bajo los moscardones que zumbaban a su alrededor. Unos carreteros con los brazos al aire sujetaban por el ronzal a unos sementales encabritados que relinchaban con los ollares muy abiertos hacia donde estaban las yeguas. Éstas permanecían imperturbables, estirando la cabeza y con las crines colgando, mientras sus potrillos descansaban a su sombra, o se ponían a mamar de vez en cuando; y, sobre la larga ondulación de todos aquellos cuerpos amontonados, se veía levantarse al viento, como una ola, alguna crin blanca, o bien sobresalir unos cuernos puntiagudos y cabezas de hombres que corrían. Aparte, fuera de los cercados, cien pasos más allá, había un gran toro negro con bozal y una anilla de hierro en el hocico, tan inmóvil como un animal de bronce. Un niño andrajoso lo sujetaba de una cuerda.

Mientras tanto, entre las dos hileras, avanzaban con paso lento unos señores que

pasaban revista a cada una de las reses y luego cambiaban impresiones en voz baja. Uno de ellos, que parecía más importante, tomaba algunas notas en un álbum sin dejar de caminar. Era el presidente del jurado, el señor Derozerays de la Panville. Tan pronto como reconoció a Rodolphe, se adelantó rápidamente y le dijo sonriendo con gesto amable:

—Pero ¿nos abandona usted, señor Boulanger?

Rodolphe aseguró que volvería. Pero en cuanto desapareció el presidente añadió:

—Por supuesto que no volveré; prefiero su compañía a la de él.

Y sin dejar de burlarse de aquella feria, Rodolphe, para circular con mayor desahogo, mostraba al gendarme su tarjeta azul, y hasta se detenía incluso ante algún hermoso *ejemplar*, al que Madame Bovary apenas si prestaba atención. Al darse cuenta, él se puso a bromear sobre la indumentaria de las damas de Yonville; luego se disculpó por el desaliño de la suya. Tenía esa incoherencia de las cosas corrientes y a la vez rebuscadas, donde habitualmente el vulgo cree entrever la revelación de una existencia excéntrica, los desórdenes del sentimiento, las tiranías del arte y siempre cierto desprecio por las convenciones sociales, cosa que le seduce o le exaspera. Su camisa de batista con puños plisados, por ejemplo, se ahuecaba a merced del viento en la abertura del chaleco, que era de dril gris, y su pantalón de anchas rayas dejaba al descubierto en los tobillos los botines de nanquín, con palas de charol. Brillaban tanto que en ellos se reflejaba la hierba. Con ellos pisaba las boñigas de caballo, una mano en el bolsillo de la chaqueta y el sombrero de paja ladeado.

—Además –añadió–, cuando se vive en el campo...

—Todo es trabajo perdido –dijo Emma.

—Tiene usted razón –replicó Rodolphe–. ¡Y pensar que ni una sola de estas buenas gentes es capaz de apreciar siquiera el corte de un frac!

Hablaron luego de la mediocridad provinciana, de las existencias que asfixiaban, de las ilusiones que en ella se perdían.

—Por eso –decía Rodolphe–, me embarga una tristeza...

—¿Usted? –dijo ella con asombro–. ¡Y yo que le creía muy alegre!

—¡Ah!, sí, en apariencia, porque en medio de la gente sé ponerme sobre el rostro una máscara burlona; y sin embargo cuántas veces, al ver un cementerio y a la luz de la luna, me he preguntado si no haría mejor yendo a reunirme allí con los que duermen...

—¡Oh! ¿Y sus amigos? –dijo Emma–. No piensa usted en ellos.

—¿Mis amigos? ¿Qué amigos? ¿Los tengo acaso? ¿Quién se preocupa por mí?

Y acompañó estas últimas palabras con una especie de silbido entre los labios.

Pero tuvieron que separarse debido a una gran pila de sillas que, detrás de ellos, traía un hombre. Tan sobrecargado iba que sólo se le veía la punta de los zuecos y el extremo de ambos brazos, totalmente abiertos. Era Lestiboudois, el enterrador, que acarreaba entre la multitud las sillas de la iglesia. Con gran imaginación para todo lo relacionado con sus intereses, había descubierto aquel medio para sacar partido de la feria; y su idea le daba resultado, pues apenas si podía dar abasto a las demandas. En efecto, los lugareños, que tenían calor, se disputaban aquellos asientos cuya paja olía a incienso, y se apoyaban

con cierta veneración en los gruesos respaldos, sucios por la cera de los cirios.

Madame Bovary volvió a cogerse del brazo de Rodolphe, que siguió como si hablara consigo mismo:

—¡Sí! ¡Me han faltado tantas cosas! ¡Siempre solo! ¡Ay!, si hubiera tenido una meta en la vida, si hubiera encontrado un afecto, si hubiera conocido a alguien... ¡Cómo habría gastado toda la energía de que soy capaz, cómo habría superado todo, roto con todo!

—Pues me parece –dijo Emma– que no es a usted a quien hay que compadecer.

—¿Eso cree? –dijo Rodolphe.

—Al fin y al cabo... –replicó ella–, usted es libre.

Vaciló.

—Rico.

—No se burle de mí –respondió él.

Y estaba ella jurándole que no se burlaba cuando retumbó un cañonazo; inmediatamente la gente se precipitó en tropel hacia el pueblo.

Era una falsa alarma. El señor prefecto no acababa de llegar; y los miembros del jurado estaban desconcertados, sin saber si debían comenzar la sesión o seguir esperando.

Por fin, por el fondo de la plaza apareció un gran landó de alquiler tirado por dos flacos caballos a los que latigaba con todas sus fuerzas un cochero de sombrero blanco. Binet sólo tuvo el tiempo justo de gritar: «¡A formar!», y el coronel, de imitarle. Se precipitaron hacia los pabellones de fusiles. Todos echaron a correr. Algunos incluso sin el corbatín. Pero la comitiva del prefecto pareció adivinar aquel apuro, y los dos rocines emparejados, contoneándose sobre la cadenilla del bocado, llegaron al trote corto ante el peristilo del ayuntamiento en el preciso momento en que la guardia nacional y los bomberos se desplegaban al redoble del tambor y marcando el paso.

—¡Mantengan el paso! –gritó Binet.

—¡Alto! –gritó el coronel–. ¡Alineación izquierda!

Y, después de un presenten armas en el que el ruido de las abrazaderas resonó como un caldero de cobre que rueda escaleras abajo, todos los fusiles volvieron a su posición de descanso.

Entonces vieron apearse de la carroza a un señor vestido de chaqué con bordados de plata, calvo por delante y con tupé en el occipucio, de tez pálida y un aspecto de lo más bonachón. Sus ojos, muy saltones y cubiertos por gruesos párpados, se entornaban para contemplar a la multitud, al mismo tiempo que levantaba la puntiaguda nariz y forzaba una sonrisa en su boca sumida. Reconoció al alcalde por la banda, y le expuso que el señor prefecto no había podido venir. Él era un consejero de la prefectura; luego añadió algunas excusas. Tuvache respondió con cumplidos, el otro declaró hallarse perplejo; y permanecían así, frente a frente, con las cabezas muy cerca, rodeados por los miembros del jurado, el consejo municipal, los Notasbles, la guardia nacional y la multitud. El señor consejero, apoyando contra el pecho su pequeño tricornio negro, reiteraba sus saludos mientras Tuvache, curvado como un arco, sonreía también, tartamudeaba, buscaba sus frases y proclamaba su adhesión a la monarquía y el honor que se le hacía a Yonville.

Hippolyte, el mozo de la posada, acudió a coger de la brida los caballos del cochero, y,

cojeando con su pie zopo, los llevó bajo el porche del *Lion d'Or*, donde muchos aldeanos se agolparon para mirar el coche. Redobló el tambor, tronó la bombarda, y los señores subieron en fila al estrado para sentarse en unos sillones de terciopelo rojo de Utrecht[114] que había prestado la señora Tuvache.

Toda aquella gente se parecía. Sus fofas caras rubias, algo curtidas por el sol, tenían el color de la sidra dulce, y sus patillas esponjadas emergían de los enormes cuellos duros, ceñidos por blancas corbatas de nudo muy ancho. Todos los chalecos, de solapas cruzadas, eran de terciopelo; todos los relojes llevaban en el extremo de una larga cinta algún colgante ovalado de cornalina; y apoyaban las manos en los muslos, apartando con cuidado la horcajadura del pantalón, cuyo paño todavía con apresto relucía con más brillo que el cuero de las recias botas.

Las damas de la buena sociedad permanecían detrás, bajo el vestíbulo, entre las columnas, mientras el común del gentío estaba enfrente, de pie o sentado en sillas. En efecto, Lestiboudois había llevado allí todas las que había trasladado a la pradera, e incluso corría a cada instante a la iglesia en busca de otras, provocando con su comercio tal atasco que era muy difícil llegar hasta la pequeña escalera del estrado.

—A mí me parece –dijo el señor Lheureux (dirigiéndose al farmacéutico, que pasaba para ocupar su sitio)– que deberían haber colocado ahí los dos postes venecianos: con algún adorno algo solemne y de buen gusto como novedad, habría causado un efecto muy bonito.

—Desde luego –respondió Homais–. Pero ¡qué quiere usted!, es el alcalde quien se ha encargado de todo. Ese pobre Tuvache no tiene demasiado gusto, y hasta carece por completo de lo que se llama el genio de las artes.

Entre tanto, Rodolphe había subido, con Madame Bovary, al primer piso del ayuntamiento, a la *sala de deliberaciones*, y, como estaba vacía, había declarado que allí estarían bien para gozar del espectáculo con toda comodidad. Cogió tres banquetas que había alrededor de la mesa ovalada, bajo el busto del monarca, y, tras acercarlas a una de las ventanas, se sentaron uno junto a otro.

Hubo un revuelo en el estrado, largos cuchicheos, deliberaciones. Por fin se levantó el señor consejero. Ahora se sabía que se llamaba Lieuvain, y entre la multitud corría de boca en boca su nombre. Después de haber ordenado algunas hojas y aplicado a ellas los ojos para ver mejor, empezó:

«Señores:

»Séame permitido en primer lugar (antes de hablarles del objeto de esta reunión de hoy, y estoy seguro de que todos ustedes compartirán mi sentir), séame permitido, digo, hacer justicia a la administración superior, al Gobierno, al monarca, señores, a nuestro soberano, a ese rey bien amado a quien ninguna rama de la prosperidad pública o particular le es indiferente, y que dirige a la vez con mano tan firme y tan sabia el carro del Estado entre los incesantes peligros de un mar tempestuoso, sabiendo además hacer respetar, tanto en la paz como en la guerra, la industria, el comercio, la agricultura y las bellas artes».

—Debería echarme un poco hacia atrás –dijo Rodolphe.
—¿Por qué? –preguntó Emma.
Pero en ese momento la voz del consejero adquirió un tono extraordinario. Declamaba:

«Pasó ya el tiempo, señores, en que la discordia civil ensangrentaba nuestras plazas públicas, en que el propietario, el hombre de negocios, el obrero mismo, al dormirse por la noche con apacible sueño, temblaban ante la idea de verse despertados bruscamente por el ruido de los incendiarios toques a rebato, el tiempo en que las máximas más subversivas minaban audazmente las bases...».

—Es que podrían verme desde abajo –contestó Rodolphe–; después tendría que pasarme quince días dando explicaciones, y, con mi mala reputación...
—¡Oh!, se calumnia usted –dijo Emma.
—No, no, es abominable, se lo juro.

«Pero señores –continuaba el consejero–, si, apartando de mi recuerdo esos sombríos cuadros, vuelvo mis ojos a la actual situación de nuestra hermosa patria, ¿qué veo? Por doquier florecen el comercio y las artes; por doquier nuevas vías de comunicación, como otras tantas arterias nuevas en el cuerpo del Estado, establecen nuevas relaciones; nuestros grandes centros manufactureros han reanudado su actividad; la religión, más consolidada, sonríe en todos los corazones; nuestros puertos están llenos, la confianza renace, ¡y Francia por fin respira!...»
—Por lo demás –añadió Rodolphe–, desde el punto de vista de la gente, quizá tengan razón.
—¿Cómo es eso? –dijo ella.
—Vaya –repuso él–, ¿no sabe usted que hay almas atormentadas sin cesar? Necesitan alternativamente el sueño y la acción, las pasiones más puras, los goces más desenfrenados, y así se lanzan a toda suerte de fantasías, de locuras.
Emma lo miró como quien contempla a un viajero que ha conocido países extraordinarios, y explicó:
—¡Nosotras, pobres mujeres, no tenemos siquiera esa distracción!
—Triste distracción, puesto que en ella no se encuentra la felicidad.
—Pero ¿se la encuentra alguna vez? –preguntó ella.
—Sí, un día se encuentra –respondió él.

«Y esto lo han comprendido ustedes –seguía el consejero–. Ustedes, agricultores y obreros del campo; ¡ustedes, pacíficos pioneros de toda una obra civilizadora! ¡Ustedes, hombres de progreso y de moral! Ustedes han comprendido, digo, que las tormentas políticas son realmente aún más temibles que las perturbaciones atmosféricas...»

—Un día se encuentra –repitió Rodolphe–, un día, de improviso, y cuando ya se había perdido la esperanza. Entonces se entreabren horizontes, es como una voz que grita: «¡Ahí está!». ¡Sentimos la necesidad de hacer a esa persona la confidencia de nuestra vida, de darle todo, de sacrificarle todo! Las explicaciones sobran, adivinamos. Nos hemos entrevisto en nuestros sueños. (Y la miraba.) Por fin, ese tesoro que tanto hemos buscado está ahí, delante de nosotros; brilla, centellea. Aunque todavía dudamos, no nos atrevemos a creer en él; quedamos deslumbrados, como si pasáramos de las tinieblas a la luz.

Y al terminar estas palabras, Rodolphe añadió gestos a su frase. Se pasó la mano por la cara, como un hombre presa de un mareo; luego la dejó caer sobre la de Emma, que retiró la suya. Mientras, el consejero seguía leyendo:

«¿Y quién se extrañaría, señores? Sólo quien estuviera tan ciego, tan hundido (no temo decirlo), tan hundido en los prejuicios de otra edad como para seguir subestimando el espíritu de las poblaciones agrícolas. En efecto, ¿dónde encontrar más patriotismo que en los campos, más dedicación a la causa pública, más inteligencia, en una palabra? Y no hablo, señores, de esa inteligencia superficial, vano ornato de las mentes ociosas, sino de esa inteligencia profunda y moderada que por encima de todo se aplica a perseguir metas útiles, contribuyendo así al bienestar de todos, a la mejora común y al sostén de los Estados, fruto del respeto de las leyes y de la práctica de los deberes...».

—¡Vaya!, otra vez –dijo Rodolphe–. Siempre con los deberes, estoy harto de esas palabras. Son un hatajo de viejos cernícalos con chaleco de franela, y de mojigatas de brasero y rosario que continuamente nos calientan los oídos: «¡El deber! ¡El deber!». ¡Qué diablos!, el deber es sentir lo que es grande, adorar lo que es bello, y no aceptar todos los convencionalismos de la sociedad, junto con las ignominias que nos impone.

—Sin embargo... sin embargo... –objetaba Madame Bovary.

—¡Pues no! ¿Por qué clamar contra las pasiones? ¿No son lo único bello que hay en la tierra, la fuente del heroísmo, del entusiasmo, de la poesía, de la música, de las artes, de todo, a fin de cuentas?

—Pero es preciso –dijo Emma– seguir un poco la opinión del mundo y obedecer su moral.

—¡Ah! Es que hay dos –replicó él–. La pequeña, la convencional, la de los hombres, la que varía sin cesar y berrea tan fuerte, y bulle abajo, a ras de tierra, como esa caterva de imbéciles que usted ve. Pero la otra, la eterna, está alrededor y por encima de nosotros, como el paisaje que nos rodea y el cielo azul que nos alumbra.

El señor Lieuvain acababa de limpiarse la boca con su pañuelo. Prosiguió:

«Y ¿qué tendría que hacer, señores, para demostrarles aquí a ustedes la utilidad de la agricultura? ¿Quién subviene a nuestras necesidades? ¿Quién provee a nuestra subsistencia? ¿No es el agricultor? El agricultor, señores, quien, sembrando con mano laboriosa los fecundos surcos de los campos, da nacimiento al trigo, que, triturado,

transformado en polvo mediante ingeniosos aparatos, sale de ellos con el nombre de harina, y, transportado a las ciudades, llega a las manos del panadero, que confecciona con él un alimento tanto para el pobre como para el rico. ¿No es también el agricultor el que engorda, para que podamos vestirnos, sus abundantes rebaños en los pastizales? Pues ¿cómo nos vestiríamos, cómo nos alimentaríamos sin el agricultor? ¿Se necesita ir más lejos en busca de ejemplos, señores? ¿Quién no ha pensado muchas veces en todo el provecho que se saca de ese modesto animal, ornato de nuestros corrales, que proporciona a la vez una blanda almohada para nuestras camas, su carne suculenta para nuestras mesas, y huevos? Pero no acabaría nunca si tuviera que enumerar uno tras otro los diferentes productos que la tierra bien cultivada prodiga, cual madre generosa, a sus hijos. Aquí, es la viña; en otra parte, son los manzanos de sidra; allá, la colza; más lejos, los quesos; y el lino, señores, ¡no olvidemos el lino!, que ha adquirido en estos últimos años un considerable auge y sobre el que quiero llamar particularmente su atención».

No había necesidad de llamársela, porque todas las bocas del gentío se mantenían abiertas, como para beber sus palabras. A su lado, Tuvache le escuchaba con los ojos como platos; el señor Derozerays entornaba lentamente de vez en cuando los párpados; y más allá, el farmacéutico, con su hijo Napoléon entre las piernas, abombaba la mano sobre la oreja para no perderse una sílaba. Los demás miembros del jurado balanceaban lentamente la barbilla sobre el chaleco en señal de aprobación. Los bomberos, al pie del estrado, descansaban apoyados en sus bayonetas; y Binet, inmóvil, permanecía con el codo hacia afuera y la punta del sable en alto. Quizá oyera, pero no debía de ver nada, porque la visera del casco le bajaba hasta la nariz. Su lugarteniente, el hijo menor de maese Tuvache, había exagerado aún más el suyo, pues llevaba uno enorme que oscilaba encima de su cabeza dejando asomar una punta de su pañuelo de indiana. Sonreía debajo de él con una dulzura muy infantil, y su pálida carita, por la que resbalaban gotas de sudor, reflejaba satisfacción, agobio y sueño.

La plaza estaba abarrotada hasta las casas. Se veía gente acodada en todas las ventanas, otros permanecían de pie en todas las puertas, y Justin, delante del escaparate de la farmacia, parecía completamente absorto en la contemplación de lo que miraba. Pese al silencio, la voz del señor Lieuvain se perdía en el aire. Sólo llegaban retazos de frases, interrumpidos acá y allá por el ruido de las sillas entre el gentío; luego, de repente, se oía arrancar detrás de uno un largo mugido de buey, o bien los balidos de los corderos que se respondían en las esquinas de las calles. Pues vaqueros y pastores habían empujado hasta allí sus animales, que mugían de vez en cuando mientras arrancaban con la lengua alguna brizna de las hierbas que les colgaban del morro.

Rodolphe se había acercado a Emma, y decía en voz baja, hablando deprisa:

—¿No le indigna esta conjura del mundo? ¿Hay un solo sentimiento que no condene? Los instintos más nobles, las simpatías más puras son perseguidas, calumniadas, y, si por fin dos pobres almas se encuentran, todo está organizado para que no puedan unirse. Lo intentarán, sin embargo, batirán las alas, se llamarán. ¡Bah!, no importa, tarde o temprano, dentro de seis meses, de diez años, se reunirán, se amarán, porque la fatalidad

lo exige y han nacido la una para la otra.

Tenía los brazos cruzados sobre las rodillas, y así, con la cara hacia Emma, la miraba de cerca, fijamente. Ella distinguía en sus ojos unos pequeños rayos de oro que irradiaban alrededor de sus negras pupilas, y olía incluso el perfume de la pomada que le abrillantaba el pelo. Entonces, presa de la languidez, se acordó de aquel vizconde que la había sacado a bailar en La Vaubyessard, y cuya barba exhalaba, como el pelo de éste, aquel olor a vainilla y limón; y, maquinalmente, entornó los párpados para respirar mejor. Pero, en el gesto que hizo al echarse hacia atrás en la silla, divisó a lo lejos, en el fondo último del horizonte, la vieja diligencia, *La Golondrina*, que bajaba lentamente la cuesta de Les Leux, arrastrando tras de sí un largo penacho de polvo. En aquel carruaje amarillo había vuelto tantas veces Léon hacia ella; ¡y por aquella carretera se había ido para siempre! Creyó verlo enfrente, en su ventana; luego todo se confundió, pasaron unas nubes; tuvo la impresión de que seguía bailando el vals, bajo la luz de las lámparas, del brazo del vizconde, y de que Léon no estaba lejos, que iba a venir... y, mientras, seguía sintiendo la cabeza de Rodolphe a su lado. La dulzura de aquella sensación impregnaba así sus deseos de antaño, y, como granos de arena bajo una ráfaga de viento, se arremolinaban en la fragancia sutil del perfume que se derramaba sobre su alma. Varias veces dilató las aletas de la nariz, con energía, para aspirar el frescor de las hiedras alrededor de los capiteles. Se quitó los guantes, se enjugó las manos; luego, con el pañuelo, se abanicaba la cara, mientras a través del latido de sus sienes oía el rumor del gentío y la voz del consejero que salmodiaba sus frases.

Decía:

«¡Continuad! ¡Perseverad! ¡No escuchéis ni las sugestiones de la rutina, ni los consejos demasiado prematuros de un empirismo temerario! ¡Aplicaos sobre todo al mejoramiento del suelo, a los buenos abonos, al desarrollo de las razas equinas, bovinas, ovinas y porcinas! ¡Que esta feria agrícola sea para vosotros como una pacífica lid donde el vencedor, al salir, tienda la mano al vencido y confraternice con él, en la esperanza de una victoria mayor! ¡Y vosotros, venerables sirvientes, criados domésticos, cuyos penosos trabajos ningún gobierno había tomado en consideración hasta hoy, venid a recibir la recompensa de vuestras calladas virtudes, y estad seguros de que, en adelante, el Estado tiene los ojos puestos en vosotros, de que os alienta, os protege, hará justicia a vuestras justas reclamaciones y aliviará, cuanto esté en su mano, la carga de vuestros penosos sacrificios!».

El señor Lieuvain se sentó entonces; se levantó el señor Derozerays, para empezar otro discurso. Quizá el suyo no fue tan florido como el del consejero; pero tenía a su favor un carácter de estilo más positivo, es decir, conocimientos más específicos y consideraciones más elevadas. El elogio del Gobierno, por ejemplo, era mucho más breve; la religión y la agricultura ocupaban más espacio. Ponía de relieve la relación entre ambas y cómo habían contribuido siempre a la civilización. Rodolphe hablaba con Madame Bovary de

sueños, de presentimientos, de magnetismo. Remontándose a la cuna de las sociedades, el orador describía aquellos feroces tiempos en que los hombres se alimentaban de bellotas en el fondo de los bosques. Después se habían despojado de la piel de las bestias, se vistieron de tela, cavaron surcos, plantaron cepas. ¿Fue un bien, y no había en ese descubrimiento más inconvenientes que ventajas? El señor Derozerays se planteaba el problema. Del magnetismo, Rodolphe había ido pasando poco a poco a las afinidades, y, mientras el señor presidente citaba a Cincinato y su arado, a Diocleciano plantando coles y a los emperadores de China inaugurando el año con siembras[115], el joven explicaba a Emma que aquellas atracciones irresistibles tenían su origen en alguna existencia anterior.

—Nosotros, por ejemplo, ¿por qué nos hemos conocido? –decía–. ¿Qué azar lo ha querido? Es que, sin duda, a través de la lejanía, como dos ríos que corren para unirse, nuestras inclinaciones particulares nos han empujado el uno hacia el otro.

Y le cogió la mano; ella no la retiró.

«¡Por el conjunto de mejores cultivos!», gritó el presidente.

—Hace poco, por ejemplo, cuando he ido a su casa...

«Al señor Bizet, de Quincampoix.»

—¿Sabía yo que luego la acompañaría?

«¡Setenta francos!»

—Cien veces he querido marcharme, pero la he seguido, me he quedado.

«Abonos.»

—¡Como me quedaría esta noche, mañana, los demás días, toda mi vida!

«¡Al señor Caron, de Argueil, una medalla de oro!»

—Porque nunca he encontrado una persona tan encantadora como usted.

«¡Al señor Bain, de Givry-Saint-Martin!»

—Por eso me llevaré conmigo su recuerdo.

«Por un carnero merino...»

—Pero usted me olvidará, habré pasado como una sombra.

«Al señor Belot, de Notre-Dame...»

—¡Oh!, no, ¿verdad? ¿Seré algo en su pensamiento, en su vida?

«Raza porcina, premio *ex æquo*: a los señores Lehérissé y Cullembourg; ¡sesenta francos!»

Rodolphe le apretaba la mano, y la sentía ardiente y trémula como una tórtola cautiva que quiere alzar de nuevo el vuelo; pero sea que ella intentase retirarla o que respondiera a esa presión, lo cierto es que Emma hizo un movimiento con los dedos; él exclamó:

—¡Oh, gracias! ¡No me rechaza! ¡Qué buena es usted! ¡Comprende que soy suyo! ¡Déjeme que la vea, que la contemple!

Una ráfaga de viento que llegó por las ventanas frunció el tapete de la mesa, y, abajo, en la plaza, todos los grandes gorros de las aldeanas se levantaron como alas de mariposas blancas que se agitan.

«Aprovechamiento de orujos de semillas oleaginosas», continuó el presidente.

Y se daba prisa:

«Abono flamenco[116] — cultivo de lino — drenaje — arriendos a largo plazo — servicios de criados.»

Rodolphe había dejado de hablar. Se miraban. Un deseo supremo hacía estremecerse sus labios secos; y suavemente, sin esfuerzo, sus dedos se entrelazaron.

«Catherine-Nicaise-Élizabeth Leroux, de Sassetot-la-Guerrière, por cincuenta años de servicio en la misma granja, medalla de plata — ¡premio de veinticinco francos!»

«¿Dónde está Catherine Leroux?», repitió el consejero.

No comparecía, y se oían voces que cuchicheaban:

—¡Anda, ve!

—No.

—¡A la izquierda!

—¡No tengas miedo!

—¡Ah, mira que es tonta!

—Pero bueno, ¿está o no? –exclamó Tuvache.

—¡Sí!... Aquí está.

—¡Pues que se acerque!

Entonces se vio avanzar hacia el estrado a una viejecita de apariencia tímida y que parecía encogerse en sus pobres ropas. Iba calzada con grandes zuecos de madera, y llevaba, ceñido a las caderas, un amplio delantal azul. Su rostro enjuto, rodeado por una cofia sin ribetes, estaba más lleno de arrugas que una manzana reineta pasada, y de las mangas de su blusa roja salían dos largas manos de articulaciones nudosas. El polvo de los pajares, la potasa de las lejías y la grasa de las lanas las habían vuelto tan costrosas, tan ajadas, tan endurecidas, que parecían sucias aunque se las hubiera lavado con agua clara; y, a fuerza de haber servido, siempre las tenía entreabiertas, como para presentar por sí mismas el humilde testimonio de tantas penalidades sufridas. Una especie de rigidez monacal realzaba la expresión de su cara. Nada triste o tierno ablandaba aquella mirada pálida. En el trato con los animales había adquirido su mutismo y su placidez. Era la primera vez que se veía en medio de un gentío tan numeroso; y asustada interiormente por las banderas, los tambores, los señores de frac negro y la cruz de honor del consejero, permanecía completamente inmóvil, sin saber si tenía que avanzar o echar a correr, ni por qué la multitud la empujaba, ni por qué los miembros del jurado le sonreían. Así estaba, ante aquellos burgueses satisfechos, aquel medio siglo de servidumbre.

—¡Acérquese, venerable Catherine-Nicaise-Élizabeth Leroux! –dijo el señor consejero, que había cogido de las manos del presidente la lista de laureados.

Y mirando alternativamente la hoja de papel y luego a la anciana, repetía en tono paternal:

—¡Acérquese, acérquese!

—¿Está usted sorda? –dijo Tuvache, saltando de su sillón.

Y se puso a vocearle al oído:

—¡Cincuenta y cuatro años de servicio! ¡Medalla de plata! ¡Veinticinco francos! Para usted.

Luego, cuando tuvo su medalla, la contempló. Entonces una sonrisa beatífica se difundió por su cara, y la oyeron mascullar cuando se iba:

—Se la daré al cura del pueblo, para que me diga misas.

—¡Qué fanatismo! –exclamó el farmacéutico inclinándose hacia el Notasrio.

La sesión había terminado; la multitud se dispersó; y, ahora que ya se habían leído los discursos, cada cual recuperaba su rango y todo volvía a la rutina: los amos maltrataban a los criados y éstos golpeaban a los animales, triunfadores indolentes que regresaban al establo con una corona verde entre los cuernos.

Entre tanto, los guardias nacionales habían subido al primer piso del ayuntamiento con *brioches* ensartados en las bayonetas, y con el tambor del batallón, que llevaba una cesta de botellas. Madame Bovary se cogió del brazo de Rodolphe; él la acompañó a casa; se separaron delante de su puerta; luego él se fue a pasear solo por el prado aguardando la hora del banquete.

El festín fue largo, ruidoso, mal servido; estaban tan apretujados que apenas podían mover los codos, y los estrechos tablones que servían de bancos a punto estuvieron de romperse bajo el peso de los invitados. Todos comían con ansia. Cada uno se aplicaba a su ración. El sudor corría por todas las frentes; y un vaho blanquecino, como la neblina de un río en una mañana de otoño, flotaba por encima de la mesa, entre los quinqués colgados. Rodolphe, con la espalda apoyada en el calicó de la tienda, pensaba con tal intensidad en Emma que no oía nada. Detrás de él, en la hierba, unos criados apilaban platos sucios; sus vecinos hablaban, no les respondía; le llenaban el vaso, y en su pensamiento se hacía un silencio a pesar de que el ruido aumentaba. Pensaba en lo que Emma había dicho y en la forma de sus labios; como en un espejo mágico, su cara brillaba en la placa de los chacós[117]; los pliegues de su vestido bajaban a lo largo de las paredes, y en las perspectivas del futuro se sucedían jornadas de amor hasta el infinito.

Volvió a verla por la noche, durante los fuegos artificiales; pero estaba con su marido, la señora Homais y el farmacéutico, muy preocupado por el peligro de los cohetes perdidos; y, cada dos por tres, dejaba a sus acompañantes para ir a dar recomendaciones a Bonet.

Las piezas pirotécnicas enviadas a casa de maese Tuvache habían sido guardadas, por exceso de precaución, en su bodega; por eso la pólvora, húmeda, apenas se encendía, y la atracción principal, que debía representar a un dragón mordiéndose la cola, falló por completo. De vez en cuando ascendía una miserable candela romana; entonces la multitud boquiabierta lanzaba un clamor con el que se mezclaba el chillido de las mujeres, a las que cosquilleaban en la cintura aprovechando la oscuridad. Emma, silenciosa, se apretaba dulcemente contra el hombro de Charles; luego, con la barbilla levantada, seguía en el cielo oscuro el luminoso surtidor de los cohetes. Rodolphe la contemplaba a la luz de los farolillos encendidos.

Fueron apagándose poco a poco. Las estrellas se encendieron. Empezaron a caer algunas gotas de lluvia. Ella se ató la pañoleta a su cabeza descubierta.

En este momento salió de la posada el coche del consejero. Su cochero, que iba borracho, se adormiló de pronto; y de lejos se divisaba, por encima de la capota, entre

los dos faroles, el bulto de su cuerpo balanceándose a derecha e izquierda al compás del cabeceo de las sopandas.

—¡En verdad que deberíamos proceder con más severidad contra la embriaguez! –dijo el boticario–. Me gustaría que semanalmente se inscribieran en la puerta del ayuntamiento, en un tablón *ad hoc*, los nombres de todos los que, durante la semana, se hubieran intoxicado con alcohol. Además, desde el punto de vista de la estadística, dispondríamos de una especie de anales patentes que se consultarían en caso necesario... Pero perdonen...

Y de nuevo corrió hacia el capitán.

Éste regresaba a su casa. Iba a ver de nuevo su torno.

—Quizá convendría –le dijo Homais– enviar a uno de sus hombres o que fuera usted mismo...

—¡Déjeme en paz –respondió el recaudador–, que no pasa nada!

—Tranquilícense –dijo el boticario cuando hubo vuelto junto a sus amigos–. El señor Binet me ha asegurado que se han tomado todas las medidas. No caerá ninguna pavesa. Las bombas están llenas. Podemos irnos a dormir.

—¡Buena falta me hace! –dijo la señora Homais, que bostezaba de una forma Notasble–; pero no importa, para nuestra fiesta hemos tenido un día muy hermoso.

Rodolphe repitió en voz baja y con mirada tierna:

—¡Sí, sí, muy hermoso!

Y, después de despedirse, cada cual se fue por su lado.

Dos días más tarde, en *Le Fanal de Rouen* había un gran artículo sobre la feria. Lo había escrito Homais, muy inspirado, al día siguiente.

«¿Por qué esos festones, esas flores, esas guirnaldas? ¿Adónde corría esa multitud, como las olas de un mar embravecido, bajo los torrentes de un sol tropical que derramaba su calor sobre nuestros barbechos?»

Después hablaba de la situación de los campesinos. Cierto, el Gobierno hacía mucho, ¡pero no lo suficiente! «¡Ánimo!», le gritaba; «son indispensables mil reformas, llevémoslas a cabo». Después, al acometer la entrada del consejero, no olvidaba «el aire marcial de nuestra milicia», ni «nuestras más vivarachas aldeanas», ni «los ancianos de calva cabeza, especie de patriarcas allí presentes, algunos de los cuales, vestigios de nuestras inmortales falanges, aún sentían latir sus corazones al redoble viril de los tambores». Se citaba a sí mismo entre los primeros de los miembros del jurado, e incluso recordaba, en una Notas, que el señor Homais, farmacéutico, había enviado a la Sociedad Agronómica una memoria sobre la sidra. Cuando llegó a la entrega de las recompensas, describía en términos ditirámbicos la alegría de los laureados. «El padre abrazaba al hijo, el hermano al hermano, el esposo a la esposa. Más de uno mostraba con orgullo su humilde medalla, y con toda seguridad, de vuelta en casa, junto a su buena compañera, la habrá colgado llorando en las discretas paredes de su choza.

»A eso de las seis, un banquete, preparado en el prado del señor Liegeard, reunió a los principales asistentes a la fiesta. No dejó de reinar en él la mayor cordialidad. Se pronunciaron diversos brindis: el señor Lieuvain, ¡por el monarca! El señor Tuvache,

¡por el prefecto! El señor Derozerays, ¡por la agricultura! El señor Homais, ¡por la industria y las bellas artes, esas dos hermanas! El señor Leplichey, ¡por las mejoras! Por la noche, unos brillantes fuegos artificiales iluminaron de pronto los aires. Se hubiera dicho un verdadero caleidoscopio, un auténtico decorado de ópera, y por un instante nuestra pequeña localidad pudo creerse transportada en medio de un sueño de *Las Mil y una noches*.

»Hagamos constar que ningún suceso infausto vino a turbar esta reunión de familia.»

Y añadía:

«Sólo se notó la ausencia del clero. Sin duda las sacristías entienden el progreso de otra forma. ¡Allá ustedes, señores de Loyola!».

IX

Pasaron seis semanas. Rodolphe no volvió. Por fin apareció una tarde.

Se había dicho al día siguiente de la feria agrícola: «No volvamos tan pronto, sería un error».

Y, al final de la semana, había salido a cazar. Después de la caza, había pensado que era demasiado tarde, luego se hizo este razonamiento: «Pero si me ha querido desde el primer día, la impaciencia de volver a verme le habrá hecho quererme más. ¡Sigamos, pues!».

Y comprendió que su cálculo había sido acertado cuando, al entrar en la sala, vio que Emma palidecía.

Estaba sola. Anochecía. Los visillos de muselina a lo largo de los cristales espesaban el crepúsculo, y el dorado del barómetro, sobre el que daba un rayo de sol, reflejaba luces en el espejo, entre los festones del polipero.

Rodolphe permaneció de pie; y Emma apenas si respondió a sus primeras frases de cortesía.

—He tenido cosas que hacer –dijo él–. He estado enfermo.

—¿Gravemente? –exclamó ella.

—Bueno –dijo Rodolphe sentándose a su lado en una banqueta–, ¡no!... Es que no he querido volver.

—¿Por qué?

—¿No lo adivina?

Volvió a mirarla una vez más, pero de una forma tan violenta que ella bajó la cabeza sonrojándose. Él continuó:

—Emma...

—¡Por favor, caballero! –dijo ella apartándose un poco.

—¡Ah!, ya ve que hacía bien en no querer venir –replicó él en tono melancólico–; porque ese nombre, ese nombre que me llena el alma y que se me ha escapado, ¡usted me lo prohíbe! ¡Madame Bovary!... ¡Bah, así la llama todo el mundo!... Además, ése no es su apellido; ¡es el apellido de otro!

Repitió:

—¡De otro!

Y se tapó la cara con las manos.

—Sí, ¡pienso continuamente en usted!... ¡Su recuerdo me desespera! ¡Ay, perdón!... La dejo... ¡Adiós!... Me iré lejos..., ¡tan lejos que nunca volverá a oír hablar de mí!... Y sin embargo..., hoy..., ¡todavía no sé qué fuerza me ha empujado hacia usted! ¡Porque no se puede luchar contra el cielo, ni resistirse a la sonrisa de los ángeles! ¡Uno se deja

arrastrar por lo que es bello, encantador, adorable!

Era la primera vez que a Emma le decían estas cosas; y su orgullo, como quien se solaza en un baño caliente, se desperezaba lánguidamente y por entero al calor de aquel lenguaje.

—Pero si no he venido –continuó él–, si no he podido verla, ¡ay!, al menos he contemplado apasionadamente cuanto la rodea. De noche, todas las noches, me levantaba, llegaba hasta aquí, miraba su casa, el tejado que brillaba bajo la luna, los árboles del jardín que se balanceaban en su ventana, y una lamparita, un resplandor que brillaba a través de los cristales, en la sombra. ¡Ah!, usted no podía saber que allí, tan cerca y tan lejos, estaba un pobre desdichado...

Ella se volvió hacia él con un sollozo.

—¡Oh, qué bueno es usted! –dijo.

—No, ¡la quiero, eso es todo! ¡Usted no lo duda! ¡Dígamelo!; ¡una palabra, una sola palabra!

E insensiblemente Rodolphe se dejaba resbalar de la banqueta hasta el suelo; pero se oyó un ruido de zuecos en la cocina, y la puerta de la sala, él se dio cuenta, no estaba cerrada.

—¡Si tuviera usted la bondad –prosiguió levantándose– de satisfacer un capricho!

Era el de ver su casa; deseaba conocerla; y, como Madame Bovary no viera inconveniente en ello, ya se levantaban ambos cuando entró Charles.

—Buenas tardes, doctor –le dijo Rodolphe.

El médico, halagado por aquel inesperado título, se deshizo en amabilidades, y el otro lo aprovechó para recuperarse un poco.

—La señora –dijo entonces– estaba hablándome de su salud.

Charles le interrumpió: de hecho, estaba muy preocupado; reaparecían los trastornos de su mujer. Entonces Rodolphe preguntó si no le iría bien el ejercicio de montar a caballo.

—Desde luego, ¡excelente, perfecto!... ¡Qué buena idea! Deberías hacerlo.

Y como ella objetara que no tenía caballo, el señor Rodolphe le ofreció uno; rechazó ella el ofrecimiento; él no insistió; luego, para justificar su visita, contó que su carretero, el hombre de la sangría, seguía teniendo mareos.

—Pasaré por allí –dijo Bovary.

—No, no, se lo mandaré; vendremos nosotros, será más cómodo para usted.

—¡Ah!, muy bien. Se lo agradezco.

Y cuando se quedaron solos:

—¿Por qué no aceptas los ofrecimientos del señor Boulanger, que es tan amable?

Ella puso cara seria, buscó mil disculpas y terminó declarando que *quizá parecería un poco raro*.

—¡Ah, me trae sin cuidado! –dijo Charles yéndose por la tangente–. ¡Lo primero es la salud! ¡Haces mal!

—¿Y cómo quieres que monte a caballo, si no tengo traje de amazona?

—¡Habrá que encargarte uno! –respondió él.

El traje de amazona la decidió.

Cuando el traje estuvo listo, Charles escribió al señor Boulanger que su mujer estaba a su disposición, y que contaba con su amabilidad.

Al día siguiente, a mediodía, Rodolphe llegó ante la puerta de Charles con dos caballos magníficos. Uno de ellos llevaba borlas de color rosa en las orejas y una silla de amazona de ante.

Rodolphe calzaba botas altas de montar, diciéndose que, sin duda, ella nunca había visto otras iguales; en efecto, Emma quedó encantada de su aspecto cuando él apareció en el rellano con su gran levita de terciopelo y su pantalón de punto blanco. Ella estaba dispuesta, le esperaba.

Justin se escapó de la farmacia para verla, y también salió el boticario. Le hacía recomendaciones al señor Boulanger.

—¡Una desgracia ocurre cuando menos se piensa! ¡Tenga cuidado! ¡Sus caballos deben de ser fogosos!

Ella oyó un ruido sobre su cabeza: era Félicité, que tamborileaba en los cristales para entretener a la pequeña Berthe. La niña le envió un beso de lejos; su madre le respondió agitando el puño de la fusta.

—¡Buen paseo! –exclamó el señor Homais–. ¡Prudencia, sobre todo mucha prudencia!

Y agitó su periódico al verlos alejarse.

En cuanto sintió la tierra, el caballo de Emma emprendió el galope. Rodolphe cabalgaba a su lado. De vez en cuando cruzaban una palabra. Con la cara algo inclinada, alta la mano y estirado el brazo derecho, se dejaba llevar por la cadencia del movimiento que la mecía en la silla.

Al pie de la cuesta Rodolphe soltó las riendas; arrancaron juntos, de un brinco; luego, arriba, de repente, los caballos se detuvieron, y el gran velo azul de Emma dejó de flotar.

Era a primeros de octubre. Había niebla en el campo. En el horizonte, unos vapores se extendían alrededor de las colinas; y otros, deshilachándose, ascendían, desaparecían. A veces, entre unas nubes que se abrían, bajo un rayo de sol, se percibían a lo lejos los tejados de Yonville, con las huertas bordeando el río, los corrales, las tapias y el campanario de la iglesia. Emma entornaba los párpados para reconocer su casa, y nunca aquel humilde pueblo donde vivía le había parecido tan pequeño. Desde el cerro en el que estaban, todo el valle parecía un inmenso lago pálido evaporándose en el aire. Los macizos de árboles sobresalían de trecho en trecho como peñascos negros; y las altas líneas de los álamos, que rebasaban la bruma, parecían arenales removidos por el viento.

Cerca, sobre el césped, entre los abetos, una luz parda circulaba en la tibia atmósfera. La tierra, rojiza como polvo de tabaco, amortiguaba el ruido de las pisadas; y con la punta de las herraduras, al andar, los caballos empujaban las piñas caídas.

Rodolphe y Emma siguieron así la linde del bosque. Ella se volvía de vez en cuando para evitar su mirada, y entonces sólo veía los troncos de los abetos alineados, cuya constante sucesión la aturdía un poco. Los caballos resoplaban. Crujía el cuero de las sillas.

En el momento en que entraron en el bosque apareció el sol.

—¡Dios nos protege! –dijo Rodolphe.

—¿Usted cree? –preguntó ella.

—¡Avancemos! ¡Avancemos! –prosiguió él.

Chasqueó la lengua. Las dos cabalgaduras corrían.

Largos helechos a la orilla del camino se enredaban en el estribo de Emma. Rodolphe, sin pararse, se inclinaba y los retiraba al mismo tiempo. Otras veces, para apartar las ramas, pasaba pegado a su lado, y Emma sentía en su rodilla el roce de la pierna. El cielo se había vuelto azul. Las hojas no se movían. Había grandes espacios llenos de brezos ya florecidos; y mantos de violetas alternaban con la maraña de los árboles, que eran grises, leonados o dorados, según la diversidad de sus hojas. A menudo, bajo los matorrales, se oía deslizarse un leve batir de alas, o bien el grito ronco y suave de los cuervos, que levantaban el vuelo en los robles.

Desmontaron. Rodolphe ató los caballos. Ella iba delante, por el musgo, siguiendo las rodadas.

Pero su vestido demasiado largo le estorbaba, aunque llevase la cola recogida, y Rodolphe, caminando tras ella, contemplaba, entre aquel paño negro y la botina negra, la delicadeza de su media blanca, que le parecía una parte de su desnudez.

Ella se detuvo.

—Estoy cansada –dijo.

—¡Vamos, haga un esfuerzo más! –respondió él–. ¡Ánimo!

Luego, cien pasos más adelante, volvió a detenerse; y, a través del velo, que desde su sombrero de hombre descendía oblicuamente sobre las caderas, se distinguía su rostro en una transparencia azulada, como si nadara bajo olas de azur.

—Pero ¿adónde vamos?

Él no respondió. Ella respiraba de forma entrecortada. Rodolphe miraba en torno suyo y se mordisqueaba el bigote.

Llegaron a un paraje más despejado, donde habían cortado resalvos. Se sentaron en el tronco de un árbol derribado, y Rodolphe empezó a hablarle de su amor.

Al principio no quiso asustarla con cumplidos. Se mostró sereno, serio, melancólico.

Emma lo escuchaba con la cabeza baja, mientras con la punta del pie removía unas virutas en el suelo.

Pero a esta frase:

—¿Acaso nuestros destinos no son comunes ahora?

—Pues no –respondió ella–. Bien lo sabe usted. Es imposible.

Ella se levantó para irse. Él la cogió por la muñeca. Ella se detuvo. Luego, tras mirarle unos minutos con ojos amorosos y completamente húmedos, dijo con vehemencia:

—¡Ah! En fin, no hablemos más... ¿Dónde están los caballos? Volvamos.

Él hizo un gesto de cólera y de enojo. Ella repitió:

—¿Dónde están los caballos? ¿Dónde están los caballos?

Entonces, con una sonrisa extraña, la mirada fija y los dientes apretados, él avanzó con los brazos abiertos. Ella retrocedió temblando. Balbucía:

—¡Oh, me da usted miedo! ¡Me hace daño! Vámonos.

—Si no queda más remedio –replicó él cambiando de cara.

Y en el acto volvió a mostrarse respetuoso, cariñoso, tímido. Ella le dio el brazo. Regresaron. Él decía:

—Pero ¿qué le pasaba? ¿Por qué? ¡No acierto a comprenderlo! Se equivoca usted conmigo, seguro. En mi alma está usted como una madona en un pedestal, en un lugar elevado, sólido e inmaculado. ¡Pero la necesito para vivir! Necesito sus ojos, su voz, su pensamiento. ¡Sea mi amiga, mi hermana, mi ángel!

Y alargando el brazo, le rodeaba la cintura. Ella procuraba desasirse sin demasiada energía. Él la sujetaba así, mientras andaban.

Pero oyeron a los dos caballos, que ramoneaban en la hierba.

—¡Oh!, un poco más –dijo Rodolphe–. ¡No nos vayamos! ¡Quédese!

La arrastró más lejos, junto a un pequeño estanque donde las lentejas de agua formaban una capa verde sobre las ondas. Unos nenúfares marchitos se mantenían inmóviles entre los juncos. Al ruido de sus pasos en la hierba las ranas saltaban para esconderse.

—Hago mal, hago mal –decía ella–. Soy una loca por escucharle.

—¿Por qué?... ¡Emma! ¡Emma!

—¡Oh, Rodolphe!... –dijo lentamente la joven recostándose sobre su hombro.

La tela del vestido se pegaba al terciopelo de la levita. Echó hacia atrás su blanco cuello, que se dilataba con un suspiro; y, desfallecida, deshecha en llanto, con un largo estremecimiento y tapándose la cara, se entregó[118].

Caían las sombras de la tarde; el sol horizontal, pasando entre las ramas, le cegaba los ojos. Aquí y allá, en torno a ella, en las hojas o por el suelo, temblaban unas manchas luminosas como si unos colibríes, al alzar el vuelo, hubieran esparcido sus plumas. El silencio era total; algo dulce parecía emanar de los árboles; sentía su corazón, que volvía a palpitar, y la sangre circulaba por su carne como un río de leche. Entonces oyó a lo lejos, más allá del bosque, sobre las otras colinas, un grito vago y prolongado, una voz lenta que se perdía, y la escuchaba en silencio, como si una música se mezclase con las últimas vibraciones de sus nervios sacudidos. Rodolphe, con el puro entre los dientes, arreglaba con su navaja una de las bridas, que se había roto.

Regresaron a Yonville por el mismo camino. Volvieron a ver en el barro las huellas de sus caballos, unas al lado de otras, y los mismos matorrales, las mismas piedras en la hierba. Nada a su alrededor había cambiado; y para ella, sin embargo, había ocurrido algo de mayor consideración que si las montañas se hubiesen desplazado. De vez en cuando Rodolphe se inclinaba y le cogía la mano para besarla.

¡Qué deliciosa estaba a caballo! Erguida, con su esbelto talle, la rodilla plegada sobre las crines de su montura y un poco sonrosada por el aire libre, sobre el tinte rojizo del atardecer.

Al entrar en Yonville, caracoleó sobre el pavimento. Desde las ventanas la miraban.

En la cena, su marido le encontró buena cara; pero cuando le preguntó por el paseo hizo como que no le oía; y permanecía con el codo junto al plato, entre las dos velas encendidas.

—¡Emma! –dijo él.

—¿Qué?

—Pues que he pasado esta tarde por casa del señor Alexandre; tiene una vieja potranca todavía muy bonita, sólo que con alguna matadura en las rodillas, y que nos dejarían, estoy seguro, por unos cien escudos.

Añadió:

—Y pensando que te gustaría, la he apalabrado... la he comprado... ¿He hecho bien? Dímelo.

Ella movió la cabeza en señal de asentimiento; luego, un cuarto de hora más tarde, preguntó:

—¿Sales esta noche?

—Sí. ¿Por qué?

—¡Oh!, por nada, querido, por nada.

Y en cuanto se vio libre de Charles, subió a encerrarse en su cuarto.

Al principio sintió una especie de mareo; veía los árboles, los caminos, las cunetas, a Rodolphe, y seguía sintiéndose estrechada entre sus brazos, mientras se estremecía el follaje y silbaban los juncos.

Pero al verse en el espejo se asombró de su cara. Nunca había tenido los ojos tan grandes, tan negros, ni tan profundos. Algo sutil esparcido por toda su persona la transfiguraba.

Se repetía: «¡Tengo un amante! ¡Un amante!», deleitándose en esta idea como si le hubiera sobrevenido una segunda pubertad. Así pues, por fin iba a conocer aquellas alegrías del amor, aquella fiebre de felicidad cuya esperanza había perdido. Entraba en algo maravilloso donde todo sería pasión, éxtasis, delirio; una inmensidad azulada la envolvía, las cumbres del sentimiento resplandecían bajo su pensamiento, y la vida corriente no aparecía sino a lo lejos, muy abajo, en la sombra, entre los intervalos de aquellas alturas.

Entonces recordó a las heroínas de los libros que había leído, y la legión lírica de aquellas mujeres adúlteras empezó a cantar en su memoria con voces de hermanas que le encantaban. Ella misma se transformaba en una parte real de aquellas imaginaciones y cumplía el largo sueño de su juventud, al mirarse en aquel modelo de enamorada que tanto había ambicionado. Además, Emma sentía una satisfacción de venganza. ¡Bastante había sufrido! Pero ahora triunfaba, y el amor, tanto tiempo contenido, brotaba por entero con gozosos borbotones. Lo saboreaba sin remordimientos, sin inquietud, sin turbación.

La jornada del día siguiente transcurrió en medio de una dulzura desconocida. Se hicieron juramentos. Ella le contó sus penas. Rodolphe la interrumpía con sus besos; y ella le pedía, contemplándolo con los párpados entornados, que la llamase otra vez por su nombre y repitiese que la amaba. Estaban en el bosque, como la víspera, en una cabaña de almadreñeros. Sus paredes eran de paja y el techo bajaba tanto que tenían que agacharse. Estaban sentados uno al lado del otro, sobre un lecho de hojas secas.

A partir de ese día se escribieron con regularidad todas las noches. Emma llevaba su

carta al final de la huerta, junto al río, a una grieta de la terraza. Rodolphe iba allí a buscarla y dejaba otra; ella siempre le reprochaba que era demasiado corta.

Una mañana que Charles había salido antes del amanecer, le asaltó el capricho de ver a Rodolphe inmediatamente. Se podía tardar poco en llegar a La Huchette, quedarse allí una hora y estar de vuelta en Yonville cuando todo el mundo estuviese aún durmiendo. La idea la hizo jadear de ansia, y pronto se encontró en medio del prado, caminando con paso rápido, sin volver la vista atrás.

El día empezaba a despuntar. Emma reconoció de lejos la casa de su amante, cuyas dos veletas de cola de golondrina se recortaban en negro sobre la luz del amanecer.

Pasado el corral de la granja había un cuerpo de edificio que debía de ser el castillo. Entró como si, al acercarse, se hubieran separado por sí solas las paredes. Una gran escalera recta subía hacia un corredor. Emma giró el picaporte de una puerta, y de pronto, en el fondo de la habitación, vio a un hombre que dormía. Era Rodolphe. Ella lanzó un grito.

—¡Tú aquí! ¡Tú aquí! –repetía él–. ¿Cómo has hecho para venir?... ¡Ah, traes mojada la ropa!

—¡Te quiero! –respondió ella pasándole los brazos alrededor del cuello.

Como esta primera audacia le había salido bien, ahora, cada vez que Charles salía temprano, Emma se vestía deprisa y bajaba sigilosamente la escalinata que conducía a la orilla del agua.

Pero cuando la pasarela de las vacas estaba levantada había que seguir las tapias que bordeaban el río; la orilla estaba resbaladiza; para no caerse, se agarraba con la mano a los matojos de alhelíes marchitos. Luego seguía a campo traviesa por tierras de labor, donde se hundía, tropezaba, y se le atascaban sus finas botas. La pañoleta anudada en la cabeza se agitaba al viento en los pastizales; le daban miedo los bueyes, echaba a correr; llegaba sin aliento, con las mejillas coloradas y exhalando de toda su persona un fresco perfume de savia, de verdor y de aire puro. A esa hora Rodolphe aún dormía: era como una mañana de primavera que entraba en su cuarto.

Las cortinas amarillas a lo largo de las ventanas dejaban pasar suavemente una densa luz dorada. Emma avanzaba a tientas guiñando los ojos, mientras las gotas de rocío prendidas en sus bandós formaban una especie de aureola de topacios alrededor de su cara. Rodolphe, riendo, la atraía hacia él y la estrechaba contra su pecho.

Luego ella pasaba revista al aposento, abría los cajones de los muebles, se peinaba con el peine de Rodolphe y se miraba en el espejo de afeitar. A veces, incluso, se metía entre los dientes la boquilla de una gran pipa que había sobre la mesita de noche, entre limones y terrones de azúcar, al lado de una jarra de agua.

Necesitaban un cuarto de hora largo para despedirse. Entonces Emma lloraba; habría querido no separarse nunca de Rodolphe. Algo más fuerte que ella la empujaba hacia él, de tal modo que un día, al verla aparecer de improviso, él frunció el ceño como alguien contrariado.

—¿Qué te pasa? –dijo ella–. ¿Estás enfermo? ¡Dime!

Él acabó por declarar, con gesto serio, que sus visitas resultaban imprudentes y que ella

se comprometía.

X

Poco a poco, estos temores de Rodolphe fueron invadiéndola. El amor la había embriagado al principio, nunca había pensado en nada más allá. Pero ahora que era indispensable en su vida, temía perder algo de ese amor, o incluso que algo lo alterase. Cuando volvía de casa de Rodolphe, echaba miradas inquietas a su alrededor, espiando cada forma que pasaba en el horizonte y cada lucera del pueblo desde donde pudieran avistarla. Escuchaba los pasos, los gritos, el ruido de los arados; y se detenía más pálida y más trémula que las hojas de los álamos que se balanceaban sobre su cabeza.

Una mañana que volvía así, creyó distinguir de pronto el largo cañón de una carabina que parecía apuntarla. Asomaba oblicuamente por el borde de un pequeño tonel medio hundido entre la hierba, en el borde de una cuneta. A punto de desmayarse de terror, Emma siguió adelante pese a todo, y un hombre salió del tonel, como esos diablos de resorte que salen repentinamente del fondo de las cajas. Llevaba unas polainas cerradas hasta las rodillas, la gorra calada hasta los ojos, sus labios trémulos tiritaban y tenía roja la nariz. Era el capitán Binet, al acecho de los patos salvajes.

—¡Tendría que haber dado voces de lejos! –exclamó–. Cuando se ve una escopeta, siempre hay que avisar.

Así trataba el recaudador de disimular el miedo que acababa de pasar, pues una disposición de la prefectura había prohibido la caza de patos a no ser en barca, y el señor Binet, pese a su respeto por las leyes, la estaba infringiendo. Por eso, a cada instante, creía oír llegar al guarda rural. Aunque esa inquietud estimulaba su placer, y, a solas en su tonel, se felicitaba por su suerte y su malicia.

Al ver a Emma, pareció aliviado de un gran peso, y enseguida entabló conversación:

—No hace calor que digamos, *¡cómo pica!*

Emma no contestó. Él continuó:

—Sí que ha salido usted tempranito.

—Sí –balbució ella–; vengo de casa de la nodriza que tiene a mi hija.

—¡Ah!, ¡muy bien, muy bien! Pues yo, aquí donde me ve, estoy desde el amanecer; pero hay tanta llovizna que como no se tenga la pluma delante de las narices...

—Hasta luego, señor Binet –le interrumpió ella dando media vuelta.

—Servidor de usted, señora –repuso Binet en tono seco.

Y volvió a meterse en su tonel.

Emma se arrepintió de haber plantado de forma tan brusca al recaudador. Seguro que haría conjeturas desfavorables. La historia de la nodriza era la peor excusa, pues todo el mundo sabía de sobra en Yonville que la pequeña Bovary había vuelto desde hacía un año a casa de sus padres. Además, en los alrededores no vivía nadie; aquel camino sólo

llevaba a La Huchette; de modo que Binet había adivinado de dónde venía, y no se callaría, hablaría, ¡seguro! Hasta la noche estuvo dándole vueltas en la cabeza a todos los proyectos de mentiras imaginables y teniendo continuamente ante los ojos la figura de aquel imbécil del morral.

Después de la cena, Charles, al verla preocupada, quiso, para que se distrajera, llevarla a casa del farmacéutico; y a la primera persona que vio en la farmacia fue precisamente a él, ¡al recaudador! Estaba de pie delante del mostrador, alumbrado por la luz del bocal rojo, y decía:

—Por favor, deme media onza de vitriolo.

—Justin –gritó el boticario–, tráenos el ácido sulfúrico.

Luego, a Emma, que quería subir al piso de la señora Homais:

—No, quédese, no merece la pena, bajará ahora. Mientras tanto caliéntese en la estufa... Perdóneme... Buenas tardes, doctor (porque al farmacéutico le gustaba mucho pronunciar la palabra *doctor*, como si, al dirigirla a otro, hiciera recaer sobre sí mismo algo de la pompa que encontraba en ella)... Pero ¡cuidado con volcar los morteros! Es mejor que vayas a buscar las sillas de la salita; ya sabes que los sillones del salón no hay que moverlos.

Y, para colocar de nuevo el suyo en su sitio, Homais salía deprisa fuera del mostrador cuando Binet le pidió media onza de ácido de azúcar.

—¿Ácido de azúcar? –dijo el farmacéutico en tono desdeñoso–. ¡No lo conozco, no sé qué es! ¿No querrá usted ácido oxálico[119]? Es oxálico, ¿verdad?

Binet explicó que necesitaba un mordiente para preparar por sí mismo un agua de cobre con que desoxidar diversos accesorios de caza. Emma temblaba. El farmacéutico empezó a decir:

—Claro, el tiempo no es nada propicio debido a la humedad.

—Sin embargo –replicó el recaudador con aire malicioso–, hay quien no se asusta.

Ella se ahogaba.

—Deme también...

«¿No se irá nunca?», pensaba ella.

—Media docena de colofonia y de trementina[120], cuatro onzas de cera amarilla y tres medias onzas de negro animal, por favor, para limpiar los cueros charolados de mi equipo.

Empezaba el boticario a cortar la cera cuando apareció la señora Homais con Irma en brazos, Napoléon a su lado y Athalie detrás. Fue a sentarse en el banco de terciopelo adosado a la ventana, y el chiquillo se acurrucó en una banqueta mientras la hermana mayor rondaba la caja de azufaifas, junto a su papaíto. Éste llenaba embudos y tapaba frascos, pegaba etiquetas, hacía paquetes. Todos callaban a su alrededor; y sólo se oía de vez en cuando el tintineo de las pesas en las balanzas, y algunas palabras en voz baja del farmacéutico dando consejos a su discípulo.

—¿Cómo va su pequeña? –preguntó de pronto la señora Homais.

—¡Silencio! –exclamó su marido, que anotaba números en el borrador.

—¿Por qué no la ha traído? –continuó ella a media voz.

—¡Chist, chist! –dijo Emma señalando con el dedo al boticario.

Pero Binet, totalmente concentrado en la lectura de la cuenta, no había oído nada probablemente. Por fin se marchó. Y Emma, liberada, lanzó un gran suspiro.

—¡Qué fuerte respira usted! –dijo la señora Homais.

—¡Ah!, es que hace algo de calor –respondió ella.

Así pues, al día siguiente se dedicaron a organizar sus citas; Emma quería sobornar a la criada con un regalo; pero hubiera sido mejor encontrar en Yonville una casa discreta. Rodolphe prometió buscar una.

Durante todo el invierno, tres o cuatro veces por semana, con noche cerrada, llegaba él a la huerta. Emma había quitado a propósito la llave de la cancela, que Charles creyó extraviada.

Para avisarla, Rodolphe lanzaba contra las persianas un puñado de arena. Ella se ponía de pie sobresaltada; pero a veces no le quedaba más remedio que esperar, porque Charles tenía la manía de charlar al amor de la lumbre, y no acababa nunca. Ella se consumía de impaciencia; si sus ojos hubieran podido, le habrían hecho saltar por las ventanas. Finalmente, iniciaba su aseo nocturno; luego cogía un libro y seguía leyendo tranquilamente, como si la lectura le interesara mucho. Pero Charles, metido ya en la cama, la llamaba para que se acostase.

—Ven, Emma, que ya es tarde –decía.

—¡Sí, ya voy! –le contestaba.

Entre tanto, como las velas lo deslumbraban, él se volvía hacia la pared y se dormía. Ella escapaba conteniendo el aliento, sonriente, palpitante, medio desnuda.

Rodolphe llevaba un gran capote; con él la envolvía de arriba abajo y, pasándole el brazo por la cintura, se la llevaba sin hablar hasta el fondo de la huerta.

Era bajo el cenador, en aquel mismo banco de palos podridos donde tiempo atrás Léon la miraba tan enamorado las noches de verano. Ahora apenas pensaba en él.

A través de las ramas del jazmín sin hojas las estrellas brillaban. A su espalda oían correr el río, y, de vez en cuando, en la orilla, el chasquido de las cañas secas. Aquí y allá, masas de sombra se abombaban en la oscuridad, y a veces, estremeciéndose todas ellas con un solo movimiento, se alzaban y bajaban como inmensas olas negras que se hubieran acercado para volver a cubrirlos. El frío de la noche les hacía apretarse más uno contra otro; los suspiros de sus labios les parecían más fuertes; sus ojos, que apenas entreveían, les parecían más grandes, y, en medio del silencio, había palabras dichas en voz muy baja que caían sobre el alma con una sonoridad cristalina y repercutían en ella con multiplicadas vibraciones.

Cuando la noche era lluviosa, iban a refugiarse en el gabinete de las consultas, entre el cobertizo y la cuadra. Ella encendía uno de los candeleros de la cocina, que había escondido detrás de los libros. Rodolphe se instalaba allí como en su casa. La vista de las estanterías y de la mesa de escritorio, de toda la estancia, en fin, estimulaba su alegría; y, sin poder contenerse, hacía a costa de Charles un sinfín de bromas que turbaban a Emma. Habría deseado verlo más serio, e incluso más dramático, llegado el caso, como aquella vez que creyó oír en la alameda un ruido de pasos acercándose.

—¡Alguien viene! –dijo.

Él sopló la vela.

—¿Tienes tus pistolas?

—¿Para qué?

—Pues... para defenderte –replicó Emma.

—¿De tu marido? ¡Ah, pobre muchacho!

Y Rodolphe acabó la frase con un gesto que significaba: «Lo aplastaría de un sopapo».

Ella quedó deslumbrada ante su valor, aunque Notasra en él cierta falta de delicadeza y una ingenua grosería que la escandalizaron.

Rodolphe pensó mucho en aquella historia de las pistolas. Si ella había hablado en serio, aquello resultaba muy ridículo, pensaba él, odioso incluso, porque él, él no tenía ningún motivo para odiar al bueno de Charles, ya que no estaba lo que se dice devorado por los celos; y, sobre este punto, Emma le había hecho un gran juramento que tampoco le parecía del mejor gusto.

Por otra parte, ella estaba volviéndose muy sentimental. Hubo que hacer intercambio de miniaturas; se habían cortado mechones de pelo, y ahora ella le pedía una sortija, un verdadero anillo de boda, en señal de alianza eterna. A menudo le hablaba de las campanas del atardecer o de las *voces de la naturaleza*; luego, de las madres de ambos. Rodolphe la había perdido hacía veinte años. Emma, sin embargo, lo consolaba con palabras mimosas, como se hubiera hecho con un chiquillo abandonado, y hasta le decía a veces, mirando la luna:

—Estoy segura de que, allá arriba, bendicen juntas nuestro amor.

Pero ¡era tan guapa! ¡Había poseído tan pocas con semejante candor! Aquel amor sin libertinaje era para él algo nuevo, y, sacándole de sus costumbres fáciles, halagaba su orgullo y su sensualidad al mismo tiempo. La exaltación de Emma, que su cordura burguesa despreciaba, le parecía en el fondo del corazón deliciosa, puesto que iba dirigida a su persona. Y, seguro de ser amado, dejó de molestarse, e insensiblemente su comportamiento cambió.

Ya no empleaba, como antes, aquellas palabras tan dulces que la hacían llorar, ni aquellas vehementes caricias que la enloquecían; de modo que su gran amor, en el que vivía inmersa, le pareció que iba menguando bajo ella, como el agua de un río que se fuera sumiendo en su propio cauce, y vio el limo. No quería creerlo; redobló su ternura; y Rodolphe fue ocultando cada vez menos su indiferencia.

No sabía si se arrepentía de haberse entregado, o si, por el contrario, deseaba quererle más. La humillación de sentirse débil se tornaba en un rencor que las voluptuosidades atemperaban. No era cariño, era una especie de seducción permanente. La subyugaba. Casi le tenía miedo.

Las apariencias eran, sin embargo, más apacibles que nunca, pues Rodolphe había logrado encauzar el adulterio a su capricho; y, al cabo de seis meses, cuando llegó la primavera, se comportaban, el uno con el otro, como dos casados que mantienen tranquilamente una pasión doméstica.

Era la época en que papá Rouault enviaba su pavo en recuerdo de la curación de su

pierna. El regalo llegaba siempre con una carta. Emma cortó la cuerda que lo sujetaba a la cesta, y leyó las líneas siguientes:

Mis queridos hijos:

Espero que la presente os encuentre con buena salud y que éste salga tan bueno como los otros; pues me parece un poco más tiernecito, si puedo decirlo así, y más gordo. Pero la próxima vez, para cambiar, os regalaré un gallo, a no ser que prefiráis los pavos; y devolvedme la banasta, por favor, junto con las otras dos anteriores. Me ha ocurrido una desgracia en el cobertizo de los carros, cuyo tejado, una noche de fuerte viento, salió volando entre los árboles. La cosecha tampoco ha sido gran cosa. En fin, no sé cuándo iré a veros. ¡Me cuesta tanto dejar la casa ahora, desde que estoy solo, mi pobre Emma!

Y aquí había un intervalo entre las líneas, como si el buen hombre hubiera soltado la pluma para pensar un rato.

En cuanto a mí, estoy bien, aunque el otro día atrapé un catarro en la feria de Yvetot, adonde había ido a contratar un pastor, pues había despedido al mío porque era de boca demasiado delicada. ¡Cuánto se sufre con todos estos bribones! Además, tampoco era honrado.

He sabido por un buhonero que, viajando este invierno por esas tierras vuestras, había tenido que sacarse una muela, que Bovary seguía trabajando duro. No me extraña, y me enseñó su muela; tomamos juntos un café. Le pregunté si te había visto, me dijo que no, pero que había visto dos animales en la cuadra, de donde deduzco que el oficio marcha. Me alegro, queridos hijos, y que Dios os envíe toda la felicidad imaginable.

Lamento mucho no conocer todavía a mi querida nieta Berthe Bovary. He plantado para ella, en la huerta, debajo de tu cuarto, un ciruelo de cascabelillo, y no quiero que nadie lo toque, como no sea para hacer en su momento mermeladas, que guardaré en la alacena, para cuando ella venga.

Adiós, queridos hijos. Un beso para ti, hija mía; también para usted, mi querido yerno, y para la pequeña en las dos mejillas.

Con muchos recuerdos.

Vuestro padre que os quiere,

THÉODORE ROUAULT.

Emma permaneció unos minutos sosteniendo aquel papel basto entre los dedos. Las faltas de ortografía se sucedían unas a otras, y Emma perseguía el dulce pensamiento que cacareaba por todas partes como una gallina medio escondida en un seto de espinos. Habían secado la tinta con las cenizas de la lumbre, pues un poco de polvo gris le resbaló

de la carta hasta el vestido, y casi creyó ver a su padre inclinándose hacia el rescoldo para coger las tenazas. ¡Cuánto tiempo hacía que no estaba ya a su lado, en el escabel, junto a la chimenea, cuando quemaba la punta de un palo en la gran llama de juncos marinos que chisporroteaban!... Recordó las tardes de verano llenas de sol. Los potros relinchaban al pasar junto a ellos, y galopaban, galopaban... Debajo de su ventana había una colmena y, a veces, las abejas, revoloteando en la luz, chocaban contra los cristales como bolas de oro que rebotasen. ¡Qué felicidad en aquella época! ¡Qué libertad! ¡Qué esperanza! ¡Qué abundancia de ilusiones! ¡Ahora ya no quedaba nada! Las había despilfarrado en todas las aventuras de su alma, en todas las sucesivas situaciones, en la virginidad, en el matrimonio y en el amor; así había ido perdiéndolas continuamente a lo largo de su vida, como un viajero que deja algo de su riqueza en todas las posadas del camino.

Pero ¿quién la hacía tan desgraciada? ¿Dónde estaba la catástrofe extraordinaria que la había trastornado? Y alzó la cabeza, mirando en torno suyo, como para buscar la causa de lo que la hacía sufrir.

Un rayo de abril se irisaba en las porcelanas de la repisa; ardía la lumbre; bajo las zapatillas sentía la suavidad de la alfombra; el día era claro, tibia la atmósfera, y oyó a su hija que reía a carcajadas.

De hecho, la pequeña se revolcaba en ese momento sobre el césped, en medio de la hierba que segaban. Estaba echada boca abajo, encima de un almiar. La criada la sujetaba por la falda. Lestiboudois rastrillaba cerca, y, cada vez que se acercaba, la niña se inclinaba agitando en el aire sus bracitos.

—¡Tráigamela! –dijo su madre corriendo a besarla–. ¡Cuánto te quiero, pobre hija mía! ¡Cuánto te quiero!

Después, Notasndo que tenía la punta de las orejas algo sucias, llamó enseguida para que le trajeran agua caliente, y la limpió, le cambió de ropa, de calcetines, de zapatos, hizo mil preguntas sobre su salud, como si volviera de un viaje, y por último, volviendo a besarla y llorando un poco, la dejó en brazos de la criada, que se quedaba atónita ante aquellos excesos de cariño.

Por la noche, Rodolphe la encontró más seria que de costumbre.

«Se le pasará», pensó, «es un capricho».

Y faltó a tres citas seguidas. Cuando volvió, ella se mostró fría y casi desdeñosa.

«¡Ah!, pierdes el tiempo, encanto...»

Y fingió no darse cuenta de sus melancólicos suspiros, ni del pañuelo que sacaba.

¡Fue entonces cuando Emma se arrepintió!

Se preguntó incluso por qué detestaba a Charles, y si no habría sido mejor esforzarse en quererle. Pero Charles no daba demasiados motivos para estos rebrotes sentimentales, de modo que Emma seguía sin decidirse en su veleidad de sacrificio cuando el boticario llegó muy oportuno a brindarle una ocasión.

XI

Recientemente había leído el elogio de un método nuevo para curar los pies zopos, y, como era partidario del progreso, concibió la patriótica idea de que Yonville, para *ponerse al nivel*, debía tener operaciones de estrefopodia[121].

—Porque ¿qué se arriesga? –le decía a Emma–. Fíjese (y enumeraba con los dedos las ventajas de la tentativa): éxito casi seguro, alivio y embellecimiento del enfermo, celebridad inmediata para el operador. ¿Por qué su marido, por ejemplo, no va a querer librar a ese pobre Hippolyte del *Lion d'Or*? Piense que él no dejaría de hablar de su curación a todos los viajeros, y además (Homais bajaba la voz y miraba a su alrededor), ¿quién me impediría a mí enviar al periódico una notita al respecto? ¡Eh, Dios mío!..., un artículo circula..., se comenta..., ¡acaba por formar una bola de nieve! Y ¿quién sabe? ¿Quién sabe?

En efecto, Bovary podía tener éxito; nada le aseguraba a Emma que no fuese competente, ¡y qué satisfacción para ella haberlo incitado a una empresa de la que su reputación y su fortuna saldrían acrecentadas! No deseaba otra cosa que apoyarse en algo más sólido que el amor.

A instancias suyas y del boticario, Charles se dejó convencer. Encargó a Ruán el libro del doctor Duval[122], y todas las noches, con la cabeza entre las manos, se sumía en aquella lectura.

Mientras estudiaba los equinos, los varus y los valgus[123], es decir, la estrefocatopodia, la estrefendopodia y la estrefexopodia (o, hablando claro, las diversas desviaciones del pie, ya sea por debajo, por dentro o por fuera), junto con la estrefipopodia y la estrefanopodia (en otras palabras, torsión por debajo y enderezamiento hacia arriba), el señor Homais exhortaba con toda clase de razonamientos al mozo de la fonda a operarse.

—Apenas sentirás, si acaso, un ligero dolor; es un simple pinchazo, como una pequeña sangría, menos que la extirpación de ciertos callos.

Hippolyte, mientras reflexionaba, ponía ojos de estúpido.

—Después de todo –proseguía el farmacéutico–, ¡a mí ni me va ni me viene! Lo hago por ti, por pura humanidad. Yo, amigo mío, quisiera verte libre de tu horrible cojera, con ese balanceo de la región lumbar que, por más que digas, tiene que perjudicarte mucho en el ejercicio de tu trabajo.

Y Homais le hacía ver lo apuesto y lo ágil de piernas que luego se sentiría, dándole a entender incluso que se encontraría mejor para gustar a las mujeres, y el mozo de cuadra empezaba a sonreír de una forma estúpida. Después le atacaba por el lado de la vanidad:

—Pardiez, ¿no eres un hombre? ¿Qué pasaría si tuvieras que hacer el servicio militar, luchar por la patria?... ¡Ah, Hippolyte!

Y Homais se alejaba, declarando que no comprendía aquella tozudez, aquella ceguera para rechazar los beneficios de la ciencia.

El infeliz cedió, pues aquello fue como una conjura. Binet, que nunca se metía en asuntos ajenos, la señora Lefrançois, Artémise, los vecinos, y hasta el alcalde, el señor Tuvache, todo el mundo lo animó, lo sermoneó, lo abochornó; pero lo que acabó por decidirle fue *que no le costaría nada*. Bovary se encargaba incluso de proporcionar el aparato de la operación. Este rasgo de generosidad había sido idea de Emma; y Charles accedió, diciéndose en el fondo del corazón que su mujer era un ángel.

Con los consejos del farmacéutico, y repitiendo el trabajo tres veces, mandó construir al carpintero, con ayuda del cerrajero, una especie de caja que pesaba unas ocho libras, y en la que no se había escatimado el hierro, la madera, la chapa, el cuero, los tornillos ni las tuercas.

Sin embargo, para saber qué tendón cortarle a Hippolyte, había que saber primero qué clase de pie zopo era el suyo.

Su pie formaba con la pierna una línea casi recta, lo cual no impedía que estuviera torcido hacia dentro, de suerte que era un equino mezclado con un poco de varus, o bien un ligero varus fuertemente marcado de equino. Mas, con ese equino, ancho desde luego como un pie de caballo, de piel rugosa, tendones secos y gruesos dedos en los que las uñas negras parecían los clavos de una herradura, el estrefópodo galopaba como un ciervo de la mañana a la noche. Se le podía ver continuamente en la plaza, brincando alrededor de las carretas, empujando hacia delante su desigual soporte. Y hasta parecía más vigoroso de esa pierna que de la otra. A fuerza de uso, había contraído una especie de cualidades morales de paciencia y de energía, y cuando le encargaban algún trabajo pesado se apoyaba sobre todo en ella.

Ahora bien, dado que se trataba de un equino, había que cortar el tendón de Aquiles, aunque luego hubiera que intervenir el músculo tibial anterior para deshacerse del varus; pues el médico no se atrevía a correr el riesgo de hacer las dos operaciones a la vez, y hasta temblaba por temor a destrozar alguna región importante que no conocía.

Ni Ambroise Paré, al aplicar por primera vez desde Celso, tras quince siglos de intervalo, la ligadura inmediata de una arteria; ni Dupuytren cuando consiguió drenar un absceso a través de una gruesa capa de encéfalo; ni Gensoul[124] cuando hizo la primera ablación de maxilar superior, tenían desde luego el corazón tan palpitante, tan temblorosa la mano, tan tenso el intelecto como el señor Bovary cuando se acercó a Hippolyte con su *tenótomo* entre los dedos. Y, como en los hospitales, a su lado se veían, sobre una mesa, un montón de hilas, bramante, muchas vendas, una pirámide de vendas, todas las vendas que había en la botica. Era el señor Homais quien había organizado desde por la mañana todos aquellos preparativos, tanto para deslumbrar a la muchedumbre como para ilusionarse a sí mismo. Charles pinchó la piel; se oyó un chasquido seco. El tendón estaba cortado, la operación había concluido. Hippolyte no salía de su asombro; se inclinaba sobre las manos de Bovary cubriéndolas de besos.

—¡Vamos, cálmate! –decía el boticario–, ¡ya demostrarás más tarde tu agradecimiento a tu bienhechor!

Y bajó a contar el resultado a cinco o seis curiosos que aguardaban en el patio, y que imaginaban que Hippolyte reaparecería caminando erguido. Luego, una vez encajado a su enfermo en el motor mecánico, Charles se fue a casa, donde Emma, muy ansiosa, lo esperaba en la puerta. Se le echó al cuello; se sentaron a la mesa; él comió mucho, y hasta quiso, a los postres, tomar una taza de café, exceso que sólo se permitía los domingos cuando había invitados.

Pasaron una velada deliciosa, de animada conversación y de sueños en común. Hablaron de su futura fortuna, de mejoras que introducirían en el hogar, él ya veía extenderse su reputación, aumentar su bienestar, a su mujer amándole siempre; y ella se sentía feliz remozándose en un sentimiento nuevo, más sano, mejor, sintiendo, en fin, algún afecto por aquel pobre muchacho que la adoraba. La idea de Rodolphe le pasó un momento por la cabeza; pero sus ojos se volvieron hacia Charles: notó incluso, sorprendida, que no tenía feos los dientes.

Estaban ya en la cama cuando el señor Homais, a pesar de la cocinera, entró de improviso en la habitación, con una hoja de papel recién escrita en la mano. Era el aviso que destinaba a *Le Fanal de Rouen.* Lo traía para que lo leyeran.

—Léalo usted mismo –dijo Bovary.

Él leyó: «Pese a los prejuicios que todavía cubren una parte de Europa como una red, la luz comienza sin embargo a penetrar en nuestros campos. Y así, el martes, nuestra pequeña ciudad de Yonville ha sido escenario de una experiencia quirúrgica que es al mismo tiempo un acto de alta filantropía. El señor Bovary, uno de nuestros cirujanos más distinguidos...».

—¡Ah, eso es demasiado! ¡Es demasiado! –decía Charles, sofocado por la emoción.

—¡No, en absoluto! ¡Faltaría más!..., «ha operado un pie zopo...». No he puesto el término científico, porque, ya sabe, en un periódico..., quizá no todo el mundo entendería; es preciso que las masas...

—En efecto –dijo Bovary–. Siga.

—Continúo –dijo el farmacéutico–. «El señor Bovary, uno de nuestros cirujanos más distinguidos, ha operado un pie zopo al llamado Hippolyte Tautain, mozo de cuadra desde hace veinticinco años en el hotel del *Lion d'Or*, regentado por la señora viuda Lefrançois, en la plaza de Armas. La novedad del intento y el interés que despertaba el asunto había atraído tal concurrencia de gente que la puerta del establecimiento estaba realmente abarrotada. Por lo demás, la operación se realizó como por ensalmo, y apenas si unas pocas gotas de sangre aparecieron en la piel, como para decir que el tendón rebelde acababa de ceder por fin a los esfuerzos del arte. El enfermo, cosa extraña (lo aseguramos *de visu*) no acusó el menor dolor. Su estado, hasta el momento, no deja nada que desear. Todo lleva a creer que la convalecencia será breve; y quién sabe incluso si, en la próxima fiesta del pueblo, no veremos a nuestro buen Hippolyte participar en las danzas báquicas en medio de un coro de alegres juerguistas, demostrando así a los ojos de todos, con su entusiasmo y sus cabriolas, su completa curación. ¡Honor, pues, a los sabios generosos! ¡Honor a esas mentes infatigables que consagran sus vigilias al mejoramiento o al alivio de su especie! ¡Honor, tres veces honor! ¿No es llegado el

momento de proclamar que los ciegos verán, los sordos oirán y los cojos andarán? Lo que el fanatismo de antaño prometía a sus elegidos ¡la ciencia lo pone hoy al alcance de todos los hombres! Tendremos a nuestros lectores al corriente de las sucesivas fases de esta Notasble curación.»

Lo cual no impidió que, cinco días más tarde, la tía Lefrançois apareciera muy asustada gritando:

—¡Socorro! ¡Se muere!... ¡Dios mío, voy a volverme loca!

Charles se precipitó hacia el *Lion d'Or*, y el farmacéutico, que le vio pasar por la plaza sin sombrero, abandonó la farmacia. Y se presentó jadeante, colorado, inquieto y preguntando a cuantos subían la escalera:

—¿Qué le pasa a nuestro interesante estrefópodo?

El estrefópodo se retorcía en medio de convulsiones atroces, tanto que el motor mecánico donde estaba encerrada la pierna golpeaba contra la pared como si fuera a derribarla.

Así pues, con muchas precauciones para no alterar la posición del miembro, retiraron la caja, y se vio un espectáculo horrible. Las formas del pie desaparecían bajo una hinchazón tan grande que toda la piel parecía a punto de estallar y estaba cubierta de equimosis ocasionadas por la famosa máquina. Hippolyte ya se había quejado de dolores; no le habían hecho caso; fue preciso admitir que no estaba equivocado del todo; y le dejaron libre la pierna unas horas. Pero en cuanto el edema desapareció un poco, los dos sabios juzgaron oportuno meter de nuevo el miembro en el aparato, apretándolo más para acelerar las cosas. Finalmente, tres días después, como Hippolyte ya no podía aguantar más, volvieron a retirar el aparato, quedando muy sorprendidos del resultado que vieron. Una tumefacción lívida se extendía por la pierna, y con flictenas acá y allá de las que supuraba un líquido negro. La cosa adquiría un cariz grave. Hippolyte empezaba a aburrirse, y la tía Lefrançois lo instaló en la salita, cerca de la cocina, para que por lo menos tuviera alguna distracción.

Pero el recaudador, que cenaba allí todas las noches, se quejó amargamente de semejante vecindad. Entonces trasladaron a Hippolyte a la sala de billar.

Y allí seguía, quejándose bajo sus gruesas mantas, pálido, con la barba crecida, los ojos hundidos, y dando vueltas de vez en cuando a su sudorosa cabeza sobre la sucia almohada donde se posaban las moscas. Madame Bovary iba a verlo. Le llevaba hilachas para sus cataplasmas, y lo consolaba, lo animaba. De todos modos, no le faltaba compañía, en especial los días de mercado, cuando, a su alrededor, los aldeanos golpeaban las bolas de billar, blandían los tacos, fumaban, bebían, cantaban, vociferaban.

—¿Cómo estás? –le decían dándole palmadas en el hombro–. ¡Ah!, no muy allá, por lo visto, pero la culpa es tuya. Habría que hacer esto o lo otro.

Y le contaban casos de gente que se había curado con remedios distintos del suyo; luego, a modo de consuelo, añadían:

—¡Es que no haces caso a nadie! ¡Levántate! ¡Te estás dando una vida de rey! Pero no te servirá de nada, viejo farsante, ¡porque no hueles bien!

En efecto, la gangrena avanzaba deprisa. También a Bovary aquello le ponía enfermo.

Iba a verlo a todas horas, en todo momento. Hippolyte lo miraba con ojos llenos de espanto y balbucía sollozando:

—¿Cuándo estaré curado?... ¡Ah, sálveme!... ¡Qué desgraciado soy! ¡Qué desgraciado soy!

Y el médico se iba, recomendándole siempre que hiciera dieta.

—No le hagas caso, hijo mío –replicaba la tía Lefrançois–; ¿es que no te han martirizado ya bastante? Vas a debilitarte aún más. ¡Toma, come!

Y le ofrecía algún buen caldo, algún trozo de pierna de cordero, alguna loncha de tocino, y a veces unos vasitos de aguardiente, que Hippolyte no tenía valor para llevarse a los labios.

Al enterarse de que empeoraba, el abate Bournisien quiso ir a verle. Empezó compadeciéndolo por su desdicha, diciendo al mismo tiempo que había que alegrarse puesto que ésa era la voluntad del Señor, y aprovechar enseguida la ocasión para reconciliarse con el cielo.

—Porque descuidabas un poco tus deberes –decía el eclesiástico en tono paternal–; rara vez se te veía en el oficio divino; ¿cuántos años hace que no te has acercado a la santa mesa? Comprendo que tus ocupaciones y el torbellino del mundo hayan podido apartarte del cuidado de tu salvación. Pero ahora es el momento de pensar en ella. Sin embargo, no desesperes; he conocido grandes pecadores que, a punto de comparecer ante Dios (tú aún no te encuentras en ese punto, lo sé), imploraron su misericordia, y desde luego murieron en las mejores disposiciones. ¡Esperemos que tú, al igual que ellos, nos des buen ejemplo! Así, por precaución, ¿quién te impediría recitar mañana y noche un «Ave María, llena eres de gracia» y un «Padrenuestro, que estás en los cielos»? ¡Sí, hazlo! ¡Por mí, por complacerme! ¿Qué te cuesta?... ¿Me lo prometes?

El pobre diablo se lo prometió. El cura volvió los días siguientes. Charlaba con el posadero y hasta contaba anécdotas entremezcladas con bromas, con chistes que Hippolyte no comprendía. Luego, cuando el momento lo permitía, volvía a la carga sobre materias de religión, poniendo cara de circunstancias.

Su celo pareció dar resultado, pues no tardó el estrefópodo en manifestar su deseo de ir en peregrinación a Le Bon-Secours[125] si se curaba; a lo que el señor Bournisien respondió que no veía inconveniente: dos precauciones valían más que una. *No se perdía nada*.

El boticario se indignó contra lo que denominaba las *maniobras del cura*; perjudicaban, según él, la convalecencia de Hippolyte, y repetía a la señora Lefrançois:

—¡Déjele! ¡Déjele! ¡Le está perturbando el ánimo con su misticismo!

Pero la buena mujer no quería seguir escuchándole. Él era *la causa de todo*. Por espíritu de contradicción, llegó a colgar incluso a la cabecera del enfermo una pila llena de agua bendita, con una rama de boj.

Pero la religión no parecía ayudarle más que la cirugía, y la invencible putrefacción seguía subiendo desde las extremidades hacia el vientre. Por más que le variasen las pociones y le cambiaran las cataplasmas, los músculos se iban despegando cada día más, y por fin Charles respondió con una señal afirmativa de cabeza cuando la tía Lefrançois

le preguntó si no podría ella, como último recurso, llamar al señor Canivet, de Neufchâtel, que era una celebridad.

Doctor en medicina, de cincuenta años, con una buena posición social y seguro de sí mismo, el colega no tuvo el menor reparo en reírse despectivamente cuando destapó aquella pierna gangrenada hasta la rodilla. Luego, tras dictaminar sin rodeos que había que amputar, se fue a la farmacia para despotricar contra los asnos que habían podido reducir a semejante estado a un pobre infeliz. Zarandeando al señor Homais por la solapa de la levita, vociferaba en la farmacia:

—¡Eso son inventos de París! ¡Ahí tienen las ideas de esos señores de la capital! ¡Es como el estrabismo, el cloroformo y la litotricia, un montón de monstruosidades que el Gobierno debería prohibir! Pero algunos quieren dárselas de listos y atiborran de remedios al paciente sin preocuparse de las consecuencias. ¡Nosotros no somos tan avispados como para eso; no nos las damos de sabios, ni de pisaverdes ni de niños bonitos; nosotros somos prácticos facultativos, nosotros curamos, y no se nos ocurriría operar a alguien que se encuentra de maravilla! ¡Enderezar pies zopos! ¿Es que se pueden enderezar los pies zopos? ¡Es como si se quisiera, por ejemplo, poner derecho a un jorobado!

Homais sufría al escuchar esta arenga, y disimulaba su malestar bajo una sonrisa de cortesano, pues necesitaba tratar con miramientos al señor Canivet, cuyas recetas llegaban a veces hasta Yonville; por eso no salió en defensa de Bovary ni hizo observación alguna, y, dejando a un lado sus principios, sacrificó su dignidad a los intereses, más serios, de su negocio.

En el pueblo fue un gran acontecimiento aquella amputación de pierna por el doctor Canivet. Todos los habitantes se habían levantado ese día más temprano, y la calle Mayor, aunque llena de gente, tenía algo de lúgubre, como si se hubiera tratado de una ejecución capital. En la tienda de comestibles se discutía sobre la enfermedad de Hippolyte; los comercios no vendían nada, y la señora Tuvache, la mujer del alcalde, no se apartaba de su ventana, impaciente como estaba por ver llegar al operador.

Apareció en su cabriolé, que él mismo conducía. Pero como la ballesta del lado derecho había terminado cediendo bajo el peso de su corpulencia, el coche se inclinaba un poco al rodar, y sobre el otro cojín, a su lado, se veía una gran caja forrada de badana roja, cuyos tres cierres de cobre brillaban magistralmente.

Cuando hubo entrado como un torbellino bajo el zaguán del *Lion d'Or*, el doctor ordenó a voz en grito que desengancharan su caballo, luego fue a la cuadra para ver si comía a gusto la avena; porque, cuando llegaba a casa de sus enfermos, primero se ocupaba de su yegua y de su cabriolé. Hasta se decía a este respecto: «¡Ah! ¡El señor Canivet es muy particular!». Y se le valoraba más por aquel aplomo inquebrantable. Ya podía hundirse el mundo, hasta el último de los hombres, que él no cambiaría ninguno de sus hábitos.

Se presentó Homais.

—Cuento con usted –dijo el doctor–. ¿Estamos listos? ¡Adelante!

Pero el boticario, sonrojándose, confesó que él era demasiado sensible para asistir a

semejante operación.

—Cuando uno es un simple espectador –decía–, la imaginación, ya sabe, se altera. Y además tengo el sistema nervioso tan...

—¡Ah, bah! –le interrumpió Canivet–, al contrario, usted me parece propenso a la apoplejía. Cosa, por otro lado, que no me extraña; porque ustedes, los señores farmacéuticos, siempre están metidos en su cocina, lo cual debe de acabar por alterarles el temperamento. Míreme a mí en cambio: todos los días me levanto a las cuatro, me afeito con agua fría (nunca tengo frío), y no llevo franela, no cojo nunca un catarro, ¡la madera es buena! Vivo a veces de una manera, a veces de otra, como filósofo, al azar de lo que salga. Por eso no soy tan delicado como usted y me da absolutamente igual descuartizar a un cristiano que a la primera gallina que se me presente. A esto dirá usted que es la costumbre..., ¡la costumbre!

Y sin ningún miramiento hacia Hippolyte, que sudaba de angustia entre las sábanas, aquellos señores entablaron una conversación en la que el boticario comparó la sangre fría de un cirujano con la de un general; y la comparación agradó a Canivet, que se explayó en reflexiones sobre las exigencias de su arte. Lo consideraba un sacerdocio, aunque los oficiales de salud lo deshonrasen. Por último, volviendo al enfermo, examinó las vendas traídas por Homais, las mismas que habían estado presentes durante la operación del pie zopo, y pidió que alguien sujetara el miembro. Mandaron en busca de Lestiboudois, y el señor Canivet, tras remangarse, pasó a la sala de billar, mientras el boticario se quedaba con Artémise y la posadera, ambas más pálidas que su delantal y con el oído pegado a la puerta.

Entre tanto, Bovary no se atrevía a moverse de casa. Permanecía abajo, en la sala, sentado junto a la chimenea sin lumbre, con la barbilla pegada al pecho, las manos juntas, los ojos fijos. ¡Qué desgracia!, pensaba, ¡qué decepción! Pero si había tomado todas las precauciones imaginables. Era cosa de la fatalidad. ¿Qué importaba eso? Si Hippolyte llegaba a morir, sería él quien lo habría asesinado. Y además, ¿qué explicaciones daría en las visitas cuando preguntaran? Aunque quizá se había equivocado en algo. Trataba de averiguarlo y no daba con ello. Después de todo, también los cirujanos más famosos se equivocaban. ¡Nunca lo querrían creer!, al contrario, se reirían de él, chismorrearían. ¡Los comentarios llegarían hasta Forges! ¡Hasta Neufchâtel! ¡Hasta Ruán! ¡A todas partes! ¡Quién sabe si algunos colegas no escribirían contra él! Se entablaría una polémica, habría que responder en los periódicos. Hasta Hippolyte podía llevarlo a los tribunales. ¡Ya se veía deshonrado, arruinado, perdido! Y su imaginación, asaltada por una multitud de hipótesis, se bamboleaba entre ellas como un tonel vacío arrastrado hasta el mar y que flota sobre las olas.

Enfrente de él, Emma lo miraba; no compartía su humillación, sentía otra, la de haber imaginado que un hombre como aquél pudiera valer algo, como si veinte veces no se hubiera dado sobradamente cuenta de su mediocridad.

Charles paseaba de un lado a otro de la habitación. Sus botas crujían sobre la tarima.

—¡Siéntate –dijo ella–, me pones nerviosa!

Él volvió a sentarse.

¿Cómo era posible que ella (¡tan inteligente!) se hubiera equivocado una vez más? Por otro lado, ¿por qué deplorable manía había echado a perder así su vida en continuos sacrificios? Se acordó de todos sus instintos de lujo, de todas las privaciones de su alma, de las bajezas del matrimonio, del hogar, de sus sueños que habían caído en el barro como golondrinas heridas, de todo lo que había deseado, de todo aquello a lo que había renunciado, ¡de todo lo que hubiera podido tener! Y ¿por qué? ¿Por qué?

En medio del silencio que invadía el pueblo, un grito desgarrador cruzó el aire. Bovary palideció como si fuera a desmayarse. Ella frunció el ceño con un gesto nervioso, luego continuó. ¡Pues había sido por él, por aquel ser, por aquel hombre que no entendía nada, que no sentía nada! Y estaba allí, tan tranquilo, sin sospechar siquiera que, en adelante, el ridículo de su apellido iba a mancharla como a él. Se había esforzado por amarle, e incluso se había arrepentido, llorando, de haberse entregado a otro.

—¡Pues puede que fuera un valgus! –exclamó de pronto Bovary, que estaba meditando.

Ante el choque imprevisto de esta frase cayendo sobre su pensamiento como una bala de plomo en bandeja de plata, Emma, estremecida, levantó la cabeza para adivinar qué pretendía decir; y se miraron en silencio, casi atónitos de verse, tan lejos estaban uno del otro en su conciencia. Charles la contemplaba con la mirada turbia de un hombre borracho mientras escuchaba, inmóvil, los últimos gritos del amputado, que se prolongaban en modulaciones monótonas, entrecortadas por sacudidas agudas, como el alarido lejano de un animal al que degüellan. Emma se mordía los lívidos labios y, dando vueltas entre sus dedos a una ramita que había arrancado del polipero, clavaba en Charles la punta ardiente de sus pupilas, como dos flechas de fuego a punto de dispararse. Todo la irritaba en él ahora, la cara, la ropa, lo que no decía, su persona entera, en fin, su existencia. Se arrepentía, como de un crimen, de su pasada virtud, y lo que aún quedaba de ella se desmoronaba bajo los furiosos golpes de su orgullo. Se deleitaba en todas las ironías perversas del adulterio triunfante. El recuerdo de su amante volvía a ella con una atracción de vértigo, a la que lanzaba su alma arrastrada hacia aquella imagen por un entusiasmo renovado; y Charles le parecía tan apartado de su vida, tan ausente para siempre, tan imposible y aniquilado, como si fuera a morirse y estuviera agonizando ante sus ojos.

Hubo un rumor de pasos en la acera. Charles miró; y, a través de la persiana echada, vio junto al mercado, en pleno sol, al doctor Canivet que se enjugaba la frente con su pañuelo. Homais, detrás, llevaba en la mano una gran caja roja, y ambos se dirigían hacia la farmacia.

Entonces, presa de un rapto de ternura y de desaliento, Charles se volvió hacia su mujer diciéndole:

—¡Abrázame, querida!

—Déjame –replicó ella, toda roja de ira.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa? –repetía él estupefacto–. ¡Cálmate! ¡Recobra el dominio!... ¡Bien sabes que te quiero!... ¡Ven!

—¡Basta! –exclamó ella con aire terrible.

Y, escapando de la sala, Emma dio tal portazo que el barómetro saltó de la pared y se hizo añicos contra el suelo.

Charles se derrumbó en su sillón, trastornado, preguntándose qué podía pasarle a su mujer, achacándolo a una enfermedad nerviosa, llorando y sintiendo vagamente que en torno suyo circulaba algo funesto e incomprensible.

Cuando esa noche Rodolphe llegó a la huerta, encontró a su amante esperándole al pie de la escalinata, en el primer escalón. Se abrazaron, y todo su rencor se derritió como nieve al calor de aquel beso.

XII

Volvieron a quererse de nuevo. A veces, incluso, en pleno día, Emma le escribía de pronto; luego, a través de los cristales, le hacía una seña a Justin, quien, quitándose enseguida el mandil, volaba a La Huchette. Rodolphe acudía: ¡era para decirle que se aburría, que su marido era odioso y su existencia horrible!

—¿Y qué quieres que haga yo? –exclamó él un día, impacientado.

—¡Ah, si tú quisieras!...

Estaba sentada en el suelo, entre las rodillas de Rodolphe, con los bandós sueltos, y la mirada perdida.

—¿Qué? –dijo Rodolphe.

Ella suspiró.

—Nos iríamos a vivir a otro sitio..., a alguna parte...

—¡Estás loca, de veras! –dijo él echándose a reír–. ¿Es posible acaso?

Ella insistió; él fingió no comprender y cambió de conversación.

Lo que él no comprendía era toda aquella complicación en una cosa tan sencilla como el amor. Ella tenía un motivo, una razón, y algo así como un apoyo para amarle.

Porque aquel cariño crecía día a día gracias a la repulsión por el marido. Cuanto más se entregaba a uno, más detestaba al otro; cuando estaban juntos, Charles nunca le había parecido tan desagradable, con unos dedos tan cuadrados, de mente tan torpe, de modales tan vulgares, como después de sus citas con Rodolphe. Entonces, dándoselas a un tiempo de esposa y de honesta, se enardecía pensando en aquella cabeza cuyo pelo negro se ensortijaba en un rizo y caía hacia la frente morena, en aquel talle tan robusto y tan elegante a un tiempo, en aquel hombre, en fin, que poseía tanta experiencia razonando, tanta vehemencia en el deseo. Para él se limaba ella las uñas con un esmero de cincelador, y nunca había suficiente [126] en la piel, ni pachulí en sus pañuelos. Se cargaba de pulseras, de sortijas, de collares. Cuando él iba a venir, llenaba de rosas sus dos grandes jarrones de cristal azul, y arreglaba su aposento y su persona como una cortesana que espera a un príncipe. La criada se pasaba el día lavando su ropa blanca; y Félicité no se movía en toda la jornada de la cocina, donde el pequeño Justin, que a menudo le hacía compañía, la miraba trabajar.

Con el codo sobre la larga tabla donde ella planchaba, miraba con avidez todas aquellas prendas femeninas desparramadas a su alrededor: las enaguas de bombasí, las pañoletas, los cuellos, los pantalones con jareta, anchos en las caderas y estrechos por abajo.

—¿Para qué sirve esto? –preguntaba el muchacho pasando la mano por el miriñaque o los corchetes.

—¿Es que nunca has visto nada de esto? –respondía riendo Félicité–; ¡como si tu

patrona, la señora Homais, no los llevara iguales!

—¡Ah, claro! ¡La señora Homais!

Y añadía en tono pensativo:

—¿Es que la señora Homais es una señora como la tuya?

Pero Félicité perdía la paciencia viéndole dar vueltas de aquel modo a su alrededor. Tenía seis años más que él, y Théodore, el criado del señor Guillaumin, empezaba a cortejarla.

—¡Déjame en paz! –le decía apartando el bote de almidón–. Mejor es que te vayas a machacar almendras; siempre andas husmeando alrededor de las mujeres; para meterte en estas cosas, espera a que te salga barba, crío travieso.

—Venga, no se enfade, que voy a limpiar sus botinas.

Y enseguida cogía de la chambrana los zapatos de Emma, todos llenos de barro –el barro de las citas–, que, deshecho en polvo entre sus dedos, veía ascender lentamente en un rayo de sol.

—¡Qué miedo tienes a estropearlas! –decía la cocinera, que no se esmeraba tanto cuando las limpiaba, porque, en cuanto la tela estaba algo pasada, la señora se las regalaba.

Emma tenía una cantidad de dinero en su armario, y lo iba gastando poco a poco, sin que Charles se permitiese nunca la menor observación.

Así fue como él pagó trescientos francos por una pierna de madera que Emma creyó oportuno regalar a Hippolyte. La pata de palo estaba rellena de corcho y tenía articulaciones de resorte, un mecanismo complicado, cubierto por un pantalón negro que terminaba en una bota de charol. Pero Hippolyte, que no se atrevía a ponerse a diario una pierna tan bonita, suplicó a Madame Bovary que le procurase otra más cómoda. Por supuesto, también fue el médico quien corrió con los gastos de esta adquisición.

Así pues, el mozo de cuadra volvió poco a poco a su oficio. Se le veía recorrer el pueblo como antes, y cuando Charles oía de lejos, sobre los adoquines, el ruido seco de su palo, tomaba deprisa otro camino.

Fue el señor Lheureux, el comerciante, quien se encargó del pedido; y esto le permitió tratar con frecuencia a Emma. Hablaba con ella de los nuevos géneros de París, de mil curiosidades femeninas, se mostraba muy complaciente y nunca reclamaba dinero. Emma se entregaba a esa facilidad de satisfacer todos sus caprichos. Quiso comprar, por ejemplo, para regalársela a Rodolphe, una preciosa fusta que había en Ruán, en una tienda de paraguas. El señor Lheureux se la puso sobre la mesa una semana después.

Pero al día siguiente se presentó en su casa con una factura de doscientos setenta francos, sin contar los céntimos. Emma se vio en un gran aprieto: todos los cajones del secreter estaban vacíos; se debían más de quince días a Lestiboudois, dos trimestres a la criada, y un sinfín de cosas más, y Bovary esperaba impaciente el envío del señor Derozerays, que todos los años solía pagarle por San Pedro.

Al principio consiguió dar largas a Lheureux; pero éste terminó perdiendo la paciencia: le acosaban por todas partes, estaba sin fondos, y si no recuperaba algunos se vería obligado a llevarse todas las mercancías que la señora tenía.

—¡Pues lléveselas! –dijo Emma.

—¡Oh!, lo decía en broma –replicó él–. Lo único que quisiera llevarme es la fusta. Bueno, ya se la pediré al señor.

—¡No, no! –dijo ella.

«¡Ah!, ¡te pillé!», pensó Lheureux.

Y seguro de su descubrimiento, salió repitiendo a media voz y con su pequeño silbido habitual:

—¡De acuerdo, ya veremos, ya veremos!

Estaba pensando en cómo salir del paso cuando entró la cocinera para dejar sobre la chimenea un pequeño rollo de papel azul, *de parte del señor Derozerays*. Emma se abalanzó sobre él, lo abrió. Había quince napoleones. Justo lo que necesitaba. Oyó a Charles en la escalera; echó el oro al fondo de su cajón y se guardó la llave.

Tres días después reapareció Lheureux.

—Vengo a proponerle un arreglo –dijo–; si en lugar de la suma convenida, quisiera usted tomar...

—Ahí la tiene –respondió ella poniéndole en la mano catorce napoleones.

El comerciante se quedó estupefacto. Entonces, para disimular su contrariedad, se deshizo en disculpas y en ofrecimientos de servicio que Emma rechazó en su totalidad; ella se quedó luego unos minutos palpando en el bolsillo del delantal las dos monedas de cien *sous* que él le había devuelto. Se prometía ahorrar, para más tarde devolver...

«¡Bah!», pensó, «no se acordará».

Además de la fusta con empuñadura de plata sobredorada, Rodolphe había recibido un sello con esta divisa: *Amor nel cor* [127]; además, un echarpe para hacerse una bufanda, y por último una petaca muy parecida a la del vizconde, la que Charles había recogido tiempo atrás en la carretera y que Emma conservaba. Pero estos regalos le resultaban humillantes. Rechazó varios; ella insistió, y Rodolphe acabó por acceder, encontrándola tiránica y demasiado dominante.

Además, tenía ideas raras.

—Cuando den las doce de la noche –le decía–, ¡tienes que pensar en mí!

Y si él confesaba que no lo había hecho, le hacía abundantes reproches que siempre terminaban con la eterna pregunta:

—¿Me quieres?

—¡Pues claro que te quiero! –respondía él.

—¿Mucho?

—¡Desde luego!

—¿Y no has querido a otras, verdad?

—¿Crees que era virgen cuando me conociste? –exclamaba él riendo.

Emma lloraba, y él se esforzaba por consolarla, adornando con bromas sus protestas de amor.

—¡Es que te quiero tanto! –proseguía ella–, te quiero tanto que no puedo pasarme sin ti, ¿lo sabes? A veces siento ganas de volver a verte, y entonces me desgarran todas las

furias del amor. Me pregunto: «¿Dónde está? Quizá esté hablando con otras mujeres. Ellas le sonríen, él se acerca...». ¡Oh!, no, ¿verdad que no te gusta ninguna? Las hay más bellas, ¡pero yo sé amar mejor! ¡Yo soy tu esclava y tu concubina! ¡Tú eres mi rey, mi ídolo! ¡Eres bueno! ¡Eres guapo! ¡Eres inteligente! ¡Eres fuerte!

Le había oído decir estas cosas tantas veces que ya no tenían para él nada de originales. Emma se parecía a todas las amantes; y el encanto de la novedad, cayendo poco a poco como un vestido, dejaba ver al desnudo la eterna monotonía de la pasión, que siempre tiene las mismas formas y parecido lenguaje. Aquel hombre con tanta destreza no distinguía la diferencia de los sentimientos bajo la igualdad de sus expresiones. Como labios libertinos o venales le habían murmurado frases similares, no creía demasiado en el candor de aquéllas; había que rebajar, pensaba, los discursos exagerados que ocultan los afectos mediocres; como si la plenitud del alma no se desbordara a veces a través de las metáforas más vacías, pues nadie puede dar nunca la exacta medida de sus necesidades, ni de sus ideas, ni de sus dolores, ya que la palabra humana es como un caldero cascado en el que tocamos melodías para que bailen los osos, cuando querríamos conmover a las estrellas.

Pero, con esa superioridad de crítica propia de quien, en cualquier compromiso, se mantiene en reserva, Rodolphe vio en aquel amor otros goces de los que sacar partido. Consideró incómodo cualquier pudor. La trató sin miramientos. Hizo de ella una cosa dócil y corrompida. Era una especie de afecto estúpido lleno de admiración para él, de voluptuosidades para ella, una beatitud que la embotaba; y su alma se hundía en aquella embriaguez y se ahogaba en ella, avellanada, como el duque de Clarence en su tonel de malvasía[128].

Por el solo efecto de sus costumbres amorosas, Madame Bovary cambió de conducta. Sus miradas se hicieron más atrevidas, sus palabras más libres; cayó incluso en la indecencia de pasear en compañía del señor Rodolphe con un cigarrillo en la boca, *como para burlarse del mundo*; en fin, los que todavía dudaban dejaron de dudar cuando un día la vieron apearse de *La Golondrina* con el busto ceñido por un chaleco, como un hombre; y la señora Bovary madre, que tras una espantosa escena con su marido había ido a refugiarse en casa de su hijo, no fue la menos escandalizada. Muchas otras cosas la desagradaron: en primer lugar, Charles no había escuchado sus consejos sobre la prohibición de las novelas; luego, *el estilo de la casa* no le gustaba; se permitió algunas observaciones, y se enfadaron, sobre todo en una ocasión a propósito de Félicité.

La noche anterior, la señora Bovary madre la había sorprendido, al cruzar el pasillo, en compañía de un hombre, un hombre de sotabarba oscura, de unos cuarenta años, que, al ruido de sus pasos, había escapado rápidamente de la cocina. Entonces Emma se echó a reír; pero la buena señora montó en cólera, declarando que, a menos de burlarse de las costumbres, había que vigilar las de los criados.

—¿En qué mundo vive usted? –dijo la nuera, con una mirada tan impertinente que la suegra le preguntó si no estaba defendiendo su propia causa.

—¡Salga de aquí! –dijo Emma levantándose de un salto.

—¡Emma!... ¡Mamá!... –exclamaba Charles para reconciliarlas.

Pero las dos habían huido en medio de su exasperación. Emma pataleaba repitiendo:

—¡Ah, qué falta de mundo! ¡Qué palurda!

Él corrió hacia su madre: estaba fuera de quicio, balbucía:

—¡Es una insolente! ¡Una disipada! ¡Y quizá algo peor!

Y quería marcharse inmediatamente si la otra no le presentaba excusas. Charles volvió, pues, junto a su mujer y le suplicó que cediera; se puso de rodillas; ella acabó respondiendo:

—¡De acuerdo!, ya voy.

Y en efecto, tendió la mano a su suegra con dignidad de marquesa, diciéndole:

—Discúlpeme, señora.

Luego, tras subir a su cuarto, Emma se echó boca abajo en la cama, y allí lloró como una niña, con la cabeza hundida en la almohada.

Habían convenido ella y Rodolphe que, en caso de que ocurriera algo extraordinario, ella pondría en la persiana un pedacito de papel blanco para que, si por casualidad él se encontraba en Yonville, acudiese al callejón, detrás de la casa. Emma puso la señal; hacía tres cuartos de hora que esperaba cuando de pronto vio a Rodolphe en la esquina del mercado. Estuvo tentada de abrir la ventana, de llamarle; pero él ya había desaparecido. Volvió a sumirse en su desesperación.

Pronto, sin embargo, le pareció que alguien caminaba por la acera. Era él, seguro; bajó la escalera, atravesó el corral. Allí afuera estaba Rodolphe. Se echó en sus brazos.

—Vamos, ten cuidado –dijo él.

—¡Ah, si supieras! –replicó ella.

Y se puso a contarle todo, deprisa y sin orden, exagerando los hechos, inventando algunos y prodigando con tal abundancia los paréntesis que él no entendía nada.

—¡Vamos, pobre ángel mío, valor, consuélate, paciencia!

—¡Pero es que ya llevo cuatro años aguantando y sufriendo!... ¡Un amor como el nuestro debería confesarse a la faz del cielo! ¡Se dedican a torturarme! ¡No aguanto más! ¡Sálvame!

Y se apretaba contra Rodolphe. Sus ojos, llenos de lágrimas, resplandecían como llamas bajo el agua; su pecho jadeaba con sollozos entrecortados; nunca la había querido tanto; hasta el punto de que perdió la cabeza y le dijo:

—¿Qué hay que hacer? ¿Qué quieres?

—¡Llévame contigo! –exclamó ella–. ¡Ráptame!... ¡Oh, te lo suplico!

Y se precipitó sobre su boca, como para arrancarle el inesperado consentimiento que se exhalaba en su beso.

—Pero... –dijo Rodolphe.

—¿Qué?

—¿Y tu hija?

Ella reflexionó unos minutos, luego respondió:

—Nos la llevaremos, ¡qué remedio!

«¡Qué mujer!», se dijo Rodolphe viéndola alejarse.

Porque Emma acababa de escapar a la huerta. La llamaban.

Los días siguientes, a la señora Bovary madre le extrañó mucho la metamorfosis de su nuera. En efecto, Emma se mostró más dócil y llevó la deferencia hasta el punto de pedirle una receta para conservar pepinillos en vinagre.

¿Era para engañar mejor al uno y a la otra? ¿O quería, por una especie de estoicismo voluptuoso, sentir más hondamente la amargura de las cosas que iba a abandonar? Pero no reparaba en ello; al contrario, vivía como fuera de sí en la degustación anticipada de su próxima felicidad. Era un eterno tema de charla con Rodolphe. Se apoyaba en su hombro, murmuraba:

—¡Ay, cuando estemos en la diligencia!... ¿No piensas en ello? ¿Será posible? Me parece que en el momento en que oiga arrancar el coche, será como si subiéramos en globo, como si partiésemos hacia las nubes. ¿Sabes que cuento los días?... ¿Y tú?

Nunca estuvo Madame Bovary tan bella como en esa época; tenía esa indefinible belleza que resulta de la alegría, del entusiasmo, del éxito, y que no es otra cosa que la armonía del temperamento con las circunstancias. Sus anhelos, sus penas, la experiencia del placer y sus ilusiones siempre jóvenes, como les ocurre a las flores con el abono, la lluvia, los vientos y el sol, habían ido desarrollándola gradualmente, y florecía por fin en toda la plenitud de su naturaleza. Sus párpados parecían expresamente rasgados para sus largas miradas amorosas en las que se perdía la pupila, mientras un fuerte aliento separaba las delgadas aletas de su nariz y levantaba la carnosa comisura de sus labios, sombreados en plena luz por un ligero vello negro. Se hubiera dicho que un artista diestro en corrupciones había dispuesto sobre su nuca el moño de sus cabellos: se enroscaban en una masa espesa, descuidada y según los azares del adulterio, que los deshacía a diario. Su voz adquiría ahora inflexiones más suaves, también su cintura; algo sutil y penetrante se desprendía incluso del paño de su vestido y del arco de su pie. Como en los primeros tiempos de su matrimonio, Charles la encontraba deliciosa y absolutamente irresistible.

Cuando volvía en mitad de la noche, no se atrevía a despertarla. La lamparilla de porcelana proyectaba en el techo una claridad trémula, y las cortinas echadas de la cuna formaban una especie de choza blanca que se abombaba en la sombra, al borde de la cama. Charles las miraba. Creía oír la leve respiración de su hija. A partir de ahora, crecería; cada estación traería rápidamente un progreso. Ya la veía volviendo de la escuela a la caída de la tarde, toda contenta, con su blusilla manchada de tinta y su cestita colgada del brazo; luego habría que mandarla interna, eso costaría mucho; ¿cómo lo pagaría? Entonces cavilaba. Pensaba en alquilar una pequeña granja de los alrededores, y él mismo la vigilaría todas las mañanas cuando fuera a visitar a sus enfermos. Ahorraría lo que produjera la renta, lo colocaría en la caja de ahorros; luego compraría acciones, en algún sitio, en cualquiera; además, su clientela aumentaría; contaba con eso porque quería que Berthe recibiese una buena educación, que tuviera habilidades, que aprendiera piano. ¡Ah, qué bonita sería más tarde, a los quince años, cuando, pareciéndose a su madre, llevase como ella, en verano, grandes sombreros de paja! De lejos las tomarían por hermanas. Se la imaginaba trabajando de noche junto a ellos, a la luz de la lámpara; le bordaría zapatillas; se ocuparía de la casa, llenándola con su gracia y su alegría. Por último pensarían en casarla: le encontrarían un buen

muchacho de posición sólida; él la haría feliz; esto duraría siempre.

Emma no dormía, fingía estar dormida; y, mientras él se amodorraba a su lado, ella permanecía despierta en otros sueños.

Al galope de cuatro caballos era transportada desde hacía ocho días hacia un país nuevo, de donde nunca volverían. Cabalgaban, cabalgaban, cogidos del brazo, sin hablar. A veces, desde lo alto de una montaña, divisaban de pronto alguna ciudad espléndida con cúpulas, puentes, navíos, bosques de limoneros y catedrales de mármol blanco cuyos puntiagudos campanarios albergaban nidos de cigüeña. Caminaban al paso debido a las grandes baldosas, y por el suelo había ramilletes de flores que ofrecían unas mujeres vestidas con corpiño rojo. Se oía el tañido de las campanas, los relinchos de los mulos, junto con el murmullo de las guitarras y el rumor de las fuentes, cuyo vaho refrescaba al ascender montones de frutas dispuestas en pirámide al pie de pálidas estatuas que sonreían bajo los surtidores. Y luego, una tarde, llegaban a una aldea de pescadores, donde al viento se secaban unas redes oscuras a lo largo del acantilado y de las cabañas. Allí se quedarían a vivir; habitarían una casa baja, de tejado plano, sombreada por una palmera, al fondo de un golfo, a la orilla del mar. Pasearían en góndola, se columpiarían en hamacas; y su existencia sería fácil y holgada como sus vestidos de seda, muy cálida y estrellada como las dulces noches que contemplarían. Sin embargo, sobre la inmensidad de ese porvenir que ella imaginaba, no surgía nada extraordinario; los días, todos magníficos, se parecían como olas; y todo se balanceaba en el horizonte infinito, armonioso, azulado e inundado de sol. Pero la niña se ponía a toser en la cuna, o bien Bovary roncaba más fuerte, y Emma no se dormía hasta la madrugada, cuando la aurora blanqueaba los cristales y el pequeño Justin ya abría en la plaza los sobradillos de la farmacia.

Había llamado al señor Lheureux y le había dicho:

—Necesitaría una capa amplia, una capa grande, de cuello largo, forrado.

—¿Se va usted de viaje? –preguntó él.

—¡No!, pero... no importa, cuento con usted, ¿verdad?, y enseguida.

Él se inclinó.

—También necesitaría –prosiguió ella– un baúl... no demasiado pesado... cómodo.

—Sí, sí, entiendo, de unos noventa y dos centímetros por cincuenta, como se usan ahora.

—Y un bolso de viaje.

«Decididamente», pensó Lheureux, «aquí hay gato encerrado».

—Y tome esto –dijo Madame Bovary sacando su reloj del cinturón–; cóbrese de aquí.

Pero el comerciante exclamó que de ninguna manera; que se conocían; ¿acaso podía dudar de ella? ¡Qué bobada! Ella insistió, sin embargo, para que por lo menos se quedara con la cadena, y Lheureux ya se la había guardado en el bolsillo y se iba cuando ella volvió a llamarle.

—Déjelo todo en su casa. En cuanto a la capa –pareció reflexionar–, tampoco me la traiga; deme la dirección del sastre y dígale que la tenga a mi disposición.

Debían fugarse al mes siguiente. Ella saldría de Yonville como para ir de compras a

Ruán, Rodolphe habría reservado los asientos, preparado los pasaportes e incluso escrito a París, con el fin de contar con la diligencia completa hasta Marsella, donde comprarían una calesa, y, desde allí, seguirían sin detenerse por la ruta de Génova. Ella se cuidaría de enviar a la tienda de Lheureux su equipaje, que llevarían directamente a *La Golondrina*, de modo que así nadie sospecharía nada; y, a todo esto, nunca se hablaba de la niña. Rodolphe lo evitaba; ella quizá ni pensaba en ello.

Él quiso tener dos semanas más por delante para ultimar algunos preparativos; luego, al cabo de ocho días, pidió otros quince; luego dijo que estaba enfermo; luego hizo un viaje; pasó el mes de agosto y, después de todos estos aplazamientos, decidieron que sería irrevocablemente el 4 de septiembre, un lunes.

Por fin llegó el sábado, la antevíspera.

Rodolphe acudió por la noche, más temprano que de costumbre.

—¿Está todo listo? –le preguntó ella.

—Sí.

Entonces dieron la vuelta a un arriate y fueron a sentarse junto a la terraza, en el borde de la tapia.

—¿Estás triste? –dijo Emma.

—No, ¿por qué?

Y sin embargo la miraba de un modo peculiar, de una forma tierna.

—¿Es por marcharte? –continuó ella–, ¿por dejar tus afectos, tu vida? ¡Ah!, comprendo... ¡Yo en cambio no tengo a nadie en el mundo! ¡Tú lo eres todo para mí! También yo lo seré todo para ti, seré para ti una familia, una patria; te cuidaré, te amaré.

—¡Qué adorable eres! –dijo él estrechándola entre sus brazos.

—¿De verdad? –preguntó ella con una risa voluptuosa–. ¿Me quieres? ¡Júralo!

—¡Que si te quiero! ¡Que si te quiero! ¡Te adoro, amor mío!

La luna, muy redonda y de color púrpura, se levantaba a ras de tierra, al fondo del prado. Subía deprisa entre las ramas de los álamos, que la ocultaban de trecho en trecho, como una cortina negra agujereada. Después apareció, elegante de blancura, en el cielo vacío que ella iluminaba; y entonces, reduciendo su paso, dejó caer sobre el río una gran mancha que formaba una infinidad de estrellas, y aquel fulgor de plata parecía retorcerse hasta el fondo como una serpiente sin cabeza cubierta de escamas luminosas. Aquello también se parecía a algún monstruoso candelabro del que chorrearan gotas de diamante en fusión. La tibia noche se extendía en torno a ellos; capas de sombra llenaban los follajes. Con los ojos entornados, Emma aspiraba en medio de grandes suspiros el viento fresco que soplaba. No se hablaban, demasiado absortos como estaban en la invasión de su ensueño. A su corazón volvía la ternura de los primeros días, abundante y silenciosa como el río que corría, con tanta languidez como la que traía el perfume de las celindas, y proyectaba en sus recuerdos sombras más desmesuradas y más melancólicas que las de los inmóviles sauces que se alargaban sobre la hierba. A veces, algún animal nocturno, erizo o comadreja, saliendo a cazar, removía las hojas, o bien se oía a intervalos caer por sí solo un melocotón maduro de la espaldera.

—¡Ah!, ¡qué noche más hermosa! –dijo Rodolphe.

—¡Tendremos otras! –repuso Emma.

Y como hablándose a sí misma:

—Sí, será bueno viajar... Pero ¿por qué está triste mi corazón? ¿Es la aprensión a lo desconocido..., el efecto de las costumbres abandonadas..., o más bien...? No, ¡es el exceso de felicidad! Qué débil soy, ¿verdad? ¡Perdóname!

—¡Todavía estás a tiempo! –exclamó él–. Reflexiona, quizá te arrepientas.

—¡Nunca! –dijo ella impetuosamente.

Y, apoyándose en él:

—¿Qué desgracia puede ocurrirme? No hay desierto, no hay precipicio ni océano que no atravesara contigo. ¡A medida que vivamos juntos, será como un abrazo más estrecho cada día, más completo! ¡No tendremos nada que nos turbe, ninguna preocupación, ningún obstáculo! Estaremos solos, sólo el uno para el otro, eternamente... ¡Habla, contéstame!

Él contestaba a intervalos regulares: «¡Sí... sí!...». Ella le había pasado la mano por el pelo y repetía con voz infantil, pese a las gruesas lágrimas que se le caían:

—¡Rodolphe! ¡Rodolphe!... ¡Ah!, ¡Rodolphe, querido y pequeño Rodolphe!

Dieron las doce.

—¡Las doce! –dijo ella–. Bueno, será mañana. ¡Un día aún!

Él se levantó para irse; y, como si ese gesto que hacía hubiera sido la señal de su fuga, Emma, de repente, adoptando un aire jovial:

—¿Tienes los pasaportes?

—Sí.

—¿No olvidas nada?

—No.

—¿Estás seguro?

—Desde luego.

—Es en el Hôtel de Provence donde me esperarás, ¿verdad?..., ¿a mediodía?...

Él hizo un gesto con la cabeza.

—¡Hasta mañana entonces! –dijo Emma con una última caricia.

Y le miró alejarse.

Él no volvía la cabeza. Emma corrió tras él e, inclinándose a la orilla del agua entre la maleza, exclamó:

—¡Hasta mañana!

Él ya estaba al otro lado del río y caminaba deprisa por el prado.

Al cabo de unos minutos, Rodolphe se detuvo; y cuando la vio con su vestido blanco desvanecerse poco a poco en la sombra como un fantasma, sintió que le palpitaba con tanta fuerza el corazón que se apoyó en un árbol para no caerse.

—¡Qué imbécil soy! –dijo lanzando un juramento espantoso–. ¡Lo cierto es que era una amante preciosa!

Y al punto reapareció ante él la belleza de Emma, con todos los placeres de aquel amor. Primero se enterneció, luego se revolvió contra ella.

—Porque, después de todo –exclamaba gesticulando–, yo no puedo expatriarme,

cargar con una niña.

Se decía estas cosas para reafirmarse más.

«Y encima las complicaciones, los gastos... ¡Ah! ¡No, no, mil veces no! ¡Sería demasiado estúpido!»

XIII

Nada más llegar a casa, Rodolphe se sentó de forma brusca a la mesa de su escritorio, bajo la cabeza de ciervo que, como trofeo, colgaba de la pared. Pero, cuando tuvo la pluma entre los dedos, no se le ocurrió nada, de modo que, apoyándose en los codos, se puso a pensar. Le parecía que Emma había retrocedido a un pasado lejano, como si la resolución que había tomado acabara de poner entre ambos, de repente, una distancia inmensa.

Para recuperar algo de ella, fue a buscar en el armario, a la cabecera de la cama, una vieja caja de galletas de Reims donde solía guardar sus cartas de mujeres, y de ella escapó un olor a polvo húmedo y a rosas marchitas. Lo primero que vio fue un pañuelo de bolsillo, cubierto de gotitas pálidas. Era un pañuelo de Emma, de una vez que había sangrado por la nariz durante un paseo; ya no se acordaba. Luego, tropezando en todas las esquinas de la caja, estaba la miniatura que Emma le había regalado; su atuendo le pareció pretencioso, y su mirada *de soslayo*, del más lamentable efecto; luego, a fuerza de contemplar aquella imagen y de evocar el recuerdo del modelo, los rasgos de Emma fueron confundiéndose poco a poco en su memoria, como si el rostro vivo y el rostro pintado, frotándose uno contra otro, se hubieran borrado recíprocamente. Leyó, por último, algunas de sus cartas; estaban llenas de explicaciones sobre el viaje, breves, técnicas y apremiantes como cartas de negocios. Quiso ver de nuevo las largas, las de otro tiempo; para encontrarlas en el fondo de la caja, Rodolphe tuvo que remover todas las demás; y maquinalmente empezó a hurgar en aquel montón de papeles y de cosas, encontrando, todo revuelto, ramilletes, una liga, un antifaz negro, horquillas y mechones — ¡mechones!, castaños, rubios; algunos incluso, enganchándose en el herraje de la caja, se rompían al abrirla.

Vagando así entre sus recuerdos, examinaba la letra y el estilo de las cartas, tan variados como sus ortografías. Eran tiernas o joviales, divertidas, melancólicas; las había que pedían amor y otras que pedían dinero. Gracias a una palabra, recordaba rostros, ciertos gestos, un timbre de voz; pero otras veces no recordaba nada.

De hecho, aquellas mujeres que acudían a la vez a su pensamiento se estorbaban unas a otras y se empequeñecían, como bajo un mismo rasero de amor que las igualaba. Y cogiendo a puñados las cartas mezcladas, se entretuvo unos minutos dejándolas caer en cascada de la mano derecha a la mano izquierda. Hasta que, aburrido, adormilado, Rodolphe devolvió la caja al armario diciéndose: «¡Qué sarta de bobadas!...».

Lo cual resumía su opinión; pues los placeres, como escolares en el patio de un internado, habían pisoteado tanto su corazón que nada tierno brotaba ya de él, y lo que por él pasaba, más aturdido que los niños, ni siquiera dejaba, como ellos, su nombre

grabado en la pared.

«¡Bueno!», se dijo, «¡empecemos!».

Escribió: *¡Valor, Emma! ¡Valor! No quiero causar la desgracia de su existencia...*

«Después de todo, es la verdad», pensó Rodolphe; «lo hago por su bien; soy honrado».

¿Ha sopesado detenidamente su determinación? ¿Sabe el abismo al que yo la arrastraba, pobre ángel mío? No, ¿verdad? Iba usted confiada, enloquecida, creyendo en la felicidad, en el porvenir... ¡Ay!, ¡qué desdichados somos, qué insensatos!

Rodolphe se detuvo para buscar aquí una buena disculpa.

«¿Y si le dijera que he perdido toda mi fortuna?... ¡Ah!, no, además con eso no impediría nada. Volvería a empezar más tarde. ¡Quién puede hacer entrar en razón a mujeres así!»

Reflexionó, luego añadió:

No la olvidaré, créalo, y siempre sentiré por usted un profundo cariño; pero un día, tarde o temprano, este ardor (tal es el destino de las cosas humanas) ¡hubiera disminuido sin duda! Nos habríamos cansado, y quién sabe, incluso, si no hubiera tenido yo el atroz dolor de asistir a sus remordimientos y compartirlos, por haber sido el causante. ¡La sola idea de los dolores que sufre me atormenta, Emma! ¡Olvídeme! ¿Por qué la habré conocido? ¿Por qué era tan bella? ¿Tengo yo acaso la culpa? ¡Oh, Dios mío! No, no, ¡acuse sólo a la fatalidad!

«Ésta si es una palabra que siempre hace efecto», se dijo.

¡Ay!, si hubiera sido usted una de esas mujeres de corazón frívolo como hay tantas, desde luego yo habría podido, por egoísmo, intentar una experiencia que entonces no habría supuesto ningún peligro para usted. Pero esa exaltación deliciosa, que constituye a un tiempo su encanto y su tormento, le ha impedido comprender, mujer adorable como usted es, la falsedad de nuestra posición futura. Tampoco lo pensé yo al principio, y descansaba a la sombra de esa felicidad ideal, como a la del manzanillo[129]*, sin prever las consecuencias.*

«Quizá crea que renuncio por tacañería... ¡Bah!, ¡no importa, qué le vamos a hacer, acabemos con esto!».

El mundo es cruel, Emma. Adonde quiera que hubiésemos ido, nos habrían perseguido. Usted habría tenido que sufrir las preguntas indiscretas, la calumnia, el desprecio, acaso el ultraje. ¡Usted ultrajada! ¡Ay!... ¡Y yo que querría sentarla en un trono! ¡Yo, que me llevo su pensamiento como un talismán! Porque voy a castigarme con el destierro por todo el mal que le he hecho. Me marcho. ¿Adónde? No lo sé, ¡estoy loco! ¡Adiós! ¡Sea siempre buena! Guarde el recuerdo del desdichado que la ha perdido. Enséñele mi nombre a su hija, para que lo repita en sus oraciones.

El pabilo de las dos velas temblaba. Rodolphe se levantó para ir a cerrar la ventana, y cuando se hubo sentado de nuevo: «Me parece que está todo. ¡Ah!, una cosa más, no vaya a ser que venga a *darme la lata*»:

Cuando lea estas tristes líneas estaré lejos, pues he querido huir inmediatamente para evitar la tentación de volver a verla. ¡Nada de debilidades! Volveré: y puede que

más adelante charlemos juntos, muy fríamente, de nuestros antiguos amores. ¡Adiós!

Y había un último adiós, separado en dos palabras: *¡A Dios!*, cosa que le parecía de un gusto excelente.

«Y ahora, ¿cómo firmo?», se dijo. «¿Su siempre fiel?... No. ¿Su amigo?... Sí, eso es.»

Su amigo.

Releyó la carta. Le pareció excelente.

«¡Pobrecilla!», pensó con ternura. «Va a creerme más insensible que una roca; aquí habrían hecho falta algunas lágrimas; pero no soy capaz de llorar, no; no es culpa mía.»

Entonces, sirviéndose agua en un vaso, Rodolphe mojó en ella un dedo y dejó caer desde arriba una gruesa gota que puso una mancha pálida sobre la tinta; después, buscando algo con que lacrar la carta, encontró el sello *Amor nel cor*.

«No pega demasiado en este caso... ¡Bah, da lo mismo!»

Y a renglón seguido se fumó tres pipas y se fue a la cama.

Al día siguiente, cuando se levantó (a eso de las dos, pues se había dormido tarde), Rodolphe mandó recoger un cestillo de albaricoques. Colocó la carta en el fondo, bajo unas hojas de parra, y ordenó inmediatamente a Girard, su mozo de labranza, que lo llevase con mucho cuidado a casa de Madame Bovary. Era el medio que utilizaba para comunicarse con ella, enviándole, según la estación, fruta o caza.

—Si te pregunta por mí –dijo–, contestas que he salido de viaje. Tienes que entregarle el cestillo a ella misma, en sus propias manos... ¡Vete, y ten cuidado!

Girard se puso su blusón nuevo, ató un pañuelo alrededor de los albaricoques y, caminando a zancadas con sus gruesos zuecos de punta ferrada, tomó tranquilamente el camino de Yonville.

Cuando llegó a su casa, Madame Bovary estaba preparando con Félicité, en la mesa de la cocina, un paquete de ropa blanca.

—Aquí tiene –dijo el criado– lo que le manda nuestro amo.

La asaltó un presentimiento, y, mientras buscaba alguna moneda en el bolsillo, contemplaba al campesino con ojos despavoridos, mientras él la miraba pasmado, sin comprender que semejante regalo pudiera alterar tanto a nadie. Por fin se marchó. Félicité seguía allí. Como no podía aguantar, corrió a la sala como para llevar los albaricoques, volcó el cestillo, arrancó las hojas, encontró la carta, la abrió; y, como si a su espalda hubiera un incendio horroroso, Emma salió huyendo toda espantada hacia su habitación.

Charles estaba allí, le vio; él le dirigió la palabra, ella no oyó nada, y siguió subiendo deprisa los escalones, jadeante, desesperada, ebria, y siempre con aquella horrible hoja de papel que le crujía en los dedos como una placa de hojalata. En el segundo piso se detuvo ante la puerta del desván, que estaba cerrada.

Entonces quiso calmarse; se acordó de la carta; había que terminarla, no se atrevía. Además, ¿dónde?, ¿cómo? La verían.

«¡Ah!, no, aquí», pensó, «estaré bien».

Emma empujó la puerta y entró.

Las pizarras del tejado dejaban caer a plomo un calor denso que le oprimía las sienes y la asfixiaba; se arrastró hasta la buhardilla cerrada, descorrió el pestillo, y una luz deslumbrante entró de pronto.

Enfrente, por encima de los tejados, se extendía el campo hasta perderse de vista. Abajo, a sus pies, la plaza del pueblo estaba vacía; los adoquines de la acera centelleaban, las veletas de las casas permanecían inmóviles; en la esquina de la calle de un piso inferior salió una especie de zumbido con modulaciones estridentes. Era el torno de Binet.

Se había apoyado contra el marco de la buhardilla, y releía la carta con risitas de rabia. Pero cuanto más fijaba su atención en ella, más se confundían sus ideas. Volvía a verle, le oía, le rodeaba con sus brazos; y los latidos del corazón, que la golpeaban bajo el pecho como fuertes golpes de ariete, se aceleraban uno tras otro, a intervalos desiguales. Paseaba los ojos a su alrededor deseando que la tierra se hundiera a sus pies. ¿Por qué no acabar? ¿Quién la retenía ya? Era libre. Y avanzó, miró los adoquines diciéndose: «¡Vamos! ¡Vamos!».

El destello luminoso que subía directamente de abajo atraía el peso de su cuerpo hacia el abismo. Le parecía que el suelo de la plaza, oscilante, se alzaba por las paredes, y que el piso de la buhardilla se inclinaba por la punta, como un barco que cabecea. Se mantenía justo en el borde, casi suspendida en el aire, rodeada de un gran espacio. La invadía el azul del cielo, el aire circulaba en su cabeza vacía, le bastaba con ceder, con dejarse atrapar; y el zumbido del torno no cesaba, como una voz furiosa que la llamase.

—¡Emma! ¡Emma! –gritó Charles.

Ella se detuvo.

—¿Dónde estás? ¡Ven!

La idea de que acababa de escapar de la muerte estuvo a punto de hacer que se desmayase de terror; cerró los ojos; luego se estremeció al sentir una mano en su manga: era Félicité.

—El señor la espera, señora; la cena está servida.

¡Y tuvo que bajar! ¡Tuvo que sentarse a la mesa!

Trató de comer. Los bocados la ahogaban. Entonces desplegó la servilleta como para examinar los zurcidos y quiso realmente aplicarse a la tarea de contar los hilos de la tela. De pronto le vino el recuerdo de la carta. ¿La había perdido? ¿Dónde encontrarla? Pero sentía tal cansancio de ánimo que no fue capaz de inventar un pretexto para levantarse de la mesa. Además, se había vuelto cobarde; tenía miedo de Charles; ¡lo sabía todo, seguro! De hecho, él pronunció de un modo singular estas palabras:

—Según parece, tardaremos en volver a ver al señor Rodolphe.

—¿Quién te lo ha dicho? –preguntó sobresaltada.

—¿Quién me lo ha dicho? –replicó él un poco sorprendido por aquel tono brusco–. Girard, con quien me acabo de encontrar en la puerta del *Café Français*. Se ha ido de viaje, o está a punto de partir.

Ella dejó escapar un sollozo.

—¿Qué te sorprende? Suele irse así de vez en cuando para distraerse, y ¡palabra que

hace bien! ¡Cuando uno es rico y está soltero!... Por lo demás, nuestro amigo se lo pasa de lo lindo, es un tarambana. Me ha contado el señor Langlois...

Se calló por discreción, porque entraba la criada.

Ésta volvió a poner en el cestillo los albaricoques esparcidos en el aparador; Charles, sin advertir el rubor de su mujer, pidió que se los trajeran, cogió uno y lo mordió.

—¡Ah, perfecto! –decía–. Anda, pruébalos.

Y le tendió el cestillo, que ella rechazó suavemente.

—Mira, huele, ¡qué aroma! –dijo él pasándoselo varias veces por debajo de la nariz.

—¡Me ahogo! –exclamó ella levantándose de un salto.

Pero, gracias a un esfuerzo de voluntad, el espasmo se disipó; luego dijo:

—¡No es nada!, ¡no es nada! ¡Los nervios! ¡Siéntate y sigue comiendo!

Porque temía que fuesen a hacerle preguntas, a cuidarla, a no dejarla sola.

Para obedecerla, Charles había vuelto a sentarse, y escupía en la mano los huesos de los albaricoques, que después dejaba en el plato.

De repente, un tílburi azul pasó al trote largo por la plaza. Emma lanzó un grito y cayó rígida al suelo, boca arriba.

En efecto, Rodolphe, tras muchas reflexiones, había decidido irse a Ruán. Pero como de La Huchette a Buchy no hay más camino que el de Yonville, había tenido que cruzar el pueblo, y Emma le había reconocido a la luz de los faroles, que cortaban como un relámpago el crepúsculo.

El farmacéutico, al oír el tumulto que había en la casa, acudió corriendo. La mesa, como todos los platos, estaba volcada; la salsa, la carne, los cuchillos, el salero y la aceitera alfombraban la estancia; Charles pedía socorro; Berthe, asustada, chillaba; y Félicité desabrochaba con manos temblorosas a la señora, que sufría convulsiones por todo el cuerpo.

—Corro a buscar en mi laboratorio un poco de vinagre aromático –dijo el boticario.

Luego, cuando Emma abría los ojos al respirar el frasco, dijo:

—Estaba seguro; esto despertaría a un muerto.

—¡Háblanos! –decía Charles–, ¡háblanos! ¡Vuelve en ti! ¡Soy yo, tu Charles, que te quiere! ¿Me reconoces? Mira, aquí tienes a tu hijita: ¡bésala!

La niña tendía los brazos hacia la madre para colgarse de su cuello. Pero, apartando la cabeza, Emma dijo con voz entrecortada:

—¡No, no... nadie!

Y volvió a desmayarse. La llevaron a su cama.

Permanecía acostada, con la boca abierta, los párpados cerrados, las manos extendidas, inmóvil y blanca como una estatua de cera. De sus ojos salían dos arroyos de lágrimas que corrían despacio por la almohada.

Charles permanecía de pie en el fondo de la alcoba, y el farmacéutico, a su lado, guardaba ese silencio meditativo que conviene tener en las ocasiones serias de la vida.

—Tranquilícese –dijo dándole un golpecito con el codo–, creo que el paroxismo ha pasado.

—¡Sí, ahora descansa un poco! –respondió Charles, que la miraba dormir–. ¡Pobre

mujer!... ¡Pobre mujer!... ¡Ha vuelto a recaer!

Homais preguntó entonces cómo se había producido aquel accidente. Charles respondió que le había dado de improviso, mientras comía unos albaricoques.

—¡Extraordinario!... –continuó el farmacéutico–. ¡Pero podría ser que los albaricoques hayan provocado el síncope! ¡Hay naturalezas tan impresionables ante ciertos olores! Y hasta sería un buen tema de estudio, tanto desde el punto de vista patológico como desde el fisiológico. Los sacerdotes, que siempre han mezclado aromas en sus ceremonias, conocen su importancia. Su objetivo es pasmar el entendimiento y causar éxtasis, cosa por lo demás fácil de conseguir en las personas del sexo débil, más delicadas que las otras. Se dice que algunas se desmayan al olor del cuerno quemado, del pan tierno...

—¡Tenga cuidado, no vaya a despertarla! –dijo en voz baja Bovary.

—Y no sólo los humanos están expuestos a estas anomalías –continuó el boticario–, sino también los animales. Por ejemplo, usted no ignora el efecto singularmente afrodisíaco que produce la *nepeta cataria*, vulgarmente llamada hierba de gato, en la raza felina; y, por otra parte, para citar un ejemplo de cuya autenticidad respondo, Bridoux (uno de mis antiguos colegas, establecido en la actualidad en la calle Malpalu[130]) tiene un perro al que le dan convulsiones en cuanto le acercan una tabaquera. Hace a menudo la experiencia delante de sus amigos, en su pabellón del Bois-Guillaume. ¿Se puede creer que un simple estornutatorio pueda ejercer tales estragos en el organismo de un cuadrúpedo? Sumamente curioso, ¿verdad?

—Sí –dijo Charles, que no escuchaba.

—Lo cual nos demuestra –prosiguió el otro sonriendo con aire de benévola suficiencia– las innumerables irregularidades del sistema nervioso. En cuanto a la señora, confieso que siempre me ha parecido una verdadera sensitiva. Por eso no le aconsejaré, querido amigo, ninguno de esos supuestos remedios que, so pretexto de atacar los síntomas, atacan el temperamento. No, ¡nada de medicación inútil!, ¡régimen, y nada más! Sedantes, emolientes, dulcificantes. Por otro lado, ¿no cree usted que quizá convendría estimularle la imaginación?

—¿En qué? ¿Cómo? –dijo Bovary.

—¡Ah, ésa es la cuestión! Tal es efectivamente la cuestión: *That is the question!*[131], como leía yo recientemente en el periódico.

Pero Emma, despertándose, exclamó:

—¿Y la carta? ¿Y la carta?

Creyeron que deliraba; deliró a partir de medianoche: se había declarado una fiebre cerebral.

Durante cuarenta y tres días Charles no se apartó de su lado. Abandonó a todos sus pacientes; ya no se acostaba, se pasaba el día tomándole el pulso, poniéndole sinapismos y compresas de agua fría. Mandaba a Justin hasta Neufchâtel a buscar hielo; el hielo se derretía por el camino; volvía a enviarle. Llamó en consulta al señor Canivet; hizo venir de Ruán al doctor Larivière, su antiguo maestro; estaba desesperado. Lo que más le asustaba era la postración de Emma; porque no hablaba, no oía nada e incluso parecía no sufrir — como si el cuerpo y el alma hubieran descansado al mismo tiempo que todas sus

agitaciones.

Hacia mediados de octubre pudo incorporarse en la cama, con unos almohadones a la espalda. Charles lloró cuando la vio comer su primera rebanada de pan con mermelada. Recuperó las fuerzas; se levantaba unas horas por la tarde, y, un día que se sentía mejor, él trató de hacerle dar un paseo por la huerta apoyada en su brazo. La arena de los senderos desaparecía bajo las hojas muertas; caminaba a pasitos, arrastrando las zapatillas y, apoyándose con el hombro en Charles, seguía sonriendo.

Llegaron así hasta el fondo, cerca de la terraza. Se enderezó lentamente, se puso la mano sobre los ojos para mirar; miró a lo lejos, muy lejos; pero en el horizonte no había más que grandes fogatas de hierba seca, que humeaban sobre las colinas.

—Vas a cansarte, amor mío –dijo Bovary.

Y, empujándola suavemente para hacerla entrar en el cenador:

—Siéntate en ese banco: te sentirás bien.

—¡Oh! ¡No, ahí no, ahí no! –dijo con voz desfallecida.

Sintió un mareo, y esa misma noche volvió a empezar la enfermedad, cierto que con un aspecto más impreciso y caracteres más complejos. Tan pronto le dolía el corazón como el pecho, la cabeza o las extremidades: le sobrevinieron vómitos en los que Charles creyó ver los primeros síntomas de un cáncer.

¡Y, por si fuera poco, el pobre muchacho tenía apuros de dinero!

XIV

En primer lugar, no sabía qué hacer para compensar al señor Homais por todos los medicamentos que se había llevado de la farmacia; y, aunque, como médico, hubiera podido no pagarlos, sentía sin embargo un poco de vergüenza ante ese favor. Además, el gasto del hogar, ahora que la cocinera hacía de ama, se volvía espantoso; las cuentas llovían en la casa; los proveedores murmuraban; el señor Lheureux, sobre todo, le acosaba. En efecto, en lo más álgido de la enfermedad de Emma, éste, aprovechando la circunstancia para exagerar la factura, se había apresurado a llevar la capa, el bolso de viaje, dos baúles en vez de uno, y un sinfín de otras cosas. Por más que Charles dijera que no las necesitaba, el comerciante respondió con arrogancia que a él se le habían encargado todos aquellos artículos y que no se quedaría con ellos; además, eso sería contrariar a la señora en su convalecencia; ya lo pensaría el señor; en resumen, estaba decidido a llevarle a los tribunales antes que renunciar a sus derechos y retirar las mercancías. Charles ordenó después que se las enviasen a la tienda; a Félicité se le olvidó; él tenía otras preocupaciones; no volvió a pensar en ello; el señor Lheureux volvió a la carga, y, alternando amenazas y lamentos, maniobró de tal manera que Bovary acabó por firmar un pagaré a seis meses. Pero nada más firmar ese pagaré se le ocurrió una idea audaz: la de pedir prestados mil francos al señor Lheureux. Así que preguntó, con aire angustiado, si no había medio de conseguirlos, añadiendo que sería por un año y al interés que se quisiera. Lheureux corrió a su tienda, volvió con los escudos y dictó otro pagaré por el que Bovary declaraba que debería pagar a su orden, el primer día del próximo septiembre, la cantidad de mil setenta francos; lo cual, con los ciento ochenta ya estipulados, sumaba exactamente mil doscientos cincuenta. De esta manera, prestando al seis por ciento, además de un cuarto en concepto de comisión, y produciéndole las mercancías más de un tercio por lo menos, aquello debía proporcionarle en doce meses ciento treinta francos de beneficio; y esperaba que el negocio no se detendría ahí, que no podrían pagar los pagarés, que los renovarían, y que su pobre dinero, alimentado en casa del médico como en una casa de salud, regresaría un día considerablemente más cebado y tan gordo como para hacer reventar el saco.

Por otra parte, todo le salía a pedir de boca. Era adjudicatario de un suministro de sidra para el hospital de Neufchâtel; el señor Guillaumin le prometía acciones en las turberas de Grumesnil, y soñaba con crear un nuevo servicio de diligencias entre Arcueil y Ruán, que sin duda no tardaría en arruinar a aquel carromato del *Lion d'Or*, y que, por ir más rápido, ser más barato y llevar más bultos, pondría en sus manos todo el comercio de Yonville.

Charles se preguntó varias veces cómo podría devolver al año siguiente tanto dinero; y

buscaba, imaginaba medios, como recurrir a su padre o vender alguna cosa. Pero su padre haría oídos sordos, y él no tenía nada que vender. Descubría entonces tales dificultades que enseguida apartaba de su cabeza un tema de meditación tan desagradable. Se reprochaba el olvido en que tenía a Emma; como si, por pertenecer todos sus pensamientos a esa mujer, no pensar continuamente en ella fuera a robarle algo.

El invierno fue duro. La convalecencia de Emma fue larga. Cuando hacía bueno, la empujaban en su sillón hasta la ventana que daba a la plaza; porque ahora le tenía antipatía a la huerta, y la persiana de ese lado permanecía siempre cerrada. Quiso que se vendiera el caballo; lo que antes amaba le desagradaba ahora. Todas sus ideas parecían limitarse al cuidado de su persona. Se quedaba en la cama tomando pequeñas colaciones, llamaba a la criada para preguntar por sus tisanas o para charlar con ella. Entre tanto, la nieve sobre el tejado del mercado proyectaba en la habitación un reflejo blanco, inmóvil; luego vinieron las lluvias. Y Emma esperaba a diario, con una especie de ansiedad, el infalible retorno de cualquier acontecimiento mínimo, que sin embargo apenas le importaba. El de mayor consideración era, al anochecer, la llegada de *La Golondrina*. Entonces la posadera gritaba y otras voces respondían, mientras el farol de la mano de Hippolyte, que buscaba baúles en la baca, hacía de estrella en la oscuridad. A mediodía Charles volvía a casa; luego se iba; después ella tomaba un caldo, y a eso de las cinco, a la caída de la luz, los niños que volvían de la escuela, arrastrando los zuecos por la acera, golpeaban con sus reglas la falleba de las contraventanas, unos tras otros.

A esa hora iba a verla el señor Bournisien. Se interesaba por su salud, le traía noticias y la exhortaba a la religión en una breve plática empalagosa que no carecía de atractivo. La sola vista de la sotana la reconfortaba.

Un día, en lo más grave de su enfermedad, se había creído en la agonía y había pedido la comunión; y, mientras en su cuarto se hacían los preparativos para el sacramento, transformaban en altar la cómoda atestada de jarabes y Félicité alfombraba el suelo con flores de dalia, Emma sentía que por ella pasaba algo intenso que la liberaba de sus dolores, de toda percepción, de todo sentimiento. Su carne, aligerada, había dejado de pensar, comenzaba otra vida; le pareció que su ser, subiendo hacia Dios, iba a aniquilarse en aquel amor como un incienso encendido que se disipa en vapor. Rociaron con agua bendita las sábanas de la cama; el sacerdote sacó del santo copón la blanca hostia; y fue transida de un gozo celestial como Emma adelantó los labios para aceptar el cuerpo del Salvador que se le ofrecía. Las cortinas de la alcoba se hinchaban suavemente a su alrededor, a manera de nubes, y los rayos de los dos cirios que ardían sobre la cómoda le parecieron glorias deslumbrantes. Entonces dejó caer la cabeza, creyendo oír en los espacios el canto de las arpas seráficas y vislumbrar en un cielo de azur, sobre un trono de oro, en medio de santos que sostenían palmas verdes, a Dios Padre todo resplandeciente de majestad, y que con una señal hacía descender a la tierra unos ángeles de alas llameantes para llevársela en sus brazos.

Esta visión espléndida persistió en su memoria como la cosa más bella que fuera posible soñar; de modo que ahora se esforzaba por revivir aquella sensación, que sin

embargo continuaba, pero de una forma menos exclusiva y con una dulzura igual de profunda. Su alma, exhausta de orgullo, reposaba al fin en la humildad cristiana; y, saboreando el placer de ser débil, Emma contemplaba dentro de sí la destrucción de su voluntad, que debía abrir de par en par las puertas a las irrupciones de la gracia. ¡Existían por tanto, en lugar de la felicidad, unas dichas mayores, otro amor superior a todos los amores, sin intermitencias ni fin, y que aumentaría eternamente! Entre las ilusiones de su esperanza entrevió un estado de pureza que, flotando por encima de la tierra, se confundía con el cielo, y en el que aspiraba a estar. Quiso ser santa. Compró rosarios, se puso amuletos; deseaba tener en la alcoba, a la cabecera de su cama, un relicario con incrustaciones de esmeraldas para besarlo todas las noches.

Al cura le maravillaban estas disposiciones, aunque, a su juicio, la religión de Emma, a fuerza de fervor, podía acabar rayando en la herejía e incluso en la extravagancia. Pero, por no estar muy versado en estas materias en cuanto sobrepasaban cierta medida, escribió al señor Boulard, librero de monseñor, para que le enviara *alguna cosa muy selecta para una persona de sexo femenino, y de mucha inteligencia*. El librero, con la misma indiferencia que si hubiera enviado quincalla a unos negros, empaquetó desordenadamente todo lo que entonces circulaba en el mercado de libros piadosos. Eran pequeños manuales con preguntas y respuestas, folletos de tono arrogante a la manera del señor de Maistre[132], y una especie de novelas en cartoné rosa y de estilo dulzón, fabricadas por seminaristas trovadores o por sabihondas arrepentidas. Entre ellas figuraban el *Pensadlo bien; El hombre de mundo a los pies de María, por el señor de ***, condecorado con varias órdenes; Los errores de Voltaire para uso de los jóvenes*[133], etcétera.

Madame Bovary aún no tenía la mente bastante despejada para dedicarse en serio a alguna cosa; además, emprendió estas lecturas con demasiada precipitación. Se irritó contra las prescripciones del culto; la arrogancia de los escritos polémicos le resultó desagradable por su encarnizamiento en perseguir a gentes a las que no conocía; y los cuentos profanos saturados de religión le parecieron escritos con tal ignorancia de las cosas mundanas que insensiblemente la apartaron de las verdades cuya demostración esperaba. Perseveró, sin embargo, y, cuando el volumen se le caía de las manos, se sentía presa de la más delicada melancolía católica que un alma etérea pueda concebir.

En cuanto al recuerdo de Rodolphe, lo había sepultado en lo más hondo de su corazón; y allí seguía, más solemne y más inmóvil que una momia de rey en un subterráneo. De este gran amor embalsamado se desprendía una exhalación que, pasando a través de todo, perfumaba de ternura la atmósfera de inmaculada pureza en la que quería vivir. Cuando se arrodillaba en su reclinatorio gótico, dirigía al señor las mismas palabras de dulzura que antes le murmuraba a su amante en las efusiones del adulterio. Lo hacía para que la creencia descendiese hasta ella; pero ninguna delectación bajaba de los cielos, y se incorporaba con los miembros doloridos, con el vago sentimiento de un inmenso engaño. Aquella búsqueda, pensaba Emma, no era sino un mérito más; y en el orgullo de su devoción, se comparaba con aquellas grandes damas del pasado cuya gloria había soñado ante un retrato de La Vallière[134], y que, arrastrando con tanta majestad la cola de

profusos colores de sus largos vestidos, se retiraban a las soledades para derramar allí, a los pies de Cristo, todas las lágrimas de un corazón herido por la vida.

Se entregó entonces a obras de caridad excesivas. Cosía ropa para los pobres; mandaba leña a las parturientas; y Charles, un día, al volver a casa, encontró en la cocina a tres golfillos sentados a la mesa comiendo una sopa. Mandó traer a casa a su hijita, a la que el marido, durante su enfermedad, había enviado de nuevo a casa de la nodriza. Quiso enseñarle a leer; y aunque Berthe llorase, Emma ya no se enfadaba. Era una voluntad deliberada de resignación, de indulgencia universal. Sobre cualquier cosa, su lenguaje estaba lleno de expresiones ideales. Le decía a su hija:

—¿Se te ha pasado el cólico, ángel mío?

La señora Bovary madre no encontraba nada que criticar, salvo quizá aquella manía de tejer camisolas para los huérfanos en vez de remendar sus trapos de cocina. Pero, harta de las trifulcas domésticas, la buena mujer se encontraba a gusto en aquella casa tranquila, y se quedó incluso hasta después de Pascua para evitar los sarcasmos de Bovary padre, que nunca dejaba de encargar morcilla todos los días de Viernes Santo.

Además de la compañía de su suegra, que le daba cierta firmeza por su rectitud de juicio y sus modales severos, Emma tenía casi a diario otras compañías. Eran la señora Langlois, la señora Caron, la señora Dubreuil, la señora Tuvache y, regularmente, de dos a cinco, la excelente señora Homais, que nunca había querido prestar oídos a los chismes que se propalaban de su vecina. También iban a verla los hijos de Homais, acompañados por Justin. Subía con ellos a la habitación, y se quedaba de pie junto a la puerta, inmóvil, sin decir nada. A veces, incluso, Madame Bovary, sin preocuparse por él, se ponía a arreglarse. Empezaba por quitarse la peineta, sacudiendo la cabeza con un movimiento brusco; y la primera vez que vio suelta toda aquella cabellera que le llegaba hasta las corvas desplegando sus anillos negros, para él, pobre infeliz, fue como penetrar súbitamente en algo extraordinario y nuevo cuyo esplendor le asustó.

Emma no reparaba, sin duda, en su silenciosa solicitud ni en su timidez. Tampoco sospechaba que el amor, desaparecido de su vida, palpitaba allí, a su lado, bajo aquella camisa de tela burda, en aquel corazón de adolescente abierto a los efluvios de su belleza. Por lo demás, ahora envolvía todo en tal indiferencia, tenía unas palabras tan afectuosas y unas miradas tan altivas, unos modales tan diferentes que ya no se podía distinguir el egoísmo de la caridad ni la corrupción de la virtud. Una noche, por ejemplo, se enfadó con la criada, que le pedía permiso para salir y balbucía buscando un pretexto; luego, de repente, le dijo:

—Entonces, ¿le quieres?

Y sin esperar la respuesta de una Félicité ruborizada, añadió con aire triste:

—¡Anda, vete!, ¡diviértete!

A principios de primavera, mandó remover la huerta de arriba abajo, pese a las objeciones de Bovary; éste, sin embargo, se alegró de verla manifestar por fin una voluntad de algo. Manifestó otras a medida que se recuperaba. Primero, encontró la manera de echar a la tía Rollet, la nodriza, que durante su convalecencia había tomado la costumbre de ir con demasiada frecuencia a la cocina con sus dos niños de pecho y su

huésped, con más dientes que un caníbal. Luego se fue librando de la familia Homais, despidió sucesivamente a todas las demás visitas e incluso frecuentó con menos asiduidad la iglesia, con gran aprobación del boticario, que le dijo entonces amistosamente:

—¡Estaba volviéndose usted un poco beata!

El señor Bournisien seguía yendo a diario, como antes, al salir del catecismo. Prefería quedarse fuera, tomando el aire *en medio de la floresta*, como llamaba al cenador. Era la hora a la que Charles volvía. Tenían calor; les traían sidra dulce y juntos bebían por el total restablecimiento de la señora.

Por allí, es decir, un poco más abajo, estaba Binet, pegado a la tapia de la terraza, pescando cangrejos. Bovary le invitaba a tomar algo, y él se las arreglaba perfectamente para descorchar las cantarillas.

—La botella hay que mantenerla así, a plomo sobre la mesa –decía dirigiendo a su alrededor y hasta los límites del paisaje una mirada satisfecha–, y, una vez cortados los hilos, dar al corcho pequeños tirones, despacio, despacio, como hacen por lo demás con el agua de Seltz en los restaurantes.

Pero, durante su demostración, la sidra le saltaba a menudo en plena cara, y entonces el cura, con una risa opaca, nunca dejaba de hacer esta broma:

—¡Qué eficacia, salta a la vista!

Era, de hecho, un buen hombre, hasta el punto de no escandalizarse, un día, del farmacéutico, que aconsejaba a Charles, para distraer a la señora, llevarla al teatro de Ruán a ver al ilustre tenor Lagardy. Extrañado por aquel silencio, Homais quiso conocer su opinión, y el sacerdote declaró que consideraba la música menos peligrosa para las costumbres que la literatura.

Pero el farmacéutico salió en defensa de las letras. En su opinión el teatro servía para eliminar prejuicios y, bajo la máscara del placer, enseñaba la virtud.

—¡*Castigat ridendo mores*[135], señor Bournisien! Fíjese, por ejemplo, en la mayoría de las tragedias de Voltaire; están hábilmente sembradas de reflexiones filosóficas que las convierten, para el pueblo, en una verdadera escuela de moral y de diplomacia.

—Yo vi hace tiempo –dijo Binet– una obra titulada *El pilluelo de París*[136], en la que se ve el carácter de un viejo general perfectamente conseguido. Echa una bronca a un hijo de familia que había seducido a una obrera, que al final...

—Por supuesto que hay mala literatura como hay mala farmacia –continuaba Homais–; pero condenar en bloque la más importante de las bellas artes me parece una simpleza, una idea gótica, digna de aquellos abominables tiempos en los que se encerraba a Galileo.

—Ya sé –objetó el cura– que hay obras buenas y buenos autores; sin embargo, aunque sólo sea porque esas personas de diferente sexo se reúnen en un sitio delicioso, adornado de pompas mundanas, y además con todos esos disfraces paganos, esos coloretes, esos candelabros, esas voces afeminadas..., todo eso no puede por menos de acabar engendrando cierto libertinaje de espíritu y provocando pensamientos deshonestos y tentaciones impuras. Ésa es al menos la opinión de todos los Padres de la Iglesia. En fin

–añadió adoptando súbitamente un tono de voz místico, sin dejar de dar vueltas sobre su pulgar a una toma de rapé–, si la Iglesia ha condenado los espectáculos, sus razones tendrá; debemos someternos a sus decretos.

—¿Por qué excomulga a los cómicos? –preguntó el boticario–. Porque, en el pasado, sí que participaban abiertamente en las ceremonias del culto. Sí, interpretaban, representaban en medio del coro una especie de farsas llamadas misterios, en las que a menudo resultaban ofendidas las leyes de la decencia.

El sacerdote se limitó a lanzar un gemido, y el farmacéutico prosiguió:

—Es como en la Biblia; hay..., ya sabe usted..., más de un detalle... picante, ¡cosas... realmente... atrevidas!

Y, ante un gesto de irritación hecho por el señor Bournisien:

—¡Ah!, me admitirá usted que no es un libro para poner en las manos de un joven, y me disgustaría mucho que Athalie...

—¡Pero si son los protestantes, y no nosotros –exclamó el otro irritado–, los que recomiendan la Biblia!

—¡No importa! –dijo Homais–, y me asombra que, en nuestros días, en un siglo de luces, aún se obstinen en proscribir un esparcimiento intelectual que es inofensivo, moralizante y hasta higiénico en ocasiones. ¿No es así, doctor?

—Por supuesto –respondió el médico en tono indiferente, bien porque, compartiendo las mismas ideas, no quisiera ofender a nadie, o porque no tuviera idea alguna.

Parecía concluida la conversación cuando al farmacéutico le pareció oportuno lanzar un último ataque:

—Yo he conocido sacerdotes que se vestían de paisano para ir a ver cómo movían las piernas las bailarinas.

—¡Vamos, hombre! –dijo el cura.

—¡Sí, los he conocido!

Y, separando las sílabas de su frase, Homais repitió:

—Los-he-conocido.

—Bueno, pues hacían mal –dijo Bournisien, resignado a oírlo todo.

—¡Caramba! ¡Y además hacen muchas otras cosas! –exclamó el boticario.

—¡Señor mío!... –replicó el eclesiástico con una mirada tan feroz que el boticario se sintió intimidado.

—Sólo quiero decir –replicó entonces en un tono menos brutal– que la tolerancia es el medio más seguro para atraer las almas a la religión.

—¡Es cierto! ¡Es cierto! –concedió el buen hombre volviendo a sentarse en su silla.

Pero sólo permaneció en ella un par de minutos. Después, cuando se hubo marchado, el señor Homais le dijo al médico:

—¡Esto es lo que yo llamo una agarrada! ¡Vaya revolcón le he dado, ya lo ha visto usted!... En fin, hágame caso, lleve a la señora al teatro, aunque sólo sea para hacer rabiar una vez en su vida a uno de estos cuervos, ¡ea! ¡Si alguien pudiera ocupar mi puesto, yo mismo les acompañaría! Dese prisa, Lagardy sólo dará una representación; está contratado en Inglaterra con unos honorarios fabulosos. ¡Buena pieza está hecho,

según dicen! ¡Nada en oro! ¡Viaja con tres queridas y con el cocinero! Todos estos grandes artistas tiran la casa por la ventana; necesitan llevar una existencia depravada que excite un poco su imaginación. Pero mueren en el hospicio, porque de jóvenes no han tenido suficiente cabeza para ahorrar. Bueno, que aproveche; ¡hasta mañana!

Esta idea del teatro germinó enseguida en la cabeza de Bovary, pues se la comunicó de inmediato a su mujer, que al principio la rechazó alegando la fatiga, el trastorno, el gasto; pero, cosa extraordinaria, Charles no cedió, tan provechosa juzgaba que había de ser para Emma aquella distracción. No veía impedimento alguno; su madre le había enviado trescientos francos con los que no contaba, las deudas corrientes no eran excesivas, y el vencimiento de los pagarés de maese Lheureux estaba todavía tan lejos que no había que pensar en ello. Además, suponiendo que Emma lo hacía por delicadeza, Charles porfió; tanto que, a fuerza de insistencia, ella acabó por decidirse. Y al día siguiente, a las ocho, se lanzaron a *La Golondrina*.

El boticario, al que nada retenía en Yonville, pero que se creía obligado a no moverse, suspiró al verles partir.

—¡Ánimo y buen viaje, felices mortales! –les dijo.

Luego, dirigiéndose a Emma, que llevaba un vestido de seda azul de cuatro volantes:

—¡Está usted hermosa como un Amor! Va a *dar el golpe* en Ruán.

La diligencia paraba en el hotel de *La Croix Rouge*, en la plaza Beauvoisine. Era una de esas posadas que hay en todos los arrabales de capitales de provincia, con grandes cuadras y habitaciones pequeñas, donde se ve en medio del patio a gallinas que picotean avena debajo de los cabriolés llenos de barro de los viajantes de comercio; — buenas posadas antiguas con balcón de madera carcomida que crujen con el viento en las noches de invierno, siempre llenas de gente, de barullo y de condumio, de mesas renegridas y pringosas por los *glorias*, de espesos cristales amarilleados por las moscas, de servilletas húmedas manchadas de vino malo y que, oliendo siempre a pueblo, como gañanes vestidos de burgueses, tienen un café que da a la calle y, por la parte del campo, un huerto de hortalizas. Charles se puso inmediatamente en movimiento. Confundió el proscenio con las galerías, la parte delantera del patio de butacas con los palcos, pidió explicaciones, no las entendió, le mandaron del taquillero al director, volvió a la fonda, regresó a la taquilla, y varias veces recorrió así la ciudad de punta a punta, desde el teatro hasta el bulevar.

La señora se compró un sombrero, guantes, un ramillete. El señor tenía mucho miedo a perderse el principio; y, sin tiempo para tomar un caldo, se presentaron ante las puertas del teatro, que todavía estaban cerradas.

XV

Pegado a la pared, encerrado simétricamente entre unas balaustradas, aguardaba el gentío. En la esquina de las calles cercanas, gigantescos carteles repetían en caracteres barrocos: «*Lucía de Lammermoor* [137]... Lagardy... Ópera..., etc.». Hacía buen tiempo; la gente tenía calor; el sudor corría entre los rizos, todo el mundo había sacado los pañuelos para enjugarse las frentes enrojecidas; y a veces una brisa tibia, que soplaba desde el río, agitaba suavemente el borde de los toldos de cutí que colgaban a la puerta de los cafetines. Un poco más abajo, sin embargo, se notaba el frescor de una corriente de aire glacial que olía a sebo, a cuero y a aceite. Era la exhalación de la calle de Les Charrettes, llena de grandes y negros almacenes donde ruedan las barricas.

Por miedo a parecer ridícula, antes de entrar Emma quiso dar un paseo por el puerto, y Bovary, por prudencia, guardó las localidades en el bolsillo del pantalón, en su mano, que apretaba contra el vientre.

Nada más entrar en el vestíbulo, Emma sintió que su corazón latía con fuerza. Sonrió involuntariamente de vanidad al ver a la gente precipitarse a la derecha por el otro pasillo, mientras ella subía la escalera de los palcos de *primera*. Disfrutó como un niño empujando con el dedo las anchas puertas tapizadas; aspiró a pleno pulmón el olor polvoriento de los pasillos, y, cuando estuvo sentada en su palco, echó hacia atrás el busto con desenvoltura de duquesa.

La sala empezaba a llenarse, la gente sacaba los gemelos de sus estuches, y los abonados, al verse de lejos, se saludaban. Iban a descansar en las bellas artes de las inquietudes del comercio; pero, sin olvidar en absoluto *los negocios*, seguían hablando de algodones, treinta y seis[138] o índigos. Allí se veían cabezas de viejos, inexpresivas y apacibles, y que, blanquecinas de pelo y de tez, parecían medallas de plata empañadas por un vapor de plomo. Los jóvenes elegantes se pavoneaban en la parte delantera del patio de butacas luciendo en la abertura del chaleco su corbata rosa o verde manzana; y Madame Bovary los admiraba desde arriba apoyando en los bastoncillos de pomo dorado la palma tensa de sus guantes amarillos.

Entre tanto se encendieron las bujías de la orquesta; la araña de cristal descendió del techo, derramando en la sala, con la irradiación de sus candilejas, una alegría súbita; luego entraron, uno tras otro, los músicos, y al principio hubo un prolongado guirigay de bajos roncando, de violines chirriando, de cornetines trompeteando, de flautas y flautines piando. Pero se oyeron tres golpes en el escenario; comenzó un redoble de timbales, los instrumentos de cobre agregaron unos acordes, y el telón, al levantarse, mostró un paisaje.

Era el claro de un bosque, con una fuente a la izquierda sombreada por un roble.

Villanos y nobles, con la banda escocesa al hombro, cantaban todos juntos una canción de caza; apareció luego un capitán que invocaba al ángel del mal levantando al cielo los brazos; apareció otro; se fueron los dos, y los cazadores volvieron a cantar[139].

Emma volvía a encontrarse en las lecturas de su juventud, en pleno Walter Scott. Le parecía oír, a través de la niebla, el sonido de las gaitas escocesas repitiendo su eco en los brezales. Además, como el recuerdo de la novela le facilitaba la comprensión del libreto, seguía la intriga frase a frase mientras inaccesibles pensamientos que volvían a su mente se dispersaban en el acto bajo las ráfagas de la música. Se dejaba acunar por las melodías y se sentía vibrar con todo su ser, como si los arcos de los violines se pasearan por sus nervios. Le faltaban ojos suficientes para contemplar los trajes, los decorados, los personajes, los árboles pintados que temblaban cuando los actores se movían, y los tocados de terciopelo, las capas, las espadas, todas aquellas imaginaciones que se agitaban en la armonía como en la atmósfera de otro mundo. Pero se adelantó una joven arrojando una bolsa a un escudero vestido de verde. Se quedó sola, y entonces se oyó una flauta que producía una especie de murmullo de fuente o como gorjeos de pájaro. Lucía atacó con aire decidido su cavatina en sol mayor; se quejaba de amores, pedía alas. También Emma habría querido, huyendo de la vida, echar a volar en un abrazo. De pronto apareció Edgar-Lagardy.

Tenía una de esas espléndidas palideces que prestan algo de la majestad de los mármoles a las razas ardientes del Mediodía. Ceñía su recio busto un jubón de color pardo; un pequeño puñal labrado le golpeaba en el muslo izquierdo, y lanzaba lánguidas miradas que dejaban al descubierto sus blancos dientes. Se decía que una princesa polaca, tras oírle cantar una tarde en la playa de Biarritz[140], donde carenaba chalupas, se había enamorado. Se arruinó por él, que la plantó allí mismo por otras mujeres, y esa aureola sentimental no hacía sino favorecer su reputación artística. El astuto comediante se había preocupado incluso de insertar siempre en los anuncios una frase poética sobre la fascinación de su persona y la sensibilidad de su alma. Una bella voz, un aplomo imperturbable, más temperamento que inteligencia y más énfasis que lirismo, acababan de realzar aquel admirable temperamento de charlatán, en el que había algo de peluquero y de torero.

Entusiasmó desde la primera escena. Estrechaba a Lucía en sus brazos, la dejaba, volvía, parecía desesperado: tenía arrebatos de cólera, luego estertores elegíacos de una dulzura infinita, y las notas escapaban de su cuello desnudo llenas de sollozos y de besos. Emma se inclinaba para verle, arañando con sus uñas el terciopelo del palco. Llenaba su corazón con aquellos melodiosos lamentos que se prolongaban en el acompañamiento de los contrabajos, como gritos de náufragos en el tumulto de una tempestad. Reconocía toda aquella embriaguez y todas las angustias por las que había estado a punto de morir. La voz de la cantante no le parecía sino el eco de su conciencia, y aquella ilusión que la embelesaba, algo incluso de su propia vida. Pero nadie en la tierra la había amado con un amor semejante. Él no lloraba como Edgardo la última noche, a la luz de la luna, cuando se decían: «Hasta mañana; ¡hasta mañana!...». La sala se venía abajo con los bravos; repitieron la [141] entera; los enamorados hablaban de las flores de su tumba, de

juramentos, de exilio, de fatalidad, de esperanzas, y, cuando lanzaron el adiós final, Emma soltó un agudo chillido que se confundió con la vibración de los últimos acordes.

—¿Por qué se empeña en perseguirla ese señor? –preguntó Bovary.

—No es así –respondió ella–; es su amante.

—Sin embargo, jura vengarse de su familia, mientras el otro, el que vino hace un rato, decía: «Amo a Lucía y creo que me ama». Además, se ha ido con su padre, cogidos del brazo. Porque ese bajito feo que lleva una pluma de gallo en el sombrero es su padre, ¿verdad?

Pese a las explicaciones de Emma, desde el dúo recitativo en que Gilberto expone a su amo Ashton sus abominables intrigas, Charles, al ver el falso anillo de esponsales que ha de engañar a Lucía, creyó que era un recuerdo de amor enviado por Edgardo. Confesaba, además, que por culpa de la música no comprendía la historia, pues no dejaba oír bien la letra.

—¿Qué más da? –dijo Emma–; ¡cállate!

—Es que me gusta enterarme –replicó él inclinándose sobre su hombro–, ya lo sabes.

—¡Cállate! ¡Cállate! –repitió ella impacientada.

Lucía se adelantaba, sostenida a medias por sus doncellas, con una corona de azahar en el pelo, y más pálida que el raso blanco de su vestido. Emma pensaba en el día de su boda; y volvía a verse allí, en medio de los trigales, en el pequeño sendero, cuando se dirigían a la iglesia. ¿Por qué, como ésta, no había resistido, suplicado? Ella iba en cambio contenta, sin darse cuenta del abismo en el que se precipitaba... ¡Ah! Si en la lozanía de su belleza, antes de las mancillas del matrimonio y la desilusión del adulterio, hubiera podido poner su vida en algún gran corazón sólido, entonces la virtud, la ternura, la voluptuosidad y el deber se habrían concertado y nunca habría descendido de una felicidad tan alta. Mas aquella felicidad era, sin duda, una mentira imaginada para la desesperación de todo deseo. Ahora conocía la pequeñez de las pasiones que el arte exageraba. Esforzándose por apartar su pensamiento, Emma sólo quería ver en aquella reproducción de sus dolores una fantasía plástica buena para recrear la vista, y sonreía incluso en su interior con desdeñosa compasión cuando por el fondo del escenario, bajo la cortina de terciopelo, apareció un hombre con una capa negra.

Su gran chambergo español se le cayó al hacer un gesto; y al punto instrumentos y cantantes entonaron el sextuor[142]. Edgardo, resplandeciente de ira, dominaba a todos los demás con su voz más clara. Ashton le lanzaba en notas graves unas provocaciones homicidas, Lucía dejaba escapar su queja aguda, Arturo modulaba aparte sonidos medios, y la voz de barítono del ministro zumbaba como un órgano, mientras las voces de las mujeres, repitiendo sus palabras, atacaban de nuevo a coro, deliciosamente. Todos gesticulaban en la misma línea; y la cólera, la venganza, los celos, el terror, la misericordia y la estupefacción brotaban a la vez de sus bocas entreabiertas. El enamorado ultrajado blandía su espada desnuda; su cuello de guipur se alzaba a tirones, siguiendo los movimientos de su pecho, e iba de derecha a izquierda, a zancadas, haciendo sonar contra las tablas las espuelas bermejas de sus botas flexibles que se ensanchaban en el tobillo. Debía de sentir, pensaba ella, un amor inagotable, para

derramarlo sobre el público en efluvios tan amplios. Todas sus veleidades para denigrarlo se esfumaban bajo la poesía del papel, que se adueñaba de ella, y, arrastrada hacia el hombre por la ilusión del personaje, trató de imaginarse su vida, aquella vida clamorosa, extraordinaria, espléndida, que, sin embargo, ella habría podido llevar si el azar lo hubiera querido. ¡Se habrían conocido, se habrían amado! Con él, habría viajado por todos los reinos de Europa, de capital en capital, compartiendo sus fatigas y su orgullo, recogiendo las flores que le echaban, bordando ella misma sus trajes; luego, todas las noches, en el fondo de un palco, detrás de la celosía de rejas doradas, habría recogido, boquiabierta, las expansiones de aquella alma que únicamente habría cantado para ella; desde el escenario, y mientras representaba, él la miraría. Pero se apoderó de ella una idea loca: ¡él estaba mirándola, seguro! Sintió ganas de correr a sus brazos para refugiarse en su fuerza como en la encarnación del amor mismo, y de decirle, de gritarle: «¡Ráptame, llévame, partamos! ¡Para ti, para ti son todos mis ardores y todos mis sueños!».

Cayó el telón.

El olor del gas se mezclaba con los alientos; el aire de los abanicos volvía más bochornosa la atmósfera. Emma quiso salir; el público atestaba los pasillos, y volvió a dejarse caer en la butaca con palpitaciones que la sofocaban. Charles, temiendo que se desmayara, corrió al ambigú en busca de un vaso de horchata.

Consiguió a duras penas regresar a su sitio, pues a cada paso le golpeaban en los codos debido al vaso que llevaba en las manos, y hasta derramó las tres cuartas partes sobre los hombros de una ruanesa en manga corta, que, al sentir el frío líquido correrle por los riñones, lanzó chillidos de pavo real, como si la estuvieran asesinando. Su marido, dueño de una hilatura, se enfureció contra el torpe; y, mientras ella se limpiaba con el pañuelo las manchas de su hermoso vestido de tafetán color cereza, él mascullaba en tono desabrido las palabras de indemnización, gastos, reembolso. Charles llegó por fin junto a su mujer, diciéndole todo jadeante:

—¡De veras, creí que no volvía! ¡Hay tanta gente!... ¡Tanta gente!...

Añadió:

—¿A que no adivinas a quién he encontrado arriba? ¡Al señor Léon!

—¿Léon?

—¡El mismo! Va a venir a saludarte.

Y, cuando terminaba estas palabras, el antiguo pasante de Yonville entró en el palco.

Tendió la mano con desenvoltura de gentilhombre; y Madame Bovary adelantó maquinalmente la suya, obedeciendo sin duda a la atracción de una voluntad más fuerte. No la había sentido desde aquella noche de primavera en que llovía sobre las hojas verdes, cuando se dijeron adiós, de pie al borde de la ventana. Pero enseguida, volviendo a las conveniencias que la situación exigía, sacudió haciendo un esfuerzo aquel torpor de sus recuerdos y se puso a balbucir frases rápidas.

—¡Ah, hola!... ¡Cómo!, ¿usted aquí?

—¡Silencio! –gritó una voz del patio de butacas, porque empezaba el tercer acto.

—¿Así que está usted en Ruán?

—Sí.

—¿Y desde cuándo?

—¡Fuera! ¡Fuera!

Algunas cabezas se volvían hacia ellos; se callaron.

Pero, a partir de ese momento, Emma dejó de escuchar; y el coro de los invitados, la escena de Ashton y su criado, el gran dúo en re mayor, todo transcurrió para ella en la lejanía, como si los instrumentos se hubieran vuelto menos sonoros y los personajes hubiesen retrocedido; recordaba las partidas de cartas en casa del farmacéutico, y el paseo a casa de la nodriza, las lecturas en el cenador, las charlas a solas al amor de la lumbre, todo aquel humilde amor tan sereno y tan largo, tan discreto, tan tierno, y que sin embargo ella había olvidado. ¿Por qué, entonces, regresaba? ¿Qué combinación de aventuras volvía a ponerlo en su vida? Permanecía detrás de ella, con el hombro apoyado en el tabique; y, de vez en cuando, ella notaba que se estremecía bajo el soplo tibio de su respiración, que bajaba hasta su pelo.

—¿Le gusta esto? –le dijo inclinándose tanto sobre ella que la punta de su bigote le rozó la mejilla.

Ella respondió indolente:

—¡Oh! ¡Dios mío, no! No mucho.

Él propuso entonces salir del teatro para ir a tomar unos helados a cualquier parte.

—¡Ah, todavía no! ¡Quedémonos! –dijo Bovary–. Ella se ha soltado el pelo: esto promete ser trágico.

Pero la escena de la locura no le interesaba a Emma, y la interpretación de la cantante le pareció exagerada.

—Grita demasiado –dijo volviéndose hacia Charles, que escuchaba.

—Sí... quizá... un poco –replicó él, indeciso entre la franqueza de su placer y el respeto que sentía por las opiniones de su mujer.

Luego Léon dijo suspirando:

—Hace un calor...

—¡Insoportable, es verdad!

—¿Te encuentras mal? –preguntó Bovary.

—Sí, estoy ahogándome; vámonos.

El señor Léon puso delicadamente sobre los hombros de Emma su largo chal de encaje, y los tres fueron a sentarse al puerto, al aire libre, delante de la cristalera de un café.

Primero hablaron de su enfermedad, aunque Emma interrumpía a Charles de vez en cuando, por miedo, decía, a aburrir al señor Léon; y éste les contó que venía a Ruán a pasar dos años en un importante despacho, para adquirir práctica en los asuntos, que en Normandía eran diferentes de los que se trataban en París. Luego se interesó por Berthe, por la familia Homais, por la tía Lefrançois; y, como en presencia del marido no tenían nada más que decirse, la conversación no tardó en acabarse.

Del teatro salía gente que pasó por la acera, tarareando o cantando a voz en grito: *Ô bel ange, ma Lucie!* Entonces Léon, para dárselas de entendido, se puso a hablar de música. Había visto a Tamburini, a Rubini, a Persiani, a Grisi[143]; y, comparado con ellos,

Lagardy, a pesar de sus momentos de esplendor, no valía gran cosa.

—Sin embargo –le interrumpió Charles, que daba mordisquitos a su sorbete de ron–, dicen que en el último acto está realmente admirable; lamento haberme ido antes del final, porque empezaba a gustarme.

—De cualquier modo –dijo el pasante–, pronto dará otra función.

Pero Charles respondió que ellos se iban al día siguiente.

—A menos –añadió volviéndose hacia su mujer– que quieras quedarte sola, gatito mío.

Y, cambiando de táctica ante aquella ocasión inesperada que se ofrecía a su esperanza, el joven empezó a elogiar a Lagardy en el trozo final. ¡Era algo soberbio, sublime! Entonces Charles insistió:

—Podrías volver el domingo. Vamos, ¡decídete! Haces mal si sientes que eso, por poco que sea, te hace bien.

Entre tanto, las mesas de alrededor iban quedándose vacías; un camarero se apostó discretamente cerca de ellos; Charles, que comprendió, sacó su cartera; el pasante le retuvo por el brazo, e incluso no olvidó dejar de propina dos monedas de plata que hizo sonar contra el mármol.

—Lamento de veras –murmuró Bovary– el dinero que usted...

El otro hizo un gesto desdeñoso lleno de cordialidad, y, cogiendo el sombrero:

—De acuerdo, ¿verdad? ¿Mañana a las seis?

Charles dijo una vez más que él no podía ausentarse por más tiempo; pero nada impedía que Emma...

—Es que... –balbució ella con singular sonrisa–, no sé si...

—¡Bueno!, piénsalo, ya veremos, la noche es buena consejera...

Luego, a Léon, que les acompañaba:

—Ahora que ya está usted en nuestra tierra, espero que de vez en cuando venga a comer a casa.

El pasante respondió que no dejaría de hacerlo, porque además tenía que ir a Yonville por un asunto de su despacho. Y se separaron delante del pasaje Saint-Herbland en el momento en que en la catedral daban las once y media.

Tercera parte[144]

I

El señor Léon, mientras estudiaba leyes, había frecuentado con cierta asiduidad *La Chaumière* [145], donde llegó a conseguir sonados éxitos con las modistillas, que le encontraban *aire distinguido*. Era el más formal de los estudiantes; no llevaba el pelo ni demasiado largo ni demasiado corto, no se gastaba a primeros de mes el dinero del trimestre, y mantenía buenas relaciones con sus profesores. En cuanto a cometer excesos, siempre se había abstenido, tanto por pusilanimidad como por delicadeza.

A menudo, cuando se quedaba leyendo en su cuarto, o sentado por la tarde bajo los tilos del Luxembourg[146], dejaba caer su código al suelo y el recuerdo de Emma le volvía. Pero poco a poco este sentimiento fue debilitándose y otros anhelos se acumularon sobre él, aunque persistiese, pese a todo, a través de ellos; porque Léon no perdía del todo la esperanza, y para él había una especie de promesa incierta balanceándose en el futuro, como una fruta de oro suspendida de algún follaje fantástico.

Después, al verla de nuevo al cabo de tres años de ausencia, su pasión despertó. Había que decidirse por fin a querer poseerla, pensaba. Por otro lado, su timidez se había ido desgastando con el trato de amistades alegres, y volvía a la provincia despreciando todo lo que no pisaba con pie charolado el asfalto del bulevar. Junto a una parisina con encajes, en el salón de algún doctor ilustre, personaje condecorado y con coche, el pobre pasante hubiera temblado probablemente como un niño; pero aquí, en Ruán, en el puerto, ante la mujer de aquel medicucho, se sentía cómodo, seguro de antemano de que la deslumbraría. El aplomo depende de los ambientes en que uno se instala: no se habla en el entresuelo como en el cuarto piso, y la mujer rica parece tener en torno suyo, para guardar su virtud, todos sus billetes de banco, como una coraza, en el forro del corsé.

Al separarse del matrimonio Bovary la víspera por la noche, Léon los había seguido de lejos por la calle; luego, tras verlos detenerse en *La Croix Rouge*, había dado media vuelta y pasado toda la noche meditando un plan.

Y, al día siguiente, hacia las cinco, entró en la cocina de la posada, con un nudo en la garganta, las mejillas pálidas y esa resolución de los cobardes a los que nada detiene.

—El señor no está –le contestó un criado.

Esto le pareció de buen augurio. Subió.

Ella no se sintió turbada al verle; al contrario, se disculpó por haber olvidado decirle dónde se hospedaban.

—¡Oh!, lo he adivinado –replicó Léon.

—¿Cómo?

Pretendió que había sido guiado hacia ella, al azar, por el instinto. Ella empezó a sonreír, y al instante, para reparar su tontería, Léon contó que había pasado la mañana

buscándola, uno tras otro, en todos los hoteles de la ciudad.

—¿Está entonces decidida a quedarse? –añadió él.

—Sí –dijo ella–, y he hecho mal. No hay que acostumbrarse a placeres que no podemos permitirnos cuando a nuestro alrededor tenemos mil exigencias...

—¡Sí!, ya me lo figuro...

—¡Eh!, eso sí que no, porque usted no es mujer.

Pero también los hombres tenían sus preocupaciones, y entonces entablaron una conversación con algunas reflexiones filosóficas. Emma habló largo y tendido sobre las miserias de los afectos terrenales y el eterno aislamiento en que el corazón queda sepultado.

Para hacerse valer, o por una imitación ingenua de aquella melancolía que provocaba la propia, el joven declaró que se había aburrido soberanamente durante todo el tiempo de sus estudios. El Derecho Procesal le irritaba, le atraían otras vocaciones y su madre no cesaba de atormentarlo en cada carta. Como ambos concretaban cada vez más los motivos de su pesadumbre, cada uno, a medida que hablaba, iba exaltándose un poco en aquella confidencia progresiva. Pero a veces se interrumpían ante la exposición completa de su idea, y entonces trataban de imaginar una frase que sin embargo pudiera traducirla. Ella no confesó su pasión por otro; él no dijo que la había olvidado.

Quizá él ya no recordaba sus juergas después del baile de carnaval, con mujerzuelas disfrazadas de descargadoras; y ella seguramente no se acordaba ya de las citas del pasado, cuando corría por la mañana entre la alta hierba hacia el castillo de su amante. Apenas llegaban hasta ellos los ruidos de la ciudad; y la habitación parecía pequeña, como a propósito para estrechar más su soledad. Emma, vestida con una bata de bombasí, apoyaba el moño en el respaldo del viejo sillón; el papel amarillo de la pared creaba una especie de fondo de oro a su espalda; y su cabeza descubierta se repetía en el espejo con la raya blanca al medio y la punta de las orejas sobresaliendo bajo sus bandós.

—Pero, perdón –dijo–, ¡hago mal! ¡Estoy aburriéndole con mis eternas quejas!

—¡No, nunca, nunca!

—¡Si usted supiera –continuó ella, alzando hacia el techo sus bellos ojos, de los que se desprendía una lágrima– todo lo que yo había soñado!

—¡Y yo también! ¡Ay, cuánto he sufrido! Muchas veces salía, me iba, paseaba sin ganas por los muelles, me aturdía con el ruido de la multitud sin poder desterrar la obsesión que me perseguía. En el bulevar, en una tienda de estampas, hay un grabado italiano que representa una Musa. Lleva túnica y está mirando la luna, con miosotis prendidas en su pelo suelto. Algo me empujaba hacia allí continuamente; allí he pasado horas enteras.

Luego, con voz trémula:

—Se parecía un poco a usted.

Madame Bovary volvió la cabeza para que él no viera en sus labios la irresistible sonrisa que sentía subir a ellos.

—A menudo –prosiguió él–, le escribía cartas que luego rompía.

Ella no contestaba. Él continuó:

—A veces imaginaba que un azar la traería aquí. He creído reconocerla en las esquinas de las calles, y corría detrás de todos los coches de punto en cuya portezuela flotaba un chal, un velo como el suyo...

Parecía decidida a dejarle hablar sin interrumpirle. Cruzando los brazos y con la cara baja, contemplaba la lazada de sus zapatillas y en su raso hacía a intervalos pequeños movimientos con los dedos del pie.

Sin embargo, suspiró:

—Lo más lamentable es llevar, como yo, una existencia inútil, ¿verdad? Si nuestros dolores pudieran servirle a alguien, ¡nos consolaríamos con la idea del sacrificio!

Él se puso a alabar la virtud, el deber y las inmolaciones silenciosas, pues él mismo tenía una increíble necesidad de abnegación que no podía saciar.

—¡Cuánto me gustaría –dijo ella– ser una monja de hospital!

—Por desgracia –replicó él–, los hombres no tienen esas misiones santas, y no veo en ninguna parte ninguna profesión..., a no ser, quizá, la de médico...

Con un leve encogimiento de hombros, Emma le interrumpió para quejarse de su enfermedad, de la que había estado a punto de morir; ¡qué lástima!, ahora ya no sufría. Acto seguido Léon envidió *la calma de la tumba*, y una noche, incluso, había escrito su testamento encargando que lo enterrasen con aquel bonito cubrecama, de franjas de terciopelo, que ella le había regalado; pues así es como querrían haber sido, forjándose ambos un ideal al que ajustaban ahora su vida pasada. Por otra parte, la palabra es un laminador que prolonga siempre los sentimientos.

Pero ante aquel invento del cubrecama:

—¿Por qué? –preguntó ella.

—¿Por qué?

Él dudaba.

—¡Porque la quise mucho!

Y, felicitándose por haber salvado la dificultad, Léon espió con el rabillo del ojo su fisonomía.

Fue como el cielo cuando una ráfaga de viento barre las nubes. De sus ojos azules pareció retirarse el montón de pensamientos tristes: toda su cara resplandeció.

Él aguardaba. Por fin ella respondió:

—Siempre lo sospeché...

Entonces se contaron los pequeños acontecimientos de aquella existencia lejana cuyos placeres y melancolías acababan de resumir en una sola palabra. Él recordaba el cenador de clemátides, los vestidos que ella había llevado, los muebles de su cuarto, toda su casa.

—¿Y qué ha sido de nuestros pobres cactus?

—El frío los mató este invierno.

—¡Ay, si supiera cuánto he pensado en ellos! A menudo volvía a verlos como antes, cuando, en las mañanas de verano, el sol daba en las celosías..., y yo divisaba sus dos brazos desnudos pasando entre las flores.

—¡Pobre amigo mío! –dijo ella tendiéndole la mano.

Léon se apresuró a pegar a ella sus labios. Luego, después de haber respirado profundamente:

—En aquel tiempo, usted era para mí no sé qué fuerza incomprensible que cautivaba mi vida. Una vez, por ejemplo, fui a su casa; pero seguramente no se acuerda, ¿verdad?

—Sí –dijo ella–. Continúe.

—Usted estaba abajo, en la antesala, a punto de salir, en el último escalón; — por cierto, llevaba un sombrero de florecitas azules; y, sin ninguna invitación de su parte, la acompañé a pesar mío. Pero a cada minuto me daba más cuenta de mi estupidez y seguía caminando muy cerca de usted sin atreverme a seguirla del todo y sin querer dejarla. Cuando entraba usted en una tienda, me quedaba en la calle, la miraba por el cristal quitarse los guantes y contar el dinero en el mostrador. Luego llamó a la casa de la señora Tuvache, le abrieron, y yo me quedé como un idiota delante del pesado portalón que se había cerrado a su espalda.

Mientras le escuchaba, Madame Bovary se sorprendía de ser tan vieja; todas aquellas cosas que reaparecían le daban la impresión de alargar su existencia; aquello creaba una especie de inmensidades sentimentales a las que se transportaba; y de vez en cuando decía en voz baja y con los párpados entornados:

—Sí, ¡es verdad!... ¡Es verdad!... ¡Es verdad!...

Oyeron dar las ocho en los diferentes relojes del barrio Beauvoisine, que está lleno de internados, de iglesias y de grandes palacetes abandonados. Habían dejado de hablar; pero, al mirarse, sentían un rumor en sus cabezas, como si algo sonoro hubiera escapado recíprocamente de sus pupilas fijas. Acababan de unir sus manos; y el pasado, el porvenir, las reminiscencias y los sueños, todo se mezclaba en la dulzura de aquel éxtasis. La oscuridad se espesaba en las paredes, donde seguían brillando, medio perdidos en la sombra, los vivos colores de cuatro estampas que representaban cuatro escenas de *La torre de Nesle*[147], con una leyenda al pie, en español y en francés. Por la ventana de guillotina se veía una esquina de cielo negro, entre tejados puntiagudos.

Ella se levantó para encender dos velas sobre la cómoda, luego volvió a sentarse.

—Y bien... –dijo Léon.

—¿Y bien?... –preguntó ella.

Y él buscaba la manera de reanudar el diálogo interrumpido cuando ella le dijo:

—¿Por qué hasta ahora nadie me ha expresado nunca sentimientos parecidos?

El pasante exclamó que las naturalezas ideales eran difíciles de comprender. La había amado nada más verla; y se desesperaba pensando en la felicidad que habrían logrado si, por favor del azar, de haberse encontrado antes, se hubieran unido uno a otro de manera indisoluble.

—Lo he pensado a veces –continuó ella.

—¡Qué sueño! –murmuró Léon.

Y jugueteando delicadamente con el ribete azul de su largo cinturón blanco, añadió:

—¿Y quién nos impide que volvamos a empezar?...

—No, amigo mío –respondió ella–. Yo soy demasiado vieja..., usted es demasiado joven... ¡Olvídeme! Otras le querrán..., y usted las querrá.

—¡No como a usted! –exclamó él.

—¡Qué niño es! Venga, seamos sensatos. ¡Lo exijo!

Le hizo ver la imposibilidad de su amor, y que debían atenerse, como antes, a los simples términos de una amistad fraterna.

¿Hablaba en serio al decirlo? Sin duda Emma no sabía nada de sí misma, totalmente dominada por el encanto de la seducción y la necesidad de defenderse de él; y, contemplando al joven con una mirada tierna, rechazaba dulcemente las tímidas caricias que sus manos trémulas intentaban.

—¡Ah, perdón! –dijo él retrocediendo.

Y Emma se sintió presa de un vago espanto ante aquella timidez, más peligrosa para ella que la audacia de Rodolphe cuando salía a su encuentro con los brazos abiertos. Ningún hombre le había parecido nunca tan bello. De su apariencia emanaba un candor exquisito. Entornaba sus largas y finas pestañas, que se curvaban. Sus mejillas, de suave epidermis, enrojecían –pensaba ella– de deseo hacia su persona, y Emma sentía la invencible tentación de poner en ellas sus labios. Entonces, inclinándose hacia el péndulo como para mirar la hora:

—¡Qué tarde es, Dios mío! –dijo–; ¡cuánto charlamos!

Él comprendió la alusión y buscó su sombrero.

—¡Si hasta se me ha olvidado el teatro! ¡Y ese pobre de Bovary, que me dejó aquí expresamente para eso! El señor Lormeaux, de la calle Grand-Pont, debía llevarme con su mujer.

Y había perdido la oportunidad, porque se marchaba al día siguiente.

—¿De veras? –dijo Léon.

—Sí.

—Pero tengo que volver a verla –añadió él–, tengo que decirle...

—¿Qué?

—¡Una cosa... grave, seria! ¡Pero no, además no se marchará, es imposible! ¡Si usted supiera!... ¡Escúcheme!... ¿No me ha comprendido acaso? ¿No ha adivinado entonces?...

—Pues bien que se explica usted –dijo Emma.

—¡Ah, burlas encima! ¡Basta, basta! Por piedad, haga que vuelva a verla..., una vez..., una sola.

—¡Bueno!...

Y se detuvo; luego, como arrepintiéndose:

—¡Oh, aquí no!

—Donde usted quiera.

—¿Quiere que...?

Pareció reflexionar, y, en tono breve:

—Mañana a las once, en la catedral.

—¡Allí estaré! –exclamó él cogiéndole las manos, que ella retiró.

Y, como los dos estaban de pie, él detrás de ella y Emma bajaba la cabeza, se inclinó hacia su cuello y la besó largamente en la nuca.

—¡Pero está loco! ¡Ah, está usted loco! –decía con risitas sonoras mientras los besos se multiplicaban.

Entonces, adelantando la cabeza por encima de su hombro, Léon pareció buscar el consentimiento de sus ojos. Cayeron sobre él, llenos de majestad glacial.

Léon retrocedió tres pasos para irse. Se quedó en el umbral. Luego musitó con voz trémula:

—Hasta mañana.

Emma respondió con un gesto de cabeza y desapareció como un pájaro en la estancia contigua.

Por la noche, escribió al pasante una interminable carta para cancelar la cita: ahora todo había terminado, y por su propia felicidad ya no debían volver a verse. Pero, cuando hubo cerrado la carta, como no sabía la dirección de Léon, se vio en apuros.

«Seguro que irá a la cita, yo misma se la daré», se dijo.

Al día siguiente, Léon, con la ventana abierta y canturreando en el balcón, se charoló él mismo los escarpines, y con varias capas. Se puso un pantalón blanco, calcetines finos, levita verde, echó en el pañuelo todos los perfumes que tenía, luego, después de hacerse rizar el pelo, se lo desrizó para darle más elegancia natural.

«¡Todavía es demasiado pronto!», pensó mirando el reloj de cuco del peluquero, que marcaba las nueve.

Leyó una vieja revista de modas, salió, se fumó un puro, subió tres calles, pensó que ya era la hora y se dirigió despacio al atrio de Notre-Dame.

Era una hermosa mañana de verano. La plata relucía en las tiendas de los orfebres y la luz que caía oblicua sobre la catedral ponía reflejos en las aristas de las piedras grises; una bandada de pájaros revoloteaba en el cielo azul, alrededor de los campaniles trilobulados; la plaza, resonante de gritos, olía a las flores que bordeaban su empedrado, rosas, jazmines, claveles, narcisos y nardos, que alternaban desigualmente con plantas verdes, hierbas de gato y álsine para los pájaros; en el centro gorgoteaba la fuente, y bajo amplios paraguas, entre melones colocados en pirámides, unas vendedoras con la cabeza descubierta envolvían en papel ramilletes de violetas.

El joven cogió uno. Era la primera vez que compraba flores para una mujer; y, al olerlas, su pecho se hinchó de orgullo, como si aquel homenaje destinado a otra se hubiera vuelto hacia él.

Pero temía que lo vieran; entró resueltamente en la iglesia.

En ese momento, el pertiguero estaba de pie en el umbral, en medio del pórtico de la izquierda, debajo de la *Mariamma danzando*<^[148], plumero en la cabeza, espadín en la pantorrilla, bastón en la mano, más majestuoso que un cardenal y reluciente como un santo copón.

Avanzó hacia Léon, y, con esa sonrisa de benignidad zalamera que adoptan los eclesiásticos cuando hacen preguntas a los niños:

—El señor no debe de ser de aquí. ¿Desea ver el señor las curiosidades de la iglesia?

—No –repuso el otro.

Y dio primero una vuelta a las naves laterales. Después volvió a echar un vistazo a la

plaza. Emma no llegaba. Subió de nuevo hasta el coro.

La nave se reflejaba en las pilas llenas de agua bendita, junto con el arranque de las ojivas y algunas partes de vidriera. Pero el reflejo de las pinturas, quebrándose en el borde del mármol, seguía más allá, sobre las losas, como una abigarrada alfombra. La claridad del exterior se prolongaba en la iglesia en tres rayos enormes por los tres pórticos abiertos. De vez en cuando, por el fondo pasaba un sacristán haciendo ante el altar la oblicua genuflexión de los devotos con prisa. Las arañas de cristal colgaban inmóviles. En el coro ardía una lámpara de plata; y, de las capillas laterales, de las zonas sombrías de la iglesia, salían a veces como exhalaciones de suspiros, con el chirrido de una verja que volvía a cerrarse repercutiendo su eco bajo las altas bóvedas.

Léon caminaba con paso grave pegado a las paredes. Nunca la vida le había parecido tan buena. Ella llegaría enseguida, encantadora, agitada, espiando a su espalda las miradas que pudieran seguirla — y con su vestido de volantes, sus lentes de oro, sus finísimas botinas, con toda clase de elegancias que él aún no había probado, y con la inefable seducción de la virtud que sucumbe. La iglesia, como un tocador gigantesco, se ordenaba en torno a ella; las bóvedas se inclinaban para recoger en la sombra la confesión de su amor; los vitrales resplandecían para iluminar su rostro, y los incensarios arderían para que ella apareciese como un ángel, entre el humo de los perfumes.

Pero no aparecía. Se instaló en una silla y sus ojos encontraron un vitral azul donde se ve a unos barqueros que llevan unas canastas. Lo miró largo rato atentamente, y contaba las escamas de los peces y los ojales de los jubones mientras su pensamiento vagabundeaba en busca de Emma[149].

A cierta distancia, el pertiguero se indignaba en su fuero interno contra aquel individuo que se permitía admirar por su cuenta la catedral. Le parecía que su conducta resultaba monstruosa, que en cierto modo le robaba y que casi cometía un sacrilegio.

Pero un frufrú de seda sobre las losas, el borde de un sombrero, una esclavina negra... ¡Era ella! Léon se levantó, corrió a su encuentro.

Emma estaba pálida. Caminaba deprisa.

—¡Lea! –le dijo tendiéndole un papel. ¡Oh..., no!

Y bruscamente retiró la mano para entrar en la capilla de la Virgen, donde, arrodillándose junto a una silla, se puso a rezar.

Al joven le irritó aquella extravagancia de mojigata; pero luego sintió cierto encanto al verla, en medio de la cita, absorta de aquel modo en sus oraciones como una marquesa andaluza; pero no tardó en aburrirse, porque ella no acababa.

Emma rezaba, o más bien se esforzaba en rezar, esperando que del cielo le llegase alguna súbita resolución; y, para ganarse el auxilio divino, se llenaba los ojos con los esplendores del tabernáculo, aspiraba el perfume de las julianas blancas abiertas en los grandes jarrones, y prestaba oído al silencio de la iglesia, que no hacía sino acelerar el tumulto de su corazón.

Ya se levantaba e iban a marcharse cuando el pertiguero se acercó corriendo para decirles:

—La señora no debe de ser de aquí. ¿Desea ver la señora las curiosidades de la iglesia?

—¡Pues no! –exclamó el pasante.

—¿Por qué no? –replicó ella.

Y es que con su virtud vacilante se aferraba a la Virgen, a las esculturas, a las tumbas, a cualquier ocasión.

Entonces, con el fin de proceder *con orden*, el pertiguero los guió hasta la entrada, cerca de la plaza, donde, señalándoles con el bastón un gran círculo de losas negras, sin inscripciones ni cinceladuras:

—Aquí tienen la circunferencia de la hermosa campana de Amboise –dijo majestuosamente–. Pesaba cuarenta mil libras. No había otra igual en toda Europa. El operario que la fundió murió de alegría...

—Vámonos –dijo Léon.

El buen hombre siguió caminando; luego, de vuelta en la capilla de la Virgen, extendió los brazos en un gesto sintético de presentación, y más orgulloso que un propietario rural enseñando sus espaldares:

—Esta simple losa cubre a Pierre de Brézé, señor de la Varenne y de Brissac, gran mariscal de Poitou y gobernador de Normandía, muerto en la batalla de Montlhéry el 16 de julio de 1465.

Léon pateaba el suelo sobre el sitio mordiéndose los labios.

—Y, a la derecha, ese gentilhombre todo cubierto de hierro, montado en un caballo que se encabrita, es su nieto Louis de Brézé, señor de Breval y de Montchauvet, conde de Maulevrier, barón de Mauny, chambelán del rey, caballero de la Orden[150] y asimismo gobernador de Normandía, muerto el 23 de julio de 1531, un domingo, como reza la inscripción; y, debajo, ese hombre que se dispone a descender a la tumba representa exactamente lo mismo. ¿Verdad que es imposible ver una representación más perfecta de la nada?

Madame Bovary sacó sus lentes. Léon, inmóvil, la miraba, sin intentar siquiera decirle una palabra ni hacer un solo gesto, tan desanimado se sentía ante aquella doble actitud de charlatanería e indiferencia.

El eterno guía continuaba:

—Junto a él, esa mujer arrodillada que llora es su esposa Diana de Poitiers, condesa de Brézé, duquesa de Valentinois, nacida en 1499, muerta en 1566; y a la izquierda, la que lleva un niño, la santa Virgen. Miren ahora hacia este lado: ahí tienen los sepulcros de los d'Amboise. Ambos fueron cardenales y arzobispos de Ruán. Aquél era ministro del rey Luis XII. Hizo mucho bien a la catedral. En su testamento dejó treinta mil escudos de oro para los pobres.

Y sin detenerse, mientras seguía hablando, los empujó hacia una capilla llena de balaustradas, apartó algunas y dejó al descubierto una especie de bloque que bien podía haber sido una estatua mal hecha.

—En otro tiempo decoraba –dijo con un largo gemido– la tumba de Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra y duque de Normandía. Fueron los calvinistas, señor, quienes nos la redujeron a este estado. Lo habían sepultado, por maldad, en el suelo, bajo la sede episcopal de monseñor. Miren, aquí tienen la puerta por la que monseñor va a sus

aposentos. Pasemos ahora a ver los vitrales de la Gárgola.

Pero Léon sacó vivamente una moneda de plata del bolsillo y cogió a Emma del brazo. El pertiguero se quedó estupefacto, sin comprender aquella munificencia intempestiva cuando al forastero aún le quedaban tantas cosas por ver. Por eso, volviendo a llamarle:

—¡Eh, señor! ¡La aguja, la aguja![151]...

—Gracias –dijo Léon.

—¡Hace mal el señor! Tendrá cuatrocientos cuarenta pies, nueve menos que la gran pirámide de Egipto. Es toda ella de hierro colado, es...

Léon huía; tenía la impresión de que su amor, inmovilizado como las piedras en la iglesia desde hacía casi dos horas, iba a evaporarse ahora como el humo por esa especie de tubo truncado, de jaula oblonga, de chimenea calada, que se aventura de forma tan grotesca sobre la catedral como la extravagante tentativa de algún calderero chiflado.

—¿Adónde vamos? –decía ella.

Sin responder, él seguía andando con paso rápido, y ya Madame Bovary estaba humedeciendo sus dedos en el agua bendita cuando oyeron a sus espaldas una fuerte respiración jadeante, entrecortada a intervalos regulares por el golpeteo de un bastón. Léon se volvió:

—¡Señor!

—¿Qué?

Y reconoció al pertiguero llevando bajo el brazo y manteniendo en equilibrio contra su vientre alrededor de una veintena de grandes volúmenes encuadernados. Eran las obras *que trataban de la catedral*.

—¡Imbécil! –gruñó Léon lanzándose fuera de la iglesia.

Un chaval jugueteaba en el atrio:

—¡Vete a buscarme un coche de punto!

El crío partió como una bala por la calle des Quatre-Vents; entonces se quedaron solos unos minutos, frente a frente y algo azorados.

—¡Ah, Léon!... ¡Realmente..., no sé... si debo...!

Hacía melindres. Luego, en tono grave:

—No es muy decente, ¿sabe usted?

—¿Por qué? –replicó el pasante–. ¡En París se hace!

Y esa frase, como un argumento irresistible, la decidió.

Pero el coche no llegaba. Léon tenía miedo a que ella volviera a meterse en la iglesia. Por fin apareció el coche.

—¡Salgan al menos por el pórtico del norte! –les gritó el pertiguero, que permanecía en el umbral–, para ver la *Resurrección,* el *Juicio Final*, el *Paraíso*, el *Rey David*, y los *Réprobos* en las llamas del infierno.

—¿Adónde va el señor? –preguntó el cochero.

—¡Adonde usted quiera! –dijo Léon[152] empujando a Emma dentro del coche.

Y el pesado trasto se puso en marcha.

Bajó por la calle Grand-Pont, cruzó la Place des Arts, el Quai Napoléon, el Pont-Neuf y se detuvo en seco delante de la estatua de Pierre Corneille.

—¡Siga! –dijo una voz que salía del interior.

Arrancó el coche de nuevo, y, dejándose llevar, siguió cuesta abajo desde el cruce de La Fayette y entró a galope tendido en la estación del ferrocarril.

—¡No, siga recto! –gritó la misma voz.

El coche salió de las verjas, y enseguida, una vez llegado a la alameda, trotó despacio entre los grandes olmos. El cochero se enjugó la frente, se puso el sombrero de cuero entre las piernas y sacó el coche fuera de los paseos laterales, hasta la orilla del agua, junto a la hierba.

Siguió a lo largo del río por el camino de sirga pavimentado de piedras apiladas sin argamasa, y, durante largo rato, por la parte de Oyssel, pasadas las islas.

Pero de pronto echó a correr a través de Quatremares, Sotteville, la Grande-Chaussée, la calle d'Elbeuf, y se paró por tercera vez delante del Jardín Botánico.

—¡Que siga! –exclamó la voz más furiosa todavía.

E inmediatamente, reanudando su carrera, pasó por Saint-Sever, por el Quai des Curandiers, por el Quai aux Meules, una vez más por el puente, por la Place du Champ-de-Mars y por detrás de los jardines del hospicio, donde unos viejos de chaqueta negra paseaban al sol, a lo largo de una terraza toda verdecida de hiedra. Volvió a subir Bouvreuil, recorrió el bulevar Cauchoise, luego todo el Mont-Riboudet hasta la cuesta de Deville.

Volvió atrás; y entonces, sin plan ni dirección, al azar, vagabundeó de acá para allá. Fue visto en Saint-Pol, en Lescure, en el monte Gargan, en La Rouge-Mare y en la Place du Gaillard-Bois; en la calle Maladrerie, en la calle Dinanderie, delante de Saint-Romain, Saint-Vivien, Saint-Maclou, Saint-Nicaise — delante de la Aduana — en la Basse-Vieille Tour, en Les Trois-Pipes y en el Cementerio Monumental. De vez en cuando, el cochero lanzaba desde el pescante miradas de desesperación a las tabernas. No comprendía qué furia de locomoción impulsaba a sus pasajeros a no querer pararse. A veces él lo intentaba, pero no tardaba en oír a su espalda exclamaciones de cólera. Entonces fustigaba con más fuerza a sus dos pencos bañados en sudor, pero sin fijarse en los baches, tropezando acá y allá, sin importarle nada, desmoralizado y casi llorando de sed, de cansancio y de tristeza.

Y en el puerto, en medio de carruajes de carga y de barricas, y en las calles, en la esquina de los guardacantones, los vecinos se quedaban atónitos ante aquella cosa tan inusitada en provincias, un coche con las cortinillas echadas, que reaparecía una y otra vez de aquella manera, más cerrado que una tumba y dando tumbos como un barco.

Una vez, en mitad del día, en pleno campo, cuando el sol pegaba con más fuerza contra los viejos faroles plateados, una mano desnuda pasó bajo las cortinillas de tela amarilla y tiró unos pedacitos de papel, que se dispersaron al viento y fueron a caer más lejos, como mariposas blancas, sobre un campo de tréboles rojos en flor.

Luego, a eso de las seis, el coche se detuvo en una calleja del barrio Beauvoisine, y de él se bajó una mujer que caminaba con el rostro cubierto con un velo, sin volver la cabeza.

II

Al llegar a la posada, a Madame Bovary le extrañó no ver la diligencia. Hivert, que la había esperado cincuenta y tres minutos, había terminado por marcharse.

Nada, sin embargo, la obligaba a volver; pero había dado su palabra de que regresaría aquella misma noche. Además, Charles la esperaba; y ya empezaba a sentir en el corazón esa cobarde docilidad que, para muchas mujeres, es al mismo tiempo el castigo y el tributo del adulterio.

Hizo deprisa su equipaje, pagó la cuenta, tomó en el patio un cabriolé, y, metiendo prisa al palafrenero, animándole, preguntando a cada instante la hora y los kilómetros recorridos, consiguió alcanzar a *La Golondrina* cerca de las primeras casas de Quincampoix.

Nada más sentarse en su rincón, cerró los ojos, que abrió de nuevo al pie de la cuesta, donde reconoció de lejos a Félicité, que aguardaba al acecho delante de la casa del herrador. Hivert frenó sus caballos, y la cocinera, subiéndose hasta el montante, dijo misteriosa:

—Señora, tiene que ir enseguida a casa del señor Homais. Es por algo urgente.

El pueblo estaba en silencio, como de costumbre. En las esquinas de las calles había pequeños montones de color rosa que ahumaban el aire, pues era la época de las mermeladas, y todo el mundo en Yonville preparaba su provisión el mismo día. Pero delante de la tienda del farmacéutico todos admiraban un montón más grande, que sobrepasaba al resto con la superioridad que un despacho de farmacia debe tener sobre los fogones familiares, y una necesidad general sobre los caprichos individuales.

Entró. El gran sillón estaba caído, y hasta *Le Fanal de Rouen* yacía por el suelo, abierto entre dos manos de mortero. Empujó la puerta del pasillo; y, en medio de la cocina, entre las jarras pardas llenas de grosellas desgranadas, de azúcar en polvo, de azúcar en terrones, de balanzas sobre la mesa, de calderos al fuego, vio a todos los Homais, grandes y chicos, con delantales que les subían hasta la barbilla, empuñando unos tenedores en la mano. Justin, de pie, agachaba la cabeza, y el farmacéutico gritaba:

—¿Quién te dijo que fueras a buscarlo a la leonera[153]?

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? –respondió el boticario–. Estamos haciendo mermeladas: estaban cociéndose, y, a punto de salirse porque hervían demasiado fuerte, pido otro caldero. Entonces él, por gandulería, por pereza, ha ido a coger, colgada como estaba de su clavo en mi laboratorio, ¡la llave de la leonera!

Llamaba así el boticario a un gabinete, debajo del tejado, lleno de utensilios y mercancías de su profesión. A menudo pasaba allí largas horas solo poniendo etiquetas,

trasvasando, volviendo a tapar; y lo consideraba no como un simple almacén, sino como un verdadero santuario, de donde salían luego, elaboradas por sus manos, toda clase de píldoras, bolos, tisanas, lociones y pócimas, que difundían su celebridad por los contornos. Nadie en el mundo ponía allí los pies; y tanto lo respetaba que él mismo lo barría. En fin, si la farmacia, abierta a cualquiera, era el lugar donde exhibía su orgullo, la leonera era el refugio donde, concentrándose de manera egoísta, Homais se deleitaba en el ejercicio de sus predilecciones; por eso la torpeza de Justin le parecía de una irreverencia monstruosa; y, más rubicundo que las grosellas, repetía:

—¡Sí, de la leonera! ¡La llave que encierra los ácidos con los álcalis cáusticos! ¡Haber ido a coger un caldero de reserva! ¡Un caldero con tapadera! ¡Y que quizá ni yo mismo usaré nunca! ¡Todo tiene su importancia en las delicadas operaciones de nuestro arte! Pero ¡qué diablos!, hay que distinguir y no emplear para usos casi domésticos lo que está destinado a los farmacéuticos. Es lo mismo que trinchar una pularda con un escalpelo, como si un magistrado...

—¡Pero cálmate! –decía la señora Homais.

Y Athalie, tirándole de la levita:

—¡Papá! ¡Papá!

—¡No, dejadme! –proseguía el boticario–, ¡dejadme, caray! ¡Mejor hubiera sido abrir una tienda de comestibles, palabra de honor! ¡Vamos!, ¡adelante, no respetes nada! ¡Rompe!, ¡destroza!, ¡suelta las sanguijuelas!, ¡quema la melcocha!, ¡escabecha los pepinillos en los bocales!, ¡rasga las vendas!

—Pero usted tenía... –dijo Emma.

—¡Espere un poco! — ¿Sabes a lo que te exponías? ¿No has visto nada en el rincón, a la izquierda, en la tercera tablilla? ¡Habla, responde, di algo!

—Yo... no sé... –balbució el muchacho.

—¡Ah, no sabes! Pues bien, ¡yo sí sé! ¿Has visto un tarro de cristal azul, lacrado con cera amarilla, que contiene un polvo blanco y sobre el cual hasta escribí: «¡Peligroso!»? ¿Y sabes lo que había dentro? ¡Arsénico! ¡Y se te ocurre tocar eso!, ¡coger un caldero que está al lado!

—¡Al lado! –exclamó la señora Homais juntando las manos–. ¿Arsénico? ¡Podías habernos envenenado a todos!

Y los niños se pusieron a berrear, como si ya sintieran unos dolores atroces en sus entrañas.

—¡O envenenar a un enfermo! –continuaba el boticario–. ¿Querías acaso enviarme al banquillo de los criminales, ante los tribunales? ¿Verme llevado a rastras al cadalso? Ni te imaginas el cuidado que pongo cuando lo manipulo, a pesar de estar muy acostumbrado. ¡Cuántas veces yo mismo me espanto cuando pienso en mi responsabilidad! ¡Porque el Gobierno nos persigue, y la absurda legislación que nos rige es como una verdadera espada de Damocles suspendida sobre nuestra cabeza!

Emma ya no pensaba en preguntar para qué la llamaban, y el farmacéutico proseguía con frases jadeantes:

—¡Así es como agradeces las bondades que tenemos contigo! ¡Ésta es la recompensa

por los cuidados totalmente paternales que te dispenso! Porque, de no ser por mí, ¿dónde estarías? ¿Qué harías? ¿Quién te provee de alimento, de educación, de ropa y de todos los medios para que un día puedas figurar, con honor, en las filas de la sociedad? Pero para eso hay que sudar la gota gorda, y, como dicen, dar el callo. *Fabricando fit faber, age quod agis*[154].

Citaba en latín de lo exasperado que estaba. Habría citado en chino y en groenlandés si hubiera conocido esas dos lenguas; porque se encontraba en una de esas crisis en que el alma entera muestra indistintamente lo que encierra, como el Océano, que, en las tempestades, se entreabre desde los fucos de la orilla hasta la arena de sus abismos.

Y prosiguió:

—¡Empiezo a estar terriblemente arrepentido de haberme hecho cargo de tu persona! ¡Mejor hubiera hecho, desde luego, dejándote en la miseria en que naciste! ¡Nunca servirás más que para guardar animales con cuernos! ¡No tienes la menor aptitud para las ciencias! ¡Apenas si sabes pegar una etiqueta! ¡Y vives aquí, en mi casa, como un canónigo, a cuerpo de rey, ganduleando a tus anchas!

Pero Emma, volviéndose hacia la señora Homais:

—Me habían hecho venir...

—¡Ay, Dios mío! –le interrumpió con aire triste la buena señora–, ¿cómo se lo diría?... ¡Es una desgracia!

No acabó. El boticario tronaba:

—¡Vacíala! ¡Límpiala a fondo! ¡Llévala! ¡Date prisa!

Y, sacudiendo a Justin por el cuello del blusón, hizo que se le cayera un libro del bolsillo.

El muchacho se agachó. Homais fue más rápido, y, tras recoger el volumen, lo contemplaba con los ojos desorbitados y la mandíbula caída.

—*¡El amor... conyugal!* [155] –dijo separando lentamente estas dos palabras–. ¡Ah, muy bien! ¡Muy bien! ¡Muy bonito! ¡Y con grabados!... ¡Ah, esto es pasarse de la raya!

La señora Homais se adelantó.

—¡No, no lo toques!

Los niños quisieron ver las imágenes.

—¡Salid! –gritó él en tono imperioso.

Y salieron.

Se puso a caminar arriba y abajo, a zancadas, con el volumen abierto entre sus dedos, girando los ojos, sofocado, hinchado, apoplético. Luego se fue derecho hacia su discípulo y, plantándose ante él con los brazos cruzados:

—Pero ¿es que tienes todos los vicios, pequeño desgraciado?... ¡Mucho cuidado, estás en el mal camino!... ¿No has pensado que este libro infame podía caer en manos de mis hijos, encender la chispa en su cerebro, empañar la pureza de Athalie, corromper a Napoléon? ¡Ya está hecho un hombre! ¿Estás seguro, por lo menos, de que no lo han leído? ¿Puedes garantizármelo?

—Pero bueno, señor –dijo Emma–, tenía usted que decirme...

—Es cierto, señora... ¡Su suegro ha muerto!

En efecto, el señor Bovary padre acababa de fallecer la antevíspera, de repente, de un ataque de apoplejía, al levantarse de la mesa; y, por exceso de precaución hacia la sensibilidad de Emma, Charles había rogado al señor Homais que le diera con tacto la horrible noticia.

Había meditado su frase, la había redondeado, pulido y calculado su ritmo; era una obra maestra de prudencia y de transiciones, de giros refinados y sutiles; pero la cólera se había impuesto sobre la retórica.

Renunciando a conocer los detalles, Emma abandonó la farmacia, porque el señor Homais había reanudado la serie de sus vituperios. Sin embargo, iba calmándose, y ahora refunfuñaba en tono paternal, sin dejar de abanicarse con su gorro griego.

—¡No es que desapruebe del todo la obra! El autor era médico. Hay en ella ciertos aspectos científicos que no está mal que un hombre conozca, y me atrevería a decir que es necesario que un hombre conozca. ¡Pero más tarde, más tarde! Aguarda por lo menos a que seas un hombre y a que tu temperamento se haya desarrollado.

Al oír el aldabonazo de Emma, Charles, que la esperaba, acudió con los brazos abiertos y le dijo con lágrimas en la voz:

—¡Ay!, querida...

Y se inclinó dulcemente para besarla. Pero, al contacto de sus labios, Emma fue presa del recuerdo del otro, y se pasó la mano por la cara estremeciéndose.

Sin embargo contestó:

—Sí, ya sé..., ya sé...

Él le mostró la carta en la que su madre narraba lo ocurrido sin ninguna hipocresía sentimental. Aunque lamentaba que su marido no hubiera recibido los auxilios de la religión, porque había muerto en Doudeville, en la calle, en el umbral de un café, tras una comida patriótica con antiguos militares.

Emma devolvió la carta; luego, en la cena, por salvar las apariencias, fingió cierta desgana. Pero como él la animaba, se puso decididamente a comer, mientras Charles, frente a ella, permanecía inmóvil, en actitud abatida.

De vez en cuando, levantando la cabeza, le dirigía una larga mirada llena de angustia. Una vez suspiró:

—¡Me habría gustado volver a verle!

Ella callaba. Por fin, comprendiendo que tenía que decir algo:

—¿Qué edad tenía tu padre?

—¡Cincuenta y ocho años!

—¡Ah!

Y eso fue todo.

Un cuarto de hora después, él añadió:

—Y mi pobre madre..., ¿qué va a ser de ella ahora?

Emma hizo un gesto de ignorancia.

Al verla tan taciturna, Charles la suponía afligida y se esforzaba por no decir nada para no avivar aquel dolor que lo enternecía. Sin embargo, sacudiendo el suyo, preguntó:

—¿Te divertiste mucho ayer?

—Sí.

Cuando retiraron el mantel, Bovary no se levantó, Emma tampoco; y, a medida que lo miraba, la monotonía de aquel espectáculo iba desterrando poco a poco de su corazón cualquier sentimiento de lástima. Le parecía insignificante, débil, despreciable, un pobre hombre, en fin, en todos los aspectos. ¿Cómo librarse de él? ¡Qué interminable velada! Una especie de vapor de opio, algo estupefaciente, la abotargaba.

Oyeron en el vestíbulo el ruido seco de un bastón sobre el entarimado. Era Hippolyte, que traía el equipaje de la señora. Para dejarlo, describió penosamente un cuarto de círculo con su pata de palo.

«¡Ya ni siquiera piensa en ello!», se decía Emma mirando al pobre diablo, cuya enorme cabellera pelirroja chorreaba de sudor.

Bovary buscaba un ochavo en el fondo de su bolsillo; y, sin que pareciera comprender toda la humillación que para él suponía la sola presencia de aquel hombre que estaba allí ante él, como el reproche personificado de su irreparable inepcia, dijo al descubrir sobre la chimenea las violetas de Léon:

—¡Vaya, qué ramillete tan bonito tienes!

—Sí –dijo ella en tono indiferente–; es un ramillete que le he comprado hace un rato... a una pordiosera.

Charles cogió las violetas, y, refrescando con ellas sus ojos enrojecidos de lágrimas, las olía con delicadeza. Ella se las quitó enseguida de la mano y fue a ponerlas en un vaso de agua.

Al día siguiente llegó la señora Bovary madre. Ella y su hijo lloraron mucho. Emma, con el pretexto de tener que dar unas órdenes, desapareció.

Un día más tarde, tuvieron que ocuparse de la ropa de luto. Fueron a sentarse, con las cestas de la labor, a la orilla del agua, bajo el emparrado.

Charles pensaba en su padre, y se extrañaba de sentir tanto afecto por aquel hombre al que hasta entonces había creído querer más bien poco. La señora Bovary madre pensaba en su marido. Los peores días de antaño le parecían ahora envidiables. Todo quedaba borrado bajo la nostalgia instintiva de una costumbre tan larga; y de vez en cuando, mientras empujaba la aguja, a lo largo de su nariz descendía una gruesa lágrima y allí se mantenía suspendida un momento. Emma pensaba que hacía apenas cuarenta y ocho horas estaban juntos, lejos del mundo, en plena embriaguez y sin ojos bastantes para contemplarse. Intentaba revivir los detalles más imperceptibles de aquella jornada desaparecida. Pero la presencia de la suegra y del marido la molestaban. Habría querido no oír nada, no ver nada, para no perturbar el recogimiento de su amor, que iba perdiéndose, por más que hiciera, bajo las sensaciones exteriores.

Estaba descosiendo el forro de un vestido, cuyos restos se esparcían a su alrededor; la Bovary madre, sin levantar los ojos, hacía chirriar las tijeras, y Charles, con sus zapatillas de orillo y su vieja levita parda que le servía de batín, permanecía con las manos en los bolsillos y tampoco hablaba; cerca de ellos, Berthe, con un delantalito blanco, rastrillaba con su pala la arena de los senderos.

De pronto vieron entrar por la cancela al señor Lheureux, el comerciante de telas.

Venía a ofrecer sus servicios, *en vista de la fatal circunstancia*. Emma respondió que creía poder prescindir de ellos. El comerciante no se dio por vencido.

—Mil disculpas –dijo–; quisiera tener una conversación en privado.

Luego, en voz baja:

—Es con relación a aquel asunto..., ya sabe.

Charles se puso colorado hasta las orejas.

—¡Ah!, sí..., efectivamente.

Y, en su turbación, volviéndose a su mujer.

—¿No podrías..., querida...?

Ella pareció comprenderle, porque se levantó, y Charles le dijo a su madre:

—¡No es nada! Seguramente algún problemilla de la casa.

No quería de ningún modo que su madre se enterase de la historia del pagaré, porque temía sus reproches.

En cuanto estuvieron solos, el señor Lheureux empezó a felicitar a Emma, en términos bastante claros, por la herencia, y luego parloteó de cosas indiferentes, de las espalderas, de la cosecha y de su propia salud, que seguía *así así, ni bien ni mal*. Lo cierto era que trabajaba como un condenado, total para no ganar, pese a lo que decía la gente, más que para ponerle mantequilla al pan.

Emma le dejaba hablar. ¡Se aburría tanto desde hacía dos días!

—¿Y ya está totalmente restablecida? –seguía diciendo Lheureux–. ¡No puede imaginar lo preocupado que he visto a su pobre marido! ¡Es un buen hombre, aunque hayamos tenido nuestras diferencias!

Ella preguntó cuáles, pues Charles le había ocultado la disputa sobre las mercancías suministradas.

—¡Pero si usted lo sabe de sobra! –dijo Lheureux–. Fue por aquellos antojos suyos, los baúles de viaje.

Se había calado el sombrero hasta los ojos, y, con las manos a la espalda, sonriendo y silbando ligeramente, la miraba de frente de una manera insoportable. ¿Sospecharía algo? Emma seguía perdida en toda suerte de temores. Sin embargo, Lheureux continuó por fin:

—Nos hemos reconciliado, y por eso venía a proponerle un arreglo.

Consistía en renovar el pagaré firmado por Bovary. De cualquier modo, el señor podría pagar como mejor le viniese; no debía atormentarse, sobre todo ahora que iba a tener tantos problemas.

—Y mejor haría descargándolos en alguien, en usted, por ejemplo; con un poder, todo sería más cómodo, y entonces usted y yo seguiríamos con nuestros asuntillos...

Ella no comprendía. Él se calló. Después, pasando a su negocio, Lheureux declaró que la señora no podía dejar de comprarle algo. Le enviaría un barés negro, doce metros, para hacerse un vestido.

—El que lleva está bien para casa. Necesita otro para las visitas. Me he dado cuenta nada más entrar. Tengo un ojo de lince.

No envió la tela, la llevó en persona. Luego volvió para tomar las medidas; después,

con otros pretextos, procurando mostrarse cada vez más amable, servicial, enfeudándose, como hubiera dicho Homais, y siempre insinuando a Emma algunos consejos sobre el poder. No hablaba del pagaré; Emma no pensaba en él; al principio de su convalecencia, Charles le había contado algo; pero por su cabeza habían pasado tantas cosas que ya no se acordaba. Por otro lado, evitó sacar a relucir cualquier discusión de intereses; a la señora Bovary madre eso le extrañó, y atribuyó el cambio de humor a los sentimientos religiosos que había contraído durante la enfermedad.

Pero, en cuanto ella se marchó, Emma no tardó en maravillar a Bovary con su buen sentido práctico. Habría que informarse, comprobar las hipotecas, ver si convenía más una subasta o una liquidación. Citaba al azar términos técnicos, pronunciaba las grandes palabras de orden, porvenir, previsión, y continuamente exageraba los problemas de la herencia; tanto que un día le mostró el modelo de una autorización general para «gestionar y administrar sus asuntos, hacer todo tipo de empréstitos, firmar y endosar todo tipo de pagarés, pagar todo tipo de cantidades, etc.». Había aprovechado las lecciones de Lheureux.

Charles, ingenuamente, le preguntó de dónde procedía el documento.

—Del señor Guillaumin.

Y, con la mayor sangre fría del mundo, añadió:

—No me fío demasiado. ¡Tienen tan mala reputación los Notasrios! Quizá habría que consultar... Sólo conocemos a... ¡Oh, a nadie!

—A no ser que Léon... –replicó Charles, que reflexionaba.

Pero era difícil entenderse por carta. Entonces ella se ofreció a hacer aquel viaje. Él le dio las gracias. Ella insistió. Aquello fue una batalla de amabilidades. Por último, ella exclamó en tono de enfado ficticio:

—No, te lo ruego, iré yo.

—¡Qué buena eres! –dijo él besándola en la frente.

Al día siguiente, ella montó en *La Golondrina* para ir a Ruán a consultar al señor Léon; y allí se quedó tres días.

III

Fueron tres días intensos, exquisitos, espléndidos, una auténtica luna de miel.

Estaban en el *Hôtel de Boulogne*, en el puerto. Y allí vivían con los postigos echados, las puertas cerradas, con flores por el suelo y siropes con hielo que les traían desde por la mañana temprano.

Al atardecer, tomaban una barca cubierta y se iban a cenar a una isla.

Era la hora en que, cerca de los astilleros, se oye resonar el mazo de los calafates contra el casco de los barcos. El humo del alquitrán surgía entre los árboles, y en el río se veían grandes goterones de grasa ondulando desigualmente bajo el color púrpura del sol como placas de bronce florentino que flotaran.

Descendían río abajo entre embarcaciones amarradas, cuyas largas maromas oblicuas rozaban ligeramente la cubierta de su barca.

Los ruidos de la ciudad se alejaban insensiblemente, el rodar de las carretas, el tumulto de las voces, los ladridos de los perros sobre el puente de los navíos. Ella se desataba el sombrero y llegaban a su isla.

Se instalaban en la sala baja de una taberna, que tenía a la puerta unas redes negras colgadas. Comían fritura de eperlanos, nata y cerezas. Se tumbaban en la hierba; se besaban a escondidas bajo los álamos; y habrían querido, como dos Robinsones, vivir por siempre en aquel pequeño rincón que, en su placidez, les parecía el más grandioso de la tierra. No era la primera vez que veían árboles, cielo azul, praderas, ni que oían correr el agua y soplar la brisa en el follaje; pero seguramente nunca habían admirado todo aquello, como si antes la naturaleza no hubiera existido, o no hubiera empezado a ser bella hasta que ellos habían saciado sus deseos.

Regresaban por la noche. La barca bordeaba las islas. Permanecían en el fondo, ocultos ambos por la sombra, sin hablar. Los remos cuadrados sonaban entre los escálamos de hierro: en medio del silencio, era como si marcaran el compás con un metrónomo, mientras a su espalda la boza que arrastraba no interrumpía su pequeño y suave chapoteo en el agua.

Una vez salió la luna; no dejaron entonces de hacer frases, pareciéndoles el astro melancólico y lleno de poesía; Emma hasta se puso a cantar:

Un soir, t'en souvient'il? Nous voguions[156], etcétera.

Su voz armoniosa y débil se perdía sobre las olas; y el viento se llevaba los trinos que Léon oía pasar, como un batir de alas, a su alrededor.

Emma estaba enfrente, apoyada contra el tabique de la chalupa, donde la luna entraba por uno de los postigos abiertos. Su vestido negro, cuyos pliegues se abrían en abanico, la hacía más delgada y más alta. Tenía la cabeza levantada, las manos juntas y los ojos

vueltos hacia el cielo. A veces la sombra de los sauces la ocultaba por completo, luego reaparecía de improviso, como una visión, en medio de la luz de la luna.

Léon, en el suelo, a su lado, encontró bajo su mano una cinta de seda punzó.

El barquero la examinó y acabó diciendo:

—¡Ah!, puede que sea de un grupo que paseé el otro día. ¡Vinieron un montón de juerguistas, hombres y mujeres, con pasteles, champán, cornetines de pistón y toda la pesca! Había uno, sobre todo, muy guapo y alto, con bigotito, que era muy divertido. Y decían algo así: «Vamos, cuéntanos algo... Adolphe... Dodolphe...», me parece.

Ella se estremeció.

—¿Te encuentras mal? –dijo Léon acercándose a ella.

—¡Oh!, no es nada. Probablemente el fresco de la noche.

—Tampoco a él deben de faltarle mujeres –añadió suavemente el viejo marino, creyendo halagar al forastero.

Luego, tras escupirse las manos, volvió a coger los remos.

¡Pero tuvieron que separarse! La despedida fue triste. Acordaron que él mandaría a casa de la tía Rollet sus cartas; y le hizo recomendaciones tan precisas a propósito del doble sobre que Léon admiró mucho su astucia amorosa.

—Entonces, ¿seguro que todo está bien? –dijo ella en el último beso.

—¡Claro que sí!

«Pero ¿por qué está tan interesada en ese poder?», pensó luego, cuando volvía solo por las calles.

IV

No tardó Léon en adoptar ante sus camaradas un aire de superioridad, en abstenerse de su compañía y en descuidar por completo los legajos.

Esperaba sus cartas; las releía. Le escribía. La evocaba con toda la fuerza de su deseo y sus recuerdos. En lugar de disminuir con la ausencia, aquel deseo de volver a verla aumentó, tanto que un sábado por la mañana se escapó del despacho.

Cuando, desde lo alto de la cuesta, divisó en el valle el campanario de la iglesia con su bandera de hojalata girando al viento, sintió ese deleite mezcla de vanidad triunfante y de enternecimiento egoísta que deben de sentir los millonarios cuando vuelven a visitar su pueblo.

Fue a merodear alrededor de su casa. En la cocina brillaba una luz. Acechó su sombra al otro lado de las cortinas. No apareció nadie.

La tía Lefrançois, al verle, prorrumpió en exclamaciones, y le encontró «alto y delgado», mientras que Artémise, por el contrario, lo encontró «fuerte y moreno».

Cenó en la salita, como en el pasado, pero solo, sin el recaudador; porque Binet, *fatigado* de esperar a *La Golondrina*, había adelantado definitivamente su cena una hora, y ahora cenaba a las cinco en punto, y aún la mayor parte de las veces decía que *la vieja cafetera se retrasaba*.

Léon terminó por decidirse; fue a llamar a la puerta del médico. La señora estaba en su habitación, de donde no bajó sino un cuarto de hora después. El señor se mostró encantado de volver a verle; pero no se movió en toda la noche, ni en todo el día siguiente.

La vio a solas, entrada ya la noche, detrás de la huerta, en la calleja; — ¡en la calleja, como con el otro! Había tormenta, y hablaban debajo de un paraguas, al resplandor de los relámpagos.

Su separación les resultaba intolerable.

—¡Antes la muerte! –decía Emma.

Se retorcía entre sus brazos, bañada en lágrimas.

—¡Adiós!... ¡Adiós!... ¿Cuándo volveré a verte?

Volvieron sobre sus pasos para besarse de nuevo; y fue entonces cuando ella le hizo la promesa de encontrar pronto, sin importar el medio, la ocasión permanente de verse en libertad, al menos una vez por semana. Emma no lo dudaba. Por otra parte, estaba llena de esperanzas. Iba a llegarle dinero.

Por eso compró para su cuarto un par de cortinas amarillas de rayas anchas, cuyo buen precio le había elogiado el señor Lheureux; pensó en una alfombra, y Lheureux, diciéndole que «no era pedir la luna», se comprometió cortésmente a proporcionársela.

Emma no podía ya prescindir de sus servicios. Mandaba en su busca veinte veces al día, y él dejaba todo en el acto y se presentaba, sin rechistar. Tampoco acertaba nadie a comprender por qué la tía Rollet almorzaba en casa de Emma todos los días, y hasta la visitaba a solas.

Fue por esa época, es decir, hacia principios del invierno, cuando le entró un gran ardor musical.

Una noche que Charles estaba escuchándola, inició cuatro veces seguidas el mismo trozo, y siempre decepcionada, mientras él, sin Notasr ninguna diferencia, exclamaba:

—¡Bravo!... ¡Muy bien!... ¡Haces mal! ¡Sigue!

—¡No!, ¡es horrible! Tengo los dedos oxidados.

Al día siguiente, él le pidió que *volviera a tocarle algo*.

—¡De acuerdo, pero sólo por complacerte!

Y Charles confesó que había perdido un poco. Se equivocaba de pentagrama, se embarullaba; luego, parándose en seco:

—¡Ah! ¡Se acabó! Tendría que tomar lecciones, pero...

Se mordió los labios y añadió:

—¡Veinte francos de retribución es demasiado caro!

—Sí, desde luego..., un poco... –dijo Charles con una risa burlona y boba–. Pero quizá podría conseguirse por menos; hay artistas sin fama que muchas veces valen más que las celebridades.

—Búscalos –dijo Emma.

Al día siguiente, al volver a casa, la contempló con una expresión ladina, y al final no pudo retener esta frase:

—¡Qué testaruda eres a veces! Hoy he ido a Barfeuchères. Y la señora Liégeard me ha asegurado que sus tres hijas, que están en la Misericordia, tomaban lecciones por cincuenta *sous* la sesión, ¡y además con una maestra famosa!

Emma se encogió de hombros, y no volvió a abrir su instrumento.

Pero, cuando pasaba cerca de él (si Bovary se encontraba allí), suspiraba:

—¡Ay, pobre piano mío!

Y, cuando tenía visitas, no dejaba de contarles que había dejado la música y que ahora no podía volver a ella por razones de fuerza mayor. Entonces la compadecían. ¡Qué lástima! ¡Con el talento que tenía! Hablaron incluso con Bovary. Se lo echaban en cara, y sobre todo el farmacéutico.

—¡Hace usted mal! Nunca deben dejarse en barbecho las facultades de la naturaleza. Piense además, amigo mío, que, animando a la señora a estudiar, ¡economiza usted para más adelante en la educación musical de su hija! Soy de los que piensan que las madres deben instruir ellas mismas a sus hijos. Es una idea de Rousseau, quizá algo nueva todavía, pero que acabará imponiéndose, estoy seguro, como la lactancia materna y la vacuna[157].

Y Charles volvió a insistir en aquella cuestión del piano. Emma respondió con acritud que más valía venderlo. Ver desaparecer aquel pobre piano, que tantas vanidosas satisfacciones le había procurado, ¡era para Emma como el indefinible suicidio de una

parte de ella!

—Si quisieras... –le decía–, una clase de vez en cuando no sería, después de todo, demasiado ruinoso.

—Pero las clases –replicaba ella– sólo son provechosas si se dan seguidas.

Y así se las arregló para conseguir de su esposo permiso para ir a la ciudad una vez por semana, a ver a su amante. Y al cabo de un mes todos reconocieron que había hecho considerables progresos.

V

Era los jueves. Emma se levantaba y se vestía sin hacer ruido para no despertar a Charles, que le habría puesto algún reparo por arreglarse tan temprano. Luego iba de un lado para otro; se ponía delante de las ventanas, miraba la plaza. La primera luz circulaba entre los pilares del mercado, y la casa del farmacéutico, con los postigos todavía cerrados, dejaba vislumbrar en el color pálido de la aurora las mayúsculas de su muestra.

Cuando el péndulo marcaba las siete y cuarto, se iba al *Lion d'Or*, cuya puerta le abría Artémise bostezando. Ésta removía para la señora los carbones enterrados bajo las cenizas. Emma se quedaba sola en la cocina. De vez en cuando salía. Hivert enganchaba los caballos sin prisa y escuchando además a la tía Lefrançois, que, asomando por una ventanilla su cabeza con gorro de dormir, le hacía encargos y le daba explicaciones que habrían vuelto loco a cualquier otro hombre. Emma golpeaba la suela de sus botinas contra los adoquines del patio.

Por fin, después de haberse tomado la sopa, puesto el capote, encendido la pipa y empuñado el látigo, Hivert se instalaba tranquilamente en el pescante.

La Golondrina partía al trote corto y, durante tres cuartos de legua, se detenía de trecho en trecho para recoger viajeros, que la aguardaban de pie, al borde del camino, delante de la cancela de los corrales. Los que habían avisado la víspera se hacían esperar; algunos, incluso, estaban todavía en sus casas, en la cama; Hivert llamaba, gritaba, soltaba juramentos, luego se bajaba del pescante, e iba a aporrear las puertas. El viento soplaba por las rendijas de las ventanillas.

Mientras tanto, las cuatro banquetas iban llenándose, el coche rodaba, las hileras de manzanos se sucedían; y la carretera, entre sus dos largas cunetas llenas de agua amarillenta, iba estrechándose continuamente hacia el horizonte.

Emma la conocía de punta a cabo; sabía que detrás de un pastizal había un poste, luego un olmo, un pajar o una caseta de peón caminero; a veces, incluso, para darse una sorpresa, cerraba los ojos. Pero nunca perdía el sentido claro de la distancia que le faltaba por recorrer.

Por fin, las casas de ladrillos se acercaban, el pavimento resonaba bajo las ruedas, *La Golondrina* se deslizaba entre jardines donde, a través de una empalizada, se veían unas estatuas, un *vignot*[158], unos tejos recortados y un columpio. Luego, de una simple ojeada, aparecía la ciudad.

Descendiendo por completo en anfiteatro y anegada en la niebla, se extendía confusamente más allá de los puentes. A continuación, el campo volvía a subir con un movimiento monótono, hasta tocar a lo lejos la base indecisa del pálido cielo. Visto así, desde arriba, el paisaje entero tenía el aire inmóvil de un cuadro; las embarcaciones de

ancla se apiñaban en un rincón; el río redondeaba su curva al pie de las colinas verdes, y las islas, de forma oblonga, parecían sobre el agua grandes peces negros detenidos. Las chimeneas de las fábricas lanzaban inmensos penachos oscuros que echaban a volar por la punta. Se oía el zumbido de las fundiciones con el claro carillón de las iglesias que se alzaban en medio de la bruma. Los árboles de los bulevares, sin hojas, formaban marañas violeta entre las casas, y los tejados, relucientes de lluvia, centelleaban de manera desigual según la altura de los barrios. A veces, una ráfaga de viento se llevaba las nubes hacia la cuesta de Sainte-Catherine, como olas aéreas que se rompían en silencio contra un acantilado.

De estas existencias amontonadas emanaba algo vertiginoso para ella, y su corazón se henchía profusamente, como si las ciento veinte mil almas que allí palpitaban hubieran enviado todas a la vez el vapor de las pasiones que ella les suponía. Su amor crecía ante el espacio, y se llenaba de tumulto con los vagos zumbidos que ascendían. Los echaba fuera, a las plazas, a los paseos, a las calles, y la vieja ciudad normanda se extendía a sus ojos como una capital desmesurada, como una Babilonia[159] en la que entrara. Se asomaba con ambas manos por la ventanilla, aspirando la brisa; los tres caballos galopaban. Las piedras rechinaban en el barro, la diligencia se balanceaba, e Hivert, de lejos, daba voces a los carricoches en la carretera, mientras los vecinos que habían pasado la noche en el Bois-Guillaume bajaban la cuesta tranquilamente en su cochecito familiar.

Paraban en la barrera; Emma se desataba los zuecos, se cambiaba de guantes, se ajustaba el chal, y veinte pasos más allá se apeaba de *La Golondrina*.

La ciudad despertaba entonces. Los dependientes, con gorro griego, restregaban el escaparate de las tiendas, y unas mujeres con cestos en las caderas lanzaban a intervalos un grito sonoro en las esquinas de las calles. Ella caminaba con la vista baja, pegada a las paredes y sonriendo de placer bajo su velo negro echado.

Por miedo a que la vieran, no solía tomar el camino más corto. Se metía por callejas sombrías, y llegaba toda sudorosa a la parte baja de la calle Nationale, cerca de la fuente que hay allí. Es el barrio del teatro, de los cafetines y de las prostitutas. Con frecuencia pasaba a su lado una carreta con algún decorado que temblaba. Mozos con mandiles echaban arena sobre las losas, entre unos arbustos verdes. Olía a ajenjo, a tabaco y a ostras.

Torcía por una calle; le reconocía por su pelo rizado que se le escapaba del sombrero.

Léon, en la acera, continuaba caminando. Ella le seguía hasta el hotel; él subía, abría la puerta, entraba... ¡Qué abrazo!

Y, tras los besos, las palabras salían precipitadas de sus bocas. Se contaban las contrariedades de la semana, los presentimientos, la inquietud por las cartas; pero ahora lo olvidaban todo, y se miraban cara a cara con risas de voluptuosidad y dándose nombres cariñosos.

La cama era un gran lecho de caoba en forma de barca. Las cortinas de levantina[160] roja, que descendían del techo, se recogían muy abajo hacia el amplio cabecero; — y no había en el mundo nada tan bello como su cabeza morena y su piel blanca destacando

sobre aquel color púrpura, cuando, con un gesto de pudor, cerraba sus dos brazos desnudos, tapándose la cara con las manos.

El tibio aposento, con su alfombra discreta, sus adornos festivos y su luz tranquila, parecía muy cómodo para las intimidades de la pasión. Los travesaños terminando en punta de flecha, los alzapaños de cobre y las gruesas bolas de los morillos relucían de pronto, cuando el sol penetraba. Sobre la chimenea, entre los candelabros, había dos de esas grandes caracolas rosadas en las que se oye el ruido del mar si se aplican al oído.

¡Cómo les gustaba aquella agradable habitación llena de alegría, a pesar de su esplendor un tanto marchito! Siempre encontraban los muebles en su sitio, y a veces unas horquillas que Emma había olvidado el jueves anterior bajo el zócalo del péndulo. Almorzaban al amor de la lumbre, en un pequeño velador con incrustaciones de palisandro. Emma trinchaba los trozos, se los ponía en el plato diciéndole toda clase de halagos; y se reía con una risa sonora y libertina cuando la espuma del champán se desbordaba de la ligera copa sobre las sortijas de sus dedos. Estaban tan absortos en la posesión de sí mismos que allí se creían en su propia casa, y como si fueran a vivir en ella hasta la muerte, como dos eternos recién casados. Decían nuestro cuarto, nuestra alfombra, nuestros sillones, ella decía incluso mis zapatillas, regalo de Léon, un capricho que ella había tenido. Eran unas zapatillas de raso color rosa, ribeteadas de plumón de cisne. Cuando se sentaba en las rodillas de Léon, su pierna, en esa posición demasiado corta, quedaba colgando en el aire; y el exquisito calzado, que carecía de talón, se sostenía únicamente por los dedos en su pie desnudo.

Él saboreaba por primera vez la inefable delicadeza de las elegancias femeninas. Nunca había conocido aquella gracia de lenguaje, aquella reserva en el vestir, aquellas posturas de paloma adormecida. Admiraba la exaltación de su alma y los encajes de su falda. Además, ¿no era *una mujer de mundo*, y una mujer casada, en fin, una verdadera amante?

Por su humor variable, tan pronto místico como jovial, parlanchín, taciturno, arrebatado, apático, iba despertando en él mil deseos, evocando instintos o reminiscencias. Era la enamorada de todas las novelas, la heroína de todos los dramas, la indefinida *ella* de todos los libros de versos. Encontraba en sus hombros el color ambarino de la *odalisca en el baño*[161]; tenía el largo corpiño de las castellanas feudales; también se parecía a la *mujer pálida de Barcelona*[162], ¡pero era, por encima de todo, Ángel!

Cuando la miraba, Léon tenía a menudo la impresión de que su alma se escapaba hacia ella, se expandía como una ola sobre el contorno de su cabeza y descendía arrastrada hacia la blancura de su pecho.

Se sentaba en el suelo ante ella; y, con los codos sobre las rodillas, la contemplaba con una sonrisa y la frente tensa.

Emma se inclinaba hacia él y murmuraba, como sofocada de ebriedad:

—¡Oh! ¡No te muevas! ¡No hables! ¡Mírame! ¡De tus ojos sale algo tan dulce, que me hace tanto bien!

Le llamaba niño:

—Niño, ¿me amas?

Y en la precipitación con que de sus labios subía a la boca, apenas oía la respuesta.

Sobre el péndulo había un pequeño cupido de bronce, que hacía muecas redondeando los brazos bajo una guirnalda dorada. Muchas veces se rieron con él; pero cuando tenían que separarse, todo les parecía serio.

Inmóviles frente a frente, se repetían:

—¡Hasta el jueves!... ¡Hasta el jueves!

De pronto ella le cogía la cabeza entre las manos, le besaba deprisa en la frente exclamando: «¡Adiós!», y se lanzaba a la escalera.

Iba a la calle de la Comédie, a una peluquería, para arreglarse los bandós. Caía la noche; en la tienda encendían el gas.

Oía la campanilla del teatro que llamaba a los cómicos a escena; y enfrente veía pasar a hombres de cara blanca y a mujeres con maquillajes marchitos que entraban por la puerta de bastidores.

Hacía calor en aquella pequeña estancia demasiado baja, donde la estufa zumbaba en medio de pelucas y pomadas. El olor de las tenacillas, junto con aquellas manos grasientas que le manipulaban la cabeza, no tardaba en aturdirla, y se adormilaba un poco bajo su peinador. A veces el mozo, mientras la peinaba, le ofrecía entradas para el baile de máscaras.

¡Después se marchaba! Volvía a subir por las calles; llegaba a *La Croix Rouge*; recogía los zuecos, que por la mañana había escondido debajo de un banco, y se dejaba caer en su sitio, entre los impacientes viajeros. Algunos se apeaban al pie de la cuesta. Ella se quedaba sola en la diligencia.

En cada revuelta se iban divisando cada vez mejor todas las luces de la ciudad, que creaban un amplio vapor luminoso por encima de las casas amontonadas. Emma se ponía de rodillas sobre los cojines y sus ojos se perdían en aquel deslumbramiento. Sollozaba, llamaba a Léon, y le enviaba palabras tiernas y besos que se perdían en el viento.

En la cuesta había un pobre diablo que merodeaba con su bastón entre las diligencias. Un montón de andrajos le cubría los hombros, y un viejo y desfondado sombrero de castor, redondeado en forma de palangana, le ocultaba la cara; pero, cuando se lo quitaba, dejaba al descubierto, en lugar de párpados, dos órbitas abiertas y ensangrentadas. La carne se deshilachaba en jirones rojos; y supuraba líquidos que se coagulaban en forma de costras verdes hasta la nariz, cuyas negras aletas sorbían de manera convulsa. Para hablar, echaba hacia atrás la cabeza con una risa idiota; —entonces sus pupilas azuladas, girando con un movimiento continuo, iban a topar, hacia las sienes, con el borde de una llaga viva.

Cantaba una cancioncilla siguiendo a los coches:

Souvent la chaleur d'un beau jour
Fait rêver fillette à l'amour [163].

Y en el resto se hablaba de pájaros, sol y follajes.

A veces, surgía de pronto detrás de Emma, con la cabeza al descubierto. Ella se apartaba con un grito. Hivert acudía para burlarse de él. Le aconsejaba poner una barraca en la feria de San Román, o le preguntaba, riéndose, qué tal estaba su amiguita.

Muchas veces ya se habían puesto en marcha cuando su sombrero, con un movimiento brusco, entraba en la diligencia por la ventanilla, mientras él se encaramaba al estribo con el otro brazo, entre las salpicaduras de las ruedas. Su voz, al principio débil como un vagido, se volvía aguda. Se prolongaba en la oscuridad como el confuso lamento de una vaga angustia, y, a través del tintineo de los cascabeles, del murmullo de los árboles y del zumbido de la caja vacía, tenía algo de lejano que perturbaba a Emma. Aquello bajaba hasta el fondo de su alma como un remolino en un abismo, y la arrastraba por los espacios de una melancolía sin límites. Pero Hivert, al Notasr el contrapeso, largaba al ciego fuertes latigazos. La tralla le fustigaba en las llagas, y él caía en el barro lanzando un alarido.

Después, los viajeros de *La Golondrina* terminaban por dormirse, unos con la boca abierta, otros con la barbilla sobre el pecho, apoyándose en el hombro del vecino o bien, con el brazo pasado por la correa, oscilando regularmente con el bamboleo del carruaje; y el reflejo del farol que se balanceaba fuera, sobre la grupa de los caballos en los varales, penetrando en el interior por las cortinas de calicó color chocolate, proyectaba sombras sanguinolentas sobre todos aquellos individuos inmóviles. Emma, ebria de tristeza, tiritaba bajo su ropa; y, con la muerte en el alma, sentía los pies cada vez más fríos.

Charles, en casa, la esperaba; *La Golondrina* siempre se retrasaba los jueves. ¡Por fin llegaba la señora! Apenas si besaba a la pequeña. La cena no estaba preparada, ¡qué importa! Disculpaba a la cocinera. Ahora, todo parecía estarle permitido a la chica.

A veces, el marido, al verla tan pálida, le preguntaba si se encontraba mal.

—No –decía Emma.

—Pues estás muy rara esta noche –replicaba él.

—¡Bah, no es nada! ¡No es nada!

Había días, incluso, en que, nada más volver, subía a su cuarto; y Justin, que andaba por allí, circulaba con paso discreto, más hábil para servirle que una doncella excelente. Colocaba en su sitio las cerillas, la palmatoria, un libro, le preparaba el camisón, abría la cama.

—Venga –decía ella–, ¡está bien, vete!

Porque Justin permanecía allí de pie, con las manos colgando y los ojos abiertos, como prendido en los hilos innumerables de un repentino ensueño.

La jornada del día siguiente era horrible, y las sucesivas más intolerables todavía por la impaciencia que Emma tenía de recobrar su felicidad — ansia áspera, inflamada por imágenes conocidas, y que, al séptimo día, estallaba sin trabas en las caricias de Léon. Éste, por su parte, ocultaba sus ardores bajo expansiones de asombro y gratitud. Emma disfrutaba aquel amor de una manera discreta y absorta, lo mantenía con todas las astucias de su cariño, y temblaba un poco ante la idea de perderlo un día.

Muchas veces le decía, con dulzuras de voz melancólicas:

—¡Ah, me dejarás!... ¡Te casarás!... ¡Serás como los otros!

Él preguntaba:

—¿Qué otros?

—Pues los otros, los hombres –respondía ella.

Y añadía, rechazándole con un gesto lánguido:

—¡Sois todos unos infames!

Un día que filosofaban sobre desilusiones terrenales, Emma llegó a decir (para poner a prueba sus celos o cediendo tal vez a una necesidad de desahogo demasiado fuerte) que en otro tiempo, antes que a él, había amado a alguien, «¡no como a ti!», añadió enseguida, jurando por la vida de su hija *que no había pasado nada*.

El joven la creyó, pero le hizo preguntas para saber a qué se dedicaba el otro.

—Era capitán de barco, querido.

¿No suponía esto anticiparse a cualquier averiguación, y al mismo tiempo elevarse muy alto por aquella presunta fascinación ejercida sobre un hombre que debía de ser de naturaleza belicosa y estar acostumbrado a vasallajes?

El pasante sintió entonces la insignificancia de su posición; tuvo envidia de las charreteras, las cruces, los títulos. Todo eso debía de gustarle a ella: lo deducía de las costumbres dispendiosas de Emma.

Sin embargo, Emma callaba muchas de sus extravagancias, tales como el deseo de tener, para llevarla a Ruán, un tílburi azul, tirado por un caballo inglés y conducido por un *groom* calzado con botas vueltas. Era Justin quien le había inspirado ese capricho, suplicándole que lo emplease en su casa como ayuda de cámara; y, si esa privación no atenuaba en cada encuentro el placer de la llegada, aumentaba desde luego la amargura del regreso.

A veces, cuando juntos hablaban de París, ella acababa murmurando:

—¡Ah!, ¡qué bien viviríamos allí!

—¿No somos felices? –respondía dulcemente el joven pasándole la mano por los bandós.

—Sí, es cierto –decía ella–, estoy loca; ¡bésame!

Con su marido estaba más encantadora que nunca, le hacía natillas de pistacho y tocaba valses después de cenar. Así que se consideraba el más afortunado de los mortales, y Emma vivía sin inquietudes cuando, de repente, una noche:

—¿No es la señorita Lempereur la que te da las clases?

—Sí.

—Pues la he visto hace un rato –replicó Charles–, en casa de la señora Liégeard. Le he hablado de ti; no te conoce.

Fue como un rayo. Sin embargo, replicó con naturalidad:

—¡Ah!, quizá no recuerde mi nombre.

—Aunque también pudiera ser que en Ruán haya varias señoritas Lempereur que son profesoras de piano –dijo el médico.

—¡Es posible!

Luego, deprisa:

—Pues tengo sus recibos, ahora verás.

Y fue al secreter, hurgó en todos los cajones, revolvió los papeles y terminó perdiendo la cabeza de tal modo que Charles insistió para que no se preocupase tanto por aquellos miserables recibos.

—¡Oh!, los encontraré –dijo ella.

En efecto, el viernes siguiente, cuando se ponía una de las botas en el cuarto oscuro donde guardaban su ropa, Charles notó una hoja de papel entre el cuero y el calcetín, lo cogió y leyó:

«He recibido, por tres meses de clases y diverso material, la suma de setenta y cinco francos. *Félicie Lempereur*, profesora de música».

—¿Cómo diablos está esto en mis botas?

—Se habrá caído de la vieja caja de facturas, que está en el borde del estante.

A partir de ese momento, su existencia no fue sino una sarta de mentiras en las que envolvía su amor como en velos, para ocultarlo.

Era una necesidad, una manía, un placer, hasta el punto de que, si decía que la víspera había pasado por la acera derecha de una calle, había que creer que había tomado la izquierda.

Una mañana en que acababa de marcharse, según su costumbre, con muy poca ropa, empezó a nevar de pronto; y cuando Charles miraba el tiempo desde la ventana, vio al señor Bournisien en el cochecito del señor Tuvache que lo llevaba a Ruán. Bajó entonces a confiar al eclesiástico un grueso chal para que se lo entregara a su mujer en cuanto llegase a *La Croix Rouge*. Apenas estuvo en la posada, Bournisien preguntó por la esposa del médico de Yonville. La hostelera respondió que frecuentaba muy poco su establecimiento. Por eso, aquella misma noche, al encontrarse con Madame Bovary en *La Golondrina*, el cura le contó su apuro, sin darle mucha importancia, pues se puso a cantar las alabanzas de un predicador que por entonces hacía maravillas en la catedral, y al que corrían a oír todas las damas.

No importaba que el cura no hubiera pedido explicaciones, otros podrían mostrarse menos discretos más tarde. Por eso consideró útil parar siempre en *La Croix Rouge*, de modo que las buenas gentes de su pueblo que la veían en la escalera no sospecharan nada.

Sin embargo, un día el señor Lheureux la encontró saliendo del *Hôtel de Boulogne* del brazo de Léon; y ella tuvo miedo, imaginando que se iría de la lengua. No era tan tonto.

Pero, tres días después, entró en el cuarto de Emma, cerró la puerta y dijo:

—Necesitaría dinero.

Ella declaró que no podía darle nada. Lheureux se deshizo en quejas y recordó todas las atenciones que había tenido con ella.

En efecto, de los dos pagarés firmados por Charles, Emma sólo había pagado uno hasta el momento. En cuanto al segundo, el comerciante había accedido, ante las súplicas de Emma, a cambiarlo por otros dos, que a su vez fueron renovados retrasando mucho el vencimiento. Después, sacó del bolsillo una lista de artículos no pagados, a saber: las

cortinas, la alfombra, la tela para los sillones, varios vestidos y diversos artículos de tocador, cuyo valor ascendía a cerca de dos mil francos.

Emma agachó la cabeza; él siguió diciendo:

—Pero si no tiene usted dinero, sí tiene *bienes*.

E indicó una mala casucha sita en Barneville, cerca de Aumale, que no rentaba gran cosa. En otro tiempo estuvo unida a una pequeña granja vendida por el señor Bovary padre, pues Lheureux sabía todo, hasta el número de hectáreas y el nombre de los vecinos.

—Yo, en su lugar, me desprendería de ella –decía–, y aún me sobraría dinero.

Emma objetó la dificultad de hallar comprador; él le dio esperanzas de encontrar uno; y ella preguntó cómo se las arreglaría para venderla.

—¿No tiene usted el poder? –respondió él.

Esta palabra le llegó como una bocanada de aire fresco.

—Déjeme la cuenta –dijo Emma.

—¡Bah, no merece la pena! –replicó Lheureux.

Volvió a la semana siguiente, jactándose de haber terminado por encontrar, tras muchas gestiones, a un tal Langlois, que ambicionaba desde hacía mucho la propiedad sin ofrecer un precio.

—¡El precio es lo de menos! –exclamó ella.

Todo lo contrario, había que esperar, tantear al individuo. Valía la pena un viaje, y, como ella no podía hacerlo, él se ofreció a ir y entrevistarse con Langlois. Cuando estuvo de vuelta, anunció que el comprador ofrecía cuatro mil francos.

Emma se entusiasmó al conocer la noticia.

—La verdad es que está bien pagado –añadió él.

Emma cobró la mitad de esa suma inmediatamente, y, cuando fue a liquidar su cuenta, el comerciante le dijo:

—Palabra de honor que me apena verla desprenderse de golpe de una cantidad tan *consecuente* como ésa.

Entonces ella miró los billetes de banco; y, pensando en el ilimitado número de citas que aquellos dos mil francos representaban, balbució:

—¿Cómo? ¿Cómo?

—¡Bah! –replicó él echándose a reír con aire bonachón–, en las facturas se pone lo que se quiere. ¿Acaso no sé yo lo que pasa dentro de las casas?

Y la miraba fijamente mientras sostenía en su mano dos largos papeles que hacía deslizarse entre las uñas. Por último, abriendo su cartera, extendió sobre la mesa cuatro pagarés de mil francos cada uno.

—Fírmeme eso y quédese con todo –dijo.

Ella exclamó escandalizada.

—Pero si le doy el sobrante –respondió descaradamente el señor Lheureux–, ¿no le hago un favor?

Y, cogiendo una pluma, escribió al pie de la cuenta:

«He recibido de Madame Bovary cuatro mil francos».

—¿Qué le preocupa, si dentro de seis meses va a cobrar lo que falta de su barraca y yo le pongo el vencimiento del último pagaré para después del pago?

Emma se hacía un lío en sus cálculos, y los oídos le tintineaban como si a su alrededor sonaran sobre el suelo unas monedas de oro cayendo de sacos rotos. Finalmente Lheureux le explicó que un amigo suyo, Vinçart, banquero de Ruán, iba a descontarle aquellos cuatro pagarés, y luego él mismo entregaría a la señora el sobrante de la deuda real.

Pero en lugar de dos mil francos, no le llevó más que mil ochocientos, porque el amigo Vinçart (como es *de justicia*) había deducido doscientos, por gastos de comisión y de descuento.

Luego, con gesto indiferente, reclamó un recibo.

—Ya sabe..., en el comercio..., a veces... Y con la fecha, por favor, la fecha.

Ante Emma se abrió entonces un horizonte de fantasías realizables. Tuvo la suficiente prudencia de reservar mil escudos, con los que se pagaron, a su vencimiento, los tres primeros pagarés; pero el cuarto llegó, casualmente, a la casa un jueves, y Charles, muy alterado, esperó pacientemente el regreso de su mujer para que se lo explicara.

Si no le había hablado de aquel pagaré había sido para ahorrarle preocupaciones domésticas; se sentó en sus rodillas, le prodigó algunas caricias, le arrulló, hizo una larga enumeración de todas las cosas indispensables compradas a crédito.

—En fin, admitirás que, para tantas cosas, no es demasiado caro.

Sin saber qué hacer, Charles no tardó en recurrir al eterno Lheureux, quien le juró que arreglaría las cosas si el señor le firmaba dos pagarés, uno de setecientos francos, a tres meses vista. Para hacer frente a la situación, escribió a su madre una carta patética. En lugar de contestarle, se presentó ella misma; y cuando Emma quiso saber si Charles le había sacado algo:

—Sí –respondió éste–. Pero quiere ver la factura.

Al día siguiente, nada más amanecer, Emma corrió a casa del señor Lheureux para pedirle que le hiciera otra cuenta que no pasara de mil francos; pues, para enseñar la de cuatro mil, habría sido necesario decir que ya había pagado las dos terceras partes, confesar por tanto la venta del inmueble, negociación bien llevada por el comerciante, y de la que de hecho no se tuvo conocimiento sino más tarde.

A pesar del precio muy bajo de cada artículo, la señora Bovary madre no dejó de encontrar exagerado el gasto.

—¿No se puede vivir sin una alfombra? ¿Por qué renovar la tela de los sillones? En mis tiempos, en una casa no había más que un sillón, para las personas de edad — al menos, así ocurría en casa de mi madre, que era una mujer de bien, os lo aseguro — ¡No todo el mundo puede ser rico! ¡No hay fortuna que pueda resistir el despilfarro! ¡A mí me daría vergüenza darme tan buena vida como vosotros!, y eso que soy vieja y necesito cuidados... ¡Hay que ver! ¡Hay que ver, cuánta ornamentación! ¡Cuánta cursilería! Pero ¿cómo?, ¿seda para forros a dos francos?..., cuando hay chaconada[164] a diez *sous*, y hasta a ocho, que sirve perfectamente para el caso.

Emma, arrellanada en el confidente, replicaba con la mayor tranquilidad posible:

—¡Eh, señora!, ¡ya vale!, ¡ya vale!...

La otra seguía sermoneándola, pronosticándoles que acabarían en el asilo. Después de todo, la culpa era de Bovary. Por suerte le había prometido que anularía aquel poder...

—¿Cómo?

—¡Sí!, me lo ha jurado –siguió diciendo la buena mujer.

Emma abrió la ventana, llamó a Charles, y el pobre hombre se vio obligado a confesar la promesa que su madre le había arrancado.

Emma desapareció, y volvió enseguida tendiéndole majestuosamente una gruesa hoja de papel.

—Se lo agradezco –dijo la vieja señora.

Y arrojó al fuego el poder.

Emma se echó a reír con una carcajada estridente, estrepitosa, continua: ¡tenía un ataque de nervios!

—¡Ay, Dios mío! –exclamó Charles–. ¡También tú tienes la culpa! ¡Sólo vienes a hacerle escenas!

La madre, encogiéndose de hombros, pretendía que *todo aquello no eran más que pamplinas*.

Pero Charles, rebelándose por primera vez, salió en defensa de su mujer de tal manera que la señora Bovary madre decidió marcharse. Se fue al día siguiente, y, en el umbral, cuando él intentaba retenerla, replicó:

—¡No, no! La quieres más que a mí, y haces bien, es como tiene que ser. Pero peor para ti. ¡Allá tú!... ¡Que te vaya bien!..., porque tardaré en volver, como tú dices, a hacerle escenas.

No por ello dejó Charles de quedar menos abochornado frente a Emma, pues ésta no ocultaba el rencor que le tenía por su falta de confianza: tuvo que suplicar mucho para que Emma consintiese en aceptar de nuevo el poder, y la acompañó incluso a la Notasría del señor Guillaumin para hacerle otro totalmente igual.

—Lo comprendo –dijo el Notasrio–; un hombre de ciencia no puede perder el tiempo con los detalles prácticos de la vida.

Y Charles se sintió aliviado por aquella reflexión zalamera, que daba a su debilidad las halagüeñas apariencias de una preocupación superior.

¡Qué desenfreno el jueves siguiente, en el hotel, en su cuarto, con Léon! Emma rió, lloró, cantó, bailó, mandó subir sorbetes, quiso fumar cigarrillos, a él le pareció extravagante, pero adorable, espléndida.

Léon no sabía qué reacción de todo su ser la empujaba a precipitarse cada vez más en los goces de la vida. Emma se volvía irritable, glotona y voluptuosa; y paseaba con él por las calles, con la cabeza alta, sin miedo, decía, a comprometerse. A veces, sin embargo, Emma se estremecía ante la idea súbita de encontrarse con Rodolphe; pues, aunque se hubieran separado para siempre, tenía la impresión de no haberse liberado completamente de su dependencia.

Una noche, no volvió a Yonville. Charles estaba enloquecido, y la pequeña Berthe, que no quería acostarse sin su mamá, se desgañitaba llorando. Justin había salido al azar

carretera adelante. El señor Homais había abandonado su farmacia.

Por fin, a las once, y como no podía aguantar más, Charles enganchó el *boc*, saltó al pescante, fustigó al caballo y llegó hacia las dos de la mañana a *La Croix Rouge*. Nadie. Pensó que quizá el pasante la había visto; pero ¿dónde vivía? Por suerte, Charles recordó las señas de su patrón. Fue corriendo.

Empezaba a clarear. Distinguió unos rótulos encima de una puerta; llamó. Alguien, sin abrir, le dio a gritos la información pedida, deshaciéndose en insultos contra los que molestaban a la gente en plena noche.

La casa en que vivía el pasante no tenía ni campanilla, ni aldaba, ni portero. Charles dio fuertes puñetazos contra los postigos. Acertó a pasar un agente de policía; entonces tuvo miedo y se fue.

«Estoy loco», se decía; «probablemente la habrán hecho quedarse a cenar en casa del señor Lormeaux».

La familia Lormeaux ya no vivía en Ruán.

«Se habrá quedado a cuidar a la señora Dubreuil. ¡Ah, pero si la señora Dubreuil murió hace diez meses!... ¿Dónde está entonces?»

Se le ocurrió una idea. Pidió el anuario en un café; y rápidamente buscó el nombre de la señorita Lempereur, que vivía en el número 74 de la calle de la Renelle-des-Maroquiniers.

Cuando entraba en esa calle, la propia Emma apareció por el otro extremo; más que abrazarla, se lanzó sobre ella exclamando:

—¿Qué te retuvo ayer?

—Me encontraba mal.

—¿Y de qué?... ¿Dónde?... ¿Cómo?

Ella se pasó la mano por la frente y respondió.

—En casa de la señorita Lempereur.

—¡Estaba seguro! Allí iba yo.

—¡Oh!, no vale la pena –dijo Emma–. Ha salido hace un momento; pero, en lo sucesivo, no te preocupes. Si sé que el menor retraso te altera tanto, no me sentiré libre, como puedes comprender.

Era una especie de permiso que se tomaba para sentirse más libre en sus escapadas. Desde entonces lo aprovechó a placer, con largueza. Cuando le apetecía ver a Léon, se marchaba con cualquier excusa, y, como él no la esperaba ese día, iba a buscarlo al despacho.

Las primeras veces, para él supuso una gran alegría; pero no tardó en decirle que su patrón se quejaba mucho de aquellas ausencias.

—¡Bah, bah!, vámonos –decía ella.

Y Léon se escapaba.

Emma quiso que él se vistiera todo de negro y se dejara perilla, para parecerse a los retratos Luis XIII. Quiso ver su alojamiento, le pareció vulgar: él se sonrojó, pero ella no se dio cuenta; luego le aconsejó que se comprara unas cortinas parecidas a las suyas, y como él objetara el gasto:

—¡Ah!, ¿tanto apego tienes a tu dinerito? –dijo ella riendo.

Léon tenía que contarle cada vez todo lo que había hecho desde su última cita. Ella le pidió versos, versos para ella, *una pieza de amor* en su honor; Léon nunca consiguió encontrar la rima del segundo verso, y acabó por copiar un soneto en un *keepsake*.

Lo hizo menos por vanidad que por el único objetivo de complacerla. Él no discutía sus ideas; aceptaba todos sus gustos; iba convirtiéndose en su querida más que Emma en la de él. Ella le decía palabras mimosas con besos que le robaban el alma. ¿Dónde había aprendido aquella corrupción casi inmaterial a fuerza de ser profunda y disimulada?

VI

En los viajes que hacía para verla, Léon había cenado a menudo en casa del farmacéutico, y por cortesía se había creído obligado, a su vez, a invitarle.

—¡Con mucho gusto! –había respondido el señor Homais–; además, necesito remozarme un poco, porque aquí estoy embruteciéndome. ¡Iremos al teatro, al restaurante, haremos locuras!

—¡Ay, querido! –murmuró tiernamente la señora Homais, asustada ante los vagos peligros que su marido se disponía a correr.

—¡Bueno!, ¿y qué? ¿Te parece que no arruino bastante mi salud viviendo entre las emanaciones continuas de la farmacia? ¡Así son las mujeres!: tienen celos de la Ciencia, y luego se oponen a que uno se tome las distracciones más legítimas. Da igual, cuente conmigo; uno de estos días me dejo caer por Ruán y tiramos juntos los cuartos[165].

En otro tiempo el boticario se hubiera guardado mucho de semejante expresión; pero ahora le daba por emplear un estilo desenfadado y parisino que le parecía del mejor gusto; y, como Madame Bovary, su vecina, interrogaba lleno de curiosidad al pasante por las costumbres de la capital, y hasta hablaba jerga para deslumbrar... a sus vecinos, diciendo *turne, bazar, chicard, chicandard, Breda-street*, y *Je me la casse* por «me marcho»[166].

Y un jueves, Emma quedó sorprendida al encontrar en la cocina del *Lion d'Or* al señor Homais vestido de viaje, es decir, con un viejo capotón que nunca le habían visto, llevando en una mano una maleta y en la otra el folgo que usaba en la tienda. No había confiado sus planes a nadie, por temor a inquietar a la clientela con su ausencia.

La idea de ver de nuevo los lugares donde había pasado su juventud lo exaltaba sin duda, pues durante todo el camino no paró de parlotear; luego, nada más llegar, saltó rápidamente del vehículo para ir en busca de Léon; y por más que el pasante se resistió, el señor Homais lo arrastró hacia el gran café de *Normandie*, donde entró majestuosamente sin quitarse el sombrero, por parecerle muy provinciano descubrirse en un lugar público.

Emma esperó a Léon tres cuartos de hora. Corrió por último a su despacho y, perdida en toda suerte de conjeturas, acusándole de indiferencia y reprochándose a sí misma su debilidad, pasó la tarde con la frente pegada a los cristales.

A las dos, pasante y boticario seguían sentados a la mesa uno frente al otro. La gran sala iba vaciándose; el tubo de la estufa, en forma de palmera, abría en el blanco techo su penacho dorado; y cerca de ellos, detrás de la vidriera, a pleno sol, un pequeño surtidor borbotaba en una pileta de mármol, en la que, entre berros y espárragos, tres bogavantes aletargados se estiraban hasta unas codornices, amontonadas en pila, en el

borde.

Homais exultaba. Aunque le embriagara más el lujo que una buena mesa, el vino de Pomard excitaba un poco, sin embargo, sus facultades, y, cuando apareció la tortilla al ron, expuso teorías inmorales sobre las mujeres. Lo que por encima de todo le seducía era el *chic*. Adoraba los atuendos elegantes en una casa bien amueblada, y, en cuanto a las cualidades corporales, no le hacía ascos a un *buen bocado*.

Léon contemplaba desesperado el péndulo. El boticario bebía, comía, charlaba.

—En Ruán, no debe de tener usted muchos. Aunque sus amores no le quedan lejos.

Y cuando el otro se sonrojaba:

—¡Vamos, sea sincero! ¿No me negará que en Yonville...?

El joven balbució.

—En casa de Madame Bovary, ¿no cortejaba usted a...?

—¿A quién?

—¡A la criada!

No bromeaba; pero, dejándose llevar más por la vanidad que por la prudencia, Léon protestó, a pesar suyo. Además, sólo le gustaban las mujeres morenas.

—Le alabo el gusto –dijo el farmacéutico–; son más ardientes.

E inclinándose al oído de su amigo, le indicó los síntomas que permiten conocer si una mujer es ardiente. Se lanzó incluso a una digresión etnográfica: la alemana era vaporosa, la francesa libertina, la italiana apasionada.

—¿Y las negras? –preguntó el pasante.

—Son capricho de artista –dijo Homais–. ¡Mozo! ¡Dos medias tazas!

—¿Nos vamos? –dijo Léon al fin, impacientándose.

—*Yes*.

Pero, antes de irse, quiso ver al dueño del establecimiento para felicitarle.

Entonces el joven, para quedarse solo, alegó que tenía trabajo.

—¡Ah, pues le escolto! –dijo Homais.

Y, mientras bajaba con él por las calles, le hablaba de su mujer, de sus hijos, del futuro de ellos y de la farmacia, le contaba la decadencia en que antes se hallaba y el grado de perfección al que la había llevado.

Al llegar ante el *Hôtel de Boulogne*, Léon le dejó bruscamente, subió corriendo la escalera y encontró a su amante muy alterada.

Al oír el nombre del farmacéutico se puso furiosa. Pero Léon acumulaba buenas razones: no era culpa suya, ¿no conocía al señor Homais? ¿Podía pensar que prefiriese su compañía? Pero Emma trataba de irse; él la retuvo; y, postrándose de rodillas, le rodeó el talle con los brazos, en una postura lánguida, llena de concupiscencia y de súplica.

Emma estaba de pie; sus grandes ojos encendidos le miraban muy serios y de un modo casi terrible. Luego las lágrimas se los nublaron, sus párpados sonrosados se entornaron, le abandonó sus manos, y Léon se las llevaba a la boca cuando apareció un criado para anunciar al señor que preguntaban por él.

—¿Vas a volver? –dijo ella.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Enseguida.

—Es un *truco* –dijo el farmacéutico al ver a Léon–. Como me parecía que esa visita le molestaba, he querido interrumpirla. Vamos a Bridoux a tomar una copa de *garus*[167].

Léon juró que tenía que volver al despacho. Entonces el boticario hizo bromas sobre los legajos y los procedimientos judiciales.

—¡Olvídese un poco del Cujas y del Bartolo[168], qué diablos! ¿Quién se lo impide? ¡Sea valiente! Vamos a Bridoux; verá usted a su perro. ¡Es curiosísimo!

Pero como el pasante seguía empeñado en su propósito:

—Pues voy con usted. Le esperaré leyendo un periódico, o me pondré a hojear un código.

Léon, aturdido por el enfado de Emma, la charlatanería del señor Homais y quizá la pesadez de la digestión, estaba indeciso y como fascinado por el farmacéutico, que repetía:

—¡Vamos a Bridoux! Está a dos pasos, en la calle Malpalu.

Entonces, por cobardía, por estupidez, por ese incalificable sentimiento que nos arrastra a las acciones más antipáticas, se dejó llevar a Bridoux; y lo encontraron en su pequeño patio, vigilando a tres muchachos que jadeaban haciendo girar la enorme rueda de una máquina para hacer agua de Seltz. Homais les dio consejos; abrazó a Bridoux; tomaron el *garus*. Veinte veces intentó Léon irse; pero el otro le sujetaba por el brazo diciéndole:

—¡Ahora mismo! Ya voy. Iremos a *Le Fanal de Rouen*, a ver a esos señores. Le presentaré a Thomassin.

Pese a todo, logró librarse de él y de un salto se plantó en el hotel. Emma ya no estaba.

Acababa de marcharse, irritada. Ahora le aborrecía. Aquella falta de palabra a la cita le parecía un ultraje, y seguía buscando razones para separarse de él: era incapaz de heroísmo, débil, vulgar, más blando que una mujer, además de tacaño y pusilánime.

Luego, calmándose, acabó por descubrir que seguramente lo había calumniado. Pero denigrar a los que amamos siempre nos aparta un poco de ellos. Los ídolos no deben tocarse: el dorado se queda en las manos.

Terminaron por hablar con más frecuencia de cosas que nada tenían que ver con su amor; y, en las cartas que Emma le enviaba, se hablaba de flores, de versos, de la luna y las estrellas, recursos ingenuos de una pasión debilitada que intentaba reavivarse con todos los recursos externos. Emma se prometía continuamente, para el siguiente viaje, una felicidad intensa; luego admitía no sentir nada extraordinario. Esa decepción se borraba enseguida como bajo una esperanza nueva, y Emma volvía a él más ardiente, más ávida. Se desvestía de manera brutal, arrancando el delgado cordón del corsé, que silbaba alrededor de sus caderas como una víbora que se desliza. Iba de puntillas y descalza a mirar una vez más si la puerta estaba cerrada, luego, con un solo gesto, se desprendía de todas sus ropas a la vez; — y pálida, sin hablar, seria, se abatía contra su pecho, con un largo estremecimiento.

Sin embargo, sobre aquella frente cubierta de gotas frías, sobre aquellos labios balbucientes, sobre aquellas pupilas extraviadas, en la presión de aquellos brazos, había algo de exagerado, de vago y de lúgubre, que a Léon le parecía interponerse entre ellos, sutilmente, como para separarlos.

No se atrevía a hacerle preguntas; pero, al verla tan experimentada, pensaba que debía de haber pasado por todas las pruebas del sufrimiento y del placer. Lo que tiempo atrás le encantaba, ahora le asustaba un poco. Además, se rebelaba contra la absorción, cada día mayor, de su personalidad. Odiaba a Emma por aquella victoria permanente. Se esforzaba incluso en no quererla; luego, cuando oía crujir sus botinas, se sentía cobarde, como los borrachos a la vista de los licores fuertes.

Ella no dejaba, cierto, de prodigarle toda clase de atenciones, desde los refinamientos de la mesa hasta las coqueterías de su atuendo y las miradas lánguidas. Llegaba de Yonville con rosas en su seno, y se las lanzaba a la cara, se mostraba preocupada por su salud, le daba consejos sobre cómo debía comportarse; y, para retenerlo mejor, en espera de que tal vez el cielo interviniese, le puso al cuello una medalla de la Virgen. Como una madre virtuosa, se informaba sobre sus amigos. Le decía:

—No los veas, no salgas, piensa sólo en nosotros; ¡ámame!

Habría querido poder vigilar su vida, y hasta se le ocurrió la idea de hacer que lo siguieran por las calles. Cerca del hotel había siempre una especie de vagabundo que abordaba a los viajeros y que no se negaría a... Pero su orgullo se rebeló.

—¡Qué más da! ¡Que me engañe, a mí qué me importa! ¿Me interesa tanto?

Un día en que se habían separado temprano, y volvía sola por el bulevar, divisó las tapias de su convento; y se sentó en un banco, a la sombra de los olmos. ¡Qué calma la de aquellos tiempos! ¡Cómo añoraba los inefables sentimientos de amor que intentaba imaginar a través de los libros!

Los primeros meses de su matrimonio, los paseos a caballo por el bosque, el vizconde bailando, y Lagardy cantando, todo volvió a desfilar ante sus ojos... Y de repente Léon le pareció tan lejano como los demás.

«¡Pero le amo!», se decía.

¡Qué importaba! No era feliz, no lo había sido nunca. ¿De dónde venía aquella insuficiencia de la vida, aquella podredumbre instantánea de las cosas en que se apoyaba? Pero si en alguna parte había un ser fuerte y bello, una naturaleza valerosa, plena a un tiempo de exaltación y de refinamientos, un corazón de poeta bajo una forma de ángel, lira de cuerdas de bronce que tocara hacia el cielo epitalamios elegiacos, ¿por qué no había de encontrarlo ella por azar? ¡Oh, qué imposible todo! Además, nada valía el esfuerzo de una búsqueda; ¡todo mentía! Cada sonrisa ocultaba un bostezo de aburrimiento, cada alegría una maldición, todo placer su hastío, y los mejores besos no dejaban en los labios más que un irrealizable anhelo de una voluptuosidad más alta.

Un estertor metálico se arrastró por el aire y la campana del convento dejó oír cuatro campanadas. ¡Las cuatro! ¡Y tenía la impresión de estar allí, en aquel banco, desde la eternidad! Pero una infinidad de pasiones puede caber en un minuto, como una multitud en un espacio pequeño.

Emma vivía totalmente absorta en las suyas, y no le preocupaba el dinero más que a una archiduquesa.

Pero, cierto día, un hombre de apariencia mezquina, rubicundo y calvo, entró en su casa, diciéndose enviado por el señor Vinçart, de Ruán. Retiró los alfileres que cerraban el bolsillo lateral de su larga levita verde, los clavó en su manga y tendió cortésmente un papel.

Era un pagaré de setecientos francos, suscrito por ella, y que Lheureux, pese a todas sus promesas, había endosado a la orden de Vinçart.

Mandó a la criada en busca de Lheureux; éste no podía acudir.

Entonces, el desconocido, que había permanecido de pie, lanzando a derecha e izquierda miradas curiosas que disimulaban sus espesas cejas rubias, preguntó con aire ingenuo:

—¿Qué tengo que decirle al señor Vinçart?

—Pues dígale... –respondió Emma–, que no tengo... La semana que viene... Que espere..., sí, la semana que viene.

Y el hombre se fue sin decir palabra.

Pero al día siguiente, a mediodía, recibió un protesto; y la vista del papel timbrado, donde aparecía varias veces y en gruesos caracteres: «Maese Hareng, ujier judicial de Buchy», la asustó tanto que fue a todo correr a casa del comerciante de telas.

Lo encontró en su tienda atando un paquete.

—¡Servidor! –le dijo–, ahora mismo estoy con usted.

No por eso dejó Lheureux de seguir con su tarea, ayudado por una chica de unos trece años, algo jorobada, y que le servía de dependienta y de cocinera a la vez.

Luego, haciendo sonar sus zuecos en el entablado de la tienda, subió delante de la señora al primer piso, y la hizo pasar a un estrecho gabinete donde una enorme mesa de madera de abeto soportaba varios libros de registro, protegidos transversalmente por una barra de hierro con candado. Contra la pared, debajo de unos retazos de indiana, se entreveía una caja fuerte, pero de tales dimensiones que debía de contener algo más que pagarés y dinero. En efecto, el señor Lheureux hacía préstamos sobre prendas, y ahí era donde había guardado la cadena de oro de Madame Bovary, junto con los pendientes del pobre tío Tellier, quien, forzado finalmente a vender, había terminado por comprar en Quincampoix una mísera tienda de comestibles, donde iba muriéndose de su catarro en medio de velas menos amarillas que su cara.

Lheureux se sentó en su ancho sillón de paja, diciendo:

—¿Qué hay de nuevo?

—Mire.

Y le mostró el papel.

—Y ¿qué quiere que yo le haga?

Entonces ella se enfureció, recordándole la palabra que le había dado de no endosar sus pagarés; él lo admitía.

—Es que yo mismo me vi obligado, estaba con el agua al cuello.

—Y ¿qué va a pasar ahora? –continuó ella.

—¡Ah!, muy sencillo: una sentencia del tribunal y después el embargo...; *sanseacabó*.

Emma se contenía para no pegarle. En tono suave le preguntó si no había medio de calmar al señor Vinçart.

—¡Sí, sí, calmar a Vinçart!; cómo se ve que no lo conoce, es más feroz que un árabe.

Pero era imprescindible que el señor Lheureux interviniese.

—¡Escuche!, creo que hasta ahora he sido bastante bueno con usted.

Y desplegando uno de sus registros:

—¡Mire!

Luego, recorriendo la página con el dedo:

—Vamos a ver... vamos a ver... El 3 de agosto, doscientos francos... El 17 de junio, ciento cincuenta... 23 de marzo, cuarenta y seis... En abril...

Se detuvo, como si temiera hacer una tontería.

—¡Por no hablar de los pagarés suscritos por su marido, uno de setecientos francos, otro de trescientos! En cuanto a los pequeños anticipos que le he hecho a usted, a los intereses, es cosa de nunca acabar, y como para volverse loco. ¡Ya no quiero saber nada!

Ella lloraba, le llamó incluso «mi buen señor Lheureux». Pero él se escudaba siempre en aquel «bribón de Vinçart». Además, no tenía un céntimo, ahora no le pagaba nadie, le estaban esquilmando, un pobre tendero como él no podía seguir prestando dinero.

Emma permanecía callada; y el señor Lheureux, que mordisqueaba las barbas de una pluma, se inquietó sin duda por aquel silencio, pues prosiguió:

—Si al menos uno de estos días tuviera yo algunos ingresos..., podría...

—Por otro lado –dijo ella–, cuando los atrasos de Barneville...

—¿Cómo?

Y, al enterarse de que Langlois aún no había pagado, pareció muy sorprendido. Luego, con voz melosa:

—¿No podríamos llegar usted y yo a un acuerdo?...

—¡Oh! ¡Lo que usted quiera!

Entonces él cerró los ojos para reflexionar, escribió algunas cifras y, declarando que le resultaría muy difícil, que el asunto era escabroso y *una sangría* para él, dictó cuatro pagarés de doscientos cincuenta francos cada uno y vencimientos mensuales.

—¡Ojalá Vinçart quiera hacerme caso! De todos modos, de acuerdo, no me gusta dar largas, soy claro como el agua.

Luego le enseñó, como si no estuviera interesado, varias mercancías nuevas, ninguna de las cuales era, en su opinión, digna de la señora.

—¡Y pensar que tengo una tela a siete *sous* el metro, con el tinte garantizado! Y sin embargo se tragan el anzuelo; no les cuentan la verdad, puede usted creerme –con esta confesión del timo de sus colegas quería convencerla de su total probidad.

Luego volvió a llamarla para enseñarle tres varas de guipur que había encontrado recientemente «en un remate de embargo».

—¡Es precioso! –decía Lheureux–; ahora se lleva mucho para cabeceros de sillones, está de moda.

Y más raudo que un prestidigitador, envolvió el guipur en papel azul y lo puso en las

manos de Emma.

—Por lo menos quiero saber cuánto...

—¡Ah!, más tarde –replicó él volviéndole la espalda.

Esa misma noche, ella azuzó a Bovary para que escribiera a su madre pidiéndole que le mandara cuanto antes lo que quedaba de la herencia. La suegra respondió que ya no tenía nada; la liquidación se había concluido, y les quedaba, además de Barneville, seiscientas libras de renta, que les enviaría puntualmente.

Entonces Emma envió facturas a dos o tres clientes, y no tardó en utilizar ampliamente este recurso, que le daba buen resultado. Siempre se cuidaba de añadir a manera de postdata: «No le diga nada a mi marido, ya sabe usted lo orgulloso que es... Perdóneme... Su servidora...». Hubo algunas reclamaciones; las interceptó.

Para hacerse con dinero, empezó a vender sus guantes viejos, sus viejos sombreros, la vieja chatarra; y regateaba con rapacidad — su sangre campesina la impulsaba a la codicia. Más tarde, en sus viajes a la ciudad, compraría de ocasión algunas baratijas que el señor Lheureux, a falta de otra cosa, le aceptaría sin duda. Se compró plumas de avestruz, porcelana china y arcones; pedía prestado a Félicité, a la señora Lefrançois, a la posadera de *La Croix Rouge*, a todo el mundo, donde fuera. Con el dinero que por fin recibió de Barneville, canceló dos pagarés, y los mil quinientos francos restantes se evaporaron. Se empeñó de nuevo, ¡y siempre así!

Cierto que a veces trataba de echar sus cuentas, pero descubría unas cosas tan exorbitantes que no podía creerlo. Entonces volvía a empezar, se liaba enseguida, lo plantaba todo y dejaba de pensar en ello.

¡Qué triste estaba ahora la casa! Se veía salir de ella a los proveedores con caras furiosas. Había pañuelos rodando por los fogones; y la pequeña Berthe, con gran escándalo de la señora Homais, llevaba las medias rotas. Si Charles aventuraba tímidamente alguna observación, respondía en tono brutal que la culpa no era suya.

¿Por qué aquellos arrebatos? Él lo explicaba todo por la antigua enfermedad nerviosa; y, reprochándose haber tomado por defectos sus dolencias, se acusaba de egoísmo, sentía deseos de correr a abrazarla.

«¡Oh, no!», pensaba, «¡la molestaría!».

Y no hacía nada.

Después de comer paseaba solo por el jardín; sentaba a la pequeña Berthe en las rodillas y, abriendo su revista de medicina, trataba de enseñarla a leer. La niña, que no estudiaba nunca, no tardaba mucho en abrir unos ojos tristes y echarse a llorar. Entonces la consolaba; iba a buscarle agua en la regadera para hacer ríos en la arena, o cortaba ramas de alheña para plantar árboles en los arriates, sin que con ello estropeara demasiado el jardín, todo lleno de malezas; ¡se le debían tantos jornales a Lestiboudois! Después la niña tenía frío y quería irse con su madre.

—Llama a tu muchacha –decía Charles–. Ya sabes, hijita, que tu mamá no quiere que la molesten.

Empezaba el otoño y ya iban cayendo las hojas — ¡igual que hacía dos años, cuando ella estaba enferma! — ¿Cuándo acabará todo esto?... Y seguía paseando, con las manos

a la espalda.

La señora estaba en su cuarto. Nadie subía allí. Permanecía en él todo el día, abotargada, sin apenas vestirse, y quemando de vez en cuando pastillas del serrallo que había comprado en Ruán, en la tienda de un argelino. Para no tener a aquel hombre durmiendo a su lado de noche, a fuerza de malas caras, terminó por relegarlo al segundo piso; y leía hasta el amanecer libros extravagantes donde se mezclaban escenas orgiásticas con situaciones sangrientas. Muchas veces le entraba terror, lanzaba un grito, Charles acudía.

—¡Ah! ¡Vete! –le decía.

Otras veces, abrasada con más violencia por aquella llama íntima que el adulterio avivaba, jadeante, alterada, ardiendo en deseo, abría la ventana, aspiraba el aire frío, esparcía al viento su cabellera demasiado pesada y, mirando las estrellas, anhelaba amores principescos. Pensaba en él, en Léon. En esos momentos hubiera dado cualquier cosa por una sola de aquellas citas que la dejaban saciada.

Eran sus días de gala. ¡Los quería espléndidos! Y cuando él no podía pagar solo los gastos, ella completaba con generosidad lo que faltaba, cosa que ocurría casi siempre. Léon trató de hacerle comprender que estarían igual de bien en otra parte, en algún hotel más modesto; pero ella puso objeciones.

Un día sacó de su bolso seis cucharillas de plata sobredorada (el regalo de boda de papá Rouault), rogándole que fuera inmediatamente a empeñarlas por ella al monte de piedad; y Léon obedeció, aunque la gestión le desagradara. Tenía miedo a comprometerse.

Después, pensando en todo aquello, se dio cuenta de que su amante adoptaba actitudes extrañas, y que quizá no estuvieran equivocados los que trataban de separarlo de ella.

En efecto, alguien había enviado a su madre una larga carta anónima, para alertarla de que *se perdía con una mujer casada*; e inmediatamente la buena señora, vislumbrando el eterno espantajo de las familias, es decir, la indefinida criatura perniciosa, la sirena, el monstruo que habita fantásticamente en las profundidades del amor, escribió a maese Dubocage, su patrón, que estuvo muy acertado en este asunto. Pasó con él tres cuartos de hora con la intención de abrirle los ojos y advertirle del abismo. Una intriga como aquélla perjudicaría más tarde su futuro profesional. Le suplicó que rompiese, y, si no hacía este sacrificio por su propio interés, que lo hiciera al menos por él, ¡por Dubocage!

Léon acabó jurando que no volvería a ver a Emma; y se reprochaba haber faltado a su palabra, considerando todas las complicaciones y críticas que aún podría acarrearle aquella mujer, por no hablar de las bromas de sus compañeros, que las soltaban por la mañana, alrededor de la estufa. Además, iba a ascender a pasante primero; era el momento de sentar cabeza. Por eso renunciaba a sus inclinaciones juveniles, a los sentimientos exaltados, a la imaginación; — pues todo burgués, en el hervor de su juventud, aunque sólo sea un día, un minuto, se ha creído capaz de pasiones inmensas, de altas empresas. El libertino más mediocre ha soñado con sultanas; todo Notasrio lleva dentro de sí los restos de un poeta.

Ahora se aburría cuando Emma, de repente, se ponía a sollozar sobre su pecho; y su

corazón, como esa gente que sólo puede soportar cierta dosis de música, se aletargaba de indiferencia en el estruendo de un amor cuyas delicadezas ya no percibía.

Se conocían demasiado para tener esos arrobos de la posesión que centuplican la alegría. Y ella estaba tan harta de él como él cansado de ella. Emma encontraba en el adulterio todas las insipideces del matrimonio.

Pero ¿cómo librarse de aquello? Además, por muy humillada que se sintiera ante la bajeza de semejante felicidad, seguía aferrada a ella por hábito y por corrupción; y cada día se obstinaba más, agotando cualquier dicha a fuerza de quererla demasiado grande. Acusaba a Léon de sus esperanzas defraudadas, como si la hubiera traicionado; y llegaba a desear una catástrofe que llevara a la separación, ya que por sí misma no tenía valor para decidirse.

No por eso dejaba de escribirle cartas de amor, en virtud de la idea de que una mujer siempre debe escribir a su amante.

Pero, al escribirlas, veía a otro hombre, un fantasma hecho con sus recuerdos más ardientes, de sus lecturas más bellas, de sus anhelos más fuertes; y al final se le volvía tan verdadero y accesible que palpitaba maravillada, aunque sin poder imaginárselo claramente, hasta el punto de que se perdía, como un dios, bajo la abundancia de sus atributos. Él vivía en ese país azulado donde las escalas de seda se balancean en los balcones, bajo el hálito de las flores, con el claro de luna. Lo sentía a su lado, iba a venir y a raptarla toda entera en un beso. Después volvía a desmoronarse, quebrantada; porque aquellos arrebatos de amor imaginario la agotaban más que los grandes desenfrenos.

Ahora sentía un agotamiento incesante y universal. A menudo, incluso, Emma recibía requerimientos, papel timbrado que apenas miraba. Habría deseado no seguir viviendo, o dormir continuamente.

El día de la *mi-carême*[169] no volvió a Yonville; por la noche fue al baile de máscaras. Se puso un pantalón de terciopelo y medias rojas, una peluca con coleta y un tricornio ladeado sobre la oreja. No cesó de dar brincos toda la noche al furioso son de los trombones; hacían corro a su alrededor; y al amanecer se encontró en el peristilo del teatro entre cinco o seis máscaras, con ropas de descargadoras y marineros, amigos de Léon, que hablaban de ir a cenar.

Los cafés de los alrededores estaban llenos. Encontraron en el puerto un restaurante de los más modestos, cuyo dueño les abrió, en el cuarto piso, una pequeña sala.

Los hombres cuchicheaban en un rincón, consultándose seguramente sobre el gasto. Había un pasante, dos estudiantes de Medicina y un dependiente: ¡qué compañía para ella! En cuanto a las mujeres, Emma no tardó en Notasr, por el timbre de sus voces, que debían de ser, casi todas, de la peor estofa. Entonces tuvo miedo, echó hacia atrás la silla y bajó los ojos.

Los otros empezaron a comer. Ella no comió; le ardía la frente, tenía picores en los párpados y un frío glacial en la piel. Dentro de su cabeza sentía el entablado del baile, que seguía rebotando bajo la pulsación rítmica de los mil pies que bailaban. Luego, el olor del ponche y el humo de los puros la aturdieron. Estaba a punto de desmayarse; la

llevaron junto a la ventana.

Empezaba a clarear, y una gran mancha de color púrpura se extendía en el cielo pálido, por la parte de Sainte-Catherine. El río, lívido, temblaba con el viento; no había nadie en los puentes; las farolas de gas iban apagándose.

Pese a todo se recuperó, y se puso a pensar en Berthe, que dormía allá, en el cuarto de la criada. Pero pasó una carreta llena de largas barras de hierro lanzando contra la pared de las casas una vibración metálica ensordecedora.

De repente se marchó, se deshizo de su traje, le dijo a Léon que tenía que volver a casa, y por fin se quedó sola en el *Hôtel de Boulogne*. Todo, hasta ella misma, le resultaba insoportable. Habría querido, escapando como un pájaro, ir a rejuvenecerse en alguna parte, muy lejos, en los espacios inmaculados.

Salió, cruzó el bulevar, la Place Cauchoise y los suburbios, hasta una calle de las afueras que dominaba unos huertos. Caminaba deprisa, el aire libre la calmaba: y poco a poco las caras de la multitud, las máscaras, las cuadrillas, las lámparas, la cena, aquellas mujeres, todo desaparecía como brumas arrastradas por el viento. Luego, cuando volvió a *La Croix Rouge*, se echó sobre su cama, en la pequeña habitación del segundo, donde estaban las estampas de *La tour de Nesle*. A las cuatro de la tarde la despertó Hivert.

Al llegar a casa, Félicité le mostró oculto tras el péndulo un papel gris. Leyó:

«En virtud de la notificación, en forma ejecutoria de una sentencia...».

¿Qué sentencia? Y es que la víspera habían traído otro papel que no había visto; por eso se quedó estupefacta ante estas palabras:

«Requerimiento por orden del rey, la ley y la justicia, a Madame Bovary...».

Entonces, tras saltarse varias líneas, vio:

«En un plazo máximo de veinticuatro horas». — ¿Qué? «Pagar la suma total de ocho mil francos[170].» E incluso más abajo se decía: «Será apremiada por toda vía de derecho, y principalmente por embargo ejecutorio de sus muebles y efectos».

¿Qué hacer?... Dentro de veinticuatro horas: ¡mañana! Seguro que Lheureux quería asustarla una vez más, pensó; pues de pronto adivinó todas sus maniobras, la intención de sus complacencias. Lo que la tranquilizaba era lo exagerado de la suma.

Sin embargo, a fuerza de comprar, de no pagar, de pedir prestado, de firmar pagarés, de renovar luego esos pagarés, que a cada nuevo vencimiento se inflaban, había terminado por amasar para Lheureux un capital, que éste esperaba impaciente para sus especulaciones.

Se presentó en su casa con aire desenvuelto.

—¿Sabe usted lo que me pasa? ¡Seguramente es una broma!

—No.

—¿Cómo que no?

Él se apartó lentamente, y le dijo cruzándose de brazos:

—¿Pensaba usted, señora mía, que yo iba a ser su proveedor y banquero hasta la consumación de los siglos por amor a Dios? Tengo que recuperar mis desembolsos, ¡seamos justos!

Ella protestó por la cuantía de la deuda.

—¡Ah, qué le vamos a hacer! ¡El tribunal la ha reconocido! ¡Hay una sentencia! ¡Se la han notificado! Además, no soy yo, es Vinçart.

—¿No podría usted?...

—Nada en absoluto.

—Pero..., vamos a ver..., razonemos.

Y se dedicó a buscar pretextos; no se había enterado..., era una sorpresa...

—¿De quién es la culpa? –dijo Lheureux saludándola irónicamente–. Mientras yo estoy trabajando como un negro, usted se divierte de lo lindo.

—¡Ah, nada de moral!

—¡Nunca está de más! –replicó él.

Fue cobarde, le suplicó; y hasta llegó a apoyar su bonita mano blanca y larga en las rodillas del comerciante.

—¡Déjeme! ¡Se diría que quiere seducirme!

—¡Es usted un miserable! –exclamó ella.

—¡Oh, oh! ¡Vaya maneras! –dijo él riendo.

—Haré saber quién es usted. Le diré a mi marido...

—¡Estupendo! ¡También yo le enseñaré algo a su marido!

Y Lheureux sacó de su caja fuerte el recibo de mil ochocientos francos que ella le había dado en el momento del descuento de Vinçart.

—¿Usted cree –añadió– que ese pobre hombre no va a enterarse de su pequeño robo?

Emma se derrumbó, más abatida que si hubiera recibido un mazazo. Él se paseaba de la ventana al escritorio, mientras repetía:

—¡Ah! Claro que le enseñaré..., claro que le enseñaré...

Luego se le acercó y, con voz dulce:

—No es agradable, lo sé; después de todo, no ha muerto nadie, y, como es el único medio que le queda para devolverme mi dinero...

—Pero ¿dónde voy a encontrarlo? –dijo Emma retorciéndose los brazos.

—¡Bah!, ¡cuando se tienen, como usted, amigos!

Y la miraba de una forma tan perspicaz y tan terrible que ella se estremeció hasta las entrañas.

—Se lo prometo –dijo ella–, firmaré...

—¡Ya tengo suficientes firmas suyas!

—Seguiré vendiendo...

—Pero si ya no le queda nada –dijo él encogiéndose de hombros.

Y por el ventanillo que daba a la tienda, gritó:

—¡Annette!, no olvides los tres retales del número 14.

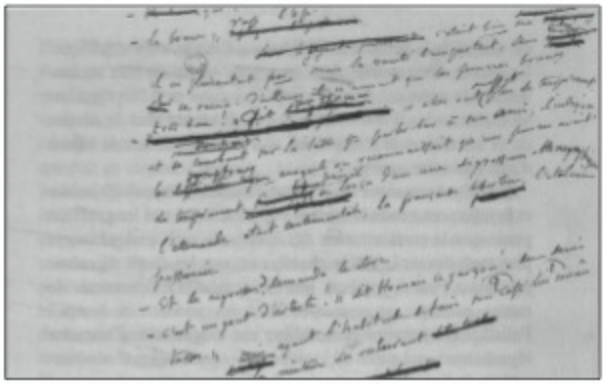
Apareció la criada, Emma comprendió y preguntó «cuánto dinero haría falta para detener todas las diligencias».

—¡Es demasiado tarde!

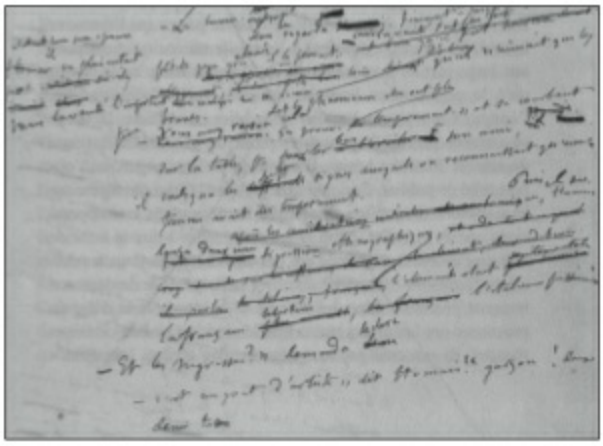
—Pero ¿si le trajera varios miles de francos, la cuarta parte de la suma, la tercera parte, casi todo?

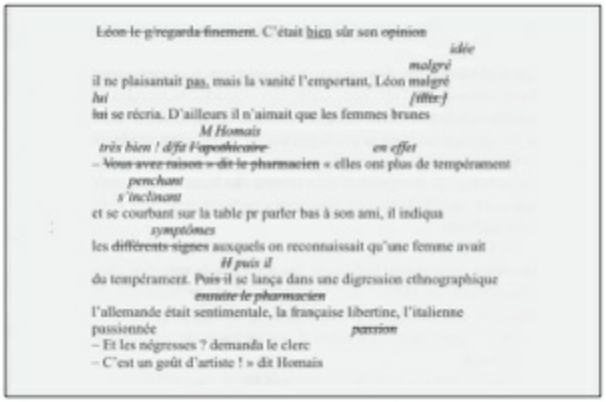
—¡No! ¡Es inútil!

Y la empujaba suavemente hacia la escalera.
—Se lo suplico, señor Lheureux, ¡unos días más!
Sollozaba.
—¡Vaya, ahora lágrimas!
—¡Me deja usted desesperada!
—¡Me importa un rábano! –dijo él volviendo a cerrar la puerta.



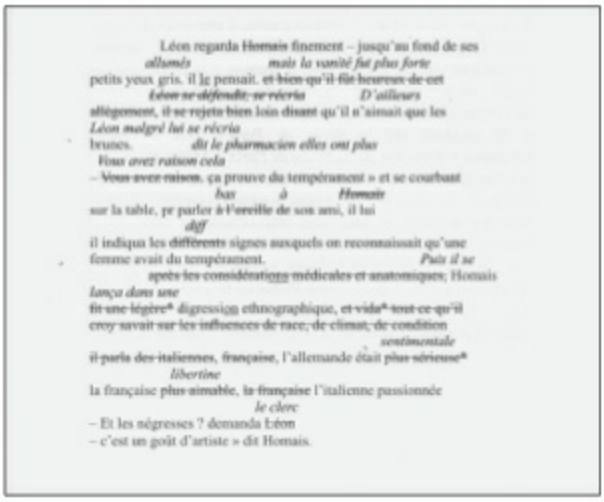
Borradores de Flaubert, vol. 6, f.º 24 y 25.





~~Léon le g'regarda finement~~. C'était bien sûr son ~~opinion~~
idée
malgré
il ne plaisantait pas, mais la vanité l'emportant, Léon ~~malgré~~
lui *[illegible]*
~~lui~~ se récria. D'ailleurs il n'aimait que les femmes brunes
M Homais
très bien ! dit l'apothicaire *en effet*
– ~~Vous avez raison » dit le pharmacien~~ « elles ont plus de tempérament
penchant
s'inclinant
et se courbant sur la table pr parler bas à son ami, il indiqua
symptômes
les ~~différents signes~~ auxquels on reconnaissait qu'une femme avait
Il puis il
du tempérament. ~~Puis~~ il se lança dans une digression ethnographique
ensuite le pharmacien
l'allemande était sentimentale, la française libertine, l'italienne
passionnée *passion*
– Et les négresses ? demanda le clerc
– C'est un goût d'artiste ! » dit Homais

Transcripción, vol. 6, f.º 24 y 25. Pasajes eliminados por la *Revue de Paris*.



Léon regarda Homais finement – jusqu'au fond de ses
allumés *mais la vanité fut plus forte*
petits yeux gris. il le pensait. et bien qu'il fût heureux de cet
Léon se défendit, se récria *D'ailleurs*
allègement, il se rejeta bien loin disant qu'il n'aimait que les
Léon malgré lui se récria
brunes. *dit le pharmacien elles ont plus*
Vous avez raison cela
– Vous avez raison. ça prouve du tempérament » et se courbant
bas *à* *Homais*
sur la table, pr parler à l'oreille de son ami, il lui
diff
il indiqua les différents signes auxquels on reconnaissait qu'une
femme avait du tempérament. *Puis il se*
après les considérations médicales et anatomiques; Homais
lança dans une
fit une légère* digression ethnographique, et vida* tout ce qu'il
croy savait sur les influences de race, de climat, de condition
sentimentale
il parla des italiennes, française, l'allemande était plus sérieuse*
libertine
la française plus aimable, la française l'italienne passionnée
le clerc
– Et les négresses ? demanda Léon
– c'est un goût d'artiste » dit Homais.

«No bromeaba; pero, dejándose llevar...»

VII

Se mostró estoica al día siguiente, cuando maese Hareng, el ujier judicial, se presentó con dos testigos en su casa para levantar acta del embargo.

Empezaron por el gabinete de Bovary y no anotaron la cabeza frenológica, que fue considerada como *instrumento de su profesión*; pero en la cocina contaron las fuentes, las ollas, las sillas, los candelabros, y, en su dormitorio, todas las baratijas de la estantería. Registraron sus vestidos, la ropa interior, el tocador; y toda su vida, hasta en sus rincones más íntimos, quedó expuesta con todo detalle, como un cadáver al que se le hace la autopsia, ante las miradas de aquellos tres hombres.

Maese Hareng, embutido en un fino traje negro, de corbata blanca y con las trabillas muy tirantes, repetía de vez en cuando:

—¿Me permite, señora? ¿Me permite?

Lanzaba con frecuencia exclamaciones:

—¡Precioso!... ¡Muy bonito!

Luego volvía a escribir, mojando la pluma en el tintero de hueso que sujetaba en la mano izquierda.

Cuando acabaron con las habitaciones, subieron al desván.

Allí tenía ella un pupitre donde estaban guardadas las cartas de Rodolphe. Tuvo que abrirlo.

—¡Ah, una correspondencia! –dijo maese Hareng con una sonrisa discreta–. Pero, ¡permítame!, porque debo cerciorarme de que la caja no contiene nada más.

E inclinó ligeramente los papeles, como para hacer caer los napoleones. Ella se indignó al ver aquella manaza, de dedos rojos y blandos como babosas, posarse en aquellas páginas en las que había latido su corazón.

¡Por fin se marcharon! Entró Félicité. La había enviado a vigilar la puerta para que Bovary no entrase; y a toda prisa instalaron en la buhardilla al guardián del embargo, que juró no moverse de allí.

Durante la velada, Charles le pareció preocupado. Emma lo espiaba con una mirada llena de angustia, creyendo percibir acusaciones en las arrugas de su rostro. Luego, cuando sus ojos se volvían hacia la chimenea adornada con pantallas chinas, hacia las amplias cortinas, hacia los sillones, hacia todas aquellas cosas, en fin, que habían endulzado la amargura de su vida, se sentía presa de un remordimiento, o más bien de un pesar inmenso que excitaba la pasión en vez de aniquilarla. Charles atizaba plácidamente el fuego, con los pies sobre los morillos.

Hubo un momento en que el guardián, aburrido sin duda en su escondite, hizo un poco de ruido.

—¿Anda alguien ahí arriba? –dijo Charles.

—¡Nadie! –contestó ella–, es una lucera que habrá quedado abierta y que mueve el viento.

Al día siguiente, domingo, Emma fue a Ruán para ver a todos los banqueros que conocía de nombre. Estaban en el campo o de viaje. No se desanimó; y a los que pudo encontrar les pedía dinero, jurándoles que lo necesitaba, que lo devolvería. Algunos se le rieron en la cara; todos se negaron.

A las dos corrió a casa de Léon, llamó a su puerta. No abrió nadie. Por fin apareció.

—¿Qué te trae por aquí?

—¿Te molesta?

—No..., pero...

Y confesó que al casero no le gustaba que se recibiese a «mujeres».

—Tengo que hablarte –continuó ella.

Él cogió entonces la llave. Ella lo detuvo.

—¡Oh!, no, allá, en nuestra casa.

Y fueron a su cuarto, en el *Hôtel de Boulogne*.

Ella bebió un gran vaso de agua al llegar. Estaba muy pálida. Le dijo:

—Léon, tienes que hacerme un favor.

Y, sacudiéndole ambas manos, que le apretaba con fuerza, añadió:

—Escucha, ¡necesito ocho mil francos!

—Pero ¿estás loca?

—¡Todavía no!

Y acto seguido, contándole la historia del embargo, le expuso su angustia; porque Charles lo ignoraba todo; su suegra la detestaba, papá Rouault no podía hacer nada; pero él, Léon, iba a ponerse en movimiento para encontrar aquella suma indispensable...

—¿Cómo quieres que...?

—¡Qué cobarde eres! –exclamó ella.

Entonces él dijo tontamente:

—Estás sacando las cosas de quicio. Quizá un millar de escudos basten para calmar a ese hombre.

Razón de más para dar aquel paso; era imposible que no se encontraran tres mil francos. Además, Léon podía pedir dinero prestado por ella.

—¡Anda, inténtalo! ¡Es necesario! ¡Corre!... ¡Oh, inténtalo, inténtalo! ¡Te querré mucho!

Él salió. Volvió al cabo de una hora, y dijo con cara solemne:

—He ido a ver a tres personas... ¡Todo inútil!

Luego permanecieron sentados frente a frente, a ambos lados de la chimenea, inmóviles, sin hablar. Emma se encogía de hombros y daba pataditas en el suelo. Él la oyó murmurar:

—Si yo estuviera en tu lugar, seguro que lo encontraba.

—¿Dónde?

—¡En tu despacho!

Y lo miró.

De sus pupilas encendidas escapaba una audacia infernal, mientras los párpados se acercaban de una forma lasciva e incitante; — tanto que el joven se sintió flaquear bajo la muda voluntad de aquella mujer que le aconsejaba un delito. Entonces tuvo miedo y, para evitar cualquier explicación, se dio una palmada en la frente exclamando:

—¡Morel tiene que volver esta noche! No me lo negará, eso espero (era un amigo suyo, hijo de un hombre de negocios muy rico), y mañana te lo llevo –añadió.

Emma no pareció acoger aquella esperanza con tanta alegría como él había imaginado. ¿Sospechaba la mentira? Él continuó poniéndose colorado.

—Pero si a las tres no me has visto, no me esperes, querida. Tengo que irme, perdóname. ¡Adiós!

Estrechó su mano, pero la sintió totalmente inerte. A Emma ya no le quedaba fuerza para sentimiento alguno.

Dieron las cuatro; y se levantó para volver a Yonville, obedeciendo como un autómata al impulso de la costumbre.

Hacía buen tiempo; era uno de esos días del mes de marzo claros y crudos, en los que brilla el sol en un cielo muy blanco. Los ruaneses endomingados paseaban con aire feliz. Llegó a la plaza del Atrio. Salían de vísperas; la multitud fluía por los tres pórticos como un río por los tres arcos de un puente y, en el medio, más inmóvil que una roca, estaba el pertiguero.

Entonces recordó el día en que, toda ansiosa y llena de esperanza, había entrado bajo aquella gran nave que se extendía ante ella menos profunda que su amor; y siguió caminando, llorando bajo su velo, aturdida, vacilante, a punto de desmayarse.

—¡Cuidado! –gritó una voz saliendo de una puerta cochera que se abría.

Se detuvo para dejar paso a un caballo negro que piafaba entre los varales de un tílburi conducido por un *gentleman* con un abrigo de piel de cibelina. ¿Quién era? Lo conocía... El coche partió y desapareció.

¡Pero si era él, el vizconde! Emma se volvió; la calle estaba desierta. Y se sintió tan abrumada, tan triste, que se apoyó contra una pared para no caer.

Luego pensó que se había equivocado. De todos modos, no sabía nada. Dentro de ella y fuera de ella, todo la abandonaba. Se sentía perdida, rodando al azar por unos abismos indefinibles; y al llegar a *La Croix Rouge* vio, casi con alegría, al bueno de Homais mirando cargar en *La Golondrina* una gran caja llena de provisiones farmacéuticas; llevaba en la mano, en un pañuelo, seis *cheminots*[171] para su esposa.

A la señora Homais le gustaban mucho esos panecillos amazacotados, en forma de turbante, que se comen en Cuaresma con mantequilla salada: último vestigio de los alimentos góticos, que quizá se remonte al siglo de las cruzadas, y con los que se atiborraban antaño los robustos normandos creyendo ver sobre la mesa, a la luz de unas antorchas amarillas, entre las jarras de hipocrás y los gigantescos embutidos, alguna cabeza de sarraceno que devorar. La mujer del boticario los masticaba como ellos, heroicamente, a pesar de su detestable dentadura; por eso, cada vez que el señor Homais viajaba a la ciudad, no dejaba de llevarle aquellos bollos, que siempre compraba en casa

del gran fabricante, en la calle Massacre.

—¡Encantado de verla! –dijo ofreciéndole la mano a Emma para ayudarla a subir a *La Golondrina*.

Colgó luego los *cheminots* de las correas de la redecilla, y permaneció con la cabeza descubierta y los brazos cruzados en una actitud pensativa y napoleónica.

Pero cuando el ciego apareció, como de costumbre, al pie de la cuesta, exclamó:

—¡No comprendo que la autoridad siga tolerando unas industrias tan culpables! Deberían encerrar a estos desgraciados, y obligarlos a hacer algún trabajo. ¡El progreso avanza a paso de tortuga, palabra de honor! ¡Estamos chapoteando en plena barbarie!

El ciego tendía su sombrero, que se bamboleaba al borde de la portezuela, como una bolsa del tapizado que estuviera suelta.

—¡Ahí tiene usted una afección escrofulosa! –dijo el farmacéutico.

Y, aunque conociese al pobre diablo, fingió verlo por primera vez, murmuró palabras como *córnea, córnea opaca, esclerótica, facies*, y luego, de pronto, le preguntó en tono paternal:

—¿Hace mucho que tienes esa espantosa enfermedad, amigo mío? En lugar de emborracharte en la taberna, mejor harías siguiendo un régimen.

Le animaba a tomar buen vino, buena cerveza, buenos asados. El ciego continuaba su canción; por otra parte, parecía casi idiota. El señor Homais terminó por abrir su bolsa.

—Toma, ahí tienes un *sou*, pero devuélveme dos céntimos; y no olvides mis recomendaciones, te irán bien.

Hivert se permitió en voz alta alguna duda sobre su eficacia. Pero el boticario certificó que él mismo le curaría con una pomada antiflogística de su invención, y le dio sus señas:

—Señor Homais, al lado del mercado, conocido de sobra.

—¡Ahora, como premio –dijo Hivert–, haznos *uno de tus numeritos*!

El ciego se puso en cuclillas y, echando hacia atrás la cabeza al tiempo que hacía girar sus ojos verdosos y sacaba la lengua, se frotaba el estómago con las dos manos mientras soltaba una especie de aullido sordo, como un perro hambriento. Emma, llena de repugnancia, le echó por encima del hombro una moneda de cinco francos. Era toda su fortuna. Le parecía hermoso tirarla de aquel modo.

El coche ya había arrancado cuando, de repente, el señor Homais se asomó por la ventanilla y gritó:

—¡Nada de farináceos ni de lacticinios! ¡Llevar lana sobre la piel y exponer las partes enfermas al humo de bayas de enebro!

El espectáculo de los objetos conocidos que desfilaban ante sus ojos poco a poco distraía a Emma de su dolor presente. La agobiaba una fatiga insoportable, y llegó a su casa aturdida, desanimada, casi dormida.

«¡Que pase lo que tenga que pasar!», se decía.

Y además, ¿quién sabe? ¿Por qué no podía ocurrir, de un momento a otro, un acontecimiento extraordinario? Hasta podía morirse Lheureux.

A las nueve de la mañana la despertó un ruido de voces en la plaza. Había un tropel de gente alrededor del mercado para leer un gran bando pegado en uno de los pilares, y vio

a Justin subirse a un mojón y romper el bando. Pero, en ese mismo instante, el guarda rural le agarró por la solapa. El señor Homais salió de la farmacia, y la tía Lefrançois parecía estar perorando en medio del gentío.

—¡Señora! ¡Señora! –gritó Félicité entrando–, ¡qué infamia!

Y la pobre chica, alterada, le tendió un papel amarillo que acababa de arrancar de la puerta. Emma leyó de un vistazo que todo su mobiliario estaba en venta.

Entonces se miraron en silencio. Criada y ama no tenían secretos la una para la otra. Por fin Félicité suspiró:

—Si yo fuera usted, señora, iría a ver al señor Guillaumin.

—¿Tú crees?

Y aquella pregunta quería decir: «Tú que conoces esa casa por el criado, ¿sabes si el amo le ha hablado alguna vez de mí?».

—Sí, vaya, hará bien.

Emma se vistió, se puso el vestido negro con su capota de cuentas de azabache; y, para que no la vieran (seguía habiendo mucha gente en la plaza), tomó por detrás del pueblo el camino que bordeaba el río.

Llegó sin aliento ante la verja del Notasrio; el cielo estaba sombrío y caía un poco de nieve.

Al ruido de la campanilla, Théodore, con chaleco rojo, apareció en la escalinata; fue a abrirle casi con familiaridad, como a una amiga, y la hizo pasar al comedor.

Una gran estufa de porcelana zumbaba debajo de un cactus que llenaba la hornacina, y, en unos marcos de madera negra, sobre la pared empapelada en color roble, estaban la *Esmeralda* de Steuben, con la *Putifar* de Schopin[172]. La mesa servida, dos calientaplatos de plata, el pomo de cristal de las puertas, el entarimado y los muebles, todo relucía con una limpieza meticulosa, inglesa; los cristales estaban decorados en las esquinas con vidrios de color.

«Un comedor así necesitaría yo», pensaba Emma.

Entró el Notasrio apretando contra el cuerpo con el brazo izquierdo su batín bordado de palmas, mientras con la otra mano se quitaba y volvía a ponerse a toda prisa el gorro de terciopelo marrón, pretenciosamente terciado hacia el lado derecho, del que salían las puntas de tres mechones rubios que, desde el occipucio, rodeaban su calva cabeza.

Después de ofrecerle asiento, se sentó a almorzar, pidiéndole muchas disculpas por la descortesía.

—Señor –dijo ella–, vengo a pedirle...

—¿Qué, señora? La escucho.

Empezó a exponerle su situación.

Maese Guillaumin la conocía por estar secretamente ligado con el comerciante de telas, en quien siempre encontraba capitales para los préstamos hipotecarios que se contrataban en su Notasría.

Por lo tanto sabía (y mejor que ella) la larga historia de aquellos pagarés, mínimos al principio, que llevaban diversos nombres de endosantes, espaciados a largos vencimientos y continuamente renovados hasta el día en que, recogiendo todos los

protestos, el comerciante había encargado a su amigo Vinçart que hiciese en propio nombre las diligencias necesarias, pues no quería pasar por un tigre entre sus conciudadanos.

Emma incorporó a su relato recriminaciones contra Lheureux, recriminaciones a las que el Notasrio respondía de vez en cuando con una palabra intrascendente. Mientras se comía una chuleta y se tomaba el té, apoyaba la barbilla en su corbata azul cielo, prendida por dos alfileres de brillantes unidos por una cadenita de oro; y sonreía con una sonrisa peculiar, de una manera dulzona y ambigua. Pero, al darse cuenta de que ella tenía los pies mojados:

—Acérquese a la estufa..., más arriba..., contra la porcelana.

Ella temía ensuciarla. El Notasrio prosiguió en tono galante.

—Las cosas bellas no estropean nada.

Entonces Emma trató de conmoverle, y, emocionada, llegó a contarle las estrecheces de su casa, sus apuros, sus necesidades. Él lo comprendía: ¡una mujer elegante! Y, sin dejar de comer, se había vuelto por completo hacia ella, hasta el punto de que le rozaba con la rodilla la botina, cuya suela se curvaba humeando junto a la estufa.

Pero cuando le pidió mil escudos, él apretó los labios, luego se declaró muy apenado porque no le hubiera confiado tiempo atrás la dirección de su fortuna, pues había cien medios muy cómodos, hasta para una dama, de sacar provecho a su dinero. Bien en las turberas de Grumesnil o en los terrenos de El Havre, habría podido arriesgarse sobre seguro en excelentes especulaciones; y la dejó consumirse de rabia ante la idea de las fantásticas sumas que desde luego habría ganado.

—¿Por qué no acudió a mí? –preguntó él.

—Pues no sé muy bien –dijo ella.

—¿Por qué?, ¿eh?... ¿Me tenía miedo? ¡Más bien soy yo el que debería quejarme! ¡Si apenas nos conocemos! Y, sin embargo, le tengo mucho aprecio; espero que no lo ponga en duda.

Alargó su mano, cogió la de Emma, la cubrió con un beso voraz, luego la retuvo sobre su rodilla; y jugaba delicadamente con sus dedos mientras le decía mil requiebros.

Su voz insulsa susurraba como un arroyo que corre; una chispa brotaba de su pupila a través del reflejo de sus lentes, y sus manos avanzaban por dentro de la manga de Emma para palparle el brazo. Ella sentía contra su mejilla el aliento de una respiración jadeante. Aquel hombre la alteraba de una forma horrible.

Se levantó de un salto y le dijo:

—¡Señor, estoy esperando!

—¿Qué? –preguntó el Notasrio, que de pronto se puso extremadamente pálido.

—Ese dinero.

—Pero...

Luego, cediendo a la irrupción de un deseo incontenible:

—De acuerdo, ¡sí!...

Y se arrastraba de rodillas hacia ella, sin preocuparse para nada del batín.

—¡Por favor, quédese! ¡La amo!

La cogió por la cintura.

Una oleada de púrpura subió rápidamente al rostro de Madame Bovary. Retrocedió con una expresión terrible, exclamando:

—¡Se aprovecha usted sin ningún pudor de mi angustia, señor! ¡Soy digna de lástima, pero no estoy en venta!

Y se fue.

El Notasrio se quedó estupefacto, con los ojos clavados en sus hermosas zapatillas bordadas. Mirarlas terminó por servirle de consuelo. Eran un regalo del amor. Por otra parte pensaba que una aventura como aquélla le habría llevado demasiado lejos.

«¡Qué miserable! ¡Qué patán!... ¡Qué infamia!», se decía ella mientras huía con pie nervioso bajo los tiemblos de la carretera. La decepción del fracaso reforzaba la indignación de su pudor ultrajado; le parecía que la Providencia se obstinaba en perseguirla, pero, reafirmada en su orgullo, nunca había sentido tanta estima por sí misma ni tanto desprecio por los demás. Algo belicoso la enajenaba. Habría querido pegar a los hombres, escupirles a la cara, machacarlos a todos; y seguía caminando deprisa hacia delante, pálida, trémula, rabiosa, escudriñando con los ojos llenos de lágrimas el horizonte vacío, y como deleitándose en el odio que la ahogaba.

Cuando divisó su casa, se apoderó de ella una especie de entumecimiento. No podía seguir avanzando; pero tenía que hacerlo; además, ¿adónde huir?

Félicité la esperaba en la puerta.

—¿Y qué?

—¡No! –dijo Emma.

Y, durante un cuarto de hora, ambas pasaron revista a las diferentes personas de Yonville que quizá estuvieran dispuestas a prestarle ayuda. Pero, cada vez que Félicité decía un nombre, Emma replicaba:

—¿Es posible? ¡No querrán!

—¡Y el señor está a punto de volver!

—Ya lo sé... Déjame sola.

Lo había intentado todo. Ahora ya no quedaba nada por hacer; y cuando Charles apareciese, tendría que decirle:

—Aparta. Esta alfombra que pisas ya no es nuestra. En tu casa no tienes ni un mueble, ni un alfiler, ni una paja, y soy yo la que te ha arruinado, ¡infeliz!

Entonces se produciría un gran sollozo, luego él lloraría mucho, y por último, una vez pasada la sorpresa, la perdonaría.

«Sí», murmuraba Emma rechinando los dientes, «me perdonará, él, que ni con un millón que me ofreciera tendría bastante para que yo le perdonara el haberme conocido... ¡Jamás! ¡Jamás!».

Esta idea de la superioridad de Bovary sobre ella la exasperaba. Además, confesara o no, en el acto, dentro de un rato o mañana, él no dejaría de enterarse de la catástrofe; por lo tanto había que esperar aquella horrible escena y sufrir el peso de su magnanimidad. Le dieron ganas de volver a casa de Lheureux: ¿para qué? De escribir a su padre: era demasiado tarde; y quizá estaba arrepintiéndose de no haber cedido al otro

cuando oyó el trote de un caballo en la alameda. Era él, abría la cancela, estaba más pálido que la tapia de yeso. Bajando a saltos la escalera, ella escapó rápidamente por la plaza; y la mujer del alcalde, que charlaba delante de la iglesia con Lestiboudois, la vio entrar en casa del recaudador.

Corrió a decírselo a la señora Caron. Estas dos damas subieron al desván; y, ocultas por la ropa tendida en unas varas, se apostaron cómodamente para ver toda la casa de Binet.

Estaba solo, en su buhardilla, imitando en madera uno de esos objetos indescriptibles de marfil, compuestos de medias lunas, de esferas huecas metidas unas en otras, todo el conjunto recto como un obelisco y sin la menor utilidad; ¡y estaba empezando la última pieza, llegaba al final! En el claroscuro del taller, el polvo rubio echaba a volar de su herramienta como un penacho de chispas bajo las herraduras de un caballo al galope: las dos ruedas giraban, zumbaban; Binet sonreía, con la barbilla baja, las aletas de la nariz dilatadas, y parecía finalmente absorto en una de esas dichas absolutas que probablemente sólo producen las ocupaciones mediocres, que entretienen la inteligencia con dificultades fáciles y la sacian en una realización más allá de la cual ya no queda nada por soñar.

—¡Ah, ahí llega! –dijo la señora Tuvache.

Pero, debido al torno, apenas se podía oír lo que Emma decía.

Aquellas señoras creyeron distinguir por fin la palabra «francos», y la tía Tuvache susurró muy bajo:

—Está suplicándole, para conseguir que le aplace las contribuciones.

—¡Eso parece! –dijo la otra.

La vieron andar arriba y abajo, examinando alineados en las paredes los servilleteros, los candelabros, los pomos de barandilla, mientras Binet se acariciaba la barba con satisfacción.

—¿Habrá ido a encargarle algo? –dijo la señora Tuvache.

—¡Pero si él no vende nada! –objetó su vecina.

El recaudador parecía escuchar mientras abría mucho los ojos, como si no alcanzara a comprender. Ella seguía en actitud tierna, suplicante. Se acercó a él; su pecho jadeaba; ya no hablaban.

—¿Es que se le está insinuando? –dijo la señora Tuvache.

Binet estaba colorado hasta las orejas. Emma le cogió las manos.

—¡Ah!, ¡eso es demasiado!

Y no había duda de que estaba proponiéndole algo abominable; porque el recaudador, que sin embargo era valiente, había luchado en Bautzen y en Lutzen[173], había hecho la campaña de Francia[174], y hasta le habían *propuesto para la cruz*; — de pronto, como quien ve una serpiente, retrocedió muy lejos exclamando:

—¡Señora! ¡Cómo se le ocurre!...

—¡A esas mujeres habría que azotarlas! –dijo la señora Tuvache.

—Pero ¿dónde está? –replicó la señora Caron.

Porque, durante estas palabras, Emma había desaparecido; luego, al verla enfilar la

calle Mayor y girar a la derecha como para dirigirse al cementerio, las dos mujeres se perdieron en conjeturas.

—Tía Rollet –dijo al llegar a casa de la nodriza–, ¡me ahogo!... Aflójeme el corsé.

Se dejó caer sobre la cama; sollozaba. La tía Rollet la tapó con una falda y se quedó de pie a su lado. Luego, como no respondía, la buena mujer se alejó, cogió su rueca y se puso a hilar lino.

—¡Oh, pare de una vez! –murmuró, creyendo oír el torno de Binet.

«¿Qué le molesta?», se preguntaba la nodriza. «¿Por qué ha venido aquí?»

Había ido allí empujada por una especie de espanto que la echaba de su casa.

Tendida de espaldas, inmóvil y con los ojos fijos, distinguía vagamente los objetos, aunque aplicase a ellos su atención con una persistencia idiota. Contemplaba los desconchones de la pared, dos tizones que humeaban por los extremos, y una larga araña que, encima de su cabeza, andaba por la hendidura de la viga. Por fin ordenó sus ideas. Recordaba... Un día, con Léon... ¡Ay!, qué lejos todo aquello... El sol brillaba sobre el río y las clemátides despedían su olor... Entonces, arrastrada por sus recuerdos como por un torrente hirviente, no tardó en acordarse de la jornada de la víspera.

—¿Qué hora es? –preguntó.

La tía Rollet salió, levantó los dedos de su mano derecha hacia el lado más claro del cielo, y volvió a entrar despacio diciendo:

—Pronto las tres.

—¡Ah, gracias, gracias!

Porque él vendría. ¡Seguro! Habría encontrado el dinero. Pero quizá fuera a su casa, sin sospechar que ella estaba aquí; y mandó a la nodriza que corriera a su casa para traerlo.

—¡Dese prisa!

—Pero, mi querida señora, ¡ya voy, ya voy!

Ahora le extrañaba no haber pensado antes en él; ayer le había dado su palabra, no faltaría a ella; y ya se veía en casa de Lheureux, extendiendo sobre el escritorio los tres billetes de banco. Luego habría que inventar una historia que explicase las cosas a Bovary. ¿Cuál?

Sin embargo, la nodriza tardaba mucho en volver. Pero como no había reloj en la choza, Emma temía exagerarse a sí misma el tiempo transcurrido. Se puso a pasear dando vueltas por la huerta, paso a paso; siguió el sendero a lo largo del seto, y volvió rápidamente, esperando que la buena mujer hubiera vuelto por otro camino. Hasta que, cansada de esperar, asaltada por mil sospechas que rechazaba, sin saber ya si llevaba allí un siglo o un minuto, se sentó en un rincón y cerró los ojos, se tapó los oídos. Rechinó la cancela: ella dio un salto; antes de que pudiera abrir la boca, la tía Rollet le había dicho:

—¡A su casa no ha ido nadie!

—¿Cómo?

—¡Nadie! Y el señor está llorando. La llama. La están buscando.

Emma no dijo nada. Jadeaba, lanzando miradas a su alrededor mientras la campesina,

asustada ante su cara, retrocedía instintivamente, creyéndola loca. De pronto Emma se dio una palmada en la frente, lanzó un grito, porque el recuerdo de Rodolphe, como un gran relámpago en una noche sombría, le había pasado por el alma. ¡Era tan bueno, tan delicado, tan generoso! Y, además, si dudaba en hacerle aquel favor, ya sabría ella obligarlo recordándole con un solo guiño su amor perdido. Se encaminó pues hacia La Huchette, sin darse cuenta de que corría a ofrecerse a lo que hacía un rato tanto la había exasperado, sin sospechar en absoluto de aquella prostitución.

VIII

Por el camino iba preguntándose: «¿Qué voy a decir? ¿Por dónde empezar?». Y, a medida que avanzaba, reconocía los matorrales, los árboles, los juncos marinos en la colina, el castillo a lo lejos. Volvía a encontrar las sensaciones de su primer amor, y su pobre corazón oprimido se dilataba amorosamente en ellas. Un viento tibio le daba en la cara; la nieve, al derretirse, caía gota a gota de las yemas a la hierba.

Entró, como antes, por la puertecita del parque, luego llegó al patio de honor, bordeado por una doble hilera de frondosos tilos. Balanceaban, silbando, sus largas ramas. En la perrera ladraron a la vez todos los perros, y el estrépito de sus ladridos resonaba sin que acudiera nadie.

Subió la ancha escalinata recta, con balaustradas de madera, que llevaba al corredor pavimentado de losas polvorientas al que daban varias habitaciones en hilera, como en los monasterios o en las posadas. La suya estaba al fondo del todo, a la izquierda. Cuando puso los dedos en la cerradura, de repente sus fuerzas la abandonaron. Tenía miedo de que no estuviese, casi lo deseaba, y sin embargo era su única esperanza, la última posibilidad de salvación. Se recogió un minuto, y, armando su valor en el sentimiento de la necesidad presente, entró.

Él estaba junto a la lumbre, con los dos pies en la chambrana, fumando una pipa.

—¡Vaya! ¡Es usted! –dijo levantándose bruscamente.

—¡Sí, soy yo!... Querría pedirle un consejo, Rodolphe.

Y, a pesar de todos sus esfuerzos, le resultaba imposible abrir la boca.

—¡No ha cambiado usted nada, sigue igual de encantadora!

—¡Oh! –replicó Emma amargamente–, tristes encantos, amigo mío, puesto que usted los ha despreciado.

Entonces Rodolphe inició una explicación de su conducta, excusándose en términos vagos, a falta de poder inventar algo mejor.

Ella se dejó enredar por sus palabras, y más aún por su voz y por la contemplación de su persona; hasta el punto de que fingió creer, o quizá creyó, en ese pretexto de la ruptura: era un secreto del que dependían el honor y hasta la vida de una tercera persona.

—¡No importa! –dijo ella mirándole tristemente–, sufrí mucho.

Él respondió en tono filosófico:

—¡Así es la vida!

—¿Le ha tratado bien, al menos, desde nuestra separación? –preguntó Emma.

—¡Oh!, ni bien... ni mal.

—Quizá hubiera sido mejor no separarnos nunca.

—Sí..., ¡quizá!

—¿Lo crees? –dijo ella acercándose.

Y suspiró:

—¡Oh, Rodolphe! ¡Si supieras!... ¡Te quise tanto!

Fue entonces cuando ella le cogió la mano, y permanecieron algún tiempo con los dedos enlazados — ¡como el primer día, en la feria! Por un gesto de orgullo, él se debatía contra el enternecimiento. Pero, dejándose caer sobre su pecho, ella le dijo:

—¿Cómo querías que viviese sin ti? ¿Quién puede desacostumbrarse a la felicidad? ¡Estaba desesperada! ¡Creí morir! Te lo contaré todo, ya verás. Mientras que tú..., ¡tú huiste de mí!

Porque desde hacía tres años la había evitado cuidadosamente, por esa cobardía natural que caracteriza al sexo fuerte; y Emma seguía haciendo deliciosos gestos de cabeza, más mimosa que una gata en celo:

—Amas a otras, confiésalo. ¡Oh!, las entiendo, claro. Las perdono; las habrás seducido como me sedujiste a mí. ¡Tú sí que eres un hombre, tienes todo lo necesario para que te quieran! Pero empezaremos de nuevo, ¿verdad? ¡Nos amaremos! Mira, río, ¡soy feliz!... ¡Pero di algo!

Y estaba arrebatadora, con aquella mirada en la que temblaba una lágrima como el agua de una tormenta en un cáliz azul.

Él la atrajo sobre sus rodillas, y acariciaba con el dorso de la mano sus bandós lisos en los que, en la claridad del crepúsculo, espejeaba como una flecha de oro un postrer rayo de sol. Ella inclinaba la frente; él terminó por besarle los párpados, muy dulcemente, con la punta de sus labios.

—Pero ¡has llorado! –dijo él–. ¿Por qué?

Emma rompió a sollozar. Rodolphe creyó que era la explosión de su amor; como ella callaba, tomó aquel silencio por un último pudor, y entonces exclamó:

—¡Ah, perdóname! Tú eres la única que me gusta. ¡He sido un imbécil y un infame! ¡Te quiero, te querré siempre!... ¿Qué te pasa? ¡Dímelo!

Y se arrodillaba.

—¡Pues... que estoy arruinada, Rodolphe! Tienes que prestarme tres mil francos.

—Pero..., pero... –dijo él incorporándose poco a poco, mientras su fisonomía adoptaba una expresión seria.

—Has de saber –continuaba ella deprisa– que mi marido había colocado toda su fortuna en una Notasría; el Notasrio se fugó. Pedimos dinero prestado; los clientes no pagaban. Por otra parte, la liquidación no ha terminado; tendremos dinero más adelante. Pero hoy, por falta de tres mil francos, van a embargarnos; es ahora, en este mismo momento; y, confiando en tu amistad, he venido.

«¡Ah!», pensó Rodolphe, que se puso muy pálido de repente, «¡ha venido por eso!».

Por fin, dijo en un tono muy tranquilo:

—No los tengo, mi querida señora.

No mentía. De haberlos tenido seguramente se los hubiera dado, aunque por lo general resulte desagradable llevar a cabo acciones tan bellas: de todas las borrascas que caen sobre el amor, ninguna lo enfría ni lo desarraiga tanto como una petición de dinero.

Al principio, Emma se quedó mirándole unos minutos.

—¡No los tienes!

Repitió varias veces:

—¡No los tienes!... Debería haberme ahorrado esta última vergüenza. Nunca me has amado. ¡No vales más que los otros!

Se traicionaba, se perdía.

Rodolphe la interrumpió, afirmando que también estaba en «apuros».

—¡Ah, te compadezco! –dijo Emma–. ¡Sí, no sabes cuánto!...

Y, deteniendo los ojos en una carabina damasquinada que brillaba en la panoplia:

—Pero, cuando uno es tan pobre, ¡no pone plata en la culata de la escopeta! ¡Ni se compra un péndulo con incrustaciones de nácar! –continuaba señalando el reloj de Boulle[175]–; ni empuñaduras de plata dorada en sus látigos –¡y los tocaba!–, ¡ni dijes para el reloj! ¡Oh, no le falta de nada! Hasta una licorera en su cuarto; porque bien que te cuidas, vives estupendamente, tienes un castillo, granjas, bosques; vas de montería, viajas a París... ¡Eh!, y si sólo fuera esto –exclamó cogiendo sobre la chimenea unos gemelos de camisa–, ¡la menor de estas boberías! ¡A estas cosas se les puede sacar dinero!... ¡Oh, no las quiero! ¡Guárdatelas!

Y arrojó muy lejos los dos gemelos, cuya cadena de oro se rompió al golpear contra la pared.

—Yo, en cambio, te habría dado todo, habría vendido todo, habría trabajado con mis manos, habría mendigado por los caminos, por una sonrisa, por una mirada, por oírte decir: «¡Gracias!». ¡Y tú te quedas ahí, tan tranquilo en tu sillón, como si no me hubieras hecho sufrir ya bastante! ¡Bien sabes que, sin ti, habría podido vivir feliz! ¿Quién te obligaba? ¿Era una apuesta? Sin embargo me amabas, eso decías... Y todavía hace un momento... ¡Ay, hubieras hecho mejor echándome! Aún tengo mis manos calientes de tus besos, y ahí está el sitio, en la alfombra, donde me jurabas de rodillas una eternidad de amor. Me lo hiciste creer; ¡y durante dos años me arrastraste al sueño más magnífico y más dulce!... ¡Eh!, ¿te acuerdas de nuestros proyectos de viaje? ¡Oh!, ¡tu carta, tu carta! ¡Me desgarró el corazón! Y ahora, cuando vuelvo a él, ¡a él que es rico, feliz, libre!, para implorar una ayuda que prestaría cualquiera, suplicante y trayéndole de nuevo toda mi ternura, me rechaza, ¡porque eso le costaría tres mil francos!

—¡No los tengo! –contestó Rodolphe con esa calma perfecta con que se protegen como con un escudo las irritaciones resignadas.

Se marchó. Las paredes temblaban, el techo la aplastaba; y pasó una vez más por la larga alameda, tropezando con los montones de hojas muertas que el viento dispersaba. Por fin llegó al foso que había delante de la verja; se rompió las uñas con el cerrojo de la prisa que se dio para abrirla. Luego, cien pasos más adelante, sin aliento, a punto de caer, se detuvo. Y entonces, volviéndose, contempló una vez más el impasible castillo, con el parque, los jardines, los tres patios, y todas las ventanas de la fachada.

Se quedó estupefacta y sin más conciencia de sí misma que el latido de sus arterias, que aún creía oír como una ensordecedora música que llenara toda la campiña. Bajo sus pies, el suelo estaba más blando que una onda y los surcos le parecieron inmensas olas

pardas que rompían. Todas las reminiscencias, todas las ideas que tenía en su cabeza huían a la vez, de un solo salto, como las mil piezas de unos fuegos artificiales. Vio a su padre, el gabinete de Lheureux, el cuarto de su casa, otro paisaje. La locura hacía presa en ella, tuvo miedo, y consiguió serenarse, cierto que de manera confusa, pues no recordaba en absoluto la causa de su horrible situación, es decir, el problema del dinero. Sólo sufría por su amor, y sentía que su alma se le iba por ese recuerdo, como los heridos, cuando agonizan, sienten que la existencia se les va por la herida que les sangra.

Caía la noche, volaban las cornejas.

De pronto le pareció que unos glóbulos color de fuego estallaban en el aire como balas fulminantes que se aplastan, y giraban, giraban para ir a fundirse en la nieve, entre las ramas de los árboles. En medio de cada uno de ellos aparecía la cara de Rodolphe. Se multiplicaron, y se acercaban, la penetraban: todo desapareció. Reconoció las luces de las casas que brillaban de lejos en la niebla.

Entonces su situación, como un abismo, volvió a presentársele. Jadeaba hasta romperse el pecho. Luego, en un arranque de heroísmo que la volvía casi alegre, bajó corriendo la cuesta, atravesó la pasarela de las vacas, el sendero, la alameda, el mercado, y llegó ante la tienda del farmacéutico.

No había nadie. Iba a entrar; pero, al ruido de la campanilla, alguien podía salir; y colándose por la cancela, conteniendo el aliento, tanteando las paredes, avanzó hasta el umbral de la cocina, donde ardía una vela puesta sobre el fogón. Justin, en mangas de camisa, se llevaba una fuente.

—¡Ah!, están cenando. Esperemos.

Él volvió. Ella dio un golpecito en el cristal. Él salió.

—¡La llave!, la de arriba, donde están los...

—¿Qué?

Y la miraba, muy sorprendido por la palidez de su cara, cuya blancura contrastaba con el fondo de la noche. Le pareció extraordinariamente bella, y majestuosa como un fantasma; sin comprender lo que ella quería, presentía algo terrible.

Pero ella replicó rápidamente, en voz baja, con una voz dulce, disolvente:

—¡La quiero! Dámela.

Como el tabique era delgado, se oía el ruido de los tenedores contra los platos en el comedor.

Dijo que la necesitaba para matar las ratas que le impedían dormir.

—Tendría que decírselo al señor.

—¡No! ¡Quédate!

Luego, con aire displicente:

—¡Bah!, no merece la pena, ya se lo diré yo dentro de un rato. ¡Vamos, alúmbrame!

Emma entró en el pasillo al que daba la puerta del laboratorio. En la pared había una llave con la etiqueta «leonera».

—¡Justin! –gritó el boticario, que se impacientaba.

—¡Subamos!

Y él la siguió.

Hizo girar la llave en la cerradura, y Emma fue derecha hacia la tercera balda, tan bien la guiaba su recuerdo, cogió el bocal azul, arrancó el tapón, metió la mano y la sacó llena de un polvo blanco que empezó a comerse.

—¡Pare! –exclamó Justin abalanzándose sobre ella.

—¡Cállate!, que van a venir...

Él se desesperaba, quería llamar.

—¡No digas nada, le echarían la culpa a tu amo!

Luego se marchó súbitamente calmada, y casi con la serenidad de un deber cumplido.

Cuando Charles, trastornado por la noticia del embargo, volvió a casa, Emma acababa de irse. Gritó, lloró, se desmayó, ¡pero ella no regresaba! ¿Dónde podía estar? Mandó a Félicité a casa de Homais, a casa del señor Tuvache, a casa de Lheureux, al *Lion d'Or*, a todas partes; y en las intermitencias de su angustia, ¡veía arruinado su prestigio, perdida su fortuna, malogrado el futuro de Berthe! ¿Por qué razón?... ¡Ni una palabra! Esperó hasta las seis de la tarde. Por fin, sin poder aguantar más, e imaginando que se había ido a Ruán, salió a la carretera, caminó media legua, no halló a nadie, esperó todavía un rato más y regresó a casa.

Ella había vuelto.

—¿Qué pasaba?... ¿Por qué?... Explícame...

Ella se sentó ante su secreter, y escribió una carta que selló lentamente, añadiendo la fecha y la hora. Luego dijo en tono solemne:

—Léela mañana; hasta entonces, te lo ruego, ¡no me hagas ni una sola pregunta!... ¡No, ni una!

—Pero...

—¡Oh, déjame!

Y se tendió cuan larga era en su cama.

Un sabor acre que notaba en la boca la despertó. Entrevió a Charles y volvió a cerrar los ojos.

Se acechaba a sí misma llena de curiosidad, para descubrir si sufría. ¡No!, nada todavía. Oía el tictac del péndulo, el ruido de la lumbre, y a Charles, que de pie junto a su cama respiraba.

«¡Ah, qué poca cosa es la muerte!», pensaba; «voy a dormirme, ¡y todo habrá acabado!».

Bebió un trago de agua y se volvió hacia la pared.

Aquel horrible sabor a tinta continuaba.

—¡Tengo sed!... ¡Cuánta sed! –suspiró.

—Pero ¿qué te pasa? –dijo Charles, que le tendía un vaso.

—¡No es nada!... Abre la ventana... ¡Me ahogo!

Y le dio una arcada tan repentina que apenas tuvo tiempo de coger el pañuelo debajo de la almohada.

—¡Llévatelo! –dijo vivamente–; ¡tíralo!

Charles le hizo preguntas; no le respondió. Permanecía inmóvil por miedo a que la

menor emoción la hiciera vomitar. Mientras tanto, sentía un frío de hielo que le subía de los pies hasta el corazón.

—¡Ay, esto empieza otra vez! –murmuró Emma.

—¿Qué dices?

Movía la cabeza con un gesto suave lleno de angustia, a la par que abría continuamente las mandíbulas, como si llevara sobre la lengua algo muy pesado. A las ocho reaparecieron los vómitos.

Charles observó que, en el fondo de la palangana, había una especie de arenilla blanca pegada a las paredes de la porcelana.

—¡Es extraordinario!, ¡es singular! –repitió.

Pero ella dijo con voz fuerte:

—¡No, te equivocas!

Entonces, con delicadeza y casi acariciándola, Charles le pasó la mano sobre el estómago. Emma lanzó un grito agudo. Él retrocedió muy asustado.

Después Emma empezó a gemir, al principio débilmente. Un gran escalofrío le sacudía los hombros, y se ponía más pálida que la sábana en la que se hundían sus dedos crispados. Su pulso, desigual, era casi imperceptible ahora.

Gotas de sudor corrían por su rostro amoratado, que parecía como yerto en la exhalación de un vapor metálico. Le castañeteaban los dientes, sus ojos dilatados miraban vagamente en torno suyo, y a todas las preguntas sólo respondía moviendo la cabeza; hasta sonrió dos o tres veces. Poco a poco sus gemidos se volvieron más fuertes. Se le escapó un chillido sordo; pretendió que se encontraba mejor y que se levantaría enseguida. Pero las convulsiones hicieron presa en ella; gritó:

—¡Ay!, ¡esto es atroz, Dios mío!

Él se arrodilló junto a la cama.

—¡Habla! ¿Qué has comido? ¡Responde, en nombre del cielo!

Y la miraba con ojos de tanta ternura como ella nunca se los había visto.

—¡Pues ahí..., ahí!... –dijo ella con voz desfallecida.

Él se precipitó hacia el secreter, rompió el sello ¡y leyó en voz alta! *Que no se acuse a nadie*... Se detuvo, se pasó la mano por los ojos y siguió leyendo.

—¿Cómo? ¡Socorro! ¡Ayuda!

Y sólo podía repetir esta palabra: «¡Envenenada! ¡Envenenada!». Félicité fue corriendo a casa de Homais, que la voceó en la plaza; la señora Lefrançois la oyó en el *Lion d'Or*; algunos se levantaron para decírsela a sus vecinos, y toda la noche el pueblo estuvo en vela.

Trastornado, balbuciente, a punto de derrumbarse, Charles daba vueltas por la habitación. Tropezaba con los muebles, se mesaba los cabellos y nunca hubiera creído el farmacéutico que pudiera haber espectáculo tan espantoso.

Volvió a su casa para escribir al señor Canivet y al doctor Larivière. Se le iba la cabeza; hizo más de quince borradores. Hippolyte partió para Neufchâtel, y Justin espoleó con tanta violencia el caballo de Bovary que lo dejó en la cuesta del Bois-Guillaume extenuado y medio reventado.

Charles quiso hojear su diccionario de medicina; no veía nada, las líneas le bailaban.

—¡Calma! –dijo el boticario–. Sólo se trata de administrar algún potente antídoto. ¿Qué veneno es?

Charles le enseñó la carta. Era arsénico.

—Bueno –prosiguió Homais–, habría que analizarlo.

Pues sabía que, en todo envenenamiento, hay que hacer un análisis; y el otro, que no le comprendía, respondió:

—¡Ah! ¡Hágalo! ¡Hágalo! Sálvela...

Luego, de nuevo junto a ella, se desplomó en el suelo, sobre la alfombra, y allí permanecía con la cabeza apoyada en el borde de la cama sollozando.

—¡No llores! –le dijo ella–. ¡Pronto dejaré de atormentarte!

—¿Por qué? ¿Quién te ha obligado?

Ella replicó:

—No había otra salida, amigo mío.

—¿No eras feliz? ¿Tengo yo la culpa? ¡Pero si he hecho cuanto he podido!

—Sí..., es cierto..., ¡tú sí que eres bueno!

Y le pasaba despacio la mano por el pelo. La dulzura de aquella sensación aumentaba la tristeza de Charles; sentía que todo su ser se desmoronaba de desesperación ante la idea de que iba a perderla precisamente cuando manifestaba más amor que nunca por él; y no se le ocurría nada; no sabía, no se atrevía, pues la urgencia de una decisión inmediata acababa de trastornarlo.

Emma pensaba que ya había terminado con todas las traiciones, las bajezas y las innumerables ansias que la torturaban. Ahora no odiaba a nadie; una confusión de crepúsculo se abatía sobre su pensamiento, y de todos los ruidos terrenales Emma ya sólo oía el intermitente lamento de aquel pobre corazón, dulce e indistinto, como el postrer eco de una sinfonía que se aleja.

—Que me traigan a la niña –dijo incorporándose sobre un codo.

—No estás peor, ¿verdad? –preguntó Charles.

—¡No, no!

La niña llegó en brazos de su criada, con su largo camisón del que salían sus pies desnudos, seria y casi soñando todavía. Miraba con extrañeza la habitación desordenada, y guiñaba los ojos, deslumbrada por los candelabros que ardían sobre los muebles. Sin duda le recordaban las mañanas de Año Nuevo o de la *mi-carême*, cuando, despertada temprano como ahora por la luz de las velas, iba a la cama de su madre para recibir sus regalos, pues empezó a decir:

—Pero ¿dónde está, mamá?

Y como todo el mundo callaba:

—¡Pero no veo mi zapatito!

Félicité la inclinaba hacia la cama, mientras ella seguía mirando hacia la chimenea.

—¿Lo ha cogido la nodriza? –preguntó.

Y, al oír esta palabra, que le traía el recuerdo de sus adulterios y de sus calamidades, Madame Bovary volvió la cabeza, como asqueada por otro veneno más fuerte que le

subiera a la boca. Berthe, mientras tanto, seguía depositada sobre la cama.

—¡Qué ojos tan grandes tienes, mamá! ¡Qué pálida estás! ¡Cómo sudas!...

Su madre la miraba.

—¡Tengo miedo! –dijo la pequeña echándose hacia atrás.

Emma cogió su mano para besarla; la niña forcejeaba.

—¡Basta, que se la lleven! –exclamó Charles, que seguía sollozando en la trasalcoba.

Después los síntomas cesaron un instante; parecía menos agitada; y, a cada palabra insignificante, a cada respiración algo más tranquila de su pecho, Charles recobraba la esperanza. Por fin, cuando Canivet entró, se arrojó llorando en sus brazos.

—¡Ah, es usted! ¡Gracias! ¡Qué bueno es usted! Pero todo va mejor. Vea, mírela...

Su colega no fue en absoluto de esa opinión, y, *para no andarse con rodeos*, como él mismo decía, prescribió un emético a fin de limpiar completamente el estómago.

No tardó en vomitar sangre. Sus labios se apretaron más. Tenía los miembros crispados, el cuerpo cubierto de manchas oscuras, y el pulso se escurría bajo los dedos como un hilo tenso, como una cuerda de arpa a punto de romperse.

Después se ponía a gritar de una manera horrible. Maldecía el veneno, lo increpaba, le suplicaba que se diera prisa, y rechazaba con los brazos rígidos todo lo que Charles, más agonizante que ella, se esforzaba en hacerle beber. Él permanecía de pie, con el pañuelo en los labios, entre estertores, llorando y ahogado por sollozos que le sacudían hasta los talones; Félicité corría de acá para allá por la habitación; Homais, inmóvil, lanzaba profundos suspiros, y el señor Canivet, aunque seguía conservando su aplomo, empezaba a sentirse preocupado.

—¡Diablos!..., sin embargo..., está purgada, y, desde el momento en que la causa cesa...

—Debe cesar el efecto –dijo Homais–; es evidente.

—¡Pero sálvela! –exclamaba Bovary.

Por eso, sin escuchar al farmacéutico que aún aventuraba esta hipótesis: «Quizá sea un paroxismo saludable», Canivet iba a administrar la triaca cuando se oyó el chasquido de un látigo; temblaron todos los cristales y una berlina de posta, de la que tiraban a galope tendido tres caballos cubiertos de barro hasta las orejas, irrumpió de un salto en la esquina del mercado. Era el doctor Larivière.

La aparición de un dios no hubiera causado mayor conmoción. Bovary levantó las manos, Canivet se detuvo en seco, y Homais se quitó el gorro griego mucho antes de que el doctor hubiera entrado.

Pertenecía a la gran escuela quirúrgica salida de la mesa de operaciones de Bichat[176], a esa generación hoy desaparecida de médicos filósofos que, adorando su arte con un amor fanático, lo ejercían con exaltación e inteligencia. Todo temblaba en su hospital cuando montaba en cólera, y sus alumnos lo veneraban tanto que, en cuanto empezaban a ejercer, se esforzaban por imitarle todo lo posible; de modo que se le volvía a encontrar en ellos por las ciudades de los contornos, con su largo gabán acolchado de merino, su amplio frac negro cuyas bocamangas desabotonadas cubrían en parte sus manos carnosas, manos muy bellas y siempre sin guantes, como para estar más prestas a

hundirse en las miserias. Desdeñoso de cruces, de títulos y academias, hospitalario, generoso, paternal con los pobres y amante de la virtud sin creer en ella, casi habría pasado por santo si su penetrante inteligencia no le hubiera hecho temer como a un demonio. Su mirada, más cortante que sus bisturíes, descendía directamente al alma y desarticulaba cualquier mentira hecha de pretextos y pudores. Y así iba, lleno de esa majestad espontánea que dan la conciencia de un gran talento, la fortuna y cuarenta años de una existencia laboriosa e irreprochable.

Frunció el ceño ya en la puerta al ver la faz cadavérica de Emma, tendida de espaldas, con la boca abierta. Luego, mientras aparentaba escuchar a Canivet, se pasaba el índice por debajo de la nariz y repetía:

—Está bien, está bien.

Pero hizo un gesto lento con los hombros. Bovary lo observó; ambos se miraron; y aquel hombre, tan acostumbrado sin embargo al espectáculo del dolor, no pudo contener una lágrima que cayó sobre su chorrera.

Quiso llevar a Canivet a la estancia contigua. Charles le siguió.

—Está muy mal, ¿verdad? ¿Y si le pusiéramos sinapismos? ¡Qué sé yo! ¡Encuentre algo, usted que ha salvado a tanta gente!

Charles le rodeaba el cuerpo con los brazos, y, medio derrumbado contra su pecho, lo miraba con expresión asustada, suplicante.

—Vamos, mi pobre muchacho, ¡ánimo! Ya no hay nada que hacer.

Y el doctor Larivière dio media vuelta.

—¿Se marcha?

—Volveré luego.

Salió como si fuera a dar una orden al postillón, junto con maese Canivet, que tampoco tenía interés en ver a Emma morir entre sus manos.

El farmacéutico los alcanzó en la plaza. Era incapaz, por temperamento, de separarse de las personas célebres. Por eso suplicó al señor Larivière que le hiciera el insigne honor de aceptar comer en su casa.

A toda prisa mandaron a por unos pichones al *Lion d'Or*, a por todas las chuletas que había en la carnicería, a por nata a casa de Tuvache, a por huevos a la de Lestiboudois, y el boticario ayudaba en persona a los preparativos mientras la señora Homais decía, atándose los cordones de su camisola:

—Usted me disculpará, señor, pero, en nuestra miserable región, si no se avisa la víspera...

—¡¡¡Copas!!! –le susurró Homais.

—Si por lo menos estuviéramos en la ciudad, tendríamos el recurso de unas manitas rellenas.

—¡Cállate!... ¡A la mesa, doctor!

Tras los primeros bocados le pareció oportuno proporcionar algunos detalles sobre la catástrofe:

—En primer lugar, hemos tenido una sensación de sequedad en la faringe, luego unos dolores intolerables en el epigastrio, superpurgación, coma.

—¿Y cómo se ha envenenado?

—Lo ignoro, doctor, y ni siquiera sé de dónde ha podido sacar ese ácido arsenioso.

Justin, que en ese momento traía una pila de platos, se echó a temblar.

—¿Qué te pasa? –dijo el farmacéutico.

A esta pregunta, el joven dejó caer todo al suelo con un gran estrépito.

—¡Imbécil! –exclamó Homais–, ¡torpe!, ¡zopenco!, ¡pedazo de animal!

Pero, de repente, dominándose:

—Quise intentar un análisis, doctor, y *primo*, introduje delicadamente en un tubo...

—Mejor habría hecho introduciéndole los dedos en la garganta –dijo el cirujano.

Su colega callaba, porque hacía un momento había recibido confidencialmente una fuerte reprimenda por su emético, de suerte que el bueno de Canivet, tan arrogante y locuaz cuando lo del pie zopo, estaba hoy muy humilde; sonreía sin cesar, con gesto de aprobación.

Homais se recreaba en su orgullo de anfitrión, y la doliente idea de Bovary contribuía de manera vaga a su placer, por una especie de comparación egoísta consigo mismo. Además, la presencia del doctor lo tenía enajenado. Exhibía su erudición, citaba al tuntún las cantáridas, el upas[177], el manzanillo, la víbora.

—¡Y hasta he leído que diferentes personas habían resultado intoxicadas, doctor, y como fulminadas, por embutidos que habían sufrido una fumigación demasiado vehemente! Por lo menos eso decía un excelente informe, hecho por una de nuestras eminencias farmacéuticas, uno de nuestros maestros, ¡el ilustre Cadet de Gassicourt[178]!

Reapareció la señora Homais con una de esas vacilantes máquinas que se calientan con espíritu de vino; porque Homais tenía a gala hacer su café en la mesa, después de haberlo tostado él mismo, porfirizado él mismo y mezclado él mismo.

—*Saccharum*, doctor –dijo ofreciendo azúcar.

Mandó luego bajar a todos sus hijos, curioso por conocer el parecer del cirujano sobre su constitución.

Por último, el señor Larivière iba a marcharse cuando la señora Homais le hizo una consulta sobre su marido. La *sangre* se le espesaba de tal modo que todas las noches se quedaba dormido nada más cenar.

—¡Oh!, no es el *sentido* lo que le perturba[179].

Y, sonriendo un poco por este juego de palabras que pasó inadvertido, el doctor abrió la puerta. Pero la farmacia estaba atestada de gente, y le costó mucho conseguir deshacerse del tal Tuvache, que temía que su esposa tuviera una pleuresía, porque solía escupir en las cenizas; luego del señor Binet, que a veces tenía una gazuza horrible; y de la señora Caron, que tenía picores; de Lheureux, que sufría vértigos; de Lestiboudois, que tenía reumatismo; de la señora Lefrançois, que tenía acidez de estómago. Por fin los tres caballos se pusieron en marcha, y a todo el mundo le pareció que no se había mostrado nada complaciente.

La atención pública se distrajo por la aparición del señor Bournisien, que cruzaba por el mercado con los santos óleos.

Como correspondía a sus principios, Homais comparó a los sacerdotes con cuervos a

los que atrae el olor a muerto; para él, la vista de un eclesiástico era íntimamente desagradable: la sotana le hacía pensar en el sudario, y aborrecía aquélla un poco por el espanto que le producía éste.

No obstante, como no retrocedía ante lo que él denominaba *su misión*, volvió a casa de Bovary en compañía de Canivet, a quien el señor Larivière, antes de marcharse, le había recomendado mucho aquella visita; y de no ser por la oposición de su mujer, hubiera llevado consigo a sus dos hijos, para acostumbrarlos a las circunstancias fuertes, para que les sirviera de lección, de ejemplo, de cuadro solemne que se les quedara más adelante en la cabeza.

Cuando entraron, la habitación estaba invadida por una solemnidad lúgubre. Sobre la mesa de labor cubierta por un lienzo blanco, había cinco o seis bolitas de algodón en una bandeja de plata, junto a un gran crucifijo, entre dos candeleros que ardían. Con la barbilla sobre el pecho, Emma abría desmesuradamente los párpados; y sus pobres manos se arrastraban sobre las sábanas, con ese gesto horrible y dulce de los agonizantes que parecen querer cubrirse ya con el sudario. Pálido como una estatua y con los ojos rojos como ascuas, Charles, sin llorar, permanecía frente a ella al pie de la cama, mientras el sacerdote, apoyado en una rodilla, mascullaba palabras en voz baja.

Ella volvió la cara lentamente y pareció transportada de gozo al ver de pronto la estola de color morado, sin duda por encontrar de nuevo, en medio de un sosiego extraordinario, la voluptuosidad perdida de sus primeros arrobos místicos, con visiones de eterna beatitud que ya empezaban.

El sacerdote se incorporó para coger el crucifijo; entonces ella estiró el cuello como quien tiene sed, y, pegando sus labios al cuerpo del Hombre Dios, depositó en él con toda su fuerza moribunda el mayor beso de amor que jamás hubiera dado. Luego él recitó el *Misereatur* y el *Indulgentiam*[180], mojó su pulgar derecho en el óleo e inició las unciones: primero en los ojos, que tanto habían ansiado todas las pompas terrenales; luego en las ventanas de la nariz, golosas de tibias brisas y de aromas amorosos; luego en la boca, que se había abierto para la mentira, que había gemido de orgullo y gritado en la lujuria; luego en las manos, que se deleitaban en los contactos suaves, y por último en la planta de los pies, tan raudos en el pasado cuando corría a saciar sus deseos, y que ahora no caminarían nunca más.

El cura se enjugó los dedos, echó al fuego las hebras de algodón impregnadas de aceite, y volvió a sentarse junto a la moribunda para decirle que ahora debía unir sus sufrimientos a los de Jesucristo y encomendarse a la misericordia divina.

Al terminar sus exhortaciones, intentó ponerle en la mano un cirio bendito, símbolo de las glorias celestiales de las que pronto iba a verse rodeada. Demasiado débil, Emma no pudo cerrar los dedos, y de no ser por el señor Bournisien el cirio habría caído al suelo.

Sin embargo, ya no estaba tan pálida, y su rostro tenía una expresión de serenidad como si el sacramento la hubiese curado.

El sacerdote no dejó de hacer la observación; le explicó incluso a Bovary que el Señor, a veces, prolongaba la existencia de las personas cuando lo juzgaba conveniente para su salvación; y Charles se acordó de un día en que, también a punto de morir, Emma había

comulgado.

«Quizá no hay que perder la esperanza», pensó.

En efecto, Emma miró a su alrededor, lentamente, como quien despierta de un sueño; luego, con voz clara, pidió su espejo, y permaneció un rato inclinada sobre él, hasta que gruesas lágrimas brotaron de sus ojos. Echó entonces hacia atrás la cabeza lanzando un suspiro y se desplomó sobre la almohada.

Enseguida su pecho empezó a jadear deprisa. La lengua se le salía fuera de la boca por completo; los ojos, dando vueltas, palidecían como dos globos de lámpara que se apagan, hasta parecer ya muerta de no ser por la espantosa aceleración de sus costillas, sacudidas por un jadeo furioso, como si el alma diera saltos para separarse. Félicité se arrodilló ante el crucifijo, y el propio farmacéutico flexionó un poco las piernas, mientras el señor Canivet miraba vagamente hacia la plaza. Bournisien había vuelto a ponerse en oración, con la cara inclinada contra el borde de la cama, y arrastrando por detrás su larga sotana negra por la estancia. Charles estaba al otro lado, de rodillas, con los brazos tendidos hacia Emma. Le había cogido las manos y las apretaba, estremeciéndose ante cada latido de su corazón, como ante la repercusión de una ruina que se derrumba. A medida que el estertor se volvía más fuerte, el clérigo aceleraba las oraciones; se mezclaban con los sollozos ahogados de Bovary, y a veces todo parecía desaparecer en el sordo murmullo de las sílabas latinas, que sonaban como si las campanas doblasen a muerto.

De pronto se oyó en la acera un ruido de unos grandes zuecos junto con el roce de un bastón; y se elevó una voz ronca que cantaba:

Souvent la chaleur d'un beau jour
Fait rêver fillette à l'amour[181].

Emma se incorporó como un cadáver al que galvanizan, suelto el pelo, fija la pupila, muy desorbitada.

Pour amasser diligemment
Les épis que la faux moissonne,
Ma Nanette va s'inclinant
Vers le sillon qui nous les donne[182].

—¡El ciego! –exclamó Emma.

Y se echó a reír, con una risa atroz, frenética, desesperada, creyendo ver la horrible faz del miserable, que se erguía en las tinieblas eternas como un espanto.

Il souffla bien fort ce jour-là.
Et le jupon court s'envola [183].

IX

Siempre hay, cuando alguien muere, una especie de estupor que se desprende, tan difícil es de comprender esa venida imprevista de la nada y resignarse a creer en ella. Sin embargo, cuando Charles se dio cuenta de la inmovilidad de Emma, se abalanzó sobre ella gritando:

—¡Adiós! ¡Adiós!

Homais y Canivet lo sacaron fuera de la habitación.

—¡Modérese!

—Sí –decía él debatiéndose–, seré razonable, no haré nada malo. Pero ¡déjenme! ¡Quiero verla! ¡Es mi mujer!

Y lloraba.

—Llore –dijo el farmacéutico–, dé rienda suelta a la naturaleza, ¡eso le aliviará!

Más débil ahora que un niño, Charles se dejó llevar abajo, a la sala, y el señor Homais no tardó en regresar a su casa.

En la plaza fue abordado por el ciego, que se había arrastrado hasta Yonville con la esperanza de la pomada antiflogística, y preguntaba a todos los transeúntes dónde vivía el boticario.

—¡Vamos, hombre! ¡Como si yo no tuviera otras cosas que hacer! ¡Ah, paciencia, y vuelve más tarde!

Y entró deprisa en la farmacia.

Tenía que escribir dos cartas, preparar una poción calmante para Bovary, inventar una mentira capaz de ocultar el envenenamiento y redactarla en un artículo para *Le Fanal*, sin contar las personas que le esperaban para enterarse de lo que ocurría; y cuando todos los vecinos de Yonville hubieron oído su historia del arsénico, que Emma había tomado por azúcar cuando preparaba una crema de vainilla, Homais volvió una vez más a casa de Bovary.

Le encontró solo (el señor Canivet acababa de irse), sentado en el sillón, junto a la ventana, y contemplando con mirada estúpida las baldosas de la sala.

—Ahora tendría que fijar usted mismo la hora de la ceremonia –dijo el farmacéutico.

—¿Por qué? ¿Qué ceremonia?

Luego, con voz balbuciente y asustada:

—¡Oh, no!, ¿verdad que no? No, quiero conservarla.

Fingiendo serenidad, Homais cogió una jarra del aparador para regar los geranios.

—¡Ah!, gracias –dijo Charles–, ¡qué bueno es usted!

Y no acabó, porque lo ahogaba la abundancia de recuerdos que el gesto del farmacéutico traía a su memoria.

Entonces, para distraerlo, a Homais le pareció oportuno hablar un poco de horticultura; las plantas necesitaban humedad. Charles bajó la cabeza en señal de aprobación.

—Además, pronto volverá el buen tiempo.

—¡Ah! –exclamó Bovary.

Agotadas sus ideas, el boticario se puso a retirar suavemente los visillos de la ventana.

—Mire, por ahí va el señor Tuvache.

Charles repitió como una máquina:

—Por ahí va el señor Tuvache.

Homais no se atrevió a hablarle otra vez de las disposiciones fúnebres; fue el eclesiástico quien le arrancó la decisión.

Se encerró en su gabinete, cogió una pluma, y después de haber sollozado un rato, escribió:

Quiero que la entierren con su vestido de novia, zapatos blancos y una corona. Con el pelo suelto sobre los hombros; tres cajas, una de roble, una de caoba, una de plomo. Que nadie me diga nada, tendré valor. Que le pongan por encima una pieza grande de terciopelo verde. Es mi voluntad. Cúmplase.

Aquellos señores se asombraron mucho ante las novelescas ideas de Bovary, y no tardó el farmacéutico en ir a decirle:

—Ese terciopelo me parece superfluo. Además, el gasto...

—¿Y a usted qué le importa? –exclamó Charles–. ¡Déjeme! ¡Usted no la quería! ¡Váyase!

El eclesiástico lo cogió del brazo para llevarlo a dar una vuelta por el huerto. Disertaba sobre la vanidad de las cosas terrenales. Dios era muy grande, muy bueno; debíamos someternos sin murmurar a sus decretos, darle incluso las gracias.

Charles prorrumpió en blasfemias.

—¡Detesto a ese Dios suyo!

—Aún le domina el espíritu de rebeldía –suspiró el eclesiástico.

Bovary estaba lejos. Caminaba a zancadas, a lo largo de la tapia, junto a las espalderas, y rechinaba los dientes, levantaba hacia el cielo unas miradas de maldición; pero no se movió ni una sola hoja.

Caía una lluvia ligera. Charles, que llevaba el pecho al aire, acabó tiritando; volvió a sentarse en la cocina.

A las seis se oyó en la plaza un ruido de chatarra: era *La Golondrina* que llegaba; y él permaneció con la frente pegada a los cristales viendo apearse, uno tras otro, a todos los viajeros. Félicité le extendió un colchón en el salón; él se echó encima y se durmió.

Aunque filósofo, el señor Homais respetaba a los muertos. Por eso, sin guardar rencor al pobre Charles, volvió por la noche para velar el cadáver, trayendo consigo tres volúmenes y un cuaderno, para tomar notas.

Allí estaba el señor Bournisien, y dos grandes cirios ardían a la cabecera del lecho, que habían sacado de la alcoba.

El boticario, a quien pesaba aquel silencio, no tardó en formular algunos lamentos

sobre aquella «infortunada joven»; y el sacerdote respondió que ya sólo quedaba rezar por ella.

—Sin embargo –replicó Homais–, una de dos: o ha muerto en estado de gracia (como se expresa la Iglesia), y entonces no tiene ninguna necesidad de nuestras oraciones; o ha muerto impenitente (ésa es, creo, la expresión eclesiástica), y en tal caso...

Bournisien lo interrumpió, replicando en tono hosco que no por eso dejaba de ser necesario rezar.

—Pero si Dios conoce todas nuestras necesidades –objetó el farmacéutico–, ¿para qué puede servir la oración?

—¡Cómo! –exclamó el eclesiástico–, ¡la oración! ¿Es que usted no es cristiano?

—¡Perdone! –dijo Homais–. Admiro el cristianismo. En primer lugar, liberó a los esclavos, introdujo en el mundo una moral...

—¡No se trata de eso! Todos los textos...

—¡Oh, oh!, en cuanto a los textos, abra usted la historia: de sobra es sabido que fueron falsificados por los jesuitas.

Entró Charles y, acercándose a la cama, corrió despacio las cortinas.

Emma tenía la cabeza ladeada sobre el hombro derecho. La comisura de la boca, que seguía abierta, formaba una especie de agujero negro en la parte baja de la cara, los dos pulgares permanecían doblados hacia la palma de las manos; tenía esparcida sobre las pestañas una especie de polvo blanco, y sus ojos empezaban a desaparecer en una palidez viscosa que parecía una tela delgada, como si sobre ellos hubieran tejido unas arañas. La sábana se hundía desde los senos hasta las rodillas, levantándose luego en la punta de los pies; y a Charles le parecía que masas infinitas pesaban sobre ella, una carga enorme.

El reloj de la iglesia dio las dos. Se oía el espeso murmullo del río que corría entre las tinieblas, al pie de la terraza. De vez en cuando, el señor Bournisien se sonaba ruidosamente, y Homais hacía chirriar su pluma sobre el papel.

—Vamos, amigo mío –dijo–, retírese, ¡este espectáculo le destroza!

Una vez que Charles se hubo ido, el farmacéutico y el cura reanudaron sus discusiones.

—¡Lea a Voltaire! –decía el uno–; ¡lea a Holbach[184], lea la *Enciclopedia*!

—¡Lea las *Cartas de algunos judíos portugueses*! –decía el otro–; ¡lea la *Razón del cristianismo*, de Nicolas, antiguo magistrado[185]!

Se habían acalorado, estaban colorados, hablaban a la vez, sin escucharse; Bournisien se escandalizaba ante semejante audacia; Homais se maravillaba ante semejante estupidez; y no estaban lejos de insultarse cuando, de pronto, reapareció Charles. Lo atraía una fascinación. Subía a cada momento las escaleras.

Se plantaba frente a ella para verla mejor y se perdía en esta contemplación que, a fuerza de profunda, había dejado de ser dolorosa.

Recordaba historias de catalepsia, los milagros del magnetismo; y se decía que, queriéndolo con todas sus fuerzas, quizá llegaría a resucitarla. Una vez, incluso, se inclinó hacia ella, y exclamó en voz baja: «¡Emma! ¡Emma!». Su aliento, enérgicamente

expelido, hizo temblar la llama de los cirios sobre la pared.

Al amanecer llegó la señora Bovary madre; al abrazarla, Charles volvió a echarse a llorar. Ella intentó, como había intentado el farmacéutico, hacerle algunas observaciones sobre los gastos del entierro. Él se indignó tanto que ella se calló; y hasta le encargó ir inmediatamente a la ciudad para comprar lo necesario.

Charles se quedó solo toda la tarde; habían llevado a Berthe a casa de la señora Homais; Félicité permanecía arriba, en el dormitorio, con la tía Lefrançois.

Al atardecer recibió algunas visitas. Se levantaba, estrechaba las manos sin poder hablar, luego las visitas se sentaban junto a las otras, que formaban un gran semicírculo ante la chimenea. Con la cabeza baja y una pierna, que balanceaban, cruzada sobre la otra, lanzaban de vez en cuando un gran suspiro; y todos se aburrían de forma desmesurada; pero nadie se decidía a marcharse.

Cuando Homais volvió a las nueve (en los dos últimos días sólo se le veía a él por la plaza), venía cargado con una provisión de alcanfor, de benjuí y de hierbas aromáticas. También traía un recipiente lleno de cloro, para expulsar los miasmas. En ese momento, la criada, la señora Lefrançois y la señora Bovary madre daban vueltas alrededor de Emma, terminando de vestirla; y bajaron el largo velo tieso, que la cubrió hasta los zapatos de raso.

Félicité sollozaba:

—¡Ay, mi pobre ama! ¡Mi pobre ama!

—¡Mírenla –decía suspirando la posadera–, qué guapa sigue estando! ¡Si se diría que va a levantarse de un momento a otro!

Luego se inclinaron para ponerle la corona.

Hubo que levantarle un poco la cabeza, y entonces de su boca salió un borbotón de líquidos negros, como un vómito.

—¡Ah, Dios mío! El vestido, ¡tengan cuidado! –exclamó la señora Lefrançois–. ¡Venga, ayúdenos! –le decía al farmacéutico–. ¿Es que tiene miedo?

—¿Miedo yo? –replicó él encogiéndose de hombros–. ¡Pues sí que!... ¡Como si no hubiera visto muchos en el hospital cuando estudiaba farmacia! ¡Hacíamos ponche en el anfiteatro de disecciones! La nada no asusta a un filósofo; es más, y lo digo a menudo, tengo la intención de legar mi cuerpo a los hospitales para que después sirva a la Ciencia.

Cuando llegó, el cura preguntó cómo se encontraba el señor; y dijo tras la respuesta del boticario:

—Como es natural, ¡el golpe está todavía tan reciente!

Entonces Homais le felicitó por no hallarse expuesto, como todo el mundo, a perder una compañía querida; de donde se siguió una discusión sobre el celibato de los sacerdotes.

—Porque no es natural –decía el farmacéutico– que un hombre se pase sin mujeres. Se han visto crímenes...

—Pero, ¡canastos! –exclamó el cura–, ¿cómo quiere usted que un individuo cogido en el matrimonio pueda guardar, por ejemplo, el secreto de confesión?

Homais atacó la confesión. Bournisien la defendió; se extendió sobre las restituciones

que de ella derivaban. Citó distintas anécdotas de ladrones que se habían vuelto honrados de repente. Militares que, al acercarse al tribunal de la penitencia, habían sentido que se les caían las escamas de los ojos. Había en Friburgo un ministro...

Su compañero dormía. Luego, como se ahogaba un poco en la atmósfera demasiado cargada del cuarto, abrió la ventana, despertando al farmacéutico.

—¿Qué le parece un poco de rapé? –le dijo–. Acéptelo, despabila.

A lo lejos, en alguna parte, se oían continuos ladridos.

—¿Oye aullar a un perro? –dijo el farmacéutico.

—Dicen que huelen a los muertos –respondió el eclesiástico–. Es como las abejas: escapan de la colmena cuando alguien muere.

Homais no atacó estos prejuicios porque había vuelto a dormirse.

El señor Bournisien, más robusto, siguió un rato todavía moviendo los labios muy despacio; luego, insensiblemente, inclinó la barbilla, soltó su grueso libro negro y se puso a roncar.

Estaban uno enfrente del otro, con el vientre hacia fuera, la cara abotargada, ceñudo el gesto, encontrándose por fin, después de tanto desacuerdo, en la misma flaqueza humana; y no se movían más que el cadáver que, a su lado, parecía dormir.

Al entrar, Charles no los despertó. Era la última vez. Venía a despedirse de ella.

Aún humeaban las hierbas aromáticas y unos remolinos de vapor azulado se mezclaban en el borde de la ventana con la bruma que entraba. Había algunas estrellas, y la noche era tibia.

La cera de los cirios caía en gruesas lágrimas sobre las sábanas del lecho. Charles los miraba arder, fatigando sus ojos contra el resplandor de la llama amarilla.

Unos visos tornasolados se estremecían sobre el vestido de raso, blanco como un claro de luna. Emma desaparecía debajo; y a Charles le parecía que, propagándose fuera de sí misma, se perdía confusamente en las cosas que la rodeaban, en el silencio, en la noche, en el viento que pasaba, en los olores húmedos que subían.

Luego, de improviso, la veía en el jardín de Tostes, en el banco, junto al seto de espinos, o en Ruán, por las calles, en el umbral de su casa, en el corral de Les Bertaux. Seguía oyendo la risa de los alegres mozos que bailaban bajo los manzanos; el perfume de su pelo llenaba la estancia, y su vestido le temblaba en los brazos con un rumor de chispas. ¡Y era aquel mismo vestido!

Pasó mucho tiempo recordando así todas las alegrías desaparecidas, sus actitudes, sus gestos, el timbre de su voz. Tras una desesperación llegaba otra, y otra, inagotables, como las palabras de una marea que se desborda.

Sintió una curiosidad terrible: muy despacio, con la punta de los dedos, palpitando, levantó el velo. Pero lanzó un grito de horror que despertó a los otros. Se lo llevaron a la planta baja, a la sala.

Luego Félicité subió a decir que el señor pedía un mechón de su pelo.

—¡Córtelo! –contestó el boticario.

Y como ella no se atrevía, él mismo se adelantó con las tijeras en la mano. Temblaba tanto que pinchó la piel de las sienes en varios puntos. Por último, venciendo la emoción,

Homais dio dos o tres tijeretazos al azar, dejando unas marcas blancas en aquella hermosa cabellera negra.

El farmacéutico y el cura volvieron a sumirse en sus ocupaciones, no sin dormirse de vez en cuando, cosa de la que se acusaban recíprocamente cada vez que despertaban. Entonces el señor Bournisien asperjaba el cuarto con agua bendita y Homais echaba un poco de cloro en el suelo.

Félicité se había cuidado de poner para ellos, sobre la cómoda, una botella de aguardiente, un queso y un gran *brioche*. Por eso el boticario, que no podía más, suspiró a eso de las cuatro de la mañana:

—¡La verdad es que tomaría algo de buena gana!

El eclesiástico no se hizo rogar; salió para ir a decir misa, volvió; después comieron y brindaron, entre risas algo burlonas, sin saber por qué, excitados por esa alegría vaga que nos domina después de una reunión triste, y, con el último vasito, el sacerdote le dijo al farmacéutico, dándole una palmada en la espalda:

—¡Usted y yo acabaremos entendiéndonos!

Abajo, en el vestíbulo, se encontraron con los operarios que llegaban. Entonces, y durante dos horas, Charles tuvo que sufrir el suplicio del martillo que retumbaba sobre las tablas. Después la bajaron en su ataúd de roble, que encajaron en los otros dos; pero, como la caja era demasiado ancha, hubo que rellenar los intersticios con lana de un colchón. Por fin, cuando las tres tapas fueron cepilladas, clavadas y soldadas, la expusieron delante de la puerta; se abrió de par en par la casa, y empezaron a acudir los vecinos de Yonville.

Llegó papá Rouault. Se desmayó en la plaza al divisar el paño negro.

X

No había recibido la carta del farmacéutico hasta treinta y seis horas después del acontecimiento; y, en atención a su sensibilidad, el señor Homais la había redactado de tal forma que era imposible saber a qué atenerse.

Al principio, el buen hombre sufrió una especie de ataque de apoplejía. Luego entendió que no estaba muerta. Pero podía estarlo... Por fin se puso su blusón, cogió el sombrero, se ajustó una espuela a la bota y salió a galope tendido; y, durante todo el camino, papá Rouault, jadeante, se consumió de angustia. Una vez, hasta se vio obligado a apearse. Ya no veía, oía voces a su alrededor, tenía la sensación de volverse loco.

Empezó a clarear, vio tres gallinas negras que dormían en un árbol; se estremeció, aterrado por aquel presagio. Entonces prometió a la santa Virgen tres casullas para la iglesia, y que iría descalzo desde el cementerio de Les Bertaux hasta la capilla de Vassonville.

Entró en Maromme dando voces de lejos a la gente de la posada, abrió la puerta de un empujón, se precipitó hasta el saco de avena, echó en el pesebre una botella de sidra dulce y volvió a montar en su jamelgo, que sacaba chispas de sus cuatro herraduras.

Se decía que sin duda la salvarían; los médicos descubrirían un remedio, seguro. Recordó todas las curaciones milagrosas que le habían contado.

Luego se le aparecía muerta. Estaba allí, delante de él, boca arriba, en medio del camino. Tiraba de las riendas y la alucinación desaparecía.

En Quincampoix, para darse ánimos, se bebió tres cafés uno tras otro.

Pensó que podían haberse equivocado de nombre al escribirle. Buscó la carta en el bolsillo, la palpó, pero no se atrevió a abrirla.

Llegó a suponer incluso que tal vez era una *broma*, una venganza de alguien, una ocurrencia de juerguista borracho; y, además, si hubiera estado muerta, ¿no se sabría? ¡Pero no! En el campo no se percibía nada extraordinario: el cielo era azul, los árboles se balanceaban; pasó un rebaño de ovejas. Divisó el pueblo: se le vio galopando muy inclinado sobre su montura, a la que daba fuertes latigazos y cuyas cinchas goteaban sangre.

Cuando se recobró, cayó hecho un mar de lágrimas en brazos de Bovary.

—¡Mi hija! ¡Emma! ¡Mi niña! ¡Explíqueme!...

Y el otro respondía entre sollozos:

—¡No sé, no sé! ¡Es una maldición!

El boticario los separó.

—Esos horribles detalles son inútiles. Yo informaré al señor. Pero está llegando gente. ¡Dignidad, caray! ¡Filosofía!

El pobre muchacho quiso parecer fuerte y repitió varias veces:

—Sí..., ¡valor!

—Bueno –exclamó el pobre hombre–, lo tendré, ¡qué diablos! La acompañaré hasta el final.

Doblaba la campana. Todo estaba dispuesto. Había que ponerse en marcha.

Y, sentados en una silla del coro, uno al lado del otro, vieron pasar una y otra vez ante ellos a los tres chantres salmodiando. El serpentón soplaba con todas sus fuerzas. El señor Bournisien, con indumentaria de ceremonia, cantaba con voz aguda; se inclinaba ante el tabernáculo, elevaba las manos, extendía los brazos. Lestiboudois circulaba por la iglesia abriendo paso con su bastón; junto al facistol reposaba el ataúd entre cuatro hileras de cirios. A Charles le daban ganas de levantarse para apagarlos.

Sin embargo, se esforzaba incitándose a la devoción, por lanzarse a la esperanza de una vida futura donde volvería a verla. Imaginaba que se había ido de viaje, muy lejos, desde hacía mucho. Pero, cuando pensaba que ella se encontraba dentro de aquel féretro, y que todo había terminado, que la llevaban a la tierra, le invadía una rabia feroz, negra, desesperada. A veces creía no sentir ya nada, y saboreaba ese alivio de su dolor a la vez que se reprochaba ser un miserable.

Sobre las losas se oyó como el ruido seco de un palo con contera ferrada que las golpeaba rítmicamente. Procedía del fondo, y se detuvo en seco en una nave lateral de la iglesia. Un hombre con una gruesa chaqueta oscura se arrodilló penosamente. Era Hippolyte, el mozo del *Lion d'Or*. Se había puesto su pierna nueva.

Uno de los chantres dio la vuelta a la nave haciendo la colecta, y los gruesos *sous* iban sonando, uno tras otro, en la bandeja de plata.

—¡Dese prisa! ¡No puedo más de sufrimiento! –exclamó Bovary mientras le echaba con rabia una moneda de cinco francos.

El hombre de iglesia le dio las gracias con una larga reverencia.

Cantaban, se arrodillaban, volvían a levantarse, ¡aquello no terminaba nunca! Recordó que una vez, en los primeros tiempos, habían asistido juntos a misa, y se habían puesto en el otro lado, a la derecha, junto a la pared. Volvió a doblar la campana. Hubo un gran movimiento de sillas. Los portadores pasaron sus tres varas bajo el féretro, y todos salieron de la iglesia.

Apareció entonces Justin en el umbral de la farmacia. Y, de repente, volvió a meterse dentro, pálido, vacilante.

La gente se asomaba a las ventanas para ver pasar el cortejo. Charles, en cabeza, arqueaba el tronco hacia atrás. Simulaba valor y saludaba con un gesto a los que, saliendo de las callejas o de las puertas, se incorporaban a la multitud.

Los seis hombres, tres a cada lado, caminaban a paso corto y algo jadeantes. Los sacerdotes, los chantres y los dos monaguillos recitaban el *De Profundis*; y sus voces iban hacia el campo, subiendo y bajando con ondulaciones. A veces desaparecían en los recodos del camino; pero la gran cruz de plata seguía sobresaliendo entre los árboles.

Venían luego las mujeres, cubiertas con mantos negros y el capuchón sobre la cabeza; llevaban en la mano un grueso cirio encendido, y Charles se sentía desfallecer ante

aquella continua repetición de rezos y de cirios, bajo aquellos olores empalagosos de cera y de sotana. Soplaba una brisa fresca, verdeaban los centenos y las colzas, unas gotitas de rocío temblaban a la orilla del camino, sobre los setos de espinos. Llenaban el horizonte toda clase de ruidos alegres: el traqueteo de una carreta rodando a lo lejos por las carriladas, el canto de un gallo que se repetía, o la galopada de un potro al que se veía escapar bajo los manzanos. El cielo puro estaba tachonado de nubes rosadas; unas humaredas azuladas volvían a caer sobre las chozas cubiertas de iris; al pasar, Charles reconocía los corrales. Recordaba mañanas como ésta, en las que, después de haber visitado a un enfermo, salía de la casa y volvía hacia Emma.

El paño negro sembrado de lentejuelas blancas se alzaba de vez en cuando dejando al descubierto el féretro. Los portadores, cansados, acortaban el paso, y el ataúd avanzaba con incesantes sacudidas, como una chalupa que cabecea a cada ola.

Llegaron.

Los hombres siguieron hasta el fondo, a un sitio en el césped donde se había cavado la fosa.

Formaron un círculo alrededor; y mientras el cura hablaba, la tierra roja, amontonada en los bordes, caía por las esquinas sin ruido, continuamente.

Después, cuando las cuatro cuerdas estuvieron dispuestas, empujaron el ataúd encima. Charles lo vio descender. Descendía sin cesar.

Por fin se oyó un choque; las cuerdas volvieron a subir chirriando. Entonces Bournisien cogió la pala que le tendía Lestiboudois; con la mano izquierda, mientras asperjaba con la derecha, echó vigorosamente una gran paletada; y la madera del ataúd, golpeada por las piedras, hizo ese ruido formidable que nos parece ser el estruendo de la eternidad.

El eclesiástico pasó el hisopo a su vecino. Era el señor Homais. Lo sacudió con gesto solemne, luego se lo tendió a Charles, que se hundió hasta las rodillas en tierra, y la echaba a puñados gritando: «¡Adiós!». Le enviaba besos; se arrastraba hacia la fosa para enterrarse con ella.

Se lo llevaron; y no tardó en calmarse, sintiendo acaso, como todos los demás, la vaga satisfacción de haber terminado.

Al volver, papá Rouault se puso a fumar tranquilamente su pipa, cosa que, en su fuero interno, Homais juzgó poco apropiado. También observó que el señor Binet se había abstenido de comparecer, que Tuvache «se había largado» después de la misa, y que Théodore, el criado del Notasrio, llevaba un traje azul, «como si no se pudiera encontrar un traje negro, como es la costumbre, ¡qué diablo!». Y para comunicar sus observaciones iba de grupo en grupo. En cada uno se lamentaba la muerte de Emma, y sobre todo Lheureux, que no había dejado de acudir al entierro.

—¡Esa pobre señora! ¡Qué dolor para su marido!

El boticario seguía diciendo:

—Han de saber que, de no ser por mí, ¡ya habría cometido algún funesto atentado contra sí mismo!

—¡Era tan buena persona! ¡Y pensar que todavía el sábado pasado la vi en mi tienda!

—No he tenido tiempo –dijo Homais– de preparar algunas palabras, que me habría gustado pronunciar sobre su tumba.

Al regresar a casa, Charles se cambió de ropa, y papá Rouault volvió a ponerse su blusón azul. Era nuevo, y, como en el camino se había secado a menudo los ojos con las mangas, le había desteñido en la cara; y el rastro de las lágrimas formaba líneas en la capa de polvo que lo ensuciaba.

La señora Bovary madre estaba con ellos. Los tres permanecían en silencio. Por fin, el buen hombre suspiró:

—¿Se acuerda, amigo mío, de que fui una vez a Tostes, cuando usted acababa de perder a su primera difunta? ¡Entonces yo le consolaba! Encontraba algo que decirle; pero ahora...

Luego, con un largo gemido que le levantó con fuerza el pecho:

—¡Ay!, para mí ya se acabó todo. ¡He visto irse a mi mujer..., después a mi hijo..., y a mi hija, hoy mismo!

Quiso regresar inmediatamente a Les Bertaux, diciendo que no podría dormir en aquella casa. Hasta se negó a ver a su nieta.

—¡No, no! ¡Me daría demasiada pena! ¡Pero dele muchos besos! ¡Adiós!..., ¡es usted un buen muchacho! Y además, nunca olvidaré esto –dijo dándose una palmada en el muslo–, ¡descuide, usted seguirá recibiendo su pavo!

Pero cuando llegó a lo alto de la cuesta, se volvió, como antaño se había vuelto en el camino de Saint-Victor al separarse de ella. Todas las ventanas del pueblo parecían arder bajo los rayos oblicuos del sol, que se ponía en la pradera. Se puso la mano sobre los ojos; y en el horizonte divisó un cercado de tapias donde, aquí y allá, unos árboles formaban negros bosquecillos entre piedras blancas, luego siguió su camino, al trote corto, porque su jamelgo cojeaba.

Aquella noche, a pesar del cansancio, Charles y su madre se quedaron hablando mucho rato. Charlaron de los días de antaño y del futuro. La madre vendría a vivir a Yonville, llevaría la casa, no volverían a separarse. Estuvo hábil y cariñosa, alegrándose en su fuero interno de recuperar un afecto que se le escapaba desde hacía tantos años. Dieron las doce. El pueblo, como de costumbre, estaba en silencio, y Charles, despierto, seguía pensando en ella.

Rodolphe, que para distraerse había batido el bosque toda la jornada, dormía tranquilamente en su castillo; y Léon también dormía, allá lejos.

Había otro que, a esa hora, no dormía.

Sobre la tumba, entre los abetos, un niño lloraba arrodillado, y su pecho, quebrantado por los sollozos, jadeaba en la sombra, bajo la presión de un dolor inmenso más dulce que la luna y más insondable que la noche. De pronto rechinó la verja. Era Lestiboudois: venía en busca de su laya, que había olvidado hacía un rato. Reconoció a Justin escalando la tapia, y entonces supo a qué atenerse sobre el maleante que le robaba sus patatas.

XI

Al día siguiente, Charles mandó que le trajeran a la niña. Preguntó por su mamá. Le respondieron que estaba ausente, que le traería juguetes. Berthe volvió a hablar de ella varias veces; luego, con el tiempo, la fue olvidando. La alegría de aquella niña afligía a Bovary, y tenía que soportar los insufribles consuelos del farmacéutico.

Pronto volvieron a empezar los problemas de dinero, porque el señor Lheureux había azuzado de nuevo a su amigo Vinçart, y Charles se comprometió con sumas exorbitantes; nunca quiso permitir que se vendiera el menor de los muebles que *le* habían pertenecido. Su madre se enfadó muchísimo. Y él se indignó más que ella. Ya no era el mismo de antes. Ella abandonó la casa.

Entonces todos se dedicaron a *sacar provecho*. La señorita Lempereur reclamó seis meses de clases, aunque Emma no hubiera tomado nunca ni una sola (a pesar de aquella factura pagada que había enseñado a Bovary): era un arreglo entre ellas dos; el que le alquilaba los libros reclamó tres años de abono; la tía Rollet reclamó el porte de una veintena de cartas; y, como Charles pidiera explicaciones, tuvo la delicadeza de responder:

—¡Ah, no sé nada!, era para sus cosas.

A cada deuda que pagaba, Charles creía haber terminado. Continuamente llegaban otras.

Exigió los atrasos de antiguas visitas. Le enseñaron las cartas que su mujer había enviado. Entonces tuvo que pedir disculpas.

Félicité usaba ahora los vestidos de la señora; no todos, porque él había guardado algunos, e iba a verlos a su cuarto de vestir, donde se encerraba: como Félicité era poco más o menos de su misma talla, Charles, al verla por detrás, era presa a menudo de una ilusión, y exclamaba:

—¡Oh, quédate! ¡Quédate!

Pero, por Pentecostés, Félicité escapó de Yonville, raptada por Théodore, después de robar cuanto quedaba del guardarropa.

Fue por esa época cuando la señora viuda Dupuis tuvo el honor de participarle la «boda del señor Léon Dupuis, su hijo, Notasrio en Yvetot, con la señorita Léocadie Lebœuf, de Bondeville». Entre las felicitaciones que le dirigió, Charles escribió esta frase:

«¡Cuánto se habría alegrado mi pobre mujer!».

Un día en que, vagando sin rumbo por la casa, había subido hasta el desván, notó bajo su zapatilla una bolita de papel fino. La desplegó y leyó: «¡Valor, Emma! ¡Valor! No quiero causar la desgracia de su existencia». Era la carta de Rodolphe, caída al suelo entre unas cajas, que se había quedado allí y que el viento de la lucera acababa de

empujar hacia la puerta. Y Charles se quedó completamente inmóvil y con la boca abierta en aquel mismo sitio donde, tiempo atrás, más pálida aún que él, Emma, desesperada, había querido morir. Por fin descubrió una pequeña R al pie de la segunda página. ¿Quién era? Se acordó de la asiduidad de Rodolphe, su repentina desaparición y el aire de apuro que había mostrado al encontrárselo después, en dos o tres ocasiones. Pero el tono respetuoso de la carta le ilusionó.

«Quizá se amaron platónicamente», se dijo.

Además, Charles no era de los que descienden al fondo de las cosas; retrocedió ante las pruebas, y sus imprecisos celos se perdieron en la inmensidad de su pena.

Habían debido de adorarla, pensaba. Seguro que todos los hombres la habían deseado. Le pareció por esto más bella; y concibió un deseo permanente, furioso, que inflamaba su desesperación y que carecía de límites, porque ahora era irrealizable.

Para complacerla, como si todavía viviera, adoptó sus predilecciones, sus ideas; se compró unas botas de charol, empezó a usar corbatas blancas. Se ponía cosmético en el bigote, suscribió como ella pagarés. Lo corrompía desde más allá de la tumba.

Tuvo que vender la cubertería de plata pieza a pieza, luego vendió los muebles del salón. Todos los aposentos fueron desmantelándose; pero su cuarto, la habitación de ella, había quedado igual que antes. Después de cenar, Charles subía allí. Empujaba hacia la chimenea la mesa redonda y acercaba *su* sillón. Se sentaba enfrente. Una vela ardía en uno de los candelabros dorados. Junto a él, Berthe coloreaba unas estampas.

El pobre hombre sufría al verla tan mal vestida, con sus borceguíes sin cordones y la sisa de sus blusas desgarradas hasta las caderas, porque la criada apenas se preocupaba de ella. Pero era tan dulce, tan cariñosa, y su cabecita se inclinaba con tanta gracia, dejando caer sobre sus mejillas sonrosadas su espléndida melena rubia, que lo invadía un deleite infinito, placer muy mezclado con amargura como esos vinos mal elaborados que huelen a resina. Le arreglaba los juguetes, le fabricaba muñecos de cartón, o volvía a coser la tripa desgarrada de sus muñecas. Luego, si sus ojos se topaban con el costurero, con una cinta que andaba rodando o incluso un alfiler que se había quedado en una rendija de la mesa, permanecía pensativo, y parecía tan triste que la niña se afligía como él.

Ahora nadie iba a verlos; porque Justin había huido a Ruán, donde era mozo en una tienda de comestibles, y los hijos del boticario trataban cada vez menos a la pequeña, porque el señor Homais, dada la diferencia de sus condiciones sociales, no estaba interesado en que la intimidad continuase.

El ciego, al que no había podido curar con su pomada, se había vuelto a la cuesta del Bois-Guillaume, donde contaba a los viajeros el vano intento del farmacéutico, hasta el punto de que Homais, cuando iba a la ciudad, se ocultaba tras las cortinillas de *La Golondrina* para evitar encontrárselo. Lo odiaba; y como, en interés de su propia reputación, quería deshacerse de él a toda costa, dirigió contra él una batería oculta que revelaba la profundidad de su inteligencia y la perfidia de su vanidad. Durante seis meses consecutivos pudo leerse en *Le Fanal de Rouen* sueltos así concebidos:

Cuantos se dirigen a las fértiles comarcas de Picardía habrán visto sin duda, en la

cuesta del Bois-Guillaume, a un miserable que padece una horrible llaga facial. Importuna, acosa y hace pagar un auténtico impuesto a los viajeros. ¿Seguimos estando en aquellos monstruosos tiempos de la Edad Media en que se permitía a los vagabundos exhibir por nuestras plazas públicas la lepra y las escrófulas que habían traído de la cruzada?

O bien:

A pesar de las leyes contra el vagabundeo, las inmediaciones de nuestras grandes ciudades siguen infestadas de bandas de pordioseros. Se ve a algunos que circulan solos, y que quizá no sean los menos peligrosos. ¿En qué piensan nuestros ediles?

A continuación Homais inventaba anécdotas:

«Ayer, en la cuesta del Bois-Guillaume, un caballo espantadizo...». Y seguía el relato de un accidente causado por la presencia del ciego.

Tanto hizo que lo metieron en la cárcel. Pero lo soltaron. Volvió a sus andanzas, y Homais también lo hizo. Era una guerra. Logró la victoria, porque su enemigo fue condenado a reclusión perpetua en un hospicio.

El éxito lo envalentonó; y desde entonces ya no hubo en el distrito perro aplastado, granero incendiado, mujer apaleada, sin que inmediatamente diera parte al público, siempre guiado por el amor al progreso y el odio a los curas. Hacía comparaciones entre las escuelas primarias y los frailes ignorantinos[186], en detrimento de estos últimos, recordaba la San Bartolomé a propósito de una asignación de cien francos hecha a la Iglesia, y denunciaba abusos, lanzaba *ocurrencias*. Esa palabra empleaba. Homais hacía una labor de zapa; se volvía peligroso.

Pero se ahogaba en los estrechos límites del periodismo y no tardó en necesitar el libro, ¡la obra! Escribió entonces una *Estadística general del cantón de Yonville, seguida de observaciones climatológicas*, y la estadística lo lanzó hacia la filosofía. Se preocupó de las grandes cuestiones: problema social, moralización de las clases pobres, piscicultura, caucho, ferrocarriles, etc. Acabó avergonzándose de ser un burgués. Simulaba *aires de artista*, ¡fumaba! Se compró dos estatuillas *chic* Pompadour para decorar su salón.

No por eso descuidaba la farmacia; al contrario, se mantenía al corriente de los descubrimientos. Seguía el gran auge de los chocolates. Fue el primero en traer al Sena Inferior el Cho-ca y la Revalenta[187]. Se entusiasmó con las cadenas hidroeléctricas Pulvermacher[188]; él mismo llevaba una; y por la noche, cuando se quitaba su camiseta de franela, la señora Homais se quedaba pasmada ante la espiral de oro bajo la que desaparecía, y sentía acrecentarse sus ardores por aquel hombre más atado que un escita y radiante como un mago.

Tuvo grandes ideas para la tumba de Emma. Primero propuso una columna truncada con un paño, luego una pirámide, más tarde un templo de Vesta, una especie de rotonda..., o bien «un conjunto de ruinas». Y, en todos los proyectos, Homais nunca olvidaba el sauce llorón, que consideraba símbolo obligado de la tristeza.

Charles y él hicieron juntos un viaje a Ruán, para ver tumbas, al taller de un marmolista — acompañados de un artista pintor, un tal Vaufrylard[189], amigo de Bridoux, y que se pasó todo el tiempo soltando ocurrencias chistosas. Por último, tras haber

examinado un centenar de dibujos, haber pedido un presupuesto y haber hecho un segundo viaje a Ruán, Charles se decidió por un mausoleo que debía llevar en sus dos caras principales «un genio portando una antorcha apagada».

En cuanto al epitafio, Homais no encontraba nada tan hermoso como: *Sta, viator*, y de ahí no pasaba; se devanaba los sesos; repetía continuamente *Sta, viator*... Por fin descubrió *amabilem conjugem calcas*![190], que terminó por ser adoptado.

Cosa extraña fue que Bovary, aunque pensaba continuamente en Emma, iba olvidándola; y le desesperaba sentir que esa imagen se le escapaba de la memoria en medio de los esfuerzos que hacía por retenerla. Sin embargo, todas las noches soñaba con ella; siempre era el mismo sueño: se acercaba a ella; pero, cuando iba a abrazarla, se le caía podrida entre sus brazos.

Durante una semana lo vieron entrar por la tarde en la iglesia. El señor Bournisien llegó a visitarle incluso dos o tres veces, luego lo abandonó. Por otra parte, este buen hombre se desviaba hacia la intolerancia, hacia el fanatismo, según Homais; despotricaba contra el espíritu del siglo y no dejaba de contar cada quince días, en el sermón, la agonía de Voltaire, que murió, como todo el mundo sabe, devorando sus propios excrementos[191].

Pese a la estrechez en que Bovary vivía, estaba lejos de poder amortizar sus antiguas deudas. Lheureux se negó a renovarle los pagarés. El embargo era inminente. Recurrió entonces a su madre, que consintió en dejarle hipotecar sus bienes, pero haciendo grandes reproches contra Emma; y, a cambio de su sacrificio, pedía un chal salvado de los estragos de Félicité. Charles se lo negó. Se pelearon.

Fue ella quien dio los primeros pasos para la reconciliación, proponiéndole llevarse a la niña, que la ayudaría en la casa. Charles consintió. Pero, en el momento de la partida, le faltó el valor. Entonces se produjo una ruptura definitiva, completa.

A medida que desaparecían sus afectos, se refugiaba más estrechamente en el amor de su hija. Sin embargo le tenía preocupado: a veces tosía, y tenía placas rojas en los pómulos.

Frente a él se mostraba, floreciente y risueña, la familia del farmacéutico, a cuya satisfacción contribuía todo en el mundo. Napoléon le ayudaba en el laboratorio, Athalie le bordaba un gorro griego, Irma recortaba aros de papel para tapar las mermeladas, y Franklin recitaba de un tirón la tabla de Pitágoras. Era el más dichoso de los padres, el más afortunado de los hombres.

¡Error!, una ambición sorda le corroía: Homais deseaba la cruz. No le faltaban títulos: primero, haberse señalado, durante el cólera, por una abnegación sin límites; segundo, haber publicado, y a mis expensas, distintas obras de utilidad pública, tales como... (y recordaba su memoria titulada: *De la sidra, de su fabricación y de sus efectos*; además, unas observaciones sobre el pulgón lanífero, enviadas a la Academia; su volumen sobre estadística, y hasta su tesis de farmacéutico); sin contar con que soy miembro de varias sociedades científicas (sólo pertenecía a una).

—En fin –exclamaba saliéndose por la tangente–, ¡aunque sólo fuera por haberme distinguido en los incendios!

Entonces Homais empezó a acercarse al poder. Prestó en secreto al señor prefecto

grandes servicios durante las elecciones. Por último se vendió, se prostituyó. Hasta dirigió al soberano una petición en la que le suplicaba que *se le hiciera justicia*; le llamaba *nuestro buen rey* y lo comparaba con Enrique IV.

Y, todas las mañanas, el boticario se precipitaba sobre el periódico para encontrar en él su nombramiento: no venía. Finalmente, como no aguantaba más, mandó dibujar en su jardín un cuadro de césped que representaba la estrella del honor, con dos pequeños rodetes de hierba que arrancaban del extremo superior imitando la cinta. Y paseaba alrededor, con los brazos cruzados, meditando sobre la inepcia del Gobierno y la ingratitud de los hombres.

Por respeto, o por una especie de sensualidad que le hacía proceder con lentitud en sus investigaciones, Charles aún no había abierto el compartimento secreto de un escritorio de palisandro que Emma utilizaba habitualmente. Un día, por fin, se sentó delante de él, dio la vuelta a la llave y apretó el resorte. Allí estaban todas las cartas de Léon. ¡Esta vez no cabía ninguna duda! Devoró hasta la última, hurgó en todos los rincones, en todos los muebles, en todos los cajones, detrás de las paredes, sollozando, gritando, desesperado, enloquecido. Descubrió una caja, la rompió de una patada. El retrato de Rodolphe le saltó en plena cara, entre cartas de amor revueltas.

La gente se extrañó de su desánimo. Ya no salía, no recibía a nadie, se negaba incluso a visitar a sus enfermos. Entonces dijeron que *se encerraba para beber*.

A veces, sin embargo, un curioso se asomaba por encima del seto del huerto, y veía estupefacto a aquel hombre de barba larga, cubierto con sórdidos harapos, huraño, y que lloraba en alto mientras caminaba.

En las tardes de verano cogía a su pequeña y la llevaba al cementerio. Volvían ya de noche cerrada, cuando en la plaza no había nada encendido más que la lucera de Binet.

Sin embargo, la voluptuosidad de su dolor era incompleta, porque a su alrededor no había nadie para compartirlo; y hacía visitas a la tía Lefrançois para poder hablar *de ella*. La posadera le escuchaba sólo a medias, porque, como él, también ella tenía sus cuitas: el señor Lheureux acababa de abrir las *Favorites du Commerce*[192], e Hivert, que gozaba de gran prestigio como recadero, exigía un aumento de sueldo y amenazaba con pasarse «a la competencia».

Un día en que Charles había ido al mercado de Argueil para vender su caballo —último recurso —, se encontró con Rodolphe.

Palidecieron al verse. Rodolphe, que se había limitado a enviar su tarjeta, balbució al principio algunas excusas, luego se fue animando e incluso tuvo el descaro (hacía mucho calor, estaban en el mes de agosto) de invitarle a tomar una cerveza en una taberna.

Acodado frente a él, masticaba su cigarro mientras hablaba y Charles se perdía en ensoñaciones ante aquel rostro que ella había amado. Le parecía volver a ver algo de ella. Estaba fascinado. Habría querido ser aquel hombre.

El otro seguía hablando de cultivos, ganado, abonos, tapando con frases triviales todos los intersticios por los que podía deslizarse alguna alusión. Charles no le escuchaba; Rodolphe se daba cuenta, y seguía sobre la movilidad del rostro el paso de sus recuerdos. Ese rostro iba tiñéndose de púrpura poco a poco, las aletas de la nariz le palpitaban

deprisa, los labios le temblaban; hubo un instante incluso en que Charles, lleno de una furia sombría, clavó sus ojos en Rodolphe, quien, en una especie de espanto, se interrumpió. Pero no tardó en reaparecer la misma lasitud fúnebre en su rostro.

—No le guardo rencor –dijo.

Rodolphe había enmudecido. Y Charles, con la cabeza entre las manos, repitió con voz apagada y con el acento resignado de los dolores infinitos:

—¡No, ya no le guardo rencor!

Y añadió incluso una gran frase, la única que jamás dijera:

—¡La culpa es de la fatalidad!

A Rodolphe, que había guiado aquella fatalidad, le pareció muy benévolo para un hombre en su situación, hasta cómico, y un poco vil.

Al día siguiente, Charles fue a sentarse en el banco del cenador. Por el emparrado se filtraba la luz; los pámpanos dibujaban sus sombras sobre la arena, el jazmín embalsamaba el aire, el cielo era azul, las cantáridas zumbaban alrededor de los lirios en flor, y Charles se ahogaba como un adolescente bajo los vagos efluvios amorosos que henchían su corazón desconsolado.

A las siete, la pequeña Berthe, que no le había visto en toda la tarde, fue a buscarle para cenar.

Tenía la cabeza apoyada contra la pared, los ojos cerrados, la boca abierta, y en las manos sostenía un largo mechón de cabellos negros.

—¡Venga, papá, vamos! –le dijo.

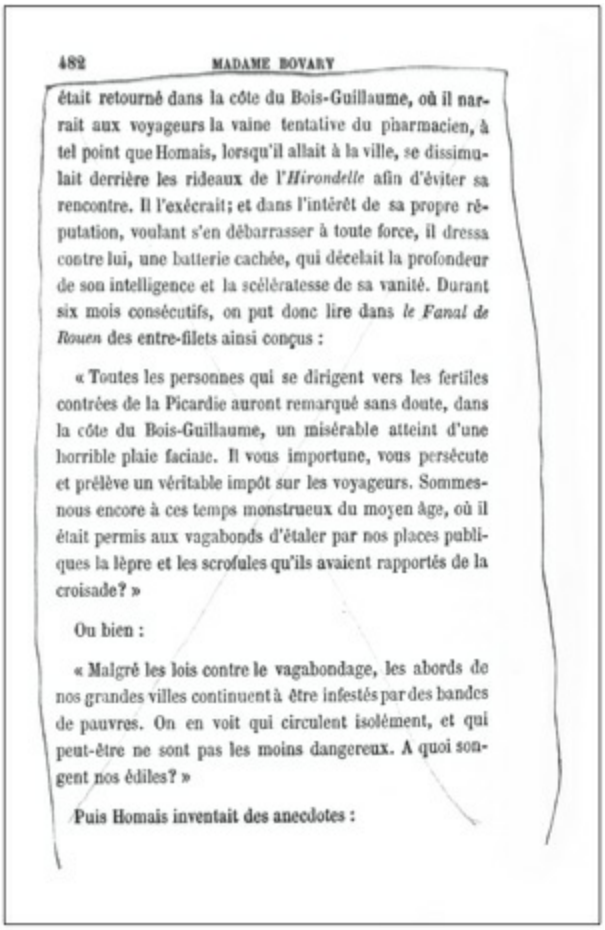
Y, creyendo que quería jugar, lo empujó suavemente. Cayó al suelo. Estaba muerto.

Treinta y seis horas después, acudió corriendo el señor Canivet llamado por el boticario. Lo abrió y no encontró nada.

Una vez vendido todo, quedaron doce francos con setenta y cinco céntimos que sirvieron para pagar el viaje de la señorita Bovary a casa de su abuela. La buena mujer murió ese mismo año; como papá Rouault estaba paralítico, fue una tía quien se hizo cargo de ella. Es pobre y la envía, para que se gane la vida, a una hilatura de algodón.

Desde la muerte de Bovary, en Yonville se han sucedido tres médicos sin lograr salir adelante, hasta tal punto los atacó enseguida el señor Homais. Tiene una clientela enorme; las autoridades lo miman y la opinión pública lo protege.

Acaba de recibir la cruz de honor[193].



482 MADAME BOVARY

était retourné dans la côte du Bois-Guillaume, où il narrait aux voyageurs la vaine tentative du pharmacien, à tel point que Homais, lorsqu'il allait à la ville, se dissimulait derrière les rideaux de l'*Hirondelle* afin d'éviter sa rencontre. Il l'exécrait; et dans l'intérêt de sa propre réputation, voulant s'en débarrasser à toute force, il dressa contre lui, une batterie cachée, qui décelait la profondeur de son intelligence et la scélératesse de sa vanité. Durant six mois consécutifs, on put donc lire dans *le Fanal de Rouen* des entre-filets ainsi conçus :

« Toutes les personnes qui se dirigent vers les fertiles contrées de la Picardie auront remarqué sans doute, dans la côte du Bois-Guillaume, un misérable atteint d'une horrible plaie faciale. Il vous importune, vous persécute et prélève un véritable impôt sur les voyageurs. Sommes-nous encore à ces temps monstrueux du moyen âge, où il était permis aux vagabonds d'étaler par nos places publiques la lèpre et les scrofules qu'ils avaient rapportés de la croisade? »

Ou bien :

« Malgré les lois contre le vagabondage, les abords de nos grandes villes continuent à être infestés par des bandes de pauvres. On en voit qui circulent isolément, et qui peut-être ne sont pas les moins dangereux. A quoi songent nos édiles? »

Puis Homais inventait des anecdotes :

«... se había vuelto a la cuesta del Bois-Guillaume...»

« Hier, dans la côte du Bois-Guillaume, un cheval ombrageux... » Et suivait le récit d'un accident occasionné par la présence de l'aveugle.

Il fit si bien qu'on l'incarcéra. Mais on le relâcha. Il recommença, et Homais aussi recommença. C'était une lutte. Il eut la victoire, car son ennemi fut condamné à une réclusion perpétuelle dans un hospice.

Ce succès l'enhardit; et dès lors, il n'y eut plus dans l'arrondissement un chien écrasé, une grange incendiée, une femme battue, dont aussitôt il ne fît part au public, toujours guidé par l'amour du progrès et la haine des prêtres. Il établissait des comparaisons entre les écoles primaires et les frères ignorantins, au détriment de ces derniers, rappelait la Saint-Barthélemy à propos d'une allocation de cent francs faite à l'église, et dénonçait des abus, lançait des boutades. C'était son mot. Homais sapait; il devenait dangereux.

Cependant il étouffait dans les limites étroites du journalisme, et bientôt il lui fallut le livre, l'ouvrage! Alors il composa « une statistique générale du canton d'Yonville, suivie d'observations climatologiques, » et la statistique le poussa vers la philosophie. Il se préoccupa des grandes questions : problème social, moralisation des classes pauvres, pisciculture, caoutchouc, chemins de fer, etc. Il en vint à rougir d'être un bourgeois. Il affectait *le genre artiste*, il fumait! Il s'acheta deux statuettes *chic* Pompadour pour décorer son salon.

Il n'abandonnait point la pharmacie; au contraire!

Apéndice

Tres fragmentos suprimidos de *Madame Bovary*

Durante la redacción de *Madame Bovary*, Gustave Flaubert atendió entre otros varios, pero sobre todo, los consejos de Maxime du Camp, que opinó con libertad que hoy nos parecería excesiva sobre propiedad de términos, descripción de personajes, pasajes, capítulos, etc. Flaubert acogió en ocasiones el parecer, censuras de carácter moral incluidas, de su amigo, pero mantuvo su texto en otras. En mayo de 1856, con el original casi concluido, Flaubert inicia la primera de sus constantes revisiones suprimiendo diferentes párrafos a fin de aligerar la novela, como le había sugerido Du Camp. Sobre la pista de varios de estos fragmentos me ha puesto la reciente edición de *Œuvres complètes* de Flaubert, publicada en La Pléiade en noviembre de 2013 bajo la dirección de una gran especialista flaubertiana como es Claudine Gothot-Mersch. La Bibliothèque municipale de Ruán, custodia de los manuscritos de *Madame Bovary*, los ha puesto a disposición del público y editado íntegramente en la red (2007), con fotografía de cada página y transcripción debida a estudiantes universitarios. No resulta excesivamente difícil la lectura sobre el manuscrito de los textos, como puede apreciarse en *www.bovary.fr*, depositado en el Centre Flaubert creado en 2001. La magnitud del empeño que llevan a cabo esa biblioteca y la universidad ruanesa también puede verla el lector en *http://flaubert.univ-rouen.fr*, que da cuenta al día, de forma precisa, constante y totalizadora del mundo flaubertiano.

Doy la traducción de tres de esos largos fragmentos eliminados, aNotasndo el lugar en que cada uno de ellos estuvo insertado en los manuscritos de la novela. Reproduzco, entre corchetes, los títulos que la citada edición de La Pléiade les ha dado.

El primero de los fragmentos, arrancado del capítulo dedicado al primer sarao social al que Emma Bovary acude, redunda en la descripción que Flaubert había hecho, en pocas líneas, de ese estrato social –nobles, militares, alta burguesía– que centraba su sentido de la vida social en el valor monetario de las cosas; el anfitrión y dueño del castillo en que se celebra enuncia, en su cháchara, dos hechos: la ambición de dinero domina a todas las clases sociales, desde el capitalista al obrero, y es causa de una «perturbación moral deplorable», como acababan de demostrar los recientes levantamientos revolucionarios, pronto sofocados. Más interés ofrece el dardo que lanza contra la pasión desatada entre las jóvenes, hasta las hijas de campesinos, por la lectura, y la gran, y para él peligrosa, difusión de los libros a través de una «institución» exclusivamente francesa originada en el siglo XVIII: su venta ambulante por ciudades y pueblos de cualquier tamaño. Del fragmento está ausente Emma; Flaubert lo elimina, sin duda, para concentrar en su protagonista el capítulo entero, tras unas pinceladas ambientales.

El segundo, «Una discusión sobre libros», parece secuela de esa reflexión del marqués aunque a cien páginas de distancia, aplicada directamente, pero en otro contexto narrativo, a la pasión de Emma por la lectura, línea de fuerza mayor, no siempre captada en toda su dimensión, en la génesis de ese personaje. Apasionado lector de Cervantes, Flaubert, que aseguró haberse sabido de memoria, antes de aprender a leer, el *Don Quichotte en estampes* (1828) –texto abreviado, acompañado de 34 grabados que, por ejemplo, Frédéric Moreau ayuda a colorear a la hija de su amada señora Arnoux en *La educación sentimental–,* repite en su protagonista el origen de la locura del hidalgo cervantino: de mucho leer a don Quijote se le secó el cerebro; y el cerebro de Emma Bovary, que pasaba las noches entre novelas y poesías románticas, cuando el romanticismo tenía ya veinte años y era una antigualla usada para la generación de Flaubert, había quedado dañado por esa pasión, haciéndole soñar no con molinos, pero sí con castillos, príncipes, paseos junto a lagos lamartinianos, viajes a Italia y demás tópicos del movimiento. Si Cervantes podía convertir a su hidalgo en desquiciado intérprete de los libros de caballerías, Flaubert pone bajo los pies de Emma un suelo realista, haciendo de ella, con una ironía muy sutil, un ajuste de cuentas con un romanticismo que, además de coincidir con un momento de sueños revolucionarios, se había diluido en posturas individuales sin conseguir en la práctica el menor cambio social (ése será, con mayor profundidad e hiriente sarcasmo, el núcleo de *La educación sentimental*). Como en el caso del *Quijote*, *Madame Bovary* no deja de ser una novela para reír si el lector sabe apreciar las continuas referencias burlonas a los tópicos románticos, diluidas en esa apariencia de realismo que les da su autor.

En el fragmento, el presuntuoso representante del «progreso», Homais, hombre de ciencia y boticario, arremete contra los males que provoca la lectura, no sólo morales, sino físicos y fisiológicos; le secunda la madre de Charles Bovary, que en un párrafo condensa la idea tradicional de la mujer, tacha a Emma de intelectual y exige a su hijo que la vigile, dándole por único horizonte vital el de gobernar su casa, cumplir con sus deberes y sufrir, misiones según ella de la condición femenina.

El tercer fragmento, «El juguete de los niños Homais», distrae el capítulo XIV (IIª parte) de su núcleo central: la depresión que sufre Emma tras el desastre de su primera aventura amorosa con Rodolphe. El capítulo la muestra reponiéndose lentamente, volviendo a pisar la iglesia, tricotando camisolas para los huérfanos, hasta que termina sintiéndose con fuerzas para visitar de nuevo París, símbolo de su salud recuperada. Durante ese período, Emma interactúa con sus vecinos, y en este punto «El juguete de los niños Homais» no es más que un extenso párrafo, puramente anecdótico, que aparta al lector de lo fundamental: la recuperación de Emma. De los tres quizá sea, desde el punto de vista de la estructura narrativa, el que más razones ofrecía para ser eliminado.

[Conversación durante el baile][I]

En sus miradas indiferentes flotaba el sosiego de pasiones diariamente satisfechas; y, a través de sus modales suaves, trascendía esa brutalidad particular que comunica el dominio de las cosas medio fáciles en las que se ejerce la fuerza y se complace la vanidad, el manejo de caballos de raza y el trato con mujeres perdidas. *(Iª parte, cap. VIII, pág. 84, líneas 5-10).*

Pero aquel baile no era de su mundo. Además de sus anfitriones del castillo y algunos conocidos de los alrededores, el marqués había invitado en efecto, por política, a *Notasbilidades* de Ruán. El alcalde, el general, el presidente del Tribunal de Comercio, varios magistrados y hombres de negocios se encontraban allí con sus esposas.

Paseándose de grupo en grupo, el marqués participaba en las conversaciones. Abordó a tres señores de caras rojas y con chalecos de terciopelo.

—Ah, señor marqués –dijo uno de ellos que sostenía en la mano su vaso de ponche bebido a medias–, ¡qué fiesta tan encantadora la que nos da!

—¡Oh, oh, una simple velada familiar! ¡Una pequeña fiesta de campo!

—¡Cómo que pequeña fiesta de campo! ¡Es una fiesta de la Chaussée d'Antin! ¡Un sarao de ministros! ¡Un auténtico baile de las Tullerías!

El marqués se sonrojó. El invitado (era un Notasrio) creyó haber dado en el punto débil, y añadió:

—La cena era realmente... de una magnificencia...

El marqués giró sobre sus talones.

—¡Sí, una cena preciosa! –siguió el otro dirigiéndose a su *vecino*, que respondió lentamente:

—A mí lo que me gusta en una cena es el lujo; las piezas mayores. ¡Qué salmón!

—Y a mí me gusta mucho ese sistema de cambiar de cubiertos en todos los platos –dijo el tercer caballero.

—Se llama el servicio inglés –dijo el Notasrio.

Y a propósito de la vajilla de plata:

—Había desde luego por valor de una treintena de mil francos, ¿verdad? –dijo el primero.

—De treinta... a treinta y cinco mil –replicó el segundo.

—Con las cucharillas subiría a cuarenta por lo menos –añadió el tercero.

—Más bajo, que vuelve a pasar el marqués.

Se detuvo ante el salón de los jugadores.

—¿No le hace un *whist*, señor consejero? –dijo dirigiéndose a un hombre calvo, cuya nariz chata llevaba unos lentes de plata.

—Tendrá que disculparme, señor marqués, pero estoy estirando un poco las piernas: para nosotros, las gentes de vida sedentaria, ¿sabe?, es un verdadero placer permanecer de pie. El espectáculo de la fiesta es una vista deliciosa desde aquí. ¡Qué perspectiva más encantadora! Se diría una guirnalda de flores, señor marqués.

—No todas están en capullo –continuó el marqués, a media voz.

—¡Ah, muy bonito! ¡Muy bonito! Ja, ja, sí, efectivamente, las mujeres no son perpetuas.

—Delicioso ese «no son perpetuas», la expresión es perfecta, la recordaré. –Luego, dejando de reír, de golpe–: Algo que siempre me ha sorprendido es que los hombres serios puedan conservar así, en sociedad, su libertad de espíritu, y dejar en el umbral del gabinete las importantes preocupaciones que les llenan la cabeza.

—¡Al contrario, señor marqués, al contrario! Cuanto más se ha tensado la imaginación durante la jornada, más se distiende por sí misma por la noche, como un arco. Y entonces se opera, en mí al menos, una especie de revulsión, de reacción nerviosa, si puedo expresarme así, que, relajándome por completo, no me predispone sino mejor para el trabajo del día siguiente. En la segunda sesión de este año, yo presidía la audiencia. No regresaba a casa hasta muy tarde. Cenaba. Salía a reuniones sociales, como de costumbre, y a fe que estaba muy alegre. Nunca fue mejor mi salud. –Luego, inclinándose con una sonrisa–: Por lo demás, su distrito es uno de los que menos trabajo nos ha dado.

—Sí, el espíritu de nuestros campos es por lo general bastante bueno –dijo el marqués–. Aunque las costumbres de la población agrícola ya empiezan a corromperse un poco por la vecindad de las fábricas. El ejemplo de fortunas adquiridas rápidamente desciende, de hecho, del capitalista al pequeño burgués, afecta al artesano, alcanza al obrero *mismo*, e introduce así, de forma definitiva, en la clase baja, una causa de perturbación moral deplorable. Señor consejero, la venta ambulante de libros también nos hace mucho daño y las hijitas de campesino, en lugar de ir a vísperas, ahora se pasan el domingo leyendo un montón de malos libritos que las echan a perder y que el Gobierno debería vigilar.

Después de haber charlado un rato sobre los peligros de la instrucción, el freno de la religión y la descentralización, el marqués entró en el gabinete donde se jugaba, y el magistrado fue a cortejar a la marquesa, que hablaba con un joven delgado, con el codo apoyado en la chimenea, cerca de una magnolia en flor en un jarrón chino. Tenía largos cabellos rubios, una cadena de reloj de oro que pasaba por su cuello como una collera de caballería, un traje de etiqueta algo viejo, no tomaba ningún refresco, no bailaba y hablaba a la marquesa de un gran proyecto para crear salas de asilo para las jóvenes en todas las comunas de los cinco departamentos. Era el segundo redactor de la hoja legitimista del Havre, antiguo jefe de estudios en un colegio, autor de un volumen de elegías cristianas dedicadas a monseñor de Bayeux, un hombre de arte y sentimiento que franqueaba sus cartas con un sello que representaba un corazón entreabierto, en el que se hincaba una pluma, adornado con esta inscripción: «Ahí es donde saca».

A tres pasos de Emma, un caballero de frac azul hablaba de Italia con una mujer joven

y pálida que lucía un aderezo de perlas.

[Una discusión sobre libros]

Pero eso acarrea consecuencias, pobre hijo mío, y quien no tiene religión siempre acaba mal. *(IIª parte, cap. VII, pág. 167, líneas 16-18).*

—Perdóneme –interrumpió el señor Homais–, se puede permanecer en el buen camino sin seguir para nada el de la Iglesia. Mejor admitir todo. Seamos tolerantes y filósofos, examinemos las cosas; — y no es para atacar la religión. Yo la respeto, sé que se necesita una; pero, en fin, el dogma no implica en absoluto moral, como tampoco la virtud depende de la creencia. Y así los españoles, los italianos, esos andaluces de que hablan los autores, esas mujeres voluptuosas que asisten a corridas de toros y llevan puñales en la liga, pues bien, esas mujeres tienen religión, y ello no impide que...

—Usted, señor Homais –replicaba Bovary madre–, ¡usted es un hombre de ciencia!... Usted tiene sus ideas... yo tengo las mías. Sin embargo, deberá admitir que una mujer no puede razonar como un hombre. ¡Ellas no saben latín! Les resulta imposible sopesar los pros y los contras; y yo sostengo que, a fuerza de atormentarse siempre porque quieren aprender más, terminan cayendo enfermas. Imagínese cómo pasan las noches.

—¡Oh, detestable, detestable! –exclamó el farmacéutico, súbitamente ablandado por el cumplido–, no hay exceso peor que esa manía de hacer del día noche y de la noche día. Por eso yo, incluso en los momentos clave de mis estudios, nunca me acosté pasadas las diez; pero desde las cuatro en verano, y desde las cinco en invierno, ya estaba en la tarea; además, con seis horas basta; ¡es lo razonable! *septem horas pigro, nulli concedimus octo*[II]; aunque, a decir verdad, nos hayamos relajado en ese punto un poco de la rigidez gótica de nuestros buenos antepasados. No obstante, pienso como usted, señora, que la blandura de la cama, cuando se le une el hábito de la lectura, puede volverse extremadamente funesta. La inercia muscular, que es demasiado completa, no contrarresta la acción cefálica, que es demasiado violenta; sin tener en cuenta que la noche actúa poderosamente por sí misma sobre el sistema nervioso, pues entonces la imaginación es más sobreexcitable, y la sensibilidad más impresionable. El nervio óptico, continuamente obligado a llevar al cerebro las sensaciones, lo agita. Lo conmociona. Trabaja como un berbiquí que le hubieran adaptado para perforarlo. — Y, de ahí, palpitaciones, desganas, pérdida del apetito, las digestiones se hacen mal, la inervación se altera, es la vigilia la que se convierte en sueño, el sueño en vigilia, el dormir, si se presenta, resulta perpetuamente agitado por epistomaquias, dicho en otros términos pesadillas, y pronto ocurren los diferentes fenómenos de magnetismo y de sonambulismo, con los más tristes resultados, con las más deplorables consecuencias –y no ataco aquí, fíjese bien, el fondo del asunto, no voy al corazón del tema, que sería examinar las relaciones de la moral y de lo físico y cómo la literatura y las bellas artes

tienen relación con la Fisiología–, no, rozamos y vemos de pasada lo que se encuentra en la mayoría de los autores modernos, a fin de descubrir si es posible...

—Pues ya que eso le divierte –objetaba Charles aturdido.

—¡Permítame! –decía el boticario acalorado.

—Escúchale –replicaba la madre Bovary.

—Cavernas –continuaba el señor Homais–, espectros, ruinas, cementerios, monederos falsos, claros de luna, ¿qué sé yo?, toda suerte de cuadros lúgubres que predisponen singularmente a la melancolía. Añada luego que esos productos febriles de imaginaciones delirantes están mancillados por neologismos, expresiones bárbaras, palabras barrocas, hasta el punto de que se ve uno obligado a devanarse los sesos para comprenderlos. Porque les confieso que yo, a menudo... ¡no comprendo a sus autores de moda! –y no me refiero a los pequeños, no, sino a los más célebres, a los que tienen reputación, ¡a los que están en la cumbre!–, y lo repito una vez más, quizá sea por falta de inteligencia, lo declaro con toda humildad, en fin, no los comprendo; y no me sorprendería en absoluto que esas invenciones en que el buen gusto, como la lengua y las costumbres, son tan audazmente ultrajados, terminen por revolucionar incluso el propio organismo. Todo esto, por supuesto, no tiene ninguna relación con Madame Bovary, que desde luego es una de las damas que más considero, salvo quizá un poco de efervescencia, un poco de exaltación.

—¡No, no! –exclamaba la anciana agitando sus agudas encías–, lo que usted dice, señor Homais, tiene mucha cordura; porque esos libros de que habla muestran la existencia rodeada de belleza, pero luego, cuando se llega a la realidad, se topa con el desencanto. Y es eso, estoy segura, ella rabia sabiendo que no tiene razón, y que la conozco bien. ¡Ah, sí!, bien que la conozco. Porque no se trata de hacerse la cursilona, ¡la intelectual!, además ¡hay que sufrir en la vida! ¡Hay que cumplir con sus deberes! ¡Hay que gobernar la casa! Pero es lamentable, de verdad, y tú deberías vigilarla, ¿no es cierto, señor, usted que es su amigo?

Tomaron, pues, la decisión de impedir que Emma leyera novelas.

[El juguete de los niños Homais]

Eran la señora Langlois, la señora Caron, la señora Dubreuil, la señora Tuvache y, regularmente, de dos a cinco, la excelente señora Homais, que nunca había querido prestar oídos a los chismes que se propalaban de su vecina. *(II^{a} parte, cap. XIV, pág. 60, líneas 27-31).*

Llegaba escoltada por sus cuatro críos arrastrando tras ellos el increíble regalo del médico, que habían comprado en compañía el recaudador y el comerciante de paños.

En efecto, a petición suya, estos dos señores se habían trasladado juntos a Ruán repitiendo en todas las tiendas su invariable frase: «Querríamos para una persona que está agradecida a alguien alguna cosa bonita», y habían terminado por descubrir una

curiosidad que costó cincuenta escudos y que no valía ni tres céntimos.

Era una especie de disco de madera, adornado todo alrededor de cascabeles, y sobre el que una gran cantidad de hombrecillos, entre casitas pintadas de rojo, se ocupaban en distintas profesiones. El conjunto representaba una ciudad. La catedral, en el centro, estaba adornada bajo su pórtico con personajes de cristal hilado, que se apresuraban para un bautismo. Más lejos, un burro de pelo de conejo llevaba en unas albardas huesos de ciruela a modo de melones, y bajo los toldos de la pescadería unos salmones de escayola con sus manchas rojas en la boca parecían cigarros de chocolate. Se veía a un vendedor de mostaza acarreando su tonel y a un charcutero que abría en canal un cerdo; luego, unos árboles, rizados como pelucas, y en una confusión de colores azul, blanco, gris, en un revoltijo de líneas sin gracia y posturas imposibles, terneros, caballos, carretas, vacas lecheras, pues había para todos los gustos, para todos los sexos. Así, cuatro soldados con penacho rodeaban un obús mientras unas lavanderas lavaban la ropa ausente en un barreño sin agua –donde además se acumulaba todo el polvo de aquel horrendo edificio–, y si no los había más nuevos es porque no se fabricaban muy a menudo cosas semejantes. Aquella incluso, afirmaba el comerciante, había sido antaño *destinada al rey de Roma.*

El boticario se entusiasmó tanto con ella que la colocó en su salón; y la enseñaba a las personas que iban a la farmacia exclamando invariablemente: «¡En mi opinión, es una pieza digna de figurar en un museo!».

Aquel maravilloso juguete no tardó sin embargo en causar problemas en la familia Homais. Al principio, los niños lo manosearon tanto que toda su pintura se le fue. Luego, aburridos de contemplarlo juntos, cada uno quiso acaparar para él solo lo que consideraba como suyo. Pero el fuerte pegamento que se ajustaba como botines a las piernas de los hombrecillos, y que subía como lava por el muro de las casas, no permitió arrancar una sola pieza sin dañar todas las demás. Al apoderarse de los militares, Napoléon rompió completamente la catedral, cosa que hizo llorar a Athalie, y Franklin destruyó adrede los patios para vengarse de Irma, quien, al derramar agua en la fuente, había echado a perder la piel del burro.

En esta circunstancia, incluso, pudieron verse un poco los diferentes caracteres de los pequeños Homais.

Napoléon era vivo, turbulento, gesticulero. Le reservaban la farmacia, a menos que prefiriese estudiar Derecho para entrar más tarde en la magistratura. Athalie tenía un carácter caprichoso y ya se mostraba coqueta. Irma sería, como su mamá, una buena ama de casa. En cuanto a Franklin, era taciturno, meditativo, vengativo y partidario de los juegos tranquilos. Su padre lo destinaba a la Escuela Politécnica. Pero su madre temía que ese destino lo apenase y que le trastornara la cabeza.

—Sin embargo, mi querida amiga –objetaba entonces el señor Homais–, podríamos empezar a los catorce años por enseñarle dibujo. ¡Así se forma el gusto! — y si vemos que pica, si le gusta *hacer una aguada*, sacar planos, realizar trabajos de agrimensura... entonces, ¡lo lanzaremos a las matemáticas!

Y había que oír la forma en que pronunciaba esa palabra: ¡matemáticas! ¡Con qué

énfasis y con qué volubilidad a la vez! Admirador de todas las ciencias, Homais se proponía no escatimar nada para inculcar ese fanatismo a sus hijos.

Escatimaba en cambio en la indumentaria de su alumno porque lo vestía con sus viejas ropas remendadas por la cocinera, y como el joven crecía deprisa, no sólo estaban sucias, sino que siempre eran incómodas. Su pantalón negro le llegaba hasta el pecho; sus zapatillas de paño azul, cortadas incluso de algún chaleco desteñido, tenían zurcidos de hilo rojo; y su chaqueta le venía tan estrecha de hombros que sólo se resignaba a llevarla cuando hacía un frío excesivo. Por otro lado, se mostraba más perezoso todavía que de costumbre, y las tres cuartas partes del día se le veía sentado frente al señor Homais, en el otro mostrador, en el lado derecho, contemplando a las moscas volar alrededor de los tarros y pasándose la mano por el pelo. A la menor ocasión, escapaba pitando para ir a remolonear a casa del médico. Cuando llevaba allí a los pequeños Homais...

Subía con ellos a la habitación, y se quedaba de pie junto a la puerta, inmóvil, sin decir nada.

Notas

[1] Marie-Antoine-Jules Sénard (1800-1885), decano del Colegio de Abogados de Ruán, presidió la Asamblea Constituyente durante las jornadas de junio de 1848 y fue ministro de Interior cuando el Gobierno reprimió la insurrección. Se hizo cargo de la defensa de Léon Laurent-Pichat, primer editor de *Madame Bovary*, y de Flaubert, acusados de «delitos de ultraje a la moral pública y religiosa y a las buenas costumbres» por la publicación de la novela. El juicio duró del 29 de enero al 7 de febrero de 1857; Sénard, tras una defensa que Flaubert calificó de «espléndida», consiguió la absolución de ambos.

[2] Louis Bouilhet (1822-1869), poeta y autor dramático, amigo de infancia de Flaubert, quien se encargó de recoger los poemas que la temprana muerte de Bouilhet le había impedido publicar; dejó tres libros poéticos que seguían las sendas romántica y parnasiana, de los que sólo uno, *Dernières Chansons* (1872), se editó, con prólogo de Flaubert. Había logrado cierto éxito en los escenarios. Escritor concienzudo, pero carente de originalidad, habría caído en el olvido de no ser por la correspondencia con el autor de *Madame Bovary*, novela de la que fue primer lector y «corrector»: «Al perder a mi pobre Bouilhet, he perdido a mi partero, el que veía más claro que yo mismo».

[3] Gorro militar de origen polaco, que en la época llevaban los lanceros franceses.

[4] «A vosotros os voy...», cita de Virgilio; son las primeras palabras de Neptuno para calmar los vientos que han dispersado la flota de Eneas (*Eneida*, I, 135); la expresión se empleaba «para mostrar la impotencia en que uno se encuentra de dominar ciertas fuerzas sublevadas» (Larousse, *Dictionnaire universel du XIX e siècle*). *Quos ego […] Sed motos præstat componere fluctus. / Post mihi non simili pœna commissa luetis* («A vosotros os voy... Pero primero conviene devolver a la calma a las agitadas olas. Después tendrán vuestras maldades otro castigo»).

[5] Expresión latina: «Soy ridículo».

[6] No es un puesto elevado. De junio a diciembre de 1812 se produjo la retirada de Rusia de las fuerzas napoleónicas, que sufrieron numerosas bajas; debido a ellas, se organizó un nuevo reclutamiento.

[7] Suma importante; para la equivalencia del franco de la época habría que multiplicarlo por 2,60 aproximadamente; en este caso, 256.000 euros, aunque su poder de compra sería ocho veces superior.

[8] El toque del ángelus marcaba la vida cotidiana tanto del campo como de los pueblos.

[9] San Román es el patrón de Ruán, ciudad de la que fue arzobispo en el siglo VII; su feria se celebra todos los años el 23 de octubre, fiesta del santo.

[10] Obra del abate Jean-Jacques Barthélemy (1716-1795), arqueólogo y literato francés que publicó en 1779 *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce dans le milieu du IV e siècle*, ilustrada con mapas geográficos; esta obra erudita que resumía la vida cotidiana en la Antigüedad fue muy utilizada en la educación del siglo XIX, y elogiada sin reservas por escritores como Chateaubriand.

[11] La calle Eau-de-Robec, una de las más antiguas de Ruán, cuenta con edificios que datan de los siglos XVI y XVII. En la época de Flaubert, un riachuelo, el Robec, corría entre las casas, a las que se accedía por medio de escalones y pequeños puentes. Maupassant –amigo y discípulo de Flaubert– la califica de «calle inverosímil por donde corre un río negro como la tinta», donde se sucedían de puerta en puerta «negros comercios» de chamarileros; cruzaban la «nauseabunda» corriente del Robec «puentes de cuatro tablas podridas» (Guy de Maupassant, «¿Quién sabe?», *Cuentos completos*, M. Armiño (ed.), Páginas de Espuma, Madrid, 2011, pág. 2664).

[12] Pierre-Jean de Béranger (1780-1857), cantante de gran popularidad que fue creciendo desde su primera recopilación de canciones y alcanzó su cenit hacia 1825; por sus letras, báquicas y licenciosas unas, herederas otras del pensamiento revolucionario contra la aristocracia y la monarquía, fue encarcelado varias veces. Aunque elogiado por escritores como Chateaubriand o Goethe, para Flaubert era un «astro burgués, [que] palidecerá en la posteridad», un «sucio burgués que ha cantado los amores fáciles y los trajes raídos» (en carta a Baudelaire, agosto de 1857). «La inmensa gloria de este hombre es, en mi opinión, una de las pruebas más llamativas de la

estupidez del público», escribirá en otra carta en noviembre de ese mismo año.

[13] Nombre de una comuna del departamento del Eure, al sur de Ruán.

[14] La libra equivale al franco, pero el término tiene conNotasción de Antiguo Régimen. 1.200 libras de renta equivalen a 3.160 euros, aproximadamente.

[15] Aproximadamente, 24 kilómetros.

[16] Clase de médico de segundo orden; los oficiales de salud, creados en 1803 y suprimidos en 1892, no podían ejercer fuera del departamento donde se habían examinado para conseguir su título; sólo estaban autorizados a practicar operaciones quirúrgicas de importancia bajo la vigilancia y la inspección de un doctor titulado en medicina.

[17] Tejido de lana selecta, importado de España hasta principios del siglo XIX, época en la que era un material caro; a partir de entonces ya se fabricaba en Francia.

[18] 200 euros, aproximadamente, cantidad considerable, que papá Rouault paga en moneda pequeña, casi en calderilla.

[19] Licor hecho a base de café, azúcar y aguardiente o ron.

[20] Festividad del 29 de septiembre, momento en que, tras recoger la cosecha, se pagaban los arriendos agrícolas.

[21] En el siglo XIX la lengua francesa designaba familiarmente con los términos de *père* o *mère* a un hombre o mujer que goza de cierta consideración y afecto, especialmente en el mundo campesino; acabó por convertirse en apelativo en el habla de los pueblos, y aún se utiliza en la lengua familiar; en español, que se suele traducir por *papá/tío* o *madre/comadre/tía*, se utilizaron en ese mismo ámbito los términos *tío/tía* unidos al nombre o al apellido.

[22] Unos cuarenta kilómetros.

[23] Juego en el que, desde cierta distancia, se intenta derribar un pequeño cilindro de madera sobre el que los jugadores han colocado su apuesta en monedas.

[24] Broma que consistía en levantar el pulgar horizontalmente por encima de la cabeza y hacer como que se pasaba por debajo.

[25] Montones de guijarros, de un metro cúbico, aproximadamente, escalonados a lo largo de las carreteras o caminos, que utilizaban los peones camineros para el mantenimiento de las vías públicas.

[26] *Grogs*: «Nada elegantes»; así los define Flaubert en su *Dictionnaire des idées reçues.*

[27] El *Dictionnaire des sciences médicales*, publicado en París entre 1812 y 1822, cuenta con 60 volúmenes; Flaubert lo utilizó para su inacabada novela *Bouvard y Pécuchet*, burlándose de los «ejemplos de parto, de longevidad, de obesidad y de constipado extraordinarios» que aparecían en ese diccionario.

[28] Flaubert «tiene un remordimiento que envenena su vida, eso le llevará a la tumba; es haber puesto en *Madame Bovary* dos genitivos, uno sobre otro, *una corona* [sic] *de flores de azahar*», escriben los Goncourt en su *Journal*, citando palabras de Théophile Gautier.

[29] El *boc* (del inglés *boghei*) era un cabriolé pequeño de dos ruedas; procedente de Inglaterra, fue introducido en Francia hacia 1820 y estaba considerado como uno de los vehículos más elegantes.

[30] En Bretaña, gorro redondo con dos grandes orejeras replegadas y fijadas en la cabeza con un alfiler.

[31] En el texto, *contredanse* (del inglés *country dance*): baile popular en el que participaban cuatro parejas que hacían las figuras entre sí.

[32] *Paul et Virginie:* novela de Bernardin de Saint-Pierre (1737-1814), publicada en 1787, que todavía gozó de popularidad durante la primera mitad del siglo XIX. Saca a escena el amor trágico de esa pareja de jóvenes criados como hermanos, aunque no lo son, en los paisajes tropicales de la actual Isla Mauricio.

[33] Françoise Louise de la Baume Le Blanc (1644-1710), «aquella pequeña violeta que se escondía entre la hierba y se avergonzaba de ser amante, madre, duquesa», según Mme. de Sévigné, empezó sirviendo de pantalla a Luis XIV en sus amores con Henriette de Inglaterra. En 1661 el rey fingió que el objeto de sus amores era la damisela de su cuñada, pero cayó en su propio juego, y La Vallière terminó convirtiéndose en la «amante perfecta», aunque no sin fuertes sentimientos de culpa dado su espíritu profundamente religioso. En 1662 huyó por primera vez a un convento. Luis XIV corre en su busca y no tarda en oficializar esa relación secreta en 1663.

Durante cierto tiempo, a sus escrúpulos religiosos se une el dolor de compartir a su amante, al que terminaría dando cuatro hijos. Tras una enfermedad, en febrero de 1671 esos escrúpulos le hacen refugiarse en un convento, donde escribe treinta páginas, *Oraciones y reflexiones sobre la misericordia de Dios*, en las que relata su experiencia mística. Pero, incapaz de separarse de Luis XIV, volvió a Versalles, donde hubo de soportar las humillaciones de Mme. de Montespan y de los cortesanos; lo tomó como mortificación y penitencia. El 19 de abril de 1674 consiguió permiso del rey para ingresar en el Carmelo de Saint-Jacques con el nombre de Louise de la Misericordia. No volvió a salir de ese retiro en los treinta y seis años que aún vivió.

[34] Conferencias en las que el abate (y luego obispo de Hermópolis) Denis Frayssinous (1765-1841) defendía la religión frente al espíritu revolucionario; las primeras, dadas entre 1802 y 1809, fueron prohibidas por Napoleón; en 1825 se publicaron, junto con las que pronunció entre 1814 y 1822, bajo el título de *Défense du christianisme*: en ellas repetía en frío estilo todo lo que en la época se había escrito a favor del cristianismo. Durante la Restauración, y en su etapa como ministro de Asuntos Religiosos e Instrucción Pública (1824-1827), dictó las leyes que facilitaron, tras la expulsión de maestros de la etapa republicana, la invasión de las escuelas públicas por las órdenes religiosas y sobre todo por los jesuitas, que sin embargo estaban proscritos del reino.

[35] Obra apologética de la religión cristiana, *Le Génie du christianisme* (1795-1799, 1802), de René de Chateaubriand (1768-1848), renovó la visión del catolicismo francés del siglo XIX; partiendo de la belleza poética de sus logros a través de los siglos, Chateaubriand trata de rebatir las acusaciones de los ilustrados (en especial el *Ensayo sobre las costumbres* de Voltaire) de haber ahogado las civilizaciones antiguas por su paganismo, y recurre a las artes –desde el gótico a Miguel Ángel– para intentar demostrar que el cristianismo «favorece el genio, depura el gusto, desarrolla las pasiones virtuosas, da vigor al pensamiento, ofrece formas nobles al escritor y moldes perfectos al artista». Este punto de vista, teñido de prerromanticismo, además del magistral estilo clásico de Chateaubriand, influyó poderosamente en la sociedad francesa durante la primera parte del siglo XIX.

[36] Bibliotecas públicas de las que, mediante suscripción, podían sacarse libros, revistas o periódicos para su lectura a domicilio. Desempeñaron un importante papel en la difusión de la lectura y de la nueva literatura.

[37] Walter Scott (1771-1832), narrador y poeta inglés, de obra abundante, sobre todo en el terreno de la novela histórica, con títulos (*Waverley, El anticuario, Rob Roy, Ivanhoe, Quentin Durward*, etc.) que fueron lectura de varias generaciones e influyeron en toda la Europa romántica. Tiene un gran peso en la formación de los personajes de Flaubert, desde Frédéric Moreau, protagonista de *La educación sentimental*, que «ambicionaba ser un día el Walter Scott de Francia», hasta *Bouvard y Pécuchet*, aunque éstos ya critican «la repetición de los mismos efectos», de los personajes, su insulsa mojigatería y la falta completa de profundidad. Flaubert tachó en el manuscrito de *Madame Bovary* nombres de varios autores leídos por su protagonista: Isabelle de Montolieu, Mme. de Staël, Ann Radcliffe, Mme. Cotin y otros novelistas de éxito popular.

[38] María Estuardo (1542-1587), reina de Escocia y de Francia, fue decapitada, acusada de traición, por orden de Isabel I; su trágico destino ha inspirado a numerosos historiadores, artistas, escritores, compositores y cineastas (Schiller, Walter Scott, Balzac; Donizetti, Schumann; Joseph Brodsky; John Ford, etc).

Juana de Arco (1412-1431), heroína nacional de Francia, canonizada como santa en 1920, se enfrentó durante la guerra de los Cien Años al ejército inglés; capturada, fue procesada y condenada a ser quemada viva por herejía.

Eloísa (hacia 1100/1101-1164), discípula del filósofo, poeta y teólogo francés Pedro Abelardo, quedó encinta con 18 años; su tío Fulberto, canónigo de la catedral de Notre-Dame, pagó a varios secuaces para que amputaran al filósofo «aquellas partes de mi cuerpo con las que había cometido el mal que lamentaba». Ambos protagonizaron la pasión amorosa más conocida de la Edad Media.

Agnès Sorel (1422-1450), la mujer «más bella del reino», fue desde 1444 favorita oficial del rey francés Carlos VII, al que dio cuatro hijas; murió en el último de esos partos; las sospechas de envenenamiento parecieron confirmarse en una autopsia realizada en 2004, que reveló la presencia en sus restos de fuertes dosis de sales de mercurio.

La bella Ferronnière, amante del rey francés Francisco I (1494-1547); según la leyenda, inventada al parecer por Guyon, médico del siglo XVII, el marido de la joven contrajo voluntariamente la sífilis para tratar de infectar al rey.

Clémence Isaure, personaje del siglo XIV, de existencia ficticia, a quien se atribuye la fundación de los Juegos Florales de Toulouse en 1323. En época de Flaubert, empezó a demostrarse el carácter legendario de la figura de esta mujer.

[39] Según los historiadores de la época, Luis IX de Francia (1214-1270), canonizado como san Luis por la Iglesia católica en 1297, y llamado «el justiciero», administraba justicia bajo un roble de Vincennes, lugar al que podía acudir cualquiera de sus súbditos.

Pierre du Terrail, señor de Bayard (1476-1524), cuya vida encarna el espíritu caballeresco de finales de la Edad

Media; «caballero sin miedo y sin tacha», participó en las guerras que Francia hizo en Italia contra los españoles y contra Carlos V, demostrando un valor legendario; murió en una escaramuza en Rovasenda, comuna del Piamonte italiano.

Luis XI (1423-1483), rey de Francia, trató de reforzar la autoridad real mediante su apoyo al pueblo frente a los señores feudales; llevó a cabo una audaz y astuta política de alianzas, que, en ocasiones, no dejó de lado medios violentos para conseguir sus fines.

La noche del 23 al 24 de agosto de 1572, festividad de san Bartolomé, Carlos IX y su madre, Catalina de Médicis, ordenaron cortar las revueltas protestantes mediante la eliminación, únicamente, de sus jefes; el clan de los Guisa alentó una reacción ultracatólica que, yendo al parecer más allá del deseo de apaciguamiento del monarca, provocó una matanza de millares de muertos en París y las mayores ciudades del reino.

El penacho del Bearnés: alusión a Enrique IV (1553-1610), rey de Francia desde 1589; nació en Pau, ciudad que pertenecía al vizcondado soberano de Béarn. Su reinado se vio asolado por las luchas de religión entre católicos y protestantes y por las guerras en Italia contra los españoles. Odiado por los católicos, que le consideraban el Anticristo, sufrió no menos de doce intentos de asesinato; consiguió matarlo un fanático de ese partido, François Ravaillac. Su popularidad y el apelativo de «el buen rey» que le adjudica la literatura son sobre todo póstumos.

[40] Luis XIV (1638-1715), el rey más importante de la historia de Francia, conocido como el Rey Sol, gozó de un reinado espectacular –en su primera parte sobre todo– tanto en los campos de batalla como en el terreno religioso, que controló, o en las artes y las letras, que hicieron a su época merecedora del calificativo del «Gran Siglo». Su lucha contra la dinastía española de los Habsburgo se saldó con una victoria absoluta: al morir sin herederos el rey español Carlos II, Luis XIV logró (no sin llevar a cabo durante doce años la guerra de Sucesión de España) que su nieto Felipe V de Borbón subiera al trono español, hasta entonces propiedad de los Habsburgo.

[41] Término inglés derivado de la expresión *keep for my sake* («guárdese por amor a mí») con el que se designaba una especie de libro sin valor utilitario pero de apariencia muy cuidada, con papel de gran calidad y cubierta satinada o de muaré, que contenía poesías, fragmentos en prosa y grabados; servía de regalo y de recuerdo personal. La moda, de origen inglés, pasó a Francia hacia 1820, muy marcada por el romanticismo, que le da una impronta de refinamiento excesivo y amanerado.

[42] Tipo de calzado, con la extremidad alargada y retorcida en la punta, de moda en los siglos XIV y XV.

[43] *Bayadera*: bailarina sagrada hindú. *Giaour*: término despectivo utilizado por los turcos para designar a los infieles en los Balcanes; Lord Byron había publicado en 1813 «The Giaour», poema narrativo de temática oriental y romántica, que en 1827 sirvió a Delacroix para su cuadro *Combate del giaour y el bajá.*

[44] Con *Méditations poétiques* (1820), su primer libro publicado el año del nacimiento oficial del romanticismo, seguido por *Nouvelles Méditations poétiques* (1823), Alphonse de Lamartine daba la puntilla a la poesía convencional y seca de los herederos de la lírica neoclásica del XVIII, inaugurando una nueva etapa en la historia de la poesía francesa. En esos poemarios prestaba voz a los sentimientos íntimos, la fusión del alma en la naturaleza, la nostalgia, la melancolía (ejemplificado todo ello en su poema más famoso, «El lago»). Sin embargo, su abundante obra se había quedado estancada, y, casi octogenario, fue objeto de críticas muy duras por parte de contemporáneos como Arthur Rimbaud («estrangulado por la forma vieja»). Cisnes, lagos, arpas, galgos, todos los fuegos artificiales lamartinianos son para Flaubert objeto de burla en el *Dictionnaire des idées reçues* y en su correspondencia; «lirismo enfermizo», «no es un escritor», «frases hembras»; «es un espíritu eunuco, le faltan cojones, nunca ha meado más que agua clara». Lamartine, en cambio, fue un ferviente admirador de *Madame Bovary:* «Me aseguran [...] que el señor de Lamartine canta mi elogio en voz muy alta –lo cual me asombra mucho, porque en mi obra todo debe irritarle» (carta a Élisa Schlésinger, 1857).

[45] Bol con agua tibia perfumada que se presentaba al final de la comida para enjuagarse la boca. Moda reciente en la época, Flaubert la califica de «signo de riqueza en una casa», en el *Dictionnaire des idées reçues.*

[46] El gorro de dormir utilizado en los ámbitos rurales fue sustituido con esa misma función por el *foulard, pañuelo de seda*, signo de elegancia.

[47] *Souliers de prunelle*. Tipo de tejido de lana espesa, eventualmente de algodón, o con mezcla de seda, sólido, de color negro por lo general, utilizado sobre todo en la confección de calzado femenino.

[48] Nombre de la cabra sabia de la gitana Esmeralda en la novela de Victor Hugo *Notre-Dame de París* (libro III, III).

[49] Comuna francesa de la Gironda donde el 20 de octubre de 1587 tuvo lugar una batalla entre los protestantes de Enrique de Navarra (más tarde Enrique IV) y los católicos del duque de Joyeuse, que resultó derrotado y muerto junto con otros dos mil católicos.

[50] Orden de caballería fundada por Luis XI en 1469 y suprimida por la Revolución; alargó su vida con la Restauración, de 1816 hasta 1830. En el siglo XVI, y en el contexto de las guerras de religión, su límite de 36 caballeros fue ampliamente superado al ser concedida, por Catalina de Médicis sobre todo, a cortesanos que no habían combatido; ya había perdido su prestigio cuando Luis XIV decidió otorgársela a escritores, artistas y magistrados.

[51] La costa de La Hougue-Saint-Vaast, comuna francesa en el departamento de La Manche, fue escenario, en la fecha del texto, de una batalla marítima entre la flota anglo-holandesa y la francesa, durante la guerra de Luis XIV contra los ingleses para ayudar a su primo Jacobo II a recuperar su trono; dirigida por el almirante Tourville, el mando de la flota francesa lo tuvo, por orden expresa del monarca, Jacobo II; la severa derrota certificó por mucho tiempo la supremacía naval inglesa.

[52] «La mujer que come y que bebe se despoetiza. Si una joven y bella mujer se pone a la mesa, es para presidir la comida: si tiene un vaso delante, es para poner en él sus guantes» (Alexandre Dumas, *La mujer del collar de terciopelo*). La moda elegante, iniciada hacia 1820 con el romanticismo, prescribía que, para indicar que no iba a beber, la mujer pusiera sobre el vaso sus guantes.

[53] Charles-Philippe de France (1757-1836), conde d'Artois, era famoso durante el Antiguo Régimen por las fiestas mundanas, cacerías y compañías galantes en que pasó su juventud. Jefe de la facción reaccionaria durante el reinado de su hermano Luis XVI, fue uno de los primeros en emigrar en julio de 1789. Participó en las luchas contrarrevolucionarias y, una vez restaurada la monarquía, sucedió a su sobrino Luis XVII y a su hermano Luis XVIII en el trono, en 1825, con el nombre de Carlos X; cinco años más tarde fue expulsado por una nueva revolución tras las tres jornadas «gloriosas» del 27, 28 y 29 de julio.

[54] María Antonieta de Austria (1755-1793), esposa de Luis XVI, gozó de la antipatía de los franceses, que la acusaron de tener multitud de amantes, de depravación y libertinaje, de frivolidad y dilapidación de los dineros públicos, y de connivencia con potencias extranjeras, según los panfletos revolucionarios. Entre sus amantes figuraban en esos panfletos nombres de favoritos como los del duque de Coigny (1737-1821), el duque de Lauzun (1747-1793), el conde sueco Hans Axel de Fersen (1755-1810), etcétera.

[55] Tejido de lana ligera, procedente de Barèges, comuna del departamento de Altos Pirineos.

[56] Tipo de baile, de moda sobre todo en el siglo XIX; el equivalente noble de la contradanza que se bailaba en los medios rurales.

[57] Pequeños frascos de tocador de vinagre perfumado.

[58] El viaje a Italia es una de las constantes del sueño romántico; Emma «viaja» por los puntos y paisajes clave del pasado y de la elegancia, de sobra conocidos; menos lo son Castellammare, villa termal sobre el golfo de Nápoles, y el extenso (16 hectáreas) parque delle Cascine, a orillas del Arno, de Florencia, construido en 1563 como *cascina*, estructura agrícola típica de la llanura del Po.

[59] Movimiento del caballo cuando mueve al tiempo el pie y la mano de un mismo lado.

[60] Estilo rococó (siglo XVIII).

[61] *Compagnons de la Marjolaine*, antigua canción tradicional creada en el siglo XVI y convertida en himno de los artesanos y burgueses que hacían la ronda nocturna en París (se extendió luego por otras regiones y países de Europa) para garantizar la seguridad ciudadana; esa milicia parisina fue creada en 1180 por Luis VII.

[62] *La Corbeille*, periódico de moda, apareció en París entre 1843 y 1878. *Le Sylphe. Journal des salons* informó semanalmente de la vida mundana y cultural de la capital de Francia, de junio de 1829 a agosto de 1830; dadas estas fechas, Emma Bovary no habría podido leer las dos publicaciones en el mismo momento.

[63] Días fijos en que la buena sociedad se reunía en el Bois de Boulogne.

[64] Eugène Sue (1804-1857), narrador francés que se dedicó al análisis de costumbres y a la novela histórica; sensible a los movimientos sociales y a la injusticia, quiso descubrir a sus lectores burgueses la miseria del pueblo. Obras de gran éxito y muchas páginas como *Mathilde* (1841), *Los misterios de París* (1842-1843), *El judío errante* (1844-1845), etc., fueron objeto de desprecio para la crítica. Su estética no podía sino irritar a Flaubert, para quien «es como para vomitar; eso no tiene nombre».

[65] Honoré de Balzac (1799-1850), autor de la voluminosa *Comedia humana*, es un novelista, pese a las diferencias estéticas, muy admirado por Flaubert, lo mismo que George Sand (1804-1876); los personajes de ambos suponen para Emma Bovary la ruptura con el conformismo de su estado. Bouvard «se entusiasmó con los bellos adulterios y los nobles amantes, habría querido ser Jacques, Simon, Bénédict, Lélio, y vivir en Venecia. Lanzaba suspiros, no sabía lo que le pasaba, se encontraba a sí mismo cambiado». Y Pécuchet, tras leerla, «fue

seducido por la defensa de los oprimidos, el lado social, y republicano, las tesis [...]. La obra de Balzac los maravilló [...] en las cosas más triviales surgieron aspectos nuevos. No habían sospechado tan profunda la vida moderna».

[66] Ciudad termal alemana, frecuentada por la sociedad elegante.

[67] *L'Abeille Médicale* era una «Revista de periódicos y de obras de medicina, de cirugía y de farmacia»; apareció en París de 1844 a 1899, con un suplemento titulado *La Ruche Scientifique* («La colmena científica»).

[68] Marca de instrumentos de música; debe ese nombre a su fundador, Sébastien Érard (1752-1831), y a su sobrino Pierre (1796-1855).

[69] Término tomado del inglés para designar un tejido de lana, satinado, liso o con rayas, muy resistente, utilizado sobre todo para ropa masculina.

[70] En la época, la candela era más barata que el aceite o la bujía.

[71] Localidad inexistente, cuyo equivalente real como escenario de *Madame Bovary* se ha buscado con insistencia. «No he tenido ningún modelo. *Madame Bovary* es una pura invención. Todos los personajes de este libro son totalmente imaginados, y el mismo Yonville-l'Abbaye es un pueblo que no existe, como tampoco el Rieule, etc. Lo cual no ha impedido que aquí, en Normandía, se haya querido descubrir en mi novela una multitud de alusiones. Si lo hubiera hecho, mis retratos serían menos parecidos, porque habría tenido ante los ojos personalidades, y yo he querido, en cambio, reproducir tipos.»

[60] Constitución otorgada en 1815 por Luis XVIII, revisada en 1830.

[73] Especialidades farmacéuticas, nuevas en la época; el racahut era un polvo conseguido a partir de distintas harinas alimenticias, féculas, azúcar, cacao...

[74] La primera epidemia de cólera de Europa afectó a Francia en 1832 (fecha que aparece citada en los manuscritos), y causó numerosas muertes; se produjo otra en 1849.

[75] Medida agraria, equivalente a 0,406 hectáreas; esos veintidós acres suponen algo más de 11 hectáreas.

[76] Había vuelto a ser declarada bandera nacional en 1830.

[77] Rusia suprimió las libertades polacas tras las sublevaciones de Varsovia de 1830-1831; los exiliados despertaron gran simpatía en Francia. En octubre-noviembre de 1840, una crecida de los ríos Ródano y Saona inundó Lyon. En París se organizó la recogida de ayudas para los afectados, y entre otros actos hubo recitales de Lamartine en el Théâtre de la Renaissance.

[78] Tejido muy basto hecho de cerdas de animales o vegetales como el esparto, algas, musgos, etcétera.

[79] Serie de pensadores racionalistas, aunque muy distintos, relacionados con el pensamiento religioso: Sócrates (470-399 antes de Cristo) se halla en el origen del pensamiento racional; Benjamin Franklin (1706-1790) formó parte de los redactores de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos; Voltaire fue para Flaubert un «santo» que luchó contra el poder de la Iglesia y el engaño de las religiones: «Amo al gran Voltaire tanto como detesto a Rousseau». Béranger (véase Notas 12) era autor de una canción, *El Dios de la buena gente*, muy difundida, y que Flaubert odiaba: «He visto tantos imbéciles, tantos burgueses estrechos cantar sus *Mendigos* y su *Dios de la buena gente*» (carta de 1846). En cuanto a la *Profesión de fe del vicario saboyano*, pertenece al libro IV del *Emilio*, de Jean-Jacques Rousseau, y examina los orígenes de la fe, defendiendo la religión natural frente a la creencia del dogma.

[80] *Homais yerra*: 30 grados centígrados son 86 grados Fahrenheit.

[81] Romanza muy popular en la época, debida a Pauline Duchamge (1778-1858), con letra de la poetisa Marceline Desbordes-Valmore, datada en 1835. «Era la autora de dulces melodías que nuestras madres sabían de memoria y suspiraban en la época de la emperatriz Josefina y desde los bellos años de la Restauración» (Sainte-Beuve).

[82] En el Théâtre des Italiens de París se representaban funciones de *bel canto* y de óperas italianas; en 1837 se estrenó, por ejemplo, *Lucía de Lammermoor*, que más adelante desempeña un papel en la trama de *Madame Bovary.*

[83] Jacques Delille (1738-1813), abate y poeta francés, traductor de las *Geórgicas* y de la *Eneida* de Virgilio, así como de *El paraíso perdido* de Milton. Su lírica, de versificación preciosista, abundante en perífrasis y absolutamente impersonal, le hizo ser considerado como uno de los grandes poetas de su tiempo, pese a los ataques de poetas auténticos como André Chénier. A partir de 1820, sin embargo, cayó en el olvido.

[84] *L'Écho des Feuilletons*, periódico parisino (1841-1887), recogía novelas breves, cuentos y anécdotas que habían aparecido en folletones de otras hojas periódicas.

[85] En el manuscrito, *Le Journal de Rouen*, periódico existente en la época, odiado por Flaubert; a su director le había llegado noticia de la aparición de su cabecera en la novela; por consejo de Bouilhet y otros amigos Flaubert lo cambió, tras muchas dudas, por *Le Fanal de Rouen*: «Estoy devorado de incertidumbre, no sé qué hacer. Me parece que, cediendo, hago una gilipollez atroz [...] eso va a romper el ritmo de mis pobres frases» (en carta a Bouilhet de octubre de 1856).

[86] Véase Nota 16. Bovary sólo tiene el título de oficial de salud, no de médico.

[87] Abanico de nombres difundidos por el romanticismo.

[88] La canción *Le Dieu des bonnes gens*, de Béranger, se cantaba al final de comidas o ágapes y tenía por estribillo: «Con el vaso en la mano, alegremente me confío/ al Dios de la buena gente».

[89] Poema de Évariste-Désiré de Forges, vizconde de Parny (1753-1814), poeta prerromántico de acentos sentimentales y apasionados que ejerció Notasble influencia en la época, especialmente sobre Lamartine, con libros como *Poésies érotiques* (1778), de carácter elegíaco más que erótico. Si durante el Imperio estuvo considerado como el primer poeta elegíaco francés, la pobreza de medios de expresión y la debilidad imaginativa lo condenaron al olvido una vez cerrado el capítulo romántico. *La guerre des Dieux* (1799), poema en diez cantos, es una parodia anticristiana que dio pie a Chateaubriand para iniciar una réplica que terminaría convirtiéndose en *El genio del cristianismo.*

[90] La *demi-tasse* era un formato de taza de la época; se empleaba para el café con agua, y era más pequeña que la utilizada para el café con leche.

[91] Creencia de la religión católica según la cual la Virgen María permaneció en su casa desde el día del parto (25 de diciembre) hasta el 2 de febrero, fecha en la que salió para celebrar la Purificación; prescribía que la mujer que había dado a luz no saliera de casa durante esas seis semanas, por «estar expuesta y exponer a los demás (sobre todo a su familia) a numerosos inconvenientes».

[92] El petral, especie de arnés de cuero, impedía a los animales ramonear las hojas de los árboles.

[93] Almanaque atribuido a un canónigo de Lieja de principios del siglo XVII. Recogía predicciones meteorológicas, recomendaciones médicas, etc.; publicado anualmente, fue difundido en los medios rurales por los buhoneros.

[94] Tela fina de algodón de color amarillento, sólida y de urdimbre apretada, que se fabricaba en la ciudad china de Nanquín.

[95] Principio sabroso del caldo, causado por varios principios azoados procedentes de la carne, como creatinina, ácido láctico, etcétera.

[96] Semanario ilustrado fundado en 1843, de calidad y ostentación elegante, que se convirtió en un elemento de consagración social.

[97] Cabeza de madera o cera en la que, según las teorías de Galle (1758-1828), están señaladas las localizaciones cerebrales; en la época de redacción de la novela, esas teorías, muy difundidas a principios del siglo, ya estaban obsoletas.

[98] Bastón de pequeño tamaño, en ocasiones labrado, que utilizaban los refinados como signo de elegancia.

[99] Novela de Victor Hugo aparecida en 1831; de hecho, es Paquette el nombre del personaje, cuya historia, contada por Mahiette, es la de esas mujeres «que necesitan un amante o un hijo para llenar su corazón» (libro VI, cap. III).

[100] Barrio marinero de Dieppe, en la orilla izquierda del río Arques.

[101] Este torniquete figuraba en la descripción inicial de la iglesia (capítulo I de la segunda parte), pero el detalle fue suprimido: «cerrado por una tapia de mediana altura, y al que se entra por un torniquete demasiado gastado, está tan lleno de tumbas...».

[102] A pesar de esa atribución a san Pablo, el tópico procede del libro de Job: «El hombre ha nacido para el trabajo, como el pájaro para volar» (Job, V, 7).

[103] Juego de palabras con *mon* y *mont*: mi Riboudet, monte Riboudet.

[104] *L'enfle* : enfermedad vacuna que hincha el vientre por efecto de la hierba. Bouvard y Pécuchet conseguirán

«deshinchar» a una vaca mediante sus talentos de magnetizadores.

[105] Nombre de varias tribus de las Antillas y de Brasil, consideradas entonces antropófagas.

[106] Moda reciente y lujosa.

[107] Gabán de paño grueso, por lo general masculino, sin faldas, que sirve de capa sobre otras prendas.

[108]«En dos páginas he reunido, creo yo, todas las sandeces que se dicen en provincia sobre París, la vida de estudiante, las actrices, los timadores que te asaltan en los jardines públicos, y la cocina de restaurante, siempre más perjudicial para la salud que la cocina burguesa» (carta a Louise Colet, junio de 1853).

[109] Yema de huevo batida con leche y aromatizada, tenida por reconstituyente.

[110] En la actualidad, ese departamento se denomina Sena Marítimo.

[111] En francés: *comices.* Se trata de una feria agrícola para cuya descripción Flaubert asistió a una cerca de Croisset: «He vuelto muerto de cansancio y de aburrimiento. Necesitaba ver una de esas ineptas ceremonias rústicas para mi *Bovary*, en la segunda parte. Eso es sin embargo lo que se llama el Progreso y donde converge la sociedad moderna. Me ha dejado físicamente enfermo. [...] Será [la escena] enorme; tendrá sus buenas treinta páginas. Es preciso que en el relato de esa fiesta rústico municipal, y entre sus detalles (en los que *todos* los personajes secundarios del libro aparezcan, hablen y actúen), yo prosiga, y en primer plano, el diálogo continuo de un señor *calentando* a una dama. [...] Bouilhet pretende que será la escena más hermosa. [...] Si alguna vez los efectos de una sinfonía han sido trasladados a un libro, será ahí. *Es preciso que eso aúlle por el conjunto*, que se oigan al mismo tiempo mugidos de toros, suspiros de amor y frases de administradores».

[112] Los colores rojo y negro pertenecen a los uniformes del cuerpo de bomberos y de la guardia nacional de la época.

[113] La posadera no entiende la alusión a una fábula de La Fontaine: «La rata que se retiró del mundo» (*Fábulas*, VII, 3). Una rata se retira del mundo para meditar; en realidad personifica a un glotón devoto que se atiborra de queso mientras se niega a ayudar a los suyos. Presentada como un cuento oriental, critica las costumbres francesas de la época y, en especial, al clero regular, que simboliza el egoísmo avaricioso, la hipocresía y la glotonería.

[114] Tejido de terciopelo procedente de la ciudad holandesa de Utrecht, con el que también tapiza sus sillones Bouvard.

[115] Lucio Quincio Cincinato, héroe legendario de la Roma del siglo V antes de la era común; una delegación de senadores que fue a ofrecerle el consulado en momentos difíciles lo encontró arando su campo; fue además dictador en dos ocasiones. Cincinato encarna uno de los mitos fundadores de la ciudad de Roma. El emperador Diocleciano (245-311) se retiró a Dalmacia; la situación política, tras la rivalidad entre Maximiano, Constantino y Majencio, se había vuelto tan confusa que se pidió a Diocleciano que volviese al poder: «Si pudieras mostrar a tu emperador la col que yo planté con mis propias manos, seguro que no se atrevería a sugerirme que yo cambie la paz y la felicidad de este lugar por las tormentas de la avaricia nunca satisfecha».

[116] En la época era muy controvertida la utilización de abono de Flandes (y de Alsacia), que contenía materias fecales humanas.

[117] Morrión militar empleado primero por la caballería ligera y aplicado luego a otras tropas.

[118] «Tengo una *baisade* [así denomina Flaubert esta escena en los preparativos y en su correspondencia] que me preocupa mucho y en la que no habrá que andarse con rodeos, aunque quiero hacerla casta, es decir, literaria, sin detalles ligeros ni imágenes licenciosas; será preciso que lo lujurioso esté en la emoción» (carta a Louise Colet, julio de 1853).

[119] Ácido que se extraía de las acederas; sus sales, de sabor picante y solubles en agua, son venenosas, y se aplican en la obtención de colorantes, tintas, etc., y como mordiente.

[120] Colofonia, resina amarillenta que se obtiene de la destilación de la trementina y sirve para frotar los arcos de los instrumentos de cuerda, además de entrar en la preparación de emplastos y ungüentos.

[121] La estrefopodia, nombre técnico del pie zopo, designa el acortamiento, por lo general congénito, de músculos y tendones del pie.

[122] El doctor Vincent Duval publicó en 1839 un *Traité pratique du pied-bot*, dedicado «a mi primer maestro, el señor [Achille] Flaubert», cirujano jefe en el Hospital de Ruán; Flaubert pidió a ese hermano suyo información sobre determinados aspectos del pie zopo para este capítulo. «He estado hoy en Ruán, a propósito, en casa de mi hermano, con quien he hablado largamente de anatomía del pie y de patología de los pies zopos. [...] No es fácil

hacer literarios y *alegres* detalles técnicos, manteniendo su precisión. ¡Ah!, qué angustias del estilo no habré conocido» (carta a Louise Colet, abril de 1854).

[123] Equino, varus y valgus: tres tipos de pie deforme.

[124] Ambroise Paré (1510-1590), cirujano y anatomista francés, considerado el padre de la cirugía moderna. Trabajó al servicio de varios reyes franceses, sobre todo en los campos de batalla, donde tuvo que enfrentarse a un nuevo tipo de heridas, producidas por las recientes armas de fuego; se le debe la invención de numerosos instrumentos médicos.

Aulo Cornelio Celso vivió en tiempos del emperador Augusto (paso del siglo I a. C. al siglo I d. C.); de su vasta obra sólo ha quedado el libro octavo y último de un tratado, *De re medica*, en el que recapitulaba todos los conocimientos acumulados desde Hipócrates.

Guillaume Dupuytren (1777-1835), anatomista y cirujano militar francés, al servicio de Luis XVIII y de Carlos X; fue uno de los fundadores de la anatomía patológica, al que se debieron varias operaciones nuevas.

Joseph Gensoul (1797-1858), cirujano jefe del hospital de Lyon, a quien se deben las primeras cirugías en mandíbulas y cánceres.

[125] Iglesia de Guingamp –centro de peregrinación desde el siglo XI–, a la que se acudía para rogar curaciones.

[126] Crema protectora a base de esperma de ballena, cera y diferentes perfumes, empleada sobre todo para prevenir o curar las grietas o irritaciones ligeras.

[127] «Amor en el corazón»: expresión frecuente en la poesía italiana de los siglos XVI y XVII. Figuraba en un sello regalado en 1846 a Flaubert por Louise Colet, que poetizó el episodio en un poema con ese título (1859); posteriormente, Colet dio una versión distinta de ese regalo.

[128] Georges Plantagenet, duque de Clarence (1449-1478), hermano de Eduardo IV de Inglaterra, primer monarca de la casa de York. Tras enfrentarse a su hermano, cambió de campo, regresó a la corte donde otro hermano, el duque de Gloucester, el futuro Ricardo III, también luchaba por el trono. Acusado de conspirar contra el rey, víctima de una traición (según *Ricardo III, de Shakespeare), fue ejecutado en la Torre de Londres, ahogado, según la leyenda, en una barrica de malvasía.*

[129] Árbol de las Américas central y ecuatorial, de la familia de las euforbiáceas, cuyo látex y fruto son venenosos; según la leyenda, su misma sombra puede causar un sueño mortal.

[130] Calle del centro de Ruán.

[131] Shakespeare, *Hamlet*, III, II.

[132] Joseph de Maistre (1753-1821), estadista del reino de Cerdeña y escritor y filósofo francés. Emigró tras la Revolución y publicó *Réflexions sur la Révolution française* (1796). Su pensamiento ultramontano gira en torno al papel de la Providencia en el destino de los pueblos. Flaubert lo calificará de «odioso», «repugnante», «siniestro farsante».

[133] Publicaciones de carácter beligerante y ultramontano en defensa de la religión: *Adresse aux deux Chambres en faveur du culte catholique et du clergé de France, ou Pensez-y bien*, del abate Pinson (1815); *L'Homme du monde aux pieds de Marie*, de Victor d'Anglars (1836); *Erreurs de Voltaire*, del abate Claude-François Nonnotte (1762).

[134] La historia edificante de Louise de La Vallière (véase Notas 33) decoraba múltiples objetos, entre ellos los platos.

[135] «Corrige las costumbres haciendo reír», divisa de la comedia acuñada por el poeta y latinista Jean de Santeul (1630-1697) para el telón del teatro de los Italianos. Poco después Marivaux la enunciaría por boca de Trivelin en *L'Île des esclaves.*

[136] *Le Gamin de Paris*, comedia-vodevil en dos actos, obra de Jean-François Bayard y Émile Vanderburch, estrenada en 1836.

[137] *Lucia di Lammermoor*, ópera de Gaetano Donizetti, a partir de un libreto basado en la novela *The Bride of Lammermoor* (1819) de Walter Scott. Obra maestra del drama musical romántico, se estrenó en 1835. Flaubert la vio en Constantinopla en 1850; para esa fecha, ya se había representado varias veces en italiano y en traducción francesa en París. La acción transcurre a finales del siglo XVII; el noble escocés Henry Ashton de Lammermoor prepara el matrimonio de su hermana Lucía con lord Arthur Bucklaw; pero la joven se ha prometido en secreto con Edgar de Ravenswood, ausente en ese momento de Escocia; cuando el hermano consigue convencer a Lucía de la infidelidad de su amante, ésta acepta la boda que le proponen. El día de la firma del contrato de esponsales,

Edgar reaparece, reprochando a Lucía su traición y arrojando a sus pies el anillo que ella le había dado en prenda por su promesa de amor. Lucía enloquece, asesina a su marido y muere; al ver el cortejo fúnebre, Edgar se apuñala.

[138] Alcohol de 36 grados Carlier, o 90 grados centesimales.

[139] Flaubert sigue muy de cerca las didascalias y las réplicas del libreto francés de la ópera de Donizetti.

[140] Estación balnearia, de moda en la década de 1840.

[141] Parte final de una fuga, donde las réplicas de los personajes se montan unas encima de otras y se acelera el ritmo de la música.

[142] El sextuor que cierra el acto II de *Lucía de Lammermoor*, de gran intensidad dramática y novedad melódica, es una de las páginas más conocidas y brillantes del arte lírico, con los seis personajes expresando seis pasiones distintas, «gesticulando en la misma línea».

[143] La soprano Fanny Tacchinardi Persiani (1812-1867) había estrenado el papel de Lucía tanto en Nápoles como en París (1837), al lado del tenor Giovanni Battista Rubini (1794-1854), y del barítono Antonio Tamburini (1800-1876), junto con Giulia Grisi (1811-1869), mezzosoprano; todos ellos formaban parte de la compañía del Théâtre des Italiens de París. Lagardy es nombre ficticio.

[144] «En mi 3.ª parte, que estará llena de cosas chuscas, quiero que se llore» (carta a Louise Colet, octubre de 1852).

[145] El baile público de la Grande Chaumière (1788-1853), en el extrarradio de París, fue durante años punto de encuentro de modistillas y estudiantes, aunque en sus principios fueran militares y burgueses sus clientes más asiduos.

[146] El jardín del Luxembourg, creado por María de Médicis en 1612, y remodelado durante el Primer Imperio por Luis XVIII, es un parque de carácter privado abierto al público; adscrito al Barrio Latino, tiene una extensión de 23 hectáreas adornadas con arriates florales y esculturas.

[147] Drama en cinco actos y nueve cuadros de Alexandre Dumas, *La tour de Nesle* se convirtió en uno de los éxitos teatrales de la época romántica; además de sus dificultades con la censura, planteó problemas su paternidad creativa: Frédéric Gaillardet llevó a los tribunales al autor, que reconoció haberse basado en el manuscrito de un joven entonces desconocido que le había pasado un director de teatro; ambos autores terminaron enfrentándose en un duelo a pistola, que se saldó sin heridas por ninguna de las partes.

[148] La estatua del pórtico de San Juan de la catedral de Ruán representa la danza de Salomé, hija de Herodías, que exigió a Herodes, a cambio de su baile, la cabeza de Juan el Bautista. Flaubert confunde a Herodías con Mariamma, mujer de Herodes I, rey de Judea, que terminó dando orden de matarla. Esa misma confusión del autor se produce en los apuntes de su viaje a Italia, donde, al describir uno de los frescos del Collegio del Cambio de Perugia, aNotas: «Mariamma en la mesa recibiendo la cabeza de san Juan».

[149] Esos barqueros y esos peces corresponden al vitral de san Julián, de la catedral de Ruán; Flaubert utilizó la historia de ese personaje en *La leyenda de san Julián el Hospitalario*, recogida en *Tres cuentos.*

[150] La Orden de Malta.

[151] La aguja original fue fundida en 1822 y, a partir de 1827, fue montada en una estructura metálica. Los trabajos se eternizaban; Flaubert, que había sufrido el rechazo municipal a su propuesta de elevar una estatua a su amigo Bouilhet, aconseja en 1876 al Ayuntamiento dejar la crítica literaria y dedicarse a la «finalización de la sempiterna aguja de la catedral».

[152] En la primera publicación de *Madame Bovary*, la *Revue de Paris* aNotas en este punto, justificando la censura de la *baisade*: «La dirección se ha visto en la necesidad de suprimir aquí un pasaje que no podía convenir a la redacción de la *Revue de Paris*». Y el texto salta a la primera línea del capítulo II.

[153] En el texto, *capharnaüm*, término reciente introducido en los años 1830 por Balzac.

[154] «Es trabajando como uno se hace trabajador; haz lo que tienes que hacer.»

[155] *De la génération de l'homme ou Tableau de l'amour conjugal* (1686), obra de educación sexual del médico Nicolas Venette (1633-1698); en ella aboga por un equilibrio entre el impulso amoroso y los imperativos de la religión. Pese a ello, la descripción de escenas lujuriosas lo convirtió en un libro muy popular, que a principios del Segundo Imperio fue condenado por «ultraje a la moral pública». «¿Sabes lo que anualmente se vende más?: *Faublas* y *El amor conyugal*, dos producciones ineptas» (carta a Louise Colet, noviembre de 1852).

[156] «Una noche, ¿recuerdas?, bogábamos callados;/ sólo se oía a lo lejos, sobre la onda y bajo los cielos,/ el ruido de los remeros que golpeaban cadenciosamente/ tus armoniosas olas...» Cuarta estrofa de *El lago*, poema de Lamartine que gozó de gran difusión como lectura y fue musicado por Louis Niedermeyer (1802-1861).

[157] Rousseau abogaba en el *Emilio*, entre otras ideas higienistas, por el amamantamiento materno –la aristocracia y buena parte de la burguesía daban los niños recién nacidos a amamantar, como Emma, a una nodriza–. La vacuna contra la viruela, descubierta por Edward Jenner (1749-1823) y Benjamin Jesty (1736-1816) independientemente, era una idea que cien años más tarde aún trataba de imponerse. Con su amigo Bouilhet, Flaubert había escrito en 1846-1847 un acto de una tragedia paródica en cinco actos, *Jenner ou la découverte de la vaccine.*

[158] Particularidad del cultivo de jardines; este regionalismo normando designa «una especie de cerro con sendero en hélice y coronado por un emparrado que se levantaba en el pasado en Normandía».

[159] Antigua ciudad de la Baja Mesopotamia, capital de un vasto imperio en el siglo XVIII, famosa por su belleza y poder, por construcciones maravillosas como los jardines colgantes, por su gran vida cultural, y, según la Biblia, que la califica como «la Gran Ramera», por su ambiente de lascivia y depravación. «Canto los lugares que fueron el "teatro amado de los juegos de tu infancia", es decir, [...] tabernas y burdeles que esmaltan la *parte baja de la calle des Charrettes* (estoy en pleno Ruán). E incluso acabo de dejar, para escribirte, los lupanares con rejas, los arbustos verdes, el olor del ajenjo, los puros y las ostras, etc. He soltado la palabra: *Babilonia* está ahí. ¡Tanto peor! Todo esto, creo, roza sumamente lo ridículo. Es *demasiado fuerte.* En fin, ya verás» (carta a Bouilhet, mayo de 1855).

[160] Tejido de seda liso fabricado en principio en los países del Levante.

[161] La odalisca, tema socorrido en la época por los pintores, resumía el afán de orientalismo tras las campañas napoleónicas. Si bien un cuadro de Ingres, *La gran odalisca* (1814), es quizá la mejor expresión pictórica de ese tema, Flaubert pensaba en unas odaliscas de Joseph Désiré Court (1797-1865), director del museo de Ruán en 1853 y autor de varios retratos de familiares del novelista.

[162] «¿Habéis visto, en Barcelona,/ una andaluza de seno tostado?/ ¡Pálida como un bello atardecer de otoño!/ ¡Es mi amante, mi leona! La marquesa de Amaegui», poema de Alfred de Musset (1810-1857) titulado «La andaluza».

[163] «A menudo el calor de un bello día/ hace soñar a la niña con el amor.» Canción de Rétif de La Bretonne (1734 -1806), aunque quizá no sea cierta esa paternidad. Flaubert cambia «les filles» del original por «fillette».

[164] Tela fina de algodón de colores vivos utilizada para confeccionar los vestidos de las mujeres desde mitad del siglo XIX.

[165] El texto utiliza el término *monacos*, moneda de plata o de cobre del siglo XIX acuñada por el principado de Mónaco. Se utilizaba en expresiones referidas al despilfarro.

[166] Términos del argot de la época: *turne:* pocilga, lugar desordenado; *bazar*: burdel; *chicard*: elegante; *chicandard*: muy elegante; *Breda-street*: nombre de la calle de Bréda (en la actualidad, rue Henry-Monnier), en el barrio de Notre-Dame-de-Lorette, donde vivían mujeres mantenidas, artistas, bohemios y modelos, utilizada en el argot para designar calles donde trabajan prostitutas; *Je me la casse*: me las piro.

[167] Elixir que recibe su nombre de un farmacéutico holandés; se elaboraba con especias como canela, nuez moscada y azafrán y se empleaba contra los dolores de estómago.

[168] Jacques Cujas (1522-1590) y Bartolo da Sassoferrato (1313-1357), jurisconsultos francés e italiano, cuyos nombres se unieron desde la Edad Media como autores de textos clave de Derecho; Cujas realizó una interpretación histórica del Derecho Romano que poco tenía que ver con la concepción escolástica del Derecho de Bartolo, que hasta el siglo XVI prevaleció en toda Europa.

[169]*Mi-carême* : jueves de la tercera semana de Cuaresma, que daba un respiro al ayuno y a la abstinencia prescritos por la Iglesia católica, e iba acompañado de festejos y regocijos populares.

[170] Equivaldrían a 20.800 euros, aunque con un poder de compra ocho veces superior.

[171] Nombre de un tipo de panecillo o bollo particular de Ruán: «Los *cheminots* deben encontrar forzosamente su sitio en la *Bovary*. Mi libro quedaría incompleto sin esos turbantes alimenticios, puesto que tengo la pretensión de *pintar* Ruán [...]. Me las arreglaré para que Homais se pirre por los *cheminots*.».

[172] Charles de Steuben (1788-1856), pintor de historia de origen alemán y formado en Rusia, trabajó en Versalles como pintor oficial de Luis Felipe I durante el Imperio; se le deben composiciones y grabados de

carácter popular, como *La Esmeralda y Quasimodo* (1839). Henri-Frédéric Schopin (1804-1880) pintó sobre temas literarios. No se sabe de ningún cuadro suyo titulado *Putifar; sin embargo, Steuben es autor de un José y la mujer de Putifar (1843)*.

[173] Batallas de la campaña francesa en Alemania, en las que Napoleón, con 80.000 hombres, derrotó a rusos y prusianos en 1813.

[174] Campaña napoleónica en la que defendió el territorio francés de enero a abril de 1814 frente a las tropas de los Aliados.

[175] André-Charles Boulle (1642-1732), ebanista, escultor y dibujante francés; trabajó para Luis XIV como ebanista del rey en diversas estancias de Versalles y en el palacio del Louvre; fue además apasionado coleccionista de obras de arte, que perecieron en gran parte durante un incendio de su alojamiento en el Louvre en agosto de 1720.

[176] Xavier Bichat (1771-1802), biólogo y fisiólogo francés que renovó la anatomía patológica, tras investigaciones experimentales sobre el organismo humano. Sólo tenía treinta años cuando una caída en la escalinata del hospital de Lyon terminó causándole la muerte; dejaba cuatro obras fundamentales sobre su especialidad.

[177] Árbol originario del sudeste de Asia, desde la India hasta Sri Lanka, el sur de China, las islas Filipinas y las Fiyi; produce un látex muy venenoso.

[178] Charles-Louis Cadet de Gassicourt (1789-1821), farmacéutico francés, oficialmente hijo de otro famoso farmacéutico –según otras fuentes, hijo natural de Luis XV–, a quien se deben trabajos sobre los temas más dispares que publicaba en el *Journal de Pharmacie et des Sciences Accessoires*. Fue farmacéutico de Napoleón desde 1809. En 1817 publicó un *Manuel médico-légal de poisons introduits dans l'estomac*. Su hijo Félix (1789-1861) se distinguió durante el cólera de 1832; por las fechas, Homais parece referirse a éste.

[179] Juego de palabras entre *sang* (sangre) y *sens* (sentido), que en francés suenan prácticamente igual.

[180] Oraciones que se dicen en el rito católico de la extremaunción.

[181] Véase Notas 163.

[182] «Para reunir rápidamente/ las espigas que la hoz siega,/ mi Nanette va inclinada/ hacia el surco que nos las da.»

[183] «Muy fuerte sopló el viento ese día./ Y la falda corta echó a volar.»

[184] Paul Thiry d'Holbach (1723-1789), filósofo y químico francés de origen alemán, que se relacionó a partir de 1751 con los pensadores de las Luces. Publicó trescientos setenta y tres artículos de la *Enciclopedia* sobre física o química, y editó y tradujo numerosas obras del pensamiento materialista, del que fue uno de los maestros en obras como *El cristianismo desvelado* (1761), *Ensayo sobre los prejuicios* (1769) y *Sistema de la Naturaleza* (1770). La audacia de sus ideas no dejó de asustar a algunos de sus amigos ilustrados, salvo a Diderot.

[185] El abate Antoine Guénée (1717-1803) publicó en 1769 unas *Lettres de quelques juifs portugais, allemands et polonais à M. de Voltaire*. El abogado y teólogo laico Auguste Nicolas (1807-1888) publicó a partir de 1842 unos *Études philosophiques sur le christianisme*, apología de los dogmas del catolicismo por medio de la filosofía, el sentido común y los argumentos de la autoridad eclesiástica. Pero la obra *La Raison du christianisme*, en doce volúmenes (1834-1835), muy reeditada, se debe al abate Antoine-Eugène de Genoud (1792-1849).

[186] Nombre dado a los miembros de la orden religiosa de San Juan de Dios, introducida en Francia por María de Médicis. Se ocupó de la educación popular, punto clave de las disputas ideológicas del siglo XIX. Si ellos alegaban llamarse así, *frati ignoranti*, por modestia, la sociedad francesa daba este nombre, por burla, a los frailes de las escuelas cristianas.

[187] Marcas comerciales; de la Revalenta Arábica Flaubert insertó en sus cuadernos de trabajo un prospecto de propaganda. «La salud devuelta sin medicación por la deliciosa harina restaurativa de los señores Barry du Barry y Cía., que ha obtenido más de 50.000 certificados de los médicos más célebres...»

[188] Isaac Lewis Pulvermacher, joyero y relojero, inventó distintos aparatos basados en la aplicación de la fuerza motriz de la electricidad. En 1849 creó una cadena sencilla y portátil que ayudaba «a la curación de las enfermedades nerviosas y musculares»; el aparato, que se llevaba sobre la piel, gozó de tal popularidad que durante varios años (hasta 1854) trabajaban en su fábrica 160 operarios haciendo esas cadenas.

[189] Según su amigo Feydeau, Flaubert utilizaba el nombre de «Sire de Vaufrylard» en los salones de Madame Sabatier.

[190] *Sta, viator, amabilem conjugem calcas*: «Detente, viajero, tus pies pisan una esposa adorable».

[191] Tras no conseguir la abjuración de sus «errores», el partido católico puso en marcha, a la muerte de Voltaire, versiones ignominiosas de su fallecimiento: «Poco antes de su muerte, el señor de Voltaire entró en una agitación horrible, gritando furiosamente: "estoy abandonado de Dios y de los hombres". Se mordía los dedos y, llevando las manos al orinal y cogiendo lo que había dentro, se lo comía» (*La Gazette de Colonie*, 1 de julio de 1778).

[192] Nombre del servicio de diligencias con el que Lheureux da cumplimiento a su sueño anunciado en el capítulo XIV de la segunda parte.

[193] Esta cruz de honor que ha estado obsesionando a Homais es «la cruz de la Legión de Honor», la condecoración honorífica más alta de Francia.

Notas apéndice

[I] En cuerpo menor figuran el párrafo anterior y luego el posterior al fragmento eliminado, con expresión de la parte y el capítulo de *Madame Bovary* al que corresponden, así como de la página en que figuran en mi edición.

[II] La cita resume torpemente un precepto de la escuela médica de Salerno (principio del siglo XI): *Sex horas dormire sat est iuvenique senique. Septem vix pigro, nulli concedimus octo* («Tanto para un joven como para un hombre mayor, es suficiente con dormir seis horas. Para un perezoso podemos aceptar siete, pero a nadie le concedemos ocho.»).

Índice

Portadilla 2
Tiempo de clásicos 3
Créditos 4
Prólogo de Mario Vargas Llosa 6
Nota de traducción de Mauro Armiño 8
MADAME BOVARY 10
Dedicatorias 11
Primera parte 13
I 14
II 21
III 27
IV 31
V 35
VI 39
VII 43
VIII 48
IX 55
Segunda parte 63
I 65
II 72
III 77
IV 85
V 88
VI 94
VII 103
VIII 109
IX 125
X 133
XI 140
XII 149
XIII 159
XIV 166

XV 173
Tercera parte 179
I 180
II 191
III 198
IV 200
V 203
VI 215
VII 229
VIII 239
IX 252
X 258
XI 263
Apéndice 271
Notas 279
Notas del apéndice 292